


RESCATE

DIARIO de una INVASIÓN

ZOMBIE

J.L. Bourne



*Enjambres de zombies
se acercan por todos lados.
Son cientos, ¡qué digo!
Son miles de ellos*



Lectulandia

El diario de un militar sumergido en el Apocalipsis zombie continúa con Rescate En un intento desesperado por recuperar los Estados Unidos, donde las hordas de no muertos dominan el panorama, un comandante de la marina lidera una misión global que se dirige al núcleo de la pandemia. El comando Clepsidra es la última esperanza de la humanidad

Lectulandia

J. L. Bourne

Rescate

Diario de una invasión zombie 3

ePub r1.2

Miguellex 10.02.14

Título original: *Shattered Hourglass*
J. L. Bourne, 2012
Traducción: Joan Josep Mussarra Roca.

Editor digital: Miguelex

Corrección de errores: ertio
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Si habéis llegado hasta aquí, lo más probable es que previamente hayáis pasado cierto tiempo en el mundo postapocalíptico de mis dos primeras novelas de la serie *Diario de una invasión zombie*. Ante todo, querría daros las gracias a todos vosotros, los seguidores fieles, por haber validado un nuevo billete en esta línea de tren que camina sin reposo por los parajes desolados del armagedón de los no muertos.

Tomad asiento, poneos cómodos y preparaos para lo que podría ser el último capítulo de la saga *Diario de una invasión zombie*. Esta vez va a ser distinto. Pronto lo veréis.

Aunque la mejor manera de disfrutar de esta serie es leerla en su orden cronológico, os haré un breve resumen de la saga por si acabáis de conocerla.

Una explicación en dos minutos:

El primer libro de la serie *Diario de una invasión zombie* nos sumergía en la mente de un oficial del ejército, un superviviente que, al llegar el Año Nuevo, se decidía a escribir un diario. Persistía en su resolución y narraba día a día la extinción de la humanidad. Le seguíamos en su transición desde una vida similar a la que vivimos todos nosotros hasta la perspectiva de tener que luchar por su mera supervivencia contra abrumadoras hordas de muertos. Lo veíamos sangrar, lo veíamos cometer errores, asistíamos a su evolución.

En el primer libro de *Diario de una invasión zombie*, el protagonista y su amigo John sobrevivían con penas y trabajos a la destrucción nuclear de San Antonio (Texas) efectuada por decisión del gobierno. Lograban ponerse a salvo por un período limitado de tiempo en un desembarcadero del golfo de México y poco más tarde captaban una débil señal de radio.

Una familia de supervivientes (un hombre llamado William, su mujer Janet y su joven hija Laura, los únicos vecinos de una localidad que seguían con vida) se había refugiado en la buhardilla de su casa para protegerse de una horda de incontables criaturas no muertas que esperaba abajo. Tras un milagroso rescate, la familia unía fuerzas con nuestro protagonista para tratar de seguir con vida. Mientras exploran el entorno en busca de suministros, encuentran a una mujer llamada Tara, atrapada y en peligro de muerte dentro de un coche averiado y circundado de no muertos.

Acaban por refugiarse en una base de lanzamiento de misiles que sus propios ocupantes, muertos desde hacía tiempo, habían conocido por el nombre de Hotel 23. Aunque tal vez las fuerzas unidas del grupo de supervivientes no bastaran en un mundo muerto, una tierra implacable, postapocalíptica, en la que un mero corte infectado, por no hablar de los millones de no muertos, podía significar la muerte.

La situación había empujado a algunas personas a dar lo peor de sí mismas...

Sin previo aviso, una cuadrilla de bandoleros, en busca de víctimas fáciles, lanza

un asalto inmisericorde contra el Hotel 23 con la intención de masacrar a sus habitantes y quedarse con el refugio y con los suministros y provisiones que contenía. Los supervivientes estuvieron a punto de sucumbir pero, al final de la primera novela, lograron derrotar a los agresores y conservaron el Hotel 23.

En la segunda parte, *Exilio*, el protagonista lograba contactar con los restos de las fuerzas militares de tierra que aún se encontraban en Texas. Al tratarse, al parecer, del último oficial militar que seguía con vida en el continente, se puso en seguida al mando. Inició comunicaciones con el jefe de Operaciones Navales en funciones, que tenía su base en un portaaviones nuclear estacionado en el golfo de México.

Descubrió, también, una nota escrita a mano que le informaba acerca de una familia, los Davis, que se ocultaban en un aeropuerto alejado de los centros urbanos, pero lo bastante cerca como para poder ir por aire desde el Hotel 23. La misión de rescate tuvo éxito y el protagonista logró salvar a la familia Davis: un muchacho llamado Danny y su abuela Dean, una piloto civil muy competente.

El grupo de combate naval le asignó al protagonista un helicóptero de exploración y él y sus hombres partieron hacia los territorios que se hallan al norte del Hotel 23 en busca de recursos. Hacia la mitad de *Exilio*, el protagonista sufría un catastrófico accidente con el helicóptero, cientos de kilómetros al norte de su base. Tan sólo el protagonista sobrevivió, aunque con serias heridas.

Aun cuando apenas le quedaban provisiones, logró avanzar hacia el sur. Contactó con Remoto Seis, una misteriosa organización cuyas motivaciones no quedaban claras y que parecía decidida a ayudarlo a llegar al Hotel 23. Poco más tarde se encontró con un tirador afgano llamado Saien. Apenas llegó a saber nada sobre la vida anterior de Saien, y el secretismo de éste se añadió al misterio. Al principio, ninguno de los dos confiaba de verdad en el otro pero, al fin, Saien y el protagonista cooperaron y lograron llegar al Hotel 23 bajo la mirada vigilante de Remoto Seis.

Remoto Seis ordenó al protagonista que disparara la última cabeza nuclear del Hotel 23 contra el portaaviones. El protagonista no obedeció, y así empezaron las represalias contra el Hotel 23. Remoto Seis lanzó una arma sónica conocida como Proyecto Huracán que atraía a legiones de criaturas no muertas a la región.

Finalmente, los protagonistas lograron destruir el arma sónica, pero ya era demasiado tarde.

Una nube de polvo de casi dos kilómetros de altitud se levantaba bajo los pies del ejército de no muertos que se aproximaba y hacía evidente la necesidad de una apresurada evacuación. Así empezó una enconada batalla por salir al golfo de México, donde les aguardaba el portaaviones *George Washington* para hacerse cargo de todos los supervivientes.

Poco después de que el protagonista embarcara en el portaaviones llegó una orden del mando supremo. Se le daban instrucciones para que se incorporara a un

submarino de ataque rápido del Ejército de Estados Unidos llamado *Virginia* y estacionado en las aguas al oeste de Panamá.

¿Su destino? China. ¿Su misión? Empezad a leer la novela y pronto lo sabréis. Pero antes...

Pero antes id a ver la puerta de la habitación. Os conviene tenerla bien cerrada.

J. L. Bourne.
JLBourne.com.

1 de noviembre.

Panamá —Fuerza Expedicionaria Clepsidra.

Caos. Total y absoluto. La escena que se divisaba en tierra recordaba a la de una región que acaba de sufrir un huracán de la categoría 5 o un bombardeo aéreo. Las numerosas instalaciones del canal que habían sobrevivido al capricho de los elementos exhibían las señales progresivas del deterioro y el abandono. La jungla había empezado a adueñarse de las regiones del canal y había iniciado el largo envite por borrar toda prueba de que el hombre hubiera logrado separar los continentes hacía cien años.

Figuras sin alma iban de un lado para otro, buscaban, reaccionaban a las señales de sinapsis muertas.

Un cadáver, vestido tan sólo con una camisa de trabajo de mecánico, arrastraba los pies por el lugar. El mecánico había hallado la muerte frente al cañón del rifle de un soldado panameño cuando el toque de queda a escala nacional todavía estaba en vigor. Se había transformado en aquella cosa poco después de que el corazón perforado se detuviera y la temperatura corporal empezara a descender y se pusiera en marcha el misterio que hacía que los muertos se levantaran. La anomalía, como se la solía llamar, se había difundido con rapidez por el sistema nervioso del mecánico y había alterado zonas cruciales de su anatomía sensorial. Había arraigado y se había replicado en el cerebro, pero sólo en las secciones donde se desarrollaban los instintos primarios, y se había almacenado por medio del ADN y de señales electroquímicas procedentes de largos milenios de evolución. Al avanzar por su camino de autorréplica e infección, la anomalía se había detenido brevemente en el canal auditivo. Una vez allí, había alterado la estructura física de los huesecillos del oído interno y le había mejorado el sentido del oído. Los ojos eran la última parada. Al cabo de unas pocas horas de reanimación, la anomalía había concluido la réplica y sustitución de ciertas estructuras celulares en el interior del ojo y así le había proporcionado una rudimentaria sensibilidad térmica de corto alcance, con lo que compensaba el sentido de la visión degradado por la muerte.

La criatura que había sido un mecánico se detuvo y ladeó la cabeza. Oía un sonido lejano, un sonido familiar. Durante un nanosegundo, sus oídos lo reconocieron; luego el nanosegundo pasó y la criatura olvidó. El sonido creció en intensidad, enardeció a la criatura, le provocó salivación. Un fluido gris y traslúcido le chorreaba del mentón y se le derramaba sobre la pierna descarnada y casi esquelética. El mecánico dio un paso corto en dirección al sonido; los tendones que tenía abiertos en la parte de arriba del pie se flexionaban y tiraban de los huesecillos

al caminar. La criatura sintió que el sonido cada vez más intenso no era natural, que no eran los ruidos del viento ni de la lluvia incesante, de los que solía hacer caso omiso. El caminar de la criatura se aceleró al acercarse a una pequeña y frondosa arboleda de la selva. Cuando el mecánico se adentró en el follaje, una serpiente se asomó, atacó la carne muerta y dejó dos pequeños orificios en el músculo casi desaparecido de la pantorrilla. La criatura no prestó ninguna atención y siguió adelante con andares trabajosos, casi llevándose por delante el follaje. De pronto, cuando la criatura entró en el claro, el coro de las almas malditas estalló desde todas las direcciones.

Doscientos mil no muertos que se habían quedado en la misma orilla del canal de Panamá donde se encontraba el mecánico bramaron al cielo. Un helicóptero militar de color gris los sobrevoló a cien nudos en dirección sureste, por la ruta del canal. El mecánico reaccionó instintivamente al sonido del motor y levantó la mano, como si hubiera pretendido cazar al vuelo la gigantesca ave y comérsela cruda. Frenético a causa del hambre, siguió al pájaro de alas giratorias, con los ojos puestos en la máquina voladora. Diez pasos más adelante, la criatura se cayó a las aguas del canal.

El trazado sinuoso del canal no estaba ya repleto de aguas fangosas y parduzcas ni de barcos. Los cadáveres hinchados cegaban la ruta marina antaño tan transitada. Algunos de aquellos cuerpos repulsivos aún se movían. Ni el calor y la humedad de Panamá ni las aguas infestadas de larvas de mosquito los habían descompuesto por completo. Las incontables hordas que se encontraban en una de las orillas del canal les rugían y gimoteaban a sus dobles del otro lado como en un enfrentamiento entre clanes que se prolongaba de uno a otro océano.

Antes de la anomalía, el mundo prestaba toda su atención al índice Dow Jones, a las tasas de paro falsificadas por el gobierno, a los precios corrientes del oro, a los tipos de cambio de divisas y a la crisis mundial de la deuda. Los pocos que habían sobrevivido rezaban por volver a un Dow Jones de 1000 y a un 80% de desempleo; por lo menos habría sido algo.

La situación se había degradado a un ritmo exponencial desde que se tuvo constancia de la primera manifestación de la anomalía en China. En los inicios de la crisis, los elementos supervivientes del Ejecutivo estadounidense había tomado la decisión de lanzar bombas nucleares sobre las principales ciudades del continente, en un intento de «frenar, impedir o degradar la capacidad de los no muertos para eliminar a la población superviviente de Estados Unidos». Detonaciones nucleares a gran escala devastaron las ciudades. Muchas de las criaturas se desintegraron al instante, pero el resultado final fue catastrófico. Los muertos que se hallaban fuera de las zonas relativamente pequeñas afectadas por las explosiones absorbieron tal cantidad de partículas alfa, beta y gamma que la radiactividad exterminó las bacterias

que habrían provocado la descomposición de la carne muerta. Como consecuencia, las criaturas iban a conservarse durante un período de tiempo que los científicos estimaban en décadas.

Sin embargo, quedaban unos pocos supervivientes humanos dispersos y aún existía un mando militar. En ese mismo momento se había dado inicio a una operación para aclarar la cadena de sucesos que había llevado a la humanidad hasta el borde de la extinción, y tal vez más allá.

A puerta cerrada, se discutía la posibilidad de crear una arma de destrucción masiva que pudiera ser eficaz contra las criaturas, porque no quedaban en el planeta municiones suficientes para exterminarlas con armas de mano, ni tampoco personas capaces de tirar del gatillo. A puerta todavía más cerrada, se hablaba de otros asuntos más siniestros.

El piloto del helicóptero profirió un grito de respuesta a los pasajeros. Tenía uno de los carrillos lleno de tabaco de mascar.

—¡Tres cero kilómetros hasta posarnos sobre el *Virginia*!

Hacía varios meses que el sistema de comunicaciones internas del helicóptero no funcionaba como tenía que funcionar. Ya sólo servía para que el piloto y el copiloto pudieran hablar dentro de la cabina.

El piloto debía de tener sesenta y pico años según se deducía de su cabello gris, patas de gallo muy pronunciadas y gorra de béisbol de Air America vieja y estropeada. El hombre que ocupaba el asiento del copiloto no formaba parte de la tripulación del helicóptero, sino que era uno de los miembros del equipo que figuraba en la bitácora como «Fuerza Expedicionaria Clepsidra».

Los pilotos habían llegado a escasear durante los últimos meses. La mayoría de ellos había desaparecido en el curso de misiones de reconocimiento. Los pocos aviones militares que aún volaban estaban hechos con millares de complejas piezas móviles, todas las cuales exigían inspección y mantenimiento rigurosos porque, si no, las máquinas se habrían transformado al cabo de poco tiempo en dardos para el césped muy caros. El viejo piloto parecía disfrutar de la compañía que tenía a su derecha: alguien que moriría a su lado si la situación se complicaba, lo cual era frecuente.

El acompañante estaba tenso y muy pendiente de cuanto le rodeaba. Llevaba puesto un arnés demasiado estrecho para su cuerpo, tenía la mano apoyada sobre el pestillo de la portezuela y observaba con nerviosismo los instrumentos del helicóptero. Se arriesgó a echar una mirada a tierra: volaban bajo y a mucha velocidad. Una ilusión óptica hacía que pareciera que el helicóptero se hallaba a la misma altitud que ambas orillas. Las criaturas chillaban y se debatían estrepitosamente cuando se caían al agua, incapaces de competir con el ensordecedor

estruendo de la máquina. El acompañante cubría los huecos sin dificultad, aunque también sin quererlo, y se imaginaba las canciones de los muertos que se oirían abajo. El estrés postraumático crónico que sufría a causa de los acontecimientos de los últimos años se abría paso en su conciencia. Instintivamente, se dio un manotazo en el muslo en busca de la carabina, preparándose para estrellarse de nuevo.

El piloto se dio cuenta y gritó al micrófono:

—He oído lo que te sucedió. Tu helicóptero se estrelló en mal lugar.

El acompañante activó su propio micrófono.

—Sí, fue algo de ese estilo.

El piloto gruñó.

—Acabas de hablar por radio. Si quieres hablar sólo conmigo, tienes que poner el interruptor hacia abajo, y hacia arriba para hablar con el resto del mundo.

—Ah, lo siento.

—No te preocupes; dudo mucho que te haya oído nadie. Tan sólo esas criaturas. Ahora mismo, un montón de compañeros pilotos rondan por ahí abajo. Estas incursiones se vuelven cada vez más peligrosas. Los pajaritos se caen al suelo, no tenemos piezas de recambio... ¿A qué te dedicabas antes? —gritó el viejo al micrófono, para imponerse el rumor de las turbinas que no gozaban de un buen mantenimiento.

—Soy oficial del ejército.

—¿De qué cuerpo?

El acompañante guardó unos momentos de silencio y luego dijo:

—De la armada. Soy tenient... hum... comandante.

El piloto, al oírle, se rió.

—¿Cuál de los dos, muchacho? Los tenientes están muy por debajo de los comandantes.

—Es una historia larga y aburrida.

—Eso último lo dudo, muchacho. ¿Qué especialidad tenías dentro de la armada?

—Aviación.

—Diablos, ¿quieres pilotar tú durante el resto del trayecto?

—No, gracias. Digamos que no soy un as del helicóptero.

El piloto soltó una risilla.

—Antes de que tú nacieras, cuando pilotaba aviones de alas pequeñas y fijas sobre Laos, yo tampoco sabía manejar una máquina como ésta.

El acompañante miró a tierra, a las masas de no muertos, y murmuró:

—No sabía que hubiéramos volado sobre Laos.

El viejo sonrió y le dijo:

—Es que no volamos sobre Laos. Pero ¿cómo crees tú que los francotiradores del Programa Fénix se acercaban lo bastante como para tener trato personal con los

oficiales del ejército norvietnamita? ¿Crees que recorrían a pie los doscientos kilómetros de jungla cargados con el fusil de cerrojo? Joder... ¡Tío, si crees que Fénix sólo se utilizó en Vietnam, te vendo un chalé en la costa de Panamá!

Los dos hombres rieron con carcajadas que se hicieron oír pese al rítmico estruendo de las palas de rotor que giraban sobre las cabezas de ambos. El acompañante metió la mano dentro de la mochila y sacó un chicle que había rescatado de un paquete de comida preparada del ejército y le ofreció la mitad al piloto.

—No, gracias, es muy malo para la dentadura postiza, y además me he quedado sin Fixodent. Pero ¿quién es ése que te acompaña?

El acompañante le miró con el ceño fruncido.

—No te cuentan nada, ¿verdad? El tío con pinta de árabe es amigo mío. Los demás son del Comando de Operaciones Especiales, o, mejor dicho, de lo que queda de él.

—Del Comando de Operaciones Especiales, ¿eh?

—Sí, hay «ranas» y gente de ese tipo. No sé si puedo decirte mucho más y, a decir verdad, yo mismo no estoy muy bien informado.

—Entiendo, no quieres contárselo al abuelo.

—No, no es eso, es que...

—Lo decía en broma, no te preocupes. Yo también tuve que guardar un par de secretos en su día.

Aún pasaron unos pocos minutos bajo el estruendo del rotor hasta que el piloto señaló al horizonte con su dedo arrugado y dijo:

—Eso de ahí es el Pacífico. Las coordenadas del *Virginia* están en esa tarjeta que llevo en la pernera. ¿Podrías introducirlas en los inerciales?

—Desde luego.

En cuanto las coordenadas estuvieron introducidas, el piloto alteró su rumbo unos pocos grados a estribor y se mantuvo en línea recta.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—El amigo de ahí dentro me llama Kilroy, Kil para acortar. ¿Y tú?

—Sam. Un placer conocerte, aunque puede que ésta sea la primera y la última vez.

—Oye, Sam, eres una hacha animando a la gente.

Sam levantó la mano, dio unos golpecitos sobre la pantalla del indicador de arriba, y dijo:

—Ya conoces los riesgos, Kilroy. No tengo ni idea de adónde irás con tu submarino negro. Pero, dondequiera que vayas, puedes apostar a que será igual de peligroso que todo eso que vemos ahí abajo. Ya no quedan zonas seguras.

2

Un portaaviones de Estados Unidos, uno de los últimos símbolos del moribundo poderío militar estadounidense. Había otros, pero llevaban meses anclados lejos de la costa. Los habían abandonado. Se habían reservado incluso uno de los portaaviones para emplearlo como central nuclear flotante. Proporcionaba gigavatios de electricidad a bases insulares cada vez más maltrechas y a algunos aeródromos situados en franjas costeras remotas. En otro tiempo se había llamado *Enterprise*, y ahora se le conocía como Reactor Naval Posición Tres. Un pequeño contingente de ingenieros eléctricos era todo lo que quedaba de su antigua tripulación de cinco mil marineros. No todas aquellas gigantescas embarcaciones se encontraban en paradero conocido. Un puñado de gigantes de acero se había quedado en ultramar cuando las alarmas sonaron y la sociedad entera se vino abajo. El *Ronald Reagan* se hallaba en el fondo del mar y la mayoría de su tripulación estaba no muerta, y aún flotaba por los oscuros compartimentos de los pecios. Al principio hubo reproches que volaron de un lado para otro cual yunques de herrero... mientras hubo hombres vivos que pudieran arrojarlos. Circulaban cables confidenciales en los que se decía que el *Ronald Reagan* se había ido a pique como consecuencia de los ataques simultáneos de varios submarinos diésel norcoreanos en los días inmediatamente posteriores a la aparición de la anomalía. Nadie lo sabía con certeza. El *George H. W. Bush* había sido avistado por última vez, difunto, en aguas próximas a Hawaii. Observadores presenciales que se hallaban en un destructor estadounidense cercano informaron de que su cubierta estaba plagada de criaturas no muertas. Se había transformado en un mausoleo flotante y lo sería hasta que una ola desconsiderada o un tifón de gran magnitud lo mandara a los brazos de Poseidón.

Una parte de las tripulaciones de los portaaviones restantes se había salvado y se había refugiado en el *George Washington*. Este último seguía activo en el golfo de México. La diáspora de los militares estadounidenses perduraba.

* * *

Las veinte mil toneladas del *George Washington* surcaban las aguas del golfo y patrullaban a diez millas de la infestada costa panameña. El gobierno en funciones aún perduraba, y sus órdenes principales eran claras y concisas. «Recuperar al Paciente Cero a toda costa».

El almirante Goettleman, comandante de la Fuerza Expedicionaria Clepsidra y jefe de Operaciones Navales en funciones, estaba sentado en su camarote y veía el circuito de televisión por cable del portaaviones mientras desayunaba. Hacía una semana que pasaban una y otra vez una película titulada *El final de la cuenta atrás*. Tendría que llamar a alguien para comentárselo, o quizá mejor dejarlo correr. «Quizá

la tripulación disfruta con esa historia de un portaaviones que viaja atrás en el tiempo y tiene la oportunidad de cambiar la historia». Una fuerte llamada en la puerta anunció la presencia de Joe Maurer, investigador de la CIA y asistente de Goettleman desde el inicio del desastre.

—Buenos días, almirante —dijo Joe con alegría, aunque también con cierta insinceridad.

—Buenos días, Joe. ¿Nuestros muchachos han logrado llegar al *Virginia*? —preguntó el almirante Goettleman al tiempo que masticaba el último bocado de huevo en polvo.

—No tardarán en estar allí, señor. La central de radio informa de que están sobrevolando el Pacífico y se guían por la señal del *Virginia*.

—Yo no sería almirante si no me preocupara por el tiempo que hace. ¿El helicóptero ha comunicado algún tipo de problema?

—No, señor, la mar está en calma, no hay turbulencias. Me imagino que hoy hemos tenido suerte.

—Tendríamos que poder ahorrar suerte para otro día. Falta mucho para que Clepsidra se ponga en marcha. Estoy muy preocupado por cómo pueda salirnos esto. Aunque te lo haya preguntado cien veces, ¿qué te parece a ti? Quiero que me digas la verdad y no las cuatro chorradas de turno.

—Almirante, lo primero que tendrán que hacer es llegar hasta allí. En caso de que sobrevivan al viaje hasta Pearl, a la operación Kunia en Hawaii y al largo trayecto hasta las aguas territoriales chinas, todavía les faltará lo peor. El mundo entero se ha quedado sin luz y no hemos tenido noticias de ninguna de las Regiones Militares Chinas desde el pasado invierno. Todo el país está a oscuras. No tenemos operadores de radio de alta frecuencia que controlen esa franja. Puede que hayan tratado de comunicarse con nosotros en una docena de ocasiones y no nos hayamos enterado. Nos faltan intérpretes de la lengua china. Si nuestra gente captara una retransmisión, quizá contaríamos con cinco hombres a bordo capaces de descifrarla. Demos por hecho que nuestro equipo logrará atravesar el Pacífico hasta Bohai y que entrará en el río. Y luego ¿qué? Usted sabe muy bien lo mal que está todo en los Estados Unidos continentales. Hace un año, debíamos de contar una población de trescientos veinte millones. Las operaciones cinéticas realizadas hasta este momento han acabado con algunas de las criaturas, pero no se puede decir que las armas nucleares contribuyeran a la causa.

Al oír el comentario de Joe, el almirante Goettleman retrocedió en el tiempo por unos instantes hasta el día en el que se había decidido arrojar bombas nucleares sobre los centros de población. En aquel momento, él mismo había estado de acuerdo. Había oído desde el puente de su nave los vítores que lanzaba la tripulación mientras las bolas de fuego nocturno iluminaban los cielos y sacudían las ciudades a las que

estaban destinadas. También había aplaudido y gritado, qué diablos. Los gigantescos hongos eran muy distintos de los de las viejas filmaciones de pruebas nucleares. Todos los colores del arco iris recorrían el pilar que sostenía la enorme seta. Un gran rayo azul refulgía y centelleaba a través de la pared vertical de escombros, polvo y restos humanos.

—¿Qué tal anda nuestra investigación sobre los especímenes de Nueva Orleans?
—preguntó Goettleman.

—Bueno, señor, ya ha leído lo que ocurrió en el navío *Reliance*. Hemos captado, por medio de inteligencia de señales, datos con buenas geolocalizaciones de cientos de retransmisiones de radio procedentes de Nueva Orleans y de otras ciudades que puedo listarle y que también sufrieron bombardeo nuclear. Las retransmisiones se produjeron después de que tuvieran lugar las detonaciones. De acuerdo con toda la información que hemos podido conseguir, esos cabrones, en número moderado, son casi imparables. Funciones cognitivas más elevadas, agilidad, velocidad... No son sus mordiscos y arañazos lo único que mata..., es la radiación de esos ingenios nucleares de elevada potencia que ahora se desprende de los cadáveres. Los especímenes Carretera y Centro no son diferentes.

—No había perdido la esperanza de que me dieras buenas noticias, ¿sabes? —dijo Goettleman, casi con tristeza.

—Aún contamos con propulsión, agua fresca y algo de comida, señor.

El almirante se obligó a sonreír.

—Supongo que ya es algo.

Joe tomó un trago y tosió, y dijo:

—Los hombres de ese helicóptero que está a punto de llegar al submarino ni siquiera saben lo que tienen que buscar.

—Pronto lo van a saber. El oficial de inteligencia del *Virginia* les pondrá en antecedentes.

—Señor, sé que lo hemos discutido ya, pero mi postura no ha cambiado. Si se lo contamos todo, podemos encontrarnos con que el asunto se complique en algún nivel. Tal vez consideren que no merece la pena recobrar al Paciente, si es que consiguen localizarlo. Tal vez les parezca que se trata de un derroche de tiempo y de recursos.

—Joe, puede que el Paciente Cero sea la clave que nos permita salir de este embrollo. Estoy dispuesto a sacrificar un submarino de millones y millones de dólares y a todos los hombres que viajen en él si con eso tenemos una oportunidad... Y además, también tenemos que pensar en la tecnología.

Joe se acercó a la barra y se sirvió otro dedo de bebida.

—Hace setenta años que disponemos de esa tecnología y no hemos dado grandes saltos adelante salvo, quizá, el estado sólido, una cierta invisibilidad, una levitación magnética primitiva y láseres. Tardamos décadas en reproducirla con nuestras

imitaciones, que eran ridículas y demasiado grandes. Además, ¿de qué nos va a servir la tecnología contra siete mil millones de depredadores andantes?

—Todos esos argumentos son muy convincentes, pero ¿qué alternativa tenemos?

—Podríamos reunir a todos los supervivientes y trasladarnos a una isla, almirante. Fortificarla y vivir el resto de nuestras vidas en un lugar donde, al menos, correríamos menos peligro que aquí.

—¿Que abandonemos EE. UU? ¿Que los dejemos en manos de esas criaturas?

—Señor, con el debido respeto, en el continente no queda nada salvo millones de criaturas de éstas. Muchas de ellas han recibido tanta radiactividad que no pueden descomponerse. Aun cuando ninguna de ellas se hubiera expuesto a la radiación, los expertos calculan que podrían caminar durante otros diez años, o más, y serían una amenaza durante un tiempo todavía más largo. No tenemos ni idea de cuánto tiempo van a durar. Hay quien dice que treinta años o más.

El almirante parecía mirar a la pared a través del cuerpo de Joe. Parecía haber entrado en trance y se repetía a sí mismo:

—Treinta años. Treinta años, Dios mío.

Joe prosiguió:

—A menos que lancemos un asalto coordinado en pinza contra ambas costas y acabemos con ellos, con la colaboración de todos los hombres, mujeres y niños capaces de luchar, no regresaremos a los Estados Unidos continentales en un futuro previsible, tal vez jamás. Eso es lo que hay. Nos enfrentamos a una plaga que no sólo contamina a los muertos, sino también a los vivos. Todos nosotros estamos contagiados. Los únicos humanos que no son portadores de la anomalía son esos pobres diablos de la estación espacial internacional. Hace semanas que la estación no nos envía ráfagas de datos.

Los ojos del almirante se apartaron de Joe para contemplar un rincón iluminado del camarote en el que había una pintura muy antigua del general George Washington colgada en un lugar visible en el mamparo.

—¿Qué habría hecho el general Washington?

—Probablemente habría defendido Mount Vernon con tajos, disparos, explosiones e insultos. A puñetazos, si hubiera sido necesario.

—Exacto, muchacho. Exacto.

Fuerza Expedicionaria Fénix.

Un equipo de operaciones especiales constituido por cuatro hombres viajaba sentado en la parte posterior del C-130, a 6700 metros de altitud, por los cielos del sureste de Texas. Los hombres contemplaban la luz que parpadeaba cerca de la portezuela de carga y tiraban de las correas del paracaídas con el deseo de que dejara de parpadear. Sorbían oxígeno puro mediante el sistema O2 del ingenio volador con el objetivo de eliminar el nitrógeno de la sangre y tal vez evitar una hipoxia que podía ser mortal. Faltaban cinco minutos.

Los hombres tenían experiencia en saltar de aviones, pero no sentían ningún deseo de hacerlo durante una noche fría y oscura, a 6700 metros sobre una zona infestada, sin apoyo terrestre ni aéreo. No lograban convencerse de que fuese una buena idea, ni de que mereciera la pena el esfuerzo. Las extremidades les temblaban a todos ellos con tal violencia que a duras penas lograban enganchar el cable estático. No era por el salto; era por lo que pudiese ocurrirles después de que sus pies, rodillas, culos, espaldas y finalmente sus hombros absorbieran el impacto del descenso a siete metros por segundo cuando llegaran al suelo. Muchos de sus compañeros habían realizado saltos esenciales del mismo tipo en busca de materiales o de información que se consideraba crucial para la supervivencia de la población civil y las infraestructuras estadounidenses que aún existían. Algunos de los paracaidistas iban a por objetos tales como fórmulas de insulina, manuales y maquinaria; a otros los enviaban a grandes tiendas especializadas en material tecnológico en busca de herramientas manuales alimentadas con baterías de litio. Algunos se dirigían a campos abandonados. Los había que se posaban en tejados de edificios en zonas con gran densidad de infectados. Muchos se arrojaban a los brazos de los muertos o se rompían una pierna al llegar al suelo y se veían obligados a tragarse cápsulas de veneno de fabricación casera, píldoras que no siempre lograban el efecto deseado.

De acuerdo con las cámaras aéreas de infrarrojos, muchos de ellos seguían con vida cuando las criaturas los encontraban, aunque aturcidos y entorpecidos por el veneno. Qué ironía... Todos los paracaidistas llevaban su propio paracaídas y se confeccionaban sus propias cápsulas. A veces era mejor no pensar en ello.

El resto de los operativos le llamaba Doc. Un año antes había tenido que tragar arena y balas de 7,62 mm en las montañas de Afganistán en busca de presas muy valiosas. Antes de que se ordenara el regreso de todas las tropas. Sólo el 35% de las fuerzas militares desplegadas por el globo logró volver al continente antes de que todo enloqueciera. Doc y Billy Boy, amigo suyo desde hacía tiempo y compañero en la fuerza de operaciones especiales SEAL, fueron los últimos en abandonar las

provincias del sur de Afganistán. Pasaron por un infierno para abrirse paso hasta el mar de Omán, desde donde pudieron regresar a Estados Unidos a bordo del *Pecos*, un navío para transporte de suministros que aguardaba frente a la costa. Tuvieron que nadar mucho.

Doc se mecía, sentado sobre una red de carga, cerca de Billy Boy y de la cortina del baño del C-130. Llevaba puestos unos auriculares de color verde claro marca David Clark y escuchaba la charla del piloto.

El piloto abrió el micro y habló con el copiloto.

—Esos tíos sí que tienen huevos. Van a saltar a oscuras sobre la mierda de abajo.

—Yo no me presentaría voluntario ni borracho para esa mierda. Qué coño, si pilotar esta tumba volante ya es peligroso. ¿Cuántos hemos perdido durante los últimos tres meses? ¿Cuatro? ¿Cinco?

—Siete.

—Mierda. ¿Siete? Nunca hemos logrado rescatar a la tripulación de los artefactos caídos. Me pregunto si alguno de esos pobres diablos aún estará en tierra luchando por sobrevivir.

—Eso espero.

—Yo también lo espero, tío.

Doc interrumpió la charla:

—¿Podrías hacerme un control de posición inercial?

El sistema de comunicaciones interno de la cabina de los pilotos crepitó.

—Te quedan dos minutos, Doc.

—Entendido. Ya podéis volver a la base, muchachos, nos vemos luego.

Como no disponían de personal suficiente, los cuatro miembros de la Fuerza de Operaciones Especiales tendrían que saltar al vacío sin la asistencia de un instructor. Mientras cada uno de los cuatro inspeccionaba los paracaídas de los otros tres, Doc activó la rampa de carga y el gélido aire que se encontraba a altura mediana entró en tromba en la bodega.

Tras una ojeada al reloj, Doc miró directamente a Billy Boy, momentos antes de que la luz que brillaba en lo alto dejara de parpadear. El aire estaba enrarecido y frío cuando Billy Boy se arrojó desde la portezuela al cielo abierto de Texas. Los otros dos miembros de la Fuerza Expedicionaria Fénix, Hawse y Disco, saltaron a continuación. Hawse se había unido al equipo después de escapar del Distrito de Columbia en circunstancias particularmente difíciles. Disco, un operativo Delta, era el fichaje más reciente. Lo habían asignado a su nueva unidad después que Doc perdiera a un hombre en las zonas altamente radiactivas de Nueva Orleans.

Doc vio a Hawse desaparecer por la puerta y abrió el micrófono para hablar con la cabina de pilotaje.

—El último saldrá dentro de diez segundos.

Se despojó de los auriculares y regresó a la portezuela, su portal y ascensor de ida hasta el infierno. Contempló el paisaje que se encontraba kilómetros más abajo, divisó indicios seguros de que había habido incendios, pero no atisbó rastro alguno de la red eléctrica; estaba oscuro. Al saltar de la portezuela de carga y precipitarse en la noche, pensó en las imparables oleadas de espantosas criaturas que habría abajo. El paracaídas de Doc se desplegó y le obligó a concentrarse.

Buscó con la mano el micrófono que llevaba en la garganta y gritó para hacerse oír, a pesar del viento.

—¿Billy?

—Te escucho, Doc.

—¿Disco?

—Aquí estoy, jefe.

—¿Hawse?

—Aquí, joder.

Doc gruñó al micro.

—Muy bien, todo el mundo a las dos noventa con los anteojos puestos y los proyectores de infrarrojos a punto. Tratemos de encontrarnos.

Doc distinguía la curvatura de la tierra a través de los anteojos de visión nocturna. Aún se encontraba a más de tres mil metros de altitud y, al descender, sentía el sutil inicio de la hipoxia. En circunstancias normales, no habrían saltado a tanta altura sin botella de oxígeno. Pero ése era un lujo del pasado. Doc tenía la esperanza de que el poquito de oxígeno que su equipo había aspirado dentro del avión antes del salto de Gran Altitud / Gran Abertura les permitiera evitar, al menos en parte, los efectos secundarios.

Mientras echaba una mirada a la brújula que llevaba en la muñeca, Doc descubrió un débil centelleo algo más abajo, y luego otro en una posición distinta.

—Veo dos señales luminosas..., ¿estáis todos haciendo señales?

—Disco hace señales.

—Billy hace señales.

Doc resopló y dijo con desdén:

—Coño, Hawse, ¿qué problema tienes?

—Esto... Yo... es que no encuentro el aparato.

—¿Por lo menos te has traído la brújula, gilipollas?

—Sí, estoy en las dos noventa. Voy a encender dos veces seguidas la linterna. Si os quemo, sabréis que he sido yo.

—Qué simpático eres, Hawse.

—Ya me imaginaba que te gustaría.

Doc exploró el campo visual y consultó el altímetro. Cinco mil quinientos metros.

—Ya te he visto, Hawse. Apaga la linterna..., nos estás jodiendo por los anteojos.

—Vale, tío... ¿A qué altitud estás? —le preguntó Hawse a Doc.

—A unos cinco mil doscientos. ¿Por qué?

—Yo estoy a cinco mil trescientos.

—Vete a tomar por culo, Hawse.

Los hombres prosiguieron con el descenso en paracaídas. La temperatura empezaba a subir a un ritmo de dos grados centígrados por cada trescientos metros. A cuatro mil quinientos de altitud, Doc les ordenó que se examinaran en busca de síntomas de hipoxia.

—Buscad señales de hipoxia.

—Aquí Disco, sin problemas.

—Aquí Billy, sin problemas.

—Aquí Hawse, sin problemas.

—Estupendo, muchachos. Nos quedan unos doce minutos hasta que toquemos tierra. Los de Inteligencia dicen que el enjambre se ha desplazado un trecho hacia el oeste, en dirección a los restos de San Antonio. Eso no quiere decir que vayamos a posarnos en un hotel de la costa tropical. Podéis apostar a que esas garras muertas tratarán de pellizcaros el culo antes de que podáis abriros el arnés del paracaídas. Preparaos. Quiero las M-4 con el cargador a punto, sin obstrucciones, el silenciador en su sitio y el láser activado.

Los hombres no lo dijeron, pero tocaron tierra paralizados por el miedo, temerosos de que se materializara la peor de las posibilidades.

«¿Y si llegamos a tierra en medio de un enjambre? En su mismo centro, rodeados por no muertos hasta un kilómetro de distancia en todas las direcciones».

No había entrenamiento ni experiencia de combate que pudiera haberlos preparado para semejante situación.

Cuando las suelas de sus botas llegaron a tres mil metros de altura, Doc retransmitió de nuevo:

—Control de hipoxia.

—Aquí Disco, sigo despierto.

—Aquí Billy, sin problemas.

—Aquí Hawse, tengo frío.

—Repíte, Hawse.

Hawse dijo con lentitud:

—Tengo frío, quiero decir, frío.

Doc empezó a hacerle las preguntas médicas estándar.

—Hawse, nos quedan ocho minutos hasta tocar tierra. Empieza a decirme el alfabeto empezando por el final.

Hawse le respondió con la voz pastosa.

—Pero tío...

—Empieza —le insistió Doc.

—Rrecibido. Zeta, y griega, uve doble, uve... joder, tío, lo siento mucho, no me sale.

—Tienes hipoxia, Hawse. Estamos a menos de tres mil metros. Tienes que recobrarte antes de que llegemos a tierra. Disco, Billy, id por Hawse tan pronto como os hayáis sacado los paracaídas.

Disco respondió al instante.

—Se hará.

Billy murmuró:

—Estoy en ello. Espera, ¿cómo vamos a saber dónde se encuentra? Hawse se ha olvidado el aparato.

Doc le respondió:

—Tienes razón. Hawse, enciende el láser infrarrojo. Será la única manera de que te encontremos. Cuando estés en tierra, empieza a hacer señales en todas las direcciones tan pronto como te libres del arnés.

No hubo respuesta.

—¡Joder, Hawse, di algo! —gritó Doc.

Una voz pastosa y débil murmuró:

—Rreshibiiddo.

Mil quinientos metros.

—Control de hipoxia.

—Disco, estupendo.

—Billy, sin problemas.

Doc, nervioso, dijo por radio:

—Será mejor que estemos pendientes de Hawse. Nos hallamos a menos de mil quinientos y ya les huelo. ¡Cuatro minutos!

Disco y Billy retransmitieron al unísono:

—¡Recibido!

Forzaron la vista en busca de indicios de que las criaturas pudieran infestar la zona en la que iban a tocar tierra. Aún no habían descendido lo suficiente como para poder ver el suelo con precisión mediante sus instrumentos ópticos.

Los anteojos les proporcionaban tan sólo una falsa percepción de profundidad. Las normas eran: mantén la mirada fija en el horizonte, con las rodillas ligeramente dobladas, no trates de adelantarte al impacto. Variaciones de estas normas se repetían en el subconsciente mientras bajaban los últimos treinta metros. La fetidez de las criaturas se les hizo casi abrumadora cuando cayeron a plomo en el corazón del páramo de los no muertos.

Disco fue el primero de los operativos que llegó a tierra. Se recobró al instante, miró a su alrededor en busca de amenazas y abrió el arnés del paracaídas. Todos ellos

se imaginaban que Hawse debía de estar inconsciente, o aturdido por la hipoxia. Hawse no paraba de tocarles los huevos a los otros miembros del equipo, pero los demás le respetaban. Había logrado escapar entero de Washington D. C. Lo más importante de todo: a nadie le gustaba la idea de perder a un hombre cuando el equipo entero tenía cuatro. Y todavía menos en un momento como aquel.

Mientras Disco se ajustaba el intensificador de los anteojos, Billy Boy llegó a tierra, siete metros a su izquierda, con una palabrota y el sonido suave del golpe. Doc hizo impacto diez segundos más tarde. Se reagruparon en torno a Disco y miraron en derredor, en busca del láser infrarrojo de Hawse. No vieron nada, hasta que el destello de una carabina con silenciador los atrajo hacia una loma.

Hawse se había desmayado en algún punto a menos de trescientos metros, y no se había enterado de que iba a posarse sobre una gran picea. El paracaídas se le había enredado en una rama y se había oído un fuerte chasquido. Se quedó colgado durante unos minutos, aturdido, hasta que la criatura empezó a roerle la punta de acero de la bota izquierda. Las dos manos huesudas del cadáver le agarraban el pie. La carabina colgaba en un ángulo incómodo, por lo que Hawse tuvo que disparar con el brazo más débil. La primera vez estuvo a punto de abrirse un orificio en el pie pero a la tercera le hizo estallar el cerebro a la criatura, y los sesos se desparramaron por el suelo como si se vaciara una bolsa de hojas húmedas.

Hawse activó el láser infrarrojo y apuntó con él en una y otra dirección. Al cabo de un minuto, se dio cuenta de que el auricular se la había salido de lugar durante el descenso. Tras palpase en busca del cable enrollado, volvió a colocárselo en el oído.

Doc retransmitía.

—Estoy viendo el láser de Hawse. Parece que está en una colina. Nos desplegamos a lo largo de veinte metros. Iré al frente con Disco. Billy, tú te pones a las seis.

Disco confirmó verbalmente la orden.

Billy replicó por radio tan sólo con «seis».

La brevedad en las comunicaciones era la norma en el mundo de los no muertos. Hawse no intervendría en la conversación, a menos que fuera absolutamente necesario. Los hombres oían el crujido de la maleza que les indicaba que no estaban solos. Cubrieron rápidamente los cincuenta metros que les separaban del lugar donde Hawse había quedado colgado de la picea.

La radio de Doc crepitó con la voz de Billy Boy.

—Tango siete y nueve, treinta metros, fuerza cinco.

Había cinco no muertos treinta metros más allá del árbol.

Doc dio la orden.

—Mátalos, Billy.

El sonido de la carabina con silenciador de Billy al vomitar plomo a corta

distancia fue como un bálsamo para sus oídos.

—Tangos eliminados —informó Billy.

Al llegar a lo alto de la loma, vieron a Hawse colgado del árbol, esforzándose por mantener las piernas recogidas contra el pecho.

Doc meneó la cabeza y dijo:

—¿Qué coño te ocurre, Hawse?

—Me he desmayado mientras bajaba, tío, y al despertar me he encontrado con que esa cosa me daba mordiscos en las botas —dijo Hawse, e hizo un gesto en dirección al cadáver—. ¿Qué quieres de mí?

—Córtale los cables, Disco —ordenó Doc.

—Será un placer.

Disco trepó por el árbol hasta una altura suficiente para cortar los cables y Hawse se cayó ruidosamente al suelo. Aterrizó a apenas unos metros del cadáver.

—¡Disco, gilipollas! ¡Podría haber aterrizado sobre la cara de esa criatura! ¡Deja de hacer el subnormal!

—No te ha pasado nada. No hace falta que seas tan borde.

—Estás en inferioridad numérica, Disco —bromeó Doc.

—Ya me lo imagino, pero de todos modos un Delta vale lo mismo que tres «ranas» —replicó Disco con sarcasmo, y además se lo creía.

—Bueno, basta de hacer el ganso, vamos por los paracaídas y examinaremos el terreno para saber a qué distancia estamos —ordenó Doc.

Tres confirmaciones se oyeron al unísono en los auriculares.

Billy sacó el mapa y la brújula. Marcó en el mapa el punto donde habían saltado y anotó el viento con el que habían descendido, guiándose por la dirección del humo que brotaba de los lugares donde no se habían extinguido los incendios. Refinó y precisó su posición mediante la observación de los accidentes del terreno, y a continuación todos los demás expresaron su acuerdo.

—Doc, vamos a tener que arrastrarnos cinco kilómetros en dirección nortenoeste para poder ubicar de manera aproximada las puertas de acceso —dijo Billy.

—Mejor de lo que había esperado.

Recogieron los paracaídas, los metieron cada uno en una gran bolsa de basura que formaba parte de su equipo y marcaron en los mapas el lugar donde los dejaban. Los paracaídas les vendrían bien más adelante, pero no valía la pena meterlos en las mochilas y tener que cargar con el peso extra. El tiempo era esencial. En aquellos parajes habría sido muy peligroso que los sorprendiesen en pleno día.

Tara estaba echada sobre la cama y miraba al techo. No habría mirado de manera muy distinta a un profesor aburrido en la universidad, en un tiempo que le parecía ya pertenecer a otra vida. Los fluorescentes rectangulares estaban de color rojo. La litera se mecía levemente mientras el barco avanzaba por aguas revueltas.

El estruendo que surgía del baffle montado sobre la puerta la obligó a recuperar la concentración. Algunos de los miembros de la tripulación lo llamaban 1MC. Ese término estaba en la lista de lo que debía aprender. Tenía tanto por asimilar... Hacía tan sólo unos días que su novio se había marchado. Había pasado una semana desde la evacuación del Hotel 23..., a ella le parecía que hacía mucho más tiempo. El recuerdo era tan borroso...

Aún creía oír la señal sonora dentro de su cabeza. Todos los demonios del infierno no habrían podido asustarla más. No creía en el infierno tal como aparecía representado en las iglesias y en las novelas de terror. Sólo conocía el infierno de verdad que había visto con sus propios ojos el día en el que huyeron del Hotel 23.

Habían hecho subir a Tara a bordo de un helicóptero junto con Dean, Jan, Laura y al resto. Laura se aferraba a la perrita blanca de John, Annabelle, por puro miedo. Cuando los evacuaron del último sitio que por un breve período de tiempo habían llamado hogar, ninguno de ellos sabía lo que podían encontrar más adelante.

Saien la había empujado a bordo y le había dicho, para darle ánimos:

—No te preocupes, cuidaré de Kil por ti. Estará a salvo conmigo. ¡Vamos!

Las imágenes de la batalla que se había librado pocos días antes en el camino entre el Hotel 23 y el golfo habían quedado marcadas como cicatrices en su consciencia y habían alimentado sus sueños recientes. El helicóptero se había elevado sobre el complejo y Tara había empezado a ver lo que parecían millones de no muertos que se acercaban. Pura muerte que convergía en el nexa, el Hotel 23. Los supervivientes se habían marchado en un convoy de vehículos militares, así como en coches y camiones, e incluso a pie. Solamente las mujeres y los niños habían viajado por el aire a fin de garantizar su seguridad.

Tenía un vívido recuerdo de los Marines que disparaban contra las hordas, que dispersaban en un instante a masas de no muertos, que con sus balas arrojaban miembros cadavéricos en todas las direcciones. Algunas de las balas parecen rayos láser, pensó mientras los marines segaban a millares de víctimas en la hilera frontal de no muertos. Con todo, legiones de estos lograban superar las líneas de fuego.

Eran demasiados como para detenerlos.

El helicóptero voló hacia el sur y Tara tuvo el primer vislumbre del navío *George Washington*, una mancha en el horizonte que creció en cuestión de segundos mientras volaban hacia él.

Un hombre llamado Joe Maurer le había tomado el parte en el día anterior. Le había pedido educadamente que empezara desde el principio..., desde meses atrás, desde el coche donde la habían encontrado y la habían rescatado. Sintió un asomo de vergüenza cuando Joe le preguntó cómo había podido sobrevivir durante tanto tiempo en el interior del vehículo.

Se ruborizó todavía más cuando el hombre le dijo:

—¿Cómo hacías tus necesidades?

No sólo por vergüenza, sino por el miedo que la golpeó como un rayo cuando el hombre le hizo la pregunta. Recordaba a las criaturas. La observaban en el interior del coche mientras dormía, la observaban mientras lloraba, la observaban mientras les maldecía y les escupía, y la observaban, incluso, cuando hacía sus necesidades en una taza grande de McDonald's. Gracias al cielo, no tenían la fuerza ni la inteligencia suficientes para romper los cristales con rocas, como Tara había visto en otras ocasiones. Golpeaban sin cesar los cristales con muñones sanguinolentos e hinchados de pus...: lo que había quedado de sus manos. Llegaron al extremo de emplear las cabezas como arietes en un intento por abrirse paso hasta ella. A uno habían llegado a saltarle los dientes de su boca podrida cuando trató de morder el cristal para llegar hasta ella a través de la ventanilla agrietada. «Se guían por impulsos primarios», pensó Tara en ese momento.

Estaba en las primeras fases de una insolación cuando la encontraron. Kil no había sido su único salvador, pero sí era la primera persona a la que había visto al mirar desde el borde de la muerte. Y ahora se había marchado, lo habían mandado a una misión que probablemente no serviría para nada. A Tara, en realidad, no le importaba la misión..., lo único que quería era que volviese. Tara había llegado a entender cómo debió de sentirse su abuela cuando el abuelo tuvo que marcharse a Vietnam.

Ella, por lo menos, tenía a John y a los demás.

Era John quien mantenía unido al grupo. Había estado con ellos en las horas más negras: en el día que se vivió en el Hotel 23 cuando el helicóptero no regresó. Tara estuvo llorando durante varios días. Sin rendirse jamás, vivía junto a la radio. Mientras estaba despierta, se pasaba todo el tiempo atenta a las señales de socorro; obligó a John a prometerle que haría lo mismo mientras ella dormía. John lo hizo, sin quejarse ni cuestionarla. Casi con certeza, John habría muerto también, de no ser por Kil.

A decir verdad, lo más probable era que todos ellos hubieran muerto de no ser por el propio John. Sus conocimientos en ingeniería de redes y en el manejo del Linux habían hecho posible que los supervivientes del Hotel 23 pusieran en funcionamiento, por lo menos, una parte de los complejos sistemas clasificados de éste. Su destreza en el control de las cámaras de seguridad, recepción de imágenes por satélite y

equipamiento de comunicaciones habían sido esenciales para que el grupo estuviera al tanto de su propia situación.

Tara oyó una vez más la señal y se preguntó qué significaría esta vez.

John se había propuesto mantenerse activo después de que Kil se marchara. Todavía estaba algo enfadado, y quizá un poco dolido, pero comprendía los motivos por los que Kil había elegido a Saien. Había dejado atrás esa cuestión y se había presentado como voluntario para ayudar a la División de Comunicaciones a mantener en funcionamiento sus vitales circuitos. Los sistemas de correo electrónico de la embarcación eran inútiles, porque no existía ya una World Wide Web a la que pudieran conectarse. Con todo, sí existía una sólida red de comunicaciones por radio que enlazaba al *George Washington* con varios otros nodos de información que seguían activos en el mar y en tierra firme. Aunque no le hubieran autorizado el acceso directo a los circuitos, era cuestión de tiempo que los técnicos de comunicaciones del barco se familiarizaran con John, bajaran la guardia y le permitieran acceder sin restricciones. Sus conocimientos en teoría básica de radiofrecuencias y en sistemas informáticos le otorgaban una importancia fundamental entre los recursos humanos de la nave.

* * *

Unos pocos pisos más abajo, más cerca de la popa que el puesto de comunicaciones, se hallaba la enfermería del portaaviones. Antes de la anomalía, había tenido el aspecto de un simple ambulatorio, pero en ese momento se asemejaba más bien a un centro de atención para heridos de guerra. La mayoría de los médicos había muerto en el cumplimiento de su deber después de que se detectara la anomalía en Estados Unidos. No costaba nada entender por qué, puesto que los médicos que viajaban a bordo solían ser los primeros en acercarse a los infectados. La nave había transportado cinco médicos antes de que se presentara la anomalía. Los cadáveres reanimados infectaron en seguida a los dos primeros. Resultaba irónico que los mismos médicos que habían certificado la defunción muriesen a manos de las criaturas que los habían engañado. Un tercero murió después de que un marinero infectado se pegara un tiro en la cabeza y salpicara con su sangre un corte en la cara que el médico se había hecho al afeitarse. El médico pidió que le disparasen a la cabeza también a él y lo sepultaran en el mar. El cuarto médico evitó la violencia mediante una sobredosis de morfina. Por lo menos tuvo para con sus compañeros la decencia de atarse la mitad inferior del cuerpo a la camilla con correas antes de administrarse la inyección. La nota que dejó al suicidarse era tan turbadora que el oficial de seguridad de la embarcación la confiscó y la destruyó, por miedo de que provocara nuevos intentos de suicidio, o incluso un motín.

El único médico que seguía con vida era el Dr. James Bricker, profesional

excelente y graduado en la Academia Naval, así como capitán de corbeta. Cualquiera que haya pasado tiempo en la armada os dirá que los médicos constituyen una categoría aparte entre los oficiales. A muchos de los médicos que ocupan posiciones elevadas en el escalafón les da igual que les llamen señor, señora, con tratamiento de rango, sin tratamiento de rango. Tan sólo les preocupa su trabajo: que sus pacientes se encuentren mejor.

Cuando Jan llegó del Hotel 23, Bricker se encontraba al borde de la locura, y quizá también del viejo y fiable gotero de morfina. Después de que embarcaran y pasaran una entrevista, se les pidió a los nuevos pasajeros que rellenaran un formulario donde se les preguntaba por sus habilidades prácticas. Los seleccionadores sabían a quién buscaban y tenían claro cuáles iban a ser en todo momento las prioridades. Al leerse los formularios y encontrarse con una estudiante de cuarto curso de Medicina, el equipo de selección prácticamente arrancó a Jan de su silla y se la llevó lejos de su marido y de su hija, en dirección a la enfermería.

Nada más llegar, Jan se sintió como si hubiera entrado en un manicomio. Pacientes vivos, pero infectados, chillaban en las camas y forcejeaban en su delirio por librarse de sus ataduras. Los voluntarios iban de un lado para otro como abejas por entre las camas del hospital. Un único médico, con pinta de loco y el cabello revuelto, estaba inclinado sobre un microscopio y lanzaba maldiciones contra lo que fuera que había visto en el portaobjetos.

El seleccionador le interrumpió.

—Dr. Bricker, tengo...

—Ahora no.

El seleccionador aguardó durante unos segundos. Parecía que no se decidiera a interrumpirlo de nuevo.

—Señor, he encontrado...

Sin separar los ojos de los cristales del microscopio, el Dr. Bricker parpadeó.

—A ver si lo adivino, ha encontrado usted a una Eagle Scout con la medalla al mérito sanitario, o quizá a una graduada en primeros auxilios, o... hummm... ¿o se ofrecía por catálogo como transcriptor de historiales médicos?

—Era estudiante de cuarto de medicina, señor.

Bricker calló por unos instantes, sin dejar de mirar al microscopio y a los secretos que se ocultaban bajo sus cristales.

—¿Está usted seguro?

—La tengo aquí, señor. La dejo en sus manos, entrevístela, hágale un... hum... ¿un examen? Lo que a usted le parezca bien. Tengo muchos otros formularios por leer, así que tendría que marcharme. Toda para usted.

Jan se volvió hacia el seleccionador, molesta por su descaro.

—Disculpe, señorita, me parece que he hablado como si no estuviera usted

presente. Es que he pasado un día muy largo.

La expresión en el rostro de Jan pasó del enojo a la comprensión.

—No se preocupe.

La entrevista empezó en seguida y duró un buen rato.

—¿Dónde estudió..., qué experiencia tiene con enfermedades víricas..., tiene alguna teoría a propósito del origen..., cuánto tardó en verlos..., de dónde le parece que sacan su...?

Jan estaba ya exhausta cuando Will le dio unas palmadas en la espalda e interrumpió la entrevista estilo Inquisición en la que se había enfrascado Bricker. Más bien parecía un interrogatorio por asesinato.

—¿Quién es su amigo, señorita Grisham?

—Soy señora, y él es el señor Grisham. Pero no tendrá problemas en que le llame William.

Bricker tendió torpemente la mano para estrechar la de Will; Will se la agarró como una tenaza. Jan se dio cuenta y le dio a entender con la expresión del rostro que no apretara tanto.

—Encantado de conocerle, doctor. ¿Le importaría explicarme por qué se había puesto a hacerle preguntas a mi mujer como si fuese una terrorista en una sala de interrogatorios?

—Uh... Bueno, tendría que entender usted... Entienda usted que soy el último médico que queda a bordo. Ahora ya no podemos contentarnos con un proceso de selección normal, señor Grisham.

—Puede usted llamarme Will.

—Gracias, Will. Tenemos suerte de contar con la señora Grisham... espero que no le importe si la llamo Jan.

Jan asintió con la cabeza.

—Tengo contactos limitados con médicos del extranjero por medio de las redes de radiofonía del portaaviones. Por desgracia, como le decía antes, soy el único médico de esta ciudad flotante. Mucho me temo que su mujer, Jan, se encontrará ahora en una posición delicada. Acaba de entrar en la lista de los tripulantes de alta prioridad, los que hay que defender a toda costa, por los que hay que matar si es necesario. Ella y yo, los altos mandos, los ingenieros nucleares, los soldados, los expertos en comunicaciones y unos pocos más tenemos una importancia vital para el mantenimiento y la supervivencia de esta base.

Jan calló por unos instantes, hasta que hubo asimilado lo que acababa de oír, y entonces preguntó:

—¿Qué se hace aquí exactamente, doctor?

—Las órdenes son tan simples como los oficiales que comandan esta embarcación. Descubrir qué es lo que hace que los muertos se levanten y buscar una

manera de detenerlo. Al menos, si fuera posible, impedir que se produzcan nuevas infecciones.

—¿Y la salud de las personas que se encuentran ahora a bordo? —preguntó Jan, al tiempo que los chillidos de los pacientes subrayaban sus palabras.

—Lo siento, pero queda en segundo plano —dijo el Dr. Bricker, y suspiró—. De acuerdo con mis cálculos, hemos superado desde hace mucho el punto de no retorno. La humanidad se encuentra al borde del abismo; lo único que puede salvarnos es la buena labor científica. Un centenar de barcos en el mar, armados hasta los dientes y bien aprovisionados, apenas si representarían nada. No es ningún secreto que en Estados Unidos hay millones de criaturas como éstas, y miles de millones en el resto del mundo.

Submarino Virginia —Fuerza de Combate Clepsidra.

Seis gruesas cuerdas de descenso en rápel bajaron casi al mismo tiempo desde las portezuelas del helicóptero. La fuerte corriente de aire creada por el rotor azotaba a los miembros del equipo, al tiempo que las cuerdas se desenrollaban cual mambas y se estrellaban sobre la cubierta del *Virginia* detrás de la torreta. La embarcación se ladeaba, obediente a las azarosas corrientes del Pacífico. El casco del submarino no estaba diseñado para reposar en la superficie; era mucho más adecuado para la infiltración de grupos de operaciones especiales y para llevar en silencio la muerte a las puertas de los submarinos enemigos.

Pocos segundos después de que las cuerdas golpearan la cubierta, bajaron los seis pasajeros. Los primeros cuatro descendieron con el ritmo y la comodidad que tan sólo se alcanzan al cabo de muchos años de práctica en operaciones especiales. Los dos que bajaron luego, en comparación, parecían torpes y sin experiencia. A medio descenso, uno de los dos perdió el equilibrio y se estuvo agitando en el aire, sujeto por el arnés, como un animal que ha caído en una trampa, y al debatirse estuvo a punto de arrear una patada en uno de los mástiles.

Al cabo de un rato de sufrir el aire cálido propulsado por el rotor y de hacer torpemente el payaso en las cuerdas, Kil y Saien se unieron a los otros cuatro que ya estaban en cubierta. El jefe del equipo se erguía allí, y el aire que desplazaban los potentes motores les agitaba la ropa. Sus pies y piernas de marinero se aferraban a la cubierta de acero como otros tantos imanes, y se mantenía en equilibrio sin ninguna dificultad. Le hizo una señal con la mano al jefe de tripulación que se hallaba en el helicóptero. Unos segundos más tarde, cinco grandes talegos de lona repletos de armas y equipamiento bajaron poco a poco hasta la cubierta. Los hombres le hicieron una señal de conformidad al piloto y el jefe de tripulación empezó a jalar los cables negros. El piloto hizo un saludo a los hombres que se quedaban sobre la superficie del submarino y tiró de inmediato del control cíclico. El helicóptero voló hacia el norte.

El estruendo y la corriente de aire del rotor desaparecieron rápidamente en la lejanía. Los hombres quedaban a la merced del Pacífico. Los operativos se despidieron de la superficie y caminaron sobre el espinazo de la embarcación, por la áspera pasarela antideslizante, hasta llegar a la torreta.

Kil y Saien les seguían, y uno de ellos le dijo al otro en voz baja:

—Allá donde fueres...

Recorrieron lo que les pareció una distancia considerable, bajaron por la escalerilla, entraron por la escotilla y se adentraron en el vientre del submarino.

Descendieron hasta la zona de mandos, la luz del cielo se extinguió y el alumbrado interior de color rojo ganó en intensidad. Los cuatro operativos desaparecieron en dirección a proa, hacia los complejos órganos internos del submarino, y dejaron a Kil y Saien en el puente, entre desconocidos.

Un hombre vestido con un mono azul arrugado, zapatillas de tenis y una gorra con visera de la armada se les acercó y le tendió la mano a uno de los dos.

—Soy el capitán Larsen, oficial al mando del *Virginia*.

Uno de los recién llegados tendió la mano y estrechó con fuerza la de Larsen.

—Nosotros somos...

—Ya sé quiénes son ustedes y por qué están aquí —le interrumpió Larsen.

Kil tuvo que esforzarse por ocultar su reacción y no impedir que Larsen continuara.

—El almirante me retransmitió un mensaje personal hace tres días. Tuvo la gentileza de proporcionarme información acerca de usted y de su amigo, el Sr. Saien. Nos han hablado de usted y de su extraña experiencia con Remoto Seis, trátese de lo que se trate.

—Bueno, pues parece que el almirante nos ha ahorrado tiempo —respondió Kil.

—Sí lo ha hecho. El contramaestre de la armada los va a acompañar a su camarote —dijo Larsen, y a continuación dio los primeros pasos para marcharse.

—¿Una pregunta rápida, señor?

—Dígame, comandante.

—¿Qué es lo que vamos a buscar en China?

—Les informaremos en la sala para reuniones de carácter reservado. Estén a punto para una reunión a las dieciocho horas.

—Sí, capitán.

* * *

Larsen se marchó a toda prisa, al mismo tiempo que decía por una radio en forma de ladrillo unas palabras que Kil no entendió, y luego desapareció por un estrecho pasillo adyacente. El contramaestre de la armada, el Sr. Rowe, maniobraba en torno a los dos hombres, los inspeccionaba con ojos que probablemente se habían calibrado a lo largo de muchos años en el mar. Era un hombre no muy alto, quizá de un metro setenta y seis, con un mostacho impresionante. Los marineros más veteranos de la armada tenían una expresión que decía: «Este hombre ha baldeado más agua salada que la que haya pasado jamás por debajo de este barco». Sin saber por qué, Kil se quedó con la sensación de que aquella frase debía de haberse inventado para describir al contramaestre de la armada Rowe.

—Bueno, me han dicho que uno de ustedes tiene rango de comandante. Debe de ser usted —dijo Rowe, al tiempo que señalaba a Kil—. ¿Quiere un uniforme? Nos

sobran algunos, aunque no tenemos ninguno con galones.

Kil se dio cuenta de que el contraмаestre de la armada había venido con los deberes hechos.

—Me iría bien un par de monos de trabajo, si es que pueden permitírseles, contraмаestre.

—No habrá problema, señor. Ya sabe usted mi nombre. ¿Usted se llama...?

—Kil.

—Póngase usted cómodo, comandante Kil.

Saien se rió sin querer.

—¿Y tú cómo te llamas, Alí Babá? —le preguntó Rowe a Saien.

Kil se mordió los labios.

—Me llamo Saien.

Rowe los observó a ambos con mirada crítica, como si les hubiera juzgado y pasado sentencia a bordo del *Virginia*.

—Comandante Kilroy y señor Saien, bienvenidos a bordo del *Virginia*. Síganme, por favor.

Saien y Kil siguieron al contraмаestre de la armada Rowe por el laberinto de pasadizos y escalerillas. Kil empezaba a darse cuenta de que el tiempo y el espacio adoptaban una forma peculiar y fluida a bordo de los submarinos. Pensó que la embarcación no se había visto tan grande desde el exterior. Habían llegado a su nuevo habitáculo. Lo delimitaban unas lonas tendidas contra los mamparos que formaban un rectángulo irregular, con una litera para dormir y baúles para guardar las cosas.

—Disfruten de su nuevo apartamento. Tienen corriente de aire, pero con un poquito de cinta aislante y las cremalleras cerradas quedará bien. Yo estoy al mando de esta embarcación; si les apetece, pueden llamarme contraмаestre. Es más corto que contraмаestre de la armada.

Kil asintió con la cabeza.

—Gracias, contraмаestre.

—Muy bien, señor.

El contraмаestre de la armada Rowe se marchó con pasos enérgicos, y mientras estaba en el pasillo gritó algo acerca de unos monos y de tener las instalaciones limpias.

Saien y Kil se habían conocido en circunstancias interesantes. Kil había descubierto, algún tiempo después de que se encontraran, que Saien le había seguido la pista durante varios días y le había observado mientras se abría camino hacia el sur después de sufrir un grave accidente con el helicóptero. Mientras le rastreaba las huellas, Saien había descubierto una nota que Kil había escrito a mano, junto con un alijo de armas y suministros varios que había dejado en la nevera de una casa que llevaba mucho tiempo abandonada.

«Kilroy estuvo aquí».

El apodo se le había grabado en la memoria antes de que empezara el espectáculo.

Kil sentía que se le encogía el estómago al recordar aquel día. Habían tenido que luchar por arrancar el coche al mismo tiempo que millares de criaturas avanzaban hacia ellos. Trescientos metros, doscientos metros..., polvo, gemidos, los tenían aún más cerca. En un ataque de pánico y confusión, Saien lo llamó Kilroy, por la nota que había dejado. El nombre de Kilroy evolucionó durante los días que siguieron hasta quedarse simplemente en «Kil».

Deshicieron los fardos con los que habían venido y guardaron el material por todos los huecos que encontraron. Las camas eran pequeñas y el espacio reducido. Metieron una parte de sus efectos personales bajo los colchones; no había sitio para todas las cosas que se habían traído desde el espacioso portaaviones. Ni el uno ni el otro habían vivido jamás en un submarino y lo demostraron por la manera como desaprovecharon el poco espacio que tenían a su disposición.

Kil se sentó sobre la litera y escuchó los sonidos del submarino. Éste había sido diseñado para desplazarse en silencio y parecía una biblioteca pública en comparación con el arrastre de cadenas, la ruidosa ventilación y las válvulas solenoides del portaaviones. Oyó «inmersión, inmersión, inmersión», y entonces la proa se inclinó unos pocos grados hacia abajo y el *Virginia* descendió a las profundidades. Kil sabía a qué se enfrentaba, y que muy probablemente no regresaría con vida. Era una sencilla cuestión de números, lógica. Eran demasiados. Esta vez no se enfrentaría a unos pocos cientos, sino a miles de millones.

Al cabo de cuatro horas, les informaron de la peligrosa misión que les aguardaba.

Ésta es la primera anotación en el diario desde que estoy a bordo del *Virginia*. Han pasado dos horas desde que he abordado el submarino. La mar estaba picada momentos antes de que nos sumergiéramos. El oficial al mando me informa de que vamos a permanecer en esta zona durante las próximas veinte horas mientras nos preparamos para el viaje hasta Pearl Harbor. A Saien y a mí nos han instalado en una de las salas de literas de a bordo, arreglada para que parezca una especie de camarote. Qué suerte que no nos hayan puesto a dormir en el compartimiento de los torpedos, que es lo que se suele hacer con la mayoría de los extraños y los que no tienen experiencia en el manejo de submarinos, con los novatos.

Aunque haya servido en barcos de la armada en multitud de misiones, nunca había pensado que llegara a oír semejante cosa por 1MC:

—Que todo el personal disponible comparezca para su formación en el mantenimiento de reactores nucleares.

Era totalmente lógico. Ahora la armada ya no forma especialistas en embarcaciones nucleares, así que hay que educar al personal sobre la marcha, porque, si no, llegaría un momento en el que nadie sabría encargarse del mantenimiento de los reactores.

Las embarcaciones de motor nuclear se concibieron para situaciones apocalípticas como esta. Recuerdo cuando servía a bordo de un portaaviones convencional. Cada pocos días teníamos que ir a repostar. Ese tipo de embarcaciones no podría sobrevivir en este mundo nuevo. No quedan refinerías activas que puedan producir combustible suficiente para abastecerlas.

Las únicas debilidades efectivas del *Virginia* son el mantenimiento general del casco, la provisión de alimentos y la reparación de los reactores. El entrenamiento que se lleva a cabo en el área del reactor podría reducir una de esas debilidades. El *Virginia* genera su propia agua y purifica su propio aire mediante equipamiento que lleva a bordo, alimentado por el reactor. No le falta electricidad. De la misma manera que algunos de los portaaviones

con reactores activos se emplean como centrales eléctricas, el *Virginia* podría proporcionar electricidad sin gran esfuerzo a una población pequeña.

Me han dicho que Saien y yo vamos a reunirnos con el oficial de Inteligencia del submarino para que nos informen de la operación. La única pista de lo que tendremos que hacer me la ha dado Joe antes del viaje en helicóptero de esta mañana.

Joe se ha hecho oír a gritos entre los rotores cuando esta mañana salíamos del puente del portaaviones y caminábamos hacia el helicóptero por la cubierta de acero y material antideslizante.

—No te lo vas a creer, comandante. Ve con mente abierta.

Aún no me había acostumbrado a que me llamaran comandante. No era comandante de verdad. Ni siquiera me pagaban por ello, aunque me imagino que la moneda tampoco vale ya para nada. En cualquier caso, ahora mismo no tengo ni idea de qué es lo que podría sorprenderme después de todo lo que he pasado durante los últimos once meses. Esto es como la primera noche en el campamento militar. Estoy fuera de mi ambiente, un poco asustado, y no tengo ni idea de lo que va a suceder.

Hotel 23 —Fuerza Expedicionaria Fénix.

—¡Date prisa, Doc! —gritó uno de los hombres desde la penumbra.

—Este pequeño chorro de plasma no tiene la velocidad de un carro de corte; voy tan rápido como puedo.

—Los tenemos encima, tío... ¡Como no abras la puerta se nos van a follar! Los veo con los anteojos. Dan bastante miedo.

—Mira, tío, no me ayudas nada. Serénate.

Doc se concentró en el rayo incandescente de plasma que observaba a través de la protección ocular. Seguía el rastro de la soldadura y cortaba poco a poco. Mientras trabajaba, oía las pisadas y gemidos de los no muertos a sus espaldas, pero no se detenía. Si no lograba pasar a través de la pesada puerta de acceso, lo detendrían las frías zarpas de los no muertos, que lo arrancarían de la entrada. Las criaturas se acercaban, atraídas por la luz brillante y el sonido del rayo de plasma y de los disparos de las carabinas con silenciador.

Billy, muy agitado, le gritaba al mismo tiempo que disparaban.

—De prisa, Doc. Te lo digo en serio. ¡Si ya noto su aliento!

—Tío, hago lo que puedo. Sólo unos minutos —respondió Doc.

—El tiempo se nos acaba. ¡Disco, lánzales una granada de fragmentación! —murmuró Billy.

Disco se sacó una granada del chaleco, le extrajo la anilla y la arrojó contra la masa creciente de criaturas que se acercaban.

—¡Explosión! —gritó Disco cuando la granada se detuvo entre la masa de cadáveres andantes.

Los cuatro hombres se arrojaron al suelo. Los segundos pasaron como minutos hasta que el estallido sacudió el área inmediata y arrojó por los aires jirones de carne podrida y hueso. La explosión se llevó por delante a un buen número de no muertos, o por lo menos los dejó incapaces de moverse.

Hawse se empleó a fondo contra los rezagados con la carabina silenciada. Le gritó a Disco:

—¡A partir de hoy vas a trabajar en la lavandería, gilipollas!

—¿Qué? —le respondió Disco, al tiempo que se sacaba un tapón de gomaespuma del oído derecho.

Hawse siguió disparando y al mismo tiempo le abroncó.

—Tío, por Dios, tira ya las porquerías esas. Te van a pegar un mordisco en el trasero y ni siquiera los vas a oír cuando se te acerquen.

—Cómo voy a tirarlas, tío. Tú ya sabes lo que ocurrió aquí. Cuando salga el sol,

puede que veas medio artefacto sobresaliendo del suelo —respondió Disco.

Los no muertos salían de entre los árboles del bosque que se encontraba más allá, atraídos por la explosión. No pasaría mucho tiempo antes de que el equipo no pudiera salvarse ni con un centenar de granadas de fragmentación. Como mucho, unos minutos.

A Doc y a los demás les habían explicado en qué consistiría la misión poco antes de que saltaran. Hacía algún tiempo, un ingenio enorme en forma de jabalina, concebido para generar un gigantesco estrépito, se había precipitado sobre aquellas instalaciones. Lo que quedaba de los servicios de Inteligencia había llegado a la conclusión de que el arma estaba diseñada para exterminar toda vida que pudiera quedar en el área, por medio del megaenjambre de no muertos que atraería con el intenso sonido omnidireccional que proyectaba. Se le conocía tan sólo por el nombre en código que se le dio en un informe clasificado de Inteligencia: Proyecto Huracán. Había habido que recurrir a una escuadrilla de Thunderbolts A-10 y sus armas de 30 mm para inutilizar la máquina.

Al tiempo que escuchaba las burlas que intercambiaban Disco y Hawse, Doc seguía trabajando con las soldaduras de la gruesa puerta de hierro de la entrada. Disco y Hawse seguían diciéndose gilipolleces, disparaban entre frase y frase, y se daban a sí mismos tiempo para pensar insultos mejores. Doc sabía que tan sólo hacían el payaso. En realidad, sentían terror.

—Estoy a la mitad —dijo Doc para sí mismo, en voz alta.

Le pegó un grito a Billy Boy y forzó el cuello para mirar por encima del hombro izquierdo.

—Billy, repítemelo para que esté seguro; los de Inteligencia han dicho que aquí dentro no hay, ¿verdad?

Billy le respondió, al mismo tiempo que hacía un reconocimiento visual en busca de infiltrados: no muertos que hubieran logrado pasar la línea de defensa. —Sí, los marines despejaron las instalaciones antes de soldar la puerta. No habrá nada dentro, salvo quizá unas pocas ratas muertas y alguna cucaracha.

—Recibido.

Por un instante, Doc pensó en ratas no muertas, y luego descartó esa idea por absurda. «De todas maneras, serían demasiado lentas, a menos que...»; mejor no pensar en ello. Se concentró una vez más en el rayo de plasma.

La herramienta de corte de Doc seguía avanzando por el borde de la puerta de acero mientras los disparos se intensificaban a sus espaldas. Disco y Hawse dispararon hasta que el calor de la recarga por gas empezó a afectar al aceite de las armas. El olor a lubricante quemado le trajo a Doc recuerdos de la larga guerra contra el terrorismo que había definido su vida adulta. Una guerra que había terminado en pocos días cuando se alzaron los no muertos. Disco y Hawse disparaban sin piedad

contra las criaturas que avanzaban; huesos y cerebro explotaban, y los despojos se esparcían sobre las filas de no muertos cada vez más numerosas que surgían de la oscuridad. Lo que habían atraído era ya una multitud.

Los informes de Inteligencia daban muchos detalles acerca de aquel lugar. No hacía mucho tiempo, el área había estado ocupada por cientos de millares de criaturas. Sus habitantes anteriores a duras penas habían logrado escapar con vida. Algunos de los no muertos se habían quedado después de que el ingenio sónico resultara destruido. El resto había deambulado en direcciones desconocidas, en una marcha de muerte que se perpetuaba a sí misma, una plaga de langostas que devoraba a los vivos.

Doc acabó con los últimos centímetros de soldadura y dejó caer la herramienta de corte al suelo, al lado de sus propios pies.

—Vamos a entrar, muchachos. Billy, vigila a las seis; avanzamos.

—Recibido.

Los anteojos se ajustaron automáticamente a la luz pasada por filtro infrarrojo que emitían sus armas y que refulgía en el oscuro compartimiento interior. Doc entró por la puerta e indicó a Billy que le siguiera.

—Voy a ser el último —dijo Billy.

—Recibido, cierra la marcha —respondió Doc.

Billy empujó la gruesa puerta de acero y trató de echar los cerrojos, para que aguantara como la caja fuerte de un banco. La mayoría funcionaron, pero algunos no. «Con esto bastará», pensó Doc.

Los hombres se quitaron los anteojos y se acostumbraron a la nueva iluminación. Doc sacó el plano de la base, mientras los otros tres desactivaban los filtros infrarrojos de las luces.

—Lo dibujó a mano el antiguo comandante mientras informaba en el portaaviones. Marcó una X para indicar la posición de una botella de whisky que metió en el conducto de ventilación de la sala de control ambiental. Tendría que ser incentivo suficiente para apoderarnos de esta base.

—Tú lo sabes bien —dijo Hawse, con una sonrisa.

—Bueno, pues os voy a explicar el plan: Hawse, tú vas a controlar las habitaciones y los pasillos que conducen hasta ellas. Disco, tú irás a la sala de control ambiental. Billy, tú me cubrirás mientras dirijo la misión.

Hawse avanzó a paso ligero por el corredor a oscuras. Su primera impresión coincidió con los informes de Inteligencia. Las instalaciones habían sido abandonadas de manera precipitada pocas semanas antes. Cientos de miles de criaturas habían convergido hacia aquella posición como resultado del arma diseñada para atraerlas. Había ropa, basura y efectos personales tirados por todas partes. Un polvoriento álbum de fotos familiares había quedado abierto en una de las habitaciones y los

espacios en blanco que habían quedado aquí y allá contaban una historia; alguien había arrancado a toda prisa unas pocas fotos elegidas. No se detectaban rastros de vida ni de muerte.

Hawse prosiguió con el reconocimiento en el exterior de las habitaciones. Un sonido mecánico le sobresaltó y le hizo ver lucecitas, porque la sangre se le había acumulado en los ojos. Anduvo poco a poco, controlando la respiración, en un intento de identificar el sonido. Se oían pisadas al otro lado de la esquina.

Hawse pegó un grito a la oscuridad.

—¿Eres tú, Disco?

Corrió hacia la esquina, al tiempo que preparaba el arma. Pensaba que se encontraría con un cadáver de cara, pero vio que el pasillo no tenía salida. Las pisadas eran de antes, de cuando aquellas instalaciones aún estaban habitadas. Hawse siguió adelante hacia su objetivo primario: la botella de whisky oculta en el sistema de ventilación. La encontró allí, donde indicaba el plano.

El lugar estaba completamente abandonado, pero eso no tenía importancia para ninguno de ellos. Montaron guardia y patrullaron como si hubiera habido peligro en todas las habitaciones. Todos eran amigos y no querían ser responsables de la muerte de ningún compañero en las fauces de los no muertos. Durante los últimos meses habían visto más no muertos que humanos vivos. No les costaba imaginarse semejante situación.

Durante la última reunión con Inteligencia, les habían revelado que los no muertos debían de ascender a doscientos noventa y cinco millones en Estados Unidos, y que su número se acrecentaba día a día. Había supervivientes que resistían en buhardillas y sótanos por todo el territorio estadounidense, pero no eran muchos, de acuerdo con las estimaciones de los analistas. Su número disminuía sin cesar, y después de muertos se sumaban al colectivo enemigo.

Doc retransmitió:

—Hawse, ¿estás muy cerca del generador?

—Hum, a unos diez metros, creo.

—¿Crees que podrías ponerlo en marcha?

—Dependerá del combustible que quede en las cisternas.

—Haz todo lo que puedas, tío, voy a necesitar corriente.

—De acuerdo, trabajo en ello.

Billy proseguía con el reconocimiento.

—¿Has oído eso, Doc? —dijo.

—No.

—Esas cosas han empezado ya a golpear la puerta por la que hemos entrado.

—Hijos de puta inmisericorde. ¿Crees que habrá alguno irradiado, Billy?

—Según decían los de Inteligencia, en esta zona deben de ser uno de cada diez.

Doc oyó que la radio encriptada se sincronizaba.

—Podría activar el generador en un segundo, tío; pero la cisterna de combustible tan sólo está llena hasta la octava parte. Yo recomendaría que lo pusiéramos en marcha durante un par de horas al día, por lo menos hasta que encontremos más combustible —informó Hawse.

—De acuerdo. Los marines nos han dejado un plano de esta zona con los pocos lugares que merece la pena controlar. Tendremos que traer un camión cisterna hasta aquí, o buscar otra manera de obtener combustible.

Doc oyó que Hawse abría el disyuntor principal y preparaba el generador; el sonido se hizo oír en los corredores de acero como si Hawse hubiera estado en la habitación contigua.

Hawse habló de nuevo.

—He encontrado las instrucciones, inicio la secuencia.

La batería debía de haber conservado carga suficiente a pesar de la evacuación; el generador se puso en marcha al primer intento. Los humos de olor acre llenaron los espacios vacíos hasta que se impuso una presión positiva y los gases residuales fueron expulsados hacia el aire libre por los conductos de ventilación. Doc oyó que el disyuntor principal actuaba de nuevo.

—Vamos bien, Doc —gritó Hawse por el corredor.

—Estupendo, poned en marcha el ordenador principal.

Todos ellos regresaron a la sala de controles para observar mientras los sistemas se activaban uno tras otro.

Doc inició el proceso de media hora que consistía en activar las instalaciones por orden de prioridad. La misión fracasaría si no lograba reactivar el ordenador principal y conectarse con el portaaviones. Los cuatro hombres habían memorizado todas y cada una de las contraseñas y, para mayor seguridad, las habían anotado en un bloc de papel a prueba de agua. El sistema estaba sincronizado y encriptado para que se pudiera acceder con la tarjeta de acceso ordinario del comandante anterior. Doc extrajo dicha tarjeta de un estuche protector sellado y la contempló por primera vez. ¿Un teniente de la armada? Le habían dicho que tenía rango de comandante. Había oído hablar por aquí y por allá de promociones relámpago desde que el asunto empezó.

Frotó con el pulgar el chip de oro incorporado a la tarjeta para asegurarse de que estuviera limpio antes de insertarlo en el lector. Se encendió una pantalla de acceso que le solicitó una contraseña. Doc lo había memorizado, pero consultó igualmente el bloc de notas para estar seguro. Si se producían demasiados intentos de acceso fallidos, el sistema se bloquearía. Marcó cuidadosamente «7270110727». Oyó girar los discos duros RAID en respuesta. El sistema aceptó la contraseña y el estado de los sistemas empezó a aparecer en pantalla.

Aunque no fuese necesaria para la mayoría de funciones de la base, la tarjeta daba pleno acceso a los miembros del equipo. Doc clicó sobre el icono de seguridad. Un escaparate de ocho pantallas quedó al descubierto en el escritorio. Tan sólo cinco de ellas funcionaban. Las pantallas marcadas como «SE», «SILO» y «ENTRADA B» no se encendieron. Las otras parecían funcionar, puesto que mostraban los contornos oscuros del terreno y de las vallas. Doc clicó sobre el icono para pasar las cámaras operativas a modo de visión nocturna y luego a modo térmico. La cámara marcada como «PUERTA PRINCIPAL» no logró funcionar en modo térmico, pero sí con visión nocturna, sin problema alguno.

Billy echó una mirada al reloj.

—Jefe, el sol va a salir dentro de dos horas. Vamos a necesitar enlaces de comunicación.

—Encárgate tú, Disco, yo vigilaré desde aquí. Ve con él, Hawse. Ninguno de nosotros tiene que quedarse solo al otro lado de la alambrada.

Como oficial de comunicaciones, Disco había tenido la responsabilidad de cargar con la caja Pelican de tamaño medio a lo largo de todo el camino que habían recorrido después de tocar tierra. Antes de que los no muertos caminaran, las Fuerzas de Operaciones Especiales habían empleado aquel particular sistema para establecer bases de comunicaciones encubiertas en lo más profundo del territorio enemigo. Cuando estaban cerradas, eran las típicas cajas duras de material compuesto. Cuando se abrían, bastaba con pulsar un botón para que se desplegara una pequeña antena de gran alcance y los paneles solares de color negro y baja visibilidad quedaran al descubierto. El sistema de retransmisión se conectó, por medio de una señal Wi-Fi 802.11n encriptada y enmascarada, con el ordenador portátil de la sala de controles. Éste, a su vez, estaba conectado por cable con una antena de superficie ya existente.

Si se instalaba de la manera adecuada, el ingenio era inmune a las condiciones climáticas y autosuficiente, podía aguantar mucho tiempo en funcionamiento y proporcionaba un sistema seguro y bidireccional de transmisión de texto y ficheros mediante ráfagas de datos que les conectaba con los mandos del portaaviones. También era resistente a las interferencias de radio, porque el transmisor-receptor saltaba de frecuencia diez veces por segundo. Era un sistema de seguridad puntero, diseñado para impedir la intercepción de señales de comunicaciones por expertos hostiles del Primer Mundo, y se concibió para un enemigo más civilizado, provisto de tecnología más avanzada.

Hawse rozó a Disco en el corredor y volvió el rostro para decirle:

—Yo voy en cabeza.

—Estaba esperando a que lo dijeras. Diviértete con los vendedores a domicilio que te esperan en la puerta.

—Mierda, los había olvidado. ¿Yo abro la puerta y tú disparas?

—Estupendo. Tendrán que pasar por tu lado para llegar hasta mí.

Los hombres doblaron la esquina. Sus botas se hacían oír sobre las baldosas del suelo. El sonido perdía fuerza frente al estrépito cada vez más intenso de los no muertos que golpeaban la puerta de acero por fuera.

—Esto puede ser difícil.

—Ya lo sé, hombre que va en cabeza.

Hawse siguió el plan a la manera absurda que era su marca personal.

—Bueno, voy a atar esta cuerda a la rueda. Cuando haya hecho girar la rueda y tire, empieza a disparar.

—Hawse, ¿por qué no dejamos esto a oscuras? Apagamos las luces y nos ponemos los anteojos. En la oscuridad no nos van a ver, so idiota.

—Es lo mismo que iba a decir yo. Por supuesto que eso es lo que tenemos que hacer.

—Sea como fuere, acabemos con esto para que podamos regresar adentro. No quiero estar allí fuera en la oscuridad ni un segundo más de lo necesario.

Los hombres apagaron las luces y se pusieron los anteojos de visión nocturna. Pareció que con la oscuridad se intensificaran los golpes y aullidos de las criaturas. El barullo de los no muertos competía con los sonidos de cierre de cargadores, comprobaciones de recámara, respiración nerviosa y latidos del corazón. Disco se imaginó la pura maldad que podía caminar en ese mismo momento al otro lado de la pesada barrera de acero. Se rezó a sí mismo que no fuera suficiente para arrancar el batiente de su marco abovedado.

Hawse ató con fuerza la cuerda a la puerta.

—¿A punto? —gritó Hawse.

—¡Hazla girar!

Hawse tiró de la rueda y así abrió el cerrojo de la puerta por la que saldrían al salvaje y despiadado mundo exterior.

Tres fuertes golpes en el mamparo quebraron el silencio.

—Pase.

Un joven militar apartó la lona que aislaba el improvisado camarote de Kil y Saien y entró.

—Señor, el oficial de Inteligencia desearía verle en este mismo momento. Sígame, por favor.

—¿Y qué pasa con mi amigo? —dijo Kil, e hizo un gesto en dirección a Saien.

—Lo siento, señor, me han ordenado que lo acompañe a usted a la N-2, a usted y a nadie más.

—Si él no viene, yo tampoco voy.

El suboficial se puso nervioso y accedió a acompañarles a los dos para que sus superiores decidieran lo que había que hacer, y los tres anduvieron hasta una Sala de Reuniones de Carácter Reservado cuidadosamente aislada del resto del submarino.

Mientras caminaban por la embarcación, Kil se fijó en los detalles. Al pasar por un área de ejercicio con cintas ergométricas y otra maquinaria, vio que todo el equipamiento estaba montado sobre amortiguadores de goma. Lo mismo podía decirse de las tuberías que cubrían el techo. A bordo no se permitían chirridos, ni otros sonidos que pudieran delatar su posición acústica a los cordiales enemigos rusos y chinos de tiempos pasados.

Saien le dio unas palmadas en el hombro a Kil y le preguntó:

—¿Dónde están las bombas nucleares?

—Aquí no hay bombas nucleares, Saien; es una embarcación de ataque rápido. No tengo ni idea de dónde puede estar el submarino de misiles balísticos más cercano, ni siquiera sé si nos queda ninguno.

Pasaron un ensamblaje tras otro de camino a la popa. Después de pasar por corredores tortuosos y muy estrechos, llegaron a lo que el suboficial había llamado la puerta verde.

El joven descolgó el teléfono y aguardó unos segundos.

La señal en el auricular era audible también para los demás; al cabo de tres pitidos llegó la respuesta.

—Señor, los tengo a los dos frente a la puerta verde y...

Los gritos que surgían del escandaloso auricular se oyeron por todo el corredor.

—Sí, señor. Ha insistido en que vinieran los dos... Sí, señor.

En cuanto hubo colgado el auricular, el humillado suboficial dijo:

—Un agente de la Sala para Reuniones de Carácter Reservado los acompañará en breve, señor. Lamento verme obligado a dejarles en el pasillo, pero tengo guardia dentro de dos horas y no he dormido en veinticuatro.

—Descuida. Echa una cabezada en la litera y que tengas buena guardia —dijo Kil, más que nada para despedir al joven con una nota positiva.

—Roger, señor. Gracias.

En cuanto hubieron perdido de vista al joven, Saien preguntó:

—¿Qué quiere decir «roger»?

—Significa...

La puerta verde se abrió y salió un hombre mayor con unas gruesas gafas reglamentarias del ejército, zapatillas de tenis y un mono azul con los galones de comandante de la armada sobre el hombro. La etiqueta con el nombre decía «Monday».

«Odio los lunes», pensó Kil.

El hombre se acercó a Kil casi de puntillas y pareció que le observara con sus enormes gafas convexas.

—¿Qué es eso que he oído? ¿Insiste usted en que su amigo extranjero asista a la reunión en la sala reservada en la que se le va a informar de su misión?

—Señor, el almirante Goettleman me autorizó a elegir un compañero entre los tripulantes del *George Washington*. Escogí a Saien, y si puede darse la circunstancia de que le confíe mi vida, quiero que también esté bien informado de lo que vamos a hacer. Además, pienso contarle lo que me cuente usted, así que, ¿cuál es la diferencia?

Monday rumió por unos instantes lo que acababa de oír.

—Ya me esperaba que diría eso. El capitán Larsen me ordenó que les explicara a usted y a su hombre contra qué iban a luchar. Como sé muy bien a qué peligros se expondrá, quería ver si podía persuadirle a usted de algún modo para que viniera solo. No me parece correcto dejarlo entrar a él en la sala reservada. Estoy seguro de que lo entenderá usted.

—Saien, ¿te importaría quedarte al otro lado de la esquina durante un minuto?

—Por supuesto, Kil. No tardes mucho, luego tengo una cita para un masaje.

Kil se rió y luego recurrió a su franqueza más diplomática para hacerle entender su punto de vista a Monday.

—Sí, lo entiendo, pero usted también tiene que entenderlo. Yo respondo por él. Es extranjero, ciertamente, pero ha venido por mí y, en este momento, es el único de los pasajeros de este submarino en quien confío plenamente.

—Está bien, comandante. De acuerdo. Sólo quiero que comprenda usted lo delicada y seria que es la información que recibirá una vez pasemos por esa puerta. Los cuatro operativos con los que llegó también se encuentran dentro y les vamos a informar acerca de su misión. A nadie le gusta tener que revelar información de esta naturaleza.

Kil, escéptico, farfulló:

—¿Es que puede contarme algo todavía más delirante que lo que ya hemos visto? Este invierno pasado, los muertos se echaron a andar y ahora tratan de comerse todo lo que se mueve.

Monday le respondió con una pregunta retórica:

—¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar usted?

Saien regresó al pasillo y se quedó al lado de Kil.

Monday prosiguió con el sermón.

—Esta mierda es increíble. Esto es mucho más difícil que volar por ahí con el avioncito espía en tiempos de guerra, escuchar las llamadas eróticas del enemigo y escribir informes sobre inteligencia de señales. Antes de entrar, tengo que hacerles a ustedes una última pregunta.

Kil y Saien le preguntaron casi al mismo tiempo:

—¿Cuál?

Monday se lamió los labios, sus ojos bizquearon tras las gafas Hubble, y habló:

—Una vez hayamos pasado por esa puerta y les haya dicho lo que tengo que decirles, no podremos retirarlo. ¿Les ha quedado claro? No tenemos hombres de negro para borrarles la memoria. Lo que oigan les va a cambiar la vida.

—Estoy preparado —dijo Kil.

—Yo también —murmuró Saien, aunque su voz no sonara tan firme como la de su compañero.

—Pues muy bien, caballeros. Síganme.

Monday se volvió hacia la puerta verde por la que se entraba en la sala reservada y pulsó una contraseña en un panel de botones numerados. Se oyeron los clics de cinco botones. Al cabo de una breve pausa, el sonido de los cerrojos magnéticos le dio la señal a Monday para que abriese la puerta verde por la que entrarían en otro mundo de posibilidades. Los tres hombres entraron y, una vez dentro, la situación se volvió más y más curiosa.

—¿Has sido tú?

—¿Si he sido qué?

—¿Has arrojado algo?

—No, pero ¿qué te pasa?

—Da igual, será que hay moscas.

—En este lugar y en esta época del año, no.

Se oyó un coro de risillas en el corredor adyacente al centro de mando en combate del portaaviones.

—Esos putos críos. Ojalá pudiese echarlos por la borda. ¿Quieres ir tú a asustarlos, o lo hago yo? —dijo un hombre que estaba sentado en la silla del operador de radar.

—Ahora es mi turno, déjamelos a mí —respondió su colega, con una sonrisa en los labios. El marinero buscó dentro de un caja de cartón que tenía al lado de la terminal de radar y sacó una grotesca máscara de Halloween, semejante al rostro de un cadáver. Se la puso en la cabeza y la ajustó para poder ver por las pequeñas aberturas de los ojos.

—¡Mirad esto!

Dio un paso hasta la puerta abierta y saltó sobre el umbral, rugiendo como un demonio. El grupito de niños se puso a chillar, temeroso por su vida, y empezó a dispersarse... Tan sólo se quedó uno.

El niño le dio una patada rápida y directa en la entrepierna al operador de radar y lo derribó al suelo. El otro operador de radar estalló en carcajadas pero se calló al ver que el niño se acercaba al hombre tumbado en tierra con la evidente intención de emplear la totalidad de sus escasas fuerzas en una nueva patada, esta vez a la cabeza. En el último momento, una mujer de cabello pelirrojo y rizado llegó al lugar, intrigada por los gritos y el alboroto.

—¿Qué es lo que sucede aquí, Danny? —preguntó la mujer en tono de autoridad.

—Abuela Dean, es que he pensado que era...

El hombre se sacó poco a poco la máscara y se quedó tumbado en posición fetal, gimiendo de dolor.

El muchachito, avergonzado, dijo:

—Lo siento, señor, es que no lo sabía. Había pensado que estaba usted muerto.

La mujer se acercó al hombre que estaba tendido en el suelo y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué es esto? ¿Te pasas todo el tiempo asustando a los niños o lo haces tan sólo cuando estás de servicio?

Al tiempo que se retorecía, aturdido todavía por el dolor, el hombre respondió:

—Lo siento, señora. Esos niños no paraban de hacer ruido y nos estaban volviendo locos, y pensé que sería divertido...

—¡Será divertido hasta que alguien se confunda y te pegue un tiro en la cabeza! Dame eso. Lo voy a tirar ahora mismo por la borda. Has tenido suerte de que no vaya a contárselo al almirante.

El hombre hizo al instante el gesto de entregarle la máscara. Dean se la arrebató de la mano como si hubiera sido una serpiente venenosa.

—Y más vale que te vayas acostumbrando a los niños. Les doy clase en una sala de este mismo pasillo y tendrán que ir y venir por aquí.

—Sí, señora. Lo siento.

—Y ya que nos hemos puesto a pedir disculpas, Danny, ¿verdad que tú también podrías decirle algo?

—Siento haberle dado a usted una patada en los cojon..., quiero decir, entre las piernas. Es que me había dado usted un susto.

—Lo siento, niño.

—No se preocupe —dijo el arrepentido Danny.

Dean habló de nuevo con autoridad:

—Danny, ve por el resto de los niños y acompáñalos de vuelta a clase. Dentro de quince minutos, uno de los médicos irá a enseñaros primeros auxilios.

No tuvo tiempo para explicarle a Danny la diferencia entre un enfermero de combate y un médico.

—Sí, abuela. Será como jugar al escondite. ¡Apuesto a que la primera que encontraré va a ser Laura!

Se oyó la voz de una niñita que decía «¡de eso nada!» desde detrás de una manguera contra incendios que había en el pasillo, y empezó la persecución.

Con una mirada de desaprobación dirigida a los operadores de radar, Dean se marchó y siguió a Danny hasta el aula.

—Qué pena de juventud —dijo.

Disco tiró de la cuerda sólidamente atada a la puerta. No ocurrió nada.

—Hawse, la puerta se abre hacia fuera. Tendrás que darle una patada.

—Está bien, retrocede, voy a...

Los pesados goznes de la puerta empezaron a chirriar y a crujiir. Se abrió poco a poco; unos dedos blancos y huesudos se colaron por entre los bordes de acero oscuro cual pinzas de cangrejo ermitaño que emergieran de una concha.

—¡Joder, prepárate, llama por la radio! —gritó frenéticamente Hawse.

Disco informó de la situación a la sala de controles y, al mismo tiempo, apoyó la carabina en el hombro. Una mano en el arma, la otra en busca de otro cargador lleno.

La puerta se abrió un poco más que antes y rostros perversos aparecieron en la penumbra, justo al otro lado del batiente de frío acero.

—Voy a disparar —anunció Hawse.

—Mátalos.

—¡Pero si ya están muertos!

Hawse empezó a disparar contra los no muertos. Les apuntaba justo encima de los ojos. Disco se sabía el plan, porque ya lo habían practicado. Hawse tenía la intención de acabar en seguida con las criaturas a fin de improvisar una barricada con cadáveres, y así impedir que los monstruos abrieran todavía más la puerta.

—¡Esto no vale para una puta mierda, tío! —gritó Hawse.

Los disparos de las carabinas con silenciador les ensordecieron durante un rato. Retumbaban sin cesar en los confines del corredor con paredes de acero. En la vida real, los silenciadores no funcionan como en las películas. Hawse tiró del gatillo en fuego controlado hasta que se le acabaron los cartuchos; instintivamente, Disco se puso frente a él y le entregó el cargador lleno que tenía. Hawse metió el cargador en el arma y se sacó otro de la bolsa para pasárselo a Disco cuando tuvieran que cambiar de nuevo.

Parecía que el sistema funcionara bien. Disco estaba curtido en tácticas como aquellas, porque había presenciado combates en el curso de la operación Libertad Duradera en las Filipinas. Con base en Camp Greybearde, en la isla de Jolo, había asesorado (y colaborado) en un buen número de enfrentamientos armados con la organización terrorista Abu Sayaf. A menudo, intercambiaban cargadores de esa manera después de disparar los veintiocho cartuchos a los fantasmas de la jungla que se escondían más allá de la alambrada. Aquellas criaturas no eran el grupo terrorista Abu Sayaf, pero sí igualmente mortíferas.

En todo momento, el grupo había tenido miedo de quedarse sin munición. Si se quedaban sin cartuchos para las carabinas, tendrían que contentarse con los calibres de pistola de corto alcance. Cuando éstas también se les quedaran sin balas, deberían

pelear cuerpo a cuerpo. Todos ellos sabían cómo terminaría probablemente la pelea.

Disco contó quince cartuchos hasta que los rostros putrefactos de las criaturas dejaron de asomarse por la puerta a medio abrir. Aguardaron con las armas a punto, aún ensordecidos por los disparos en el espacio cerrado. Disco aprovechó unos segundos para una recarga táctica: colocó un cargador nuevo en su arma.

Ambos estuvieron a punto de pegar un salto cuando Doc y Billy irrumpieron en la sala desde atrás con armas de fuego y cuchillos, dispuestos a luchar.

—¡En buen momento llegáis, so gilipollas! —masculló Hawse.

—A ver, capullos, nos habéis llamado antes y llorabais como niños de pecho, y nosotros hemos venido. ¿Qué os pasa ahora?

—Creo que nos los hemos cepillado a todos —dijo Disco.

—Ha sido una mierda... He visto un montón de dedos en el borde de la puerta —dijo Hawse, nervioso. Giró sobre sí mismo con el arma en ristre, como si el lugar hubiera estado repleto de arañas de tamaño humano.

—Bueno, vale, ya que estamos todos aquí, vamos a montar el sistema de comunicaciones. Billy, agarra el espejo y mira qué hay al otro lado de la puerta.

Se oyó un ligero roce a través del resquicio de la puerta, y todos ellos empuñaron los rifles con mayor fuerza que antes.

Billy metió la mano en la mochila, sacó un pequeño espejo de señales y lo sujetó al extremo del silenciador con una goma gruesa. Anduvo hasta la puerta, poco a poco y con sigilo, y sostuvo el espejo en la oscuridad. Sus anteojos se adaptaban electrónicamente a los diversos niveles de penumbra. Vio en el pequeño espejo un mínimo de tres docenas de cuerpos tendidos en el suelo al aire libre.

Una de las criaturas aún se agitaba espasmódicamente en tierra. Billy había visto varias veces cosas semejantes.

—No es nada, Doc. Uno que aún se agita a unos pocos metros, y montones de cadáveres inmóviles apilados al otro lado de la puerta. Vamos a tener que ser dos para abrirla.

—Pues muy bien, empezad a empujar. Billy, tú te vas a quedar detrás de nosotros, por si en ese montón hubiera alguno que se te haya escapado.

—Recibido.

—Muy bien, cuando yo lo diga...: uno, dos, empujad.

La puerta avanzó unos treinta o cuarenta centímetros y desplazó el montón de cadáveres putrefactos en la medida suficiente para que los hombres pudieran pasar de uno en uno por el resquicio encogiendo el cuerpo.

Los cuatro salieron por la puerta, a la noche oscura que gracias a la tecnología les parecía luminosa. Billy se dio cuenta, repentinamente, de que lo más probable era que esa tecnología no tuviera ya posibilidades de perfeccionarse.

—Un rezagado —susurró Billy, con voz casi inaudible. Empuñó la carabina,

hipnotizado durante un milisegundo por la manera como les había acechado la criatura.

Ésta avanzaba con la resolución que da el hambre, con los brazos tensados, las garras a punto. Billy se percató de que no tenía labios. Sus dientes sucios brillaban con fuerza, porque reflejaban e intensificaban la luz de luna. Tiró al instante del gatillo. El fogonazo amplificado iluminó el impacto de la bala. Billy estaba tan cerca que sintió el golpe bajo sus pies cuando la criatura llegó al suelo.

«Éste era de los grandes», pensó Billy.

—Gracias, tío —dijo Hawse con voz demasiado fuerte. Hawse estaba más cerca de la criatura que Billy.

Billy le hizo el gesto de shaka con la mano que sostenía el arma para decirle «de nada».

—¿Quién tiene los aparatos de comunicación? —susurró.

—Mierda.

Disco volvió corriendo a la puerta; Billy le siguió sin necesidad de que se lo dijeran. Ninguno de ellos debía ir solo a ninguna parte...; ésa era la norma más importante. Pasaron unos pocos minutos hasta que los hombres regresaron con el pesado equipamiento de comunicaciones.

Se pusieron a trabajar en seguida. Eligieron un lugar alejado del paso, para que los no muertos no averiaran el equipamiento por accidente. Emplearon los restos de un tramo de cerca destruido para improvisar una pequeña valla. Disco trabajó dentro de sus estrechos confines. Abrió la caja de comunicaciones y dispuso los paneles solares para que tuvieran la máxima exposición en dirección sur. Puso en marcha el sistema con la electricidad de la batería y a los pocos segundos lo conectó con el portátil de caja reforzada.

Entonces envió una ráfaga de datos al *George Washington*: «GW DE TFP, INT ZBZ... k/disco».

Repitió el mensaje: «GW DE TFP, INT ZBZ... k/disco».

Al cabo de unos minutos, el portátil emitió un fuerte pitido. Indicaba que había recibido una nueva ráfaga de datos procedente del portaaviones:

«TFP DE GW, cómo estáis, tíos... el almirante pregunta por vuestra situación... k/IT2.»

Disco respondió:

«DE TFP, Hotel 23 activo y conectado, sistemas en verde, confirmación cero uno (01) todo bien... k/disco».

«DE GW, recordad que el sol saldrá en 58 minutos... base pide informe en 24 horas... AR/IT2.»

Disco cerró el ordenador y volvió a guardárselo en la mochila.

—Comunicaciones plenamente activas, Doc.

—Me alegro de saberlo. Vámonos abajo antes de que salga el sol y cerremos las instalaciones. Que nadie salga durante el día. Es demasiado peligroso, por esas criaturas y por eso otro que ocurrió aquí. No retransmitáis por radio, si no es por medio de una ráfaga de datos. No creo que vayamos a tener tanta suerte como para que no nos detecten, pero, en la medida de lo posible, trataremos de pasar inadvertidos.

—Pues vaya plan de mierda. Espero que no nos caiga encima uno de esos dardos gigantes —dijo Hawse, medio en broma.

Nadie se rió de buena gana. Ninguno de ellos quería pensar en el posible despliegue de lo que los agentes de Inteligencia habían llamado Proyecto Huracán, porque no habría convoy ni helicóptero que fuese a evacuarlos. El portaaviones se hallaba mucho más al sur, cerca de las aguas panameñas.

Billy se quedó una vez más en el último lugar, para hacer girar la rueda con la que se cerraba la puerta que los aislaría del mundo exterior. A partir de aquel momento, todos ellos iban a vivir como vampiros.

Doc estaba echado en su litera y deambulaba entre la vigilia y el sueño. Desde el desastre, la mayoría de sus sueños habían girado en torno a los no muertos. Las autoridades militares de la nación habían formado su equipo de operaciones especiales con miembros dispares después de que el propio Doc escapara de Afganistán con Billy. Cuando su nave llegó por fin a las aguas territoriales estadounidenses, un enjambre de no muertos se había congregado en la costa oriental para recibirles.

Antes de que se llegara a aquella situación tan mala, Doc había oído historias de personas que quemaban dinero para protegerse del frío y que empleaban deportivos de doscientos mil dólares para levantar barricadas en las calles. Hawse le había contado la historia de un vendedor callejero de Washington D. C. Que había intercambiado velas y antibióticos de un coche blindado por municiones y agua embotellada. Eso había ocurrido antes de que la población de no muertos creciera hasta el punto de que ya no era seguro ni siquiera mirar a la calle desde las ventanas entabladas.

Hawse se había unido a ellos tras escapar de Washington D. C. Disco apareció después de que perdieran a Hammer. Doc se durmió poco a poco mientras recordaba la última misión de Hammer.

Un helicóptero avanzaba con gran estruendo por la costa de Louisiana, muy adentro de la zona de peligro de Nueva Orleans. Doc conocía a Sam, su piloto, porque no era la primera vez que iban juntos.

—Quiero que esto sea rápido, Doc —le dijo Sam por los auriculares.

—Yo también. Tal como estamos ahora, tengo las mismas ganas de bajar a tierra que tú.

—La semana pasada perdimos a otro pajarito. Un amigo mío, Baham, iba de piloto. Ojalá esté bien.

Doc sabía que lo más probable era que no estuviese bien pero para reconfortarle le dijo:

—Me imagino que tratará de regresar a pie.

—Sí, si tú lo dices... —Sam no se lo creía—. Tengo a la vista esas jaulas de acero y sé lo que buscamos, pero te lo voy a decir ahora mismo, Doc, no me gusta esta mierda. Al primer indicio de peligro, lanzas las jaulas por la puerta y nos largamos, ¿estás de acuerdo?

—Sí, no hace falta que nos lo expliques. Hawse piensa lo mismo. Tampoco tiene ganas de tomar parte en esto —dijo Doc—. Además, nuestra misión consiste en sacarlos de ahí. No sabemos a dónde los vas a llevar. ¿Te importaría decírmelo?

Sam le miró con sonrisa de conspirador y le dijo:

—Lo vais a saber igualmente cuando lleguemos. Os garantizo una noche de lujo y comodidades como recompensa por transportar a esas bolsas de pus radiactivo. En cuanto los hayamos recogido, los llevaremos al portaaviones. Los investigadores quieren hurgar en ellos. Quieren descubrir qué es lo que los hace caminar.

Doc se enderezó en el asiento. Habían avistado la orilla del lago Pontchartrain.

—Sam, ni los muchachos ni yo queremos quedarnos en el portaaviones cuando esas criaturas estén a bordo. No me importa lo blandas que sean las camas, ni lo agradable que sea el aire acondicionado, ni lo caliente que esté el agua de las duchas.

—No podéis elegir. Tendremos que quedarnos para llenar el depósito de este pajarito y hacerle el mantenimiento, porque no quiero acabar perdido ahí abajo como le ocurrió a Baham... bueno, ya estamos cerca. Muchachos, comprobad que los trajes HAZMAT estén bien, y poneos los capuchones, joder. No os acerquéis

demasiado a los coches ni camiones, ni a nada que esté hecho de metal. Desprenderán radiación. ¿Quién se quedará aquí para accionar el cabrestante y cuidar de la jaula?

—Hammer se acaba de presentar voluntario —Doc se volvió hacia Hammer a tiempo para ver cómo éste levantaba el pulgar en aprobación.

—Recibido. Mantendré la estabilidad mientras Hammer arroja el garfio. Las fotos que tomaron durante el reconocimiento muestran a varios de ellos atrapados en la carretera elevada. Vamos a llegar dentro de un par de minutos. Preparaos.

—Recibido. —Doc se desabrochó el cinturón de seguridad y se volvió para pasar a la parte de atrás. Sam lo agarró un momento por el brazo.

—No te metas en líos y que te vaya bien.

—Que te vaya bien a ti también —respondió Doc.

Doc pasó revista al equipo y les probó los arneses.

—Tú ya estás bien, Billy. Hawse, ajústate esa mierda.

Hawse se ajustó el arnés con las manos. Doc miró a Hammer. No llevaba arnés. No iba a bajar a tierra.

—¡Poneos los capuchones! —gritó Doc—. Sam nos va a bajar. El polvo no será respirable. Dentro de treinta años, cuando hayamos vuelto a la vida normal, acabaréis como esos veteranos que ponen demandas cuando sufren cáncer.

—Ja, ja y una puta mierda de ja —decía Hawse mientras se colocaba la máscara.

Billy y Hammer hicieron lo propio.

—Probad las radios —ordenó Doc.

Les funcionó bien a todos. Las voces quedaban amortiguadas por los capuchones del HAZMAT. El helicóptero estaba suspendido sobre el lago Pontchartrain y sobre la carretera elevada que pasaba por encima del gran estuario de Louisiana. El aparato sufrió una leve sacudida. Sam siguió pilotándolo con las rodillas mientras se colocaba el capuchón. El helicóptero inició su descenso. La carretera elevada pareció agrandarse a medida que Sam reducía altitud. Al fin, el helicóptero quedó suspendido a poca altura. Doc miró por la puerta y vio que Sam había encontrado una buena posición. Había tres criaturas en un trecho de cien metros de longitud, atrapadas entre dos montañas de chatarra que habían formado los coches al chocar. El helicóptero estaba quieto entre las dos barreras metálicas. Detrás de estas había cientos de nerviosas criaturas que contemplaban el helicóptero suspendido en el aire, atraídas por el estruendo, y levantaban las manos al cielo.

Las criaturas empezaron a trepar por los coches para llegar al trecho de carretera que se encontraba bajo el helicóptero. Riadas de no muertos convergían desde ambas direcciones. Los cadáveres se movían con rapidez.

El equipo no iba a tener mucho tiempo.

Los tres hombres se sujetaron con los garfios a la cubierta del helicóptero y empezaron a descender con el instrumental. Mientras bajaban, las tres criaturas atrapadas entre las dos montañas de chatarra empezaron a acercarse al punto donde tenían que llegar a tierra. El rotor empujaba partículas de polvo radiactivo en todas las direcciones. Sin los trajes, los operativos habrían muerto al cabo de pocas horas a causa de la exposición y habrían vuelto a levantarse poco más tarde. Las órdenes eran sorprendentemente sencillas: extraer dos especímenes no muertos de dos áreas radiactivas distintas: uno que hubiera estado expuesto a radiación de nivel medio y otro en la zona cero de una de las explosiones nucleares.

En el mismo segundo en el que las suelas de sus botas tocaron tierra, soltaron los garfios de los cables. Hammer se hallaba quince metros más arriba y manejaba los controles del cabrestante; éste bajó poco a poco su propio cable hasta que el garfio tocó tierra.

Las tres criaturas se acercaron más.

Hawse disparó a la más pequeña, y Billy a la siguiente más pequeña. Querían el mejor espécimen. No tenían las más mínimas ganas de repetir la misión por haber llevado un espécimen defectuoso.

El alfa que seguía en pie no pareció darse cuenta de que los otros dos ya no formaban parte de la manada. Lo más probable era que los tres hubieran estado atrapados en aquel trecho de carretera en ruinas desde hacía casi un año, desde que la bomba nuclear había destruido Nueva Orleans. Doc apuntó con su arma a la última de las criaturas y tiró del gatillo.

La red de kevlar salió disparada del fusil de aire comprimido, a una velocidad de más de treinta metros por segundo. Cayó sobre la criatura y, visiblemente, la derribó sobre el hormigón. La criatura se debatió en un furioso esfuerzo por desgarrar la red de kevlar. Hawse corrió hacia ella en busca de un punto donde no pudieran llegar los dientes y las manos de la criatura. Lo encontró y entonces arrastró rápidamente al monstruo hasta el garfio que colgaba del cable del cabrestante. El rotor seguía azotándolos con la corriente de aire que provocaba. Los sonidos

de la arena y las partículas de polvo radiactivas se hacían oír en los visores de sus capuchones, pese al estruendo del helicóptero. Tras asegurarse de que el garfio estaba bien sujeto al cable, Doc lo enganchó a la red de kevlar y retrocedió, y levantó el pulgar para que Hammer lo viese desde arriba. Hammer le respondió con la misma señal y el cabrestante empezó a izar hacia el pajarito a la furiosa criatura prisionera en la red.

Al cabo de poco, Hammer se comunicó por radio con Doc:

—Ya lo tenemos bien encerrado.

—Recibido. Baja el cable del cabrestante. No descendas. Se metería más polvo en el helicóptero.

Hammer bajó el cable y subió a los tres operativos hasta el helicóptero. Dentro del pajarito, el monstruo se debatía en su jaula e hincaba los dientes en el metal. Sus ojos blancos y carentes de expresión siguieron a los hombres mientras estos preparaban la extracción del siguiente espécimen.

El helicóptero voló dando bandazos hacia las ruinas de Nueva Orleans, en dirección al sur, hacia la zona cero. Ningún edificio ni antena de más de ocho metros se mantenía en pie. La explosión nuclear que ordenó el gobierno a modo de último recurso lo había destruido todo, incluso las presas. Nueva Orleans se había transformado en una marisma putrefacta y radiactiva. Mientras avanzaban hacia el sur por la costa, Sam y el equipo trataron de avistar un sitio de donde pudieran extraer el siguiente y último espécimen.

—La Interestatal 610 está ahí abajo. No querría descender tanto como en la carretera elevada. Aquí la cosa está mucho más fea —le dijo Sam a Doc.

—No te lo voy a criticar, Sam. Mira esa rampa de acceso —dijo Doc, y señaló desde detrás del cristal de la cabina.

Sam hizo bajar el helicóptero hasta que estuvo cerca de la rampa de acceso I-610.

—Sí, seguramente nos irá bien. Primero tendrás que encargarte del problema de ahí abajo.

—Hawse ya trabaja en ello —dijo Doc, y señaló al área de carga, donde Hawse se había tumbado boca abajo frente a una portezuela lateral abierta, con un rifle de francotirador LaRue Tactical 7.62 pegado a la mejilla. La mira amplificaba por diez y debía de darle a Hawse vistas excelentes de la situación sobre el terreno. Sam empezó a girar en torno a la zona de aterrizaje como si hubiera sido un cañonero AC-130 Spectre. Hawse se puso manos a la obra. Billy llevaba un macuto con veinte cargadores de 7.62 listos para proveer al arma.

Billy miraba por los prismáticos. Empezó a indicar objetivos y estimaciones de distancia.

—Al norte del Subaru Forester de color negro, cerca de la capota, dos-cien.

Hawse hizo estallar el cuello y el rostro de la criatura, y la cabeza salió volando en una trayectoria de servicio de voleibol. Blancos fragmentos de hueso saltaron sobre la capota del Subaru. Quedaron como una de esas obras de arte que años antes se subastaban por millares de dólares. Hawse soltó aire poco a poco antes del siguiente disparo. Billy seguía localizándolos y Hawse seguía volándoles la cabeza, y se le escapaban algunos cuando el helicóptero cabeceaba y daba vueltas. No era fácil disparar de ese modo.

El estruendo del helicóptero atraía ahora a los no muertos, y la mayoría se habían alejado del área objetivo.

El equipo tenía que actuar con rapidez, porque el sonido del motor atraería rápidamente a las criaturas al punto de extracción. Hawse apartó el arma 7.62 y descolgó la carabina M-4 sobre la que había pintado una franja de color anaranjado. Cuando todo el mundo lleva carabina, es fácil perderla en la confusión. Sam avanzó en línea recta con el pajarito y los hombres se prepararon una vez más para descender en rúpel hasta el infierno. Se ajustaron las máscaras para el descenso cuando se hallaban a poco más de treinta metros del desastre radiactivo.

—¡Vale, engánchalo y acabemos con esto! —gritó Doc a la radio, con fuerza para hacerse oír pese al estruendo del rotor.

—Sí, qué diablos. Hagámoslo de una vez. ¡Ducha caliente, voy a tu encuentro! —gritó Hawse al cerrar el garfio y saltar al viento desde el helicóptero.

Los otros dos le siguieron y dejaron atrás a Hammer. En esta ocasión, el descenso fue doblemente largo: una precaución adecuada, debida a los niveles de radiación en los que se sumergían. Una vez en el suelo, las corrientes de aire causadas por el rotor no fueron tan fuertes como lo habían sido antes, pero las mortíferas partículas todavía daban vueltas cual letales diablos de polvo en torno a sus rostros.

Billy contemplaba Nueva Orleans, o, más bien, lo que había quedado de ella. Estaba cubierta en su mayor parte de agua y fango radiactivo. Veía millares de criaturas que caminaban trabajosamente hacia ellos por la delgada capa de mugre, oleadas de criaturas, que convergían todas ellas en el epicentro del sonido de las palas del rotor y de los motores del helicóptero. Las criaturas dejaban un rastro en uve a sus espaldas al caminar por las aguas cenagosas, plagadas de infecciones y radiactivas. Los vértices de todos aquellos rastros apuntaban en una misma dirección.

—Putas tierras devastadas —dijo Billy en voz alta mientras preparaba el AK-47.

Las criaturas irradiadas se acercaban velozmente.

Hawse empuñó la carabina y apuntó con la mira ACOG. La mira estaba calculada para la trayectoria de municiones del 5.56, y el punto de mira estaba graduado para dicha trayectoria. No se precisaban más cálculos. Sólo había que ajustar la anchura del retículo ACOG a la criatura, apuntar a la cabeza, tirar del gatillo, y entonces la criatura se desplomaba... en teoría. Hawse neutralizó a cuatro. Billy puso manos a la obra con el AK-47 que se había traído como trofeo de Afganistán y derribó a otros tres.

No habían traído silenciadores para la misión... no hacían falta. El estruendo del helicóptero hacía que fueran inútiles. Doc tumbó a otros cuatro con la carabina y quedaron tan sólo dos. Se colgó la M-4 al hombro y agarró el fusil de aire comprimido, se aseguró de que la red de captura estuviese en su sitio y apuntó con el arma. Doc y Billy dispararon al mismo tiempo. Billy acabó con la criatura que se acercaba a Doc, y Doc arrojó la red sobre el espécimen elegido. Misión cumplida..., casi.

Estaban agachados, de espaldas a la criatura atrapada en la red, y contemplaban el enjambre de no muertos que avanzaba desde todas las direcciones cual plaga de la langosta. Una racha de viento empujó el garfio contra el prisionero y provocó en éste una violenta reacción. Abrió los ojos como platos y bramó y trató de arañar, presa de la ira. La estática del helicóptero que se acumulaba en el garfio habría podido derribar a un hombre si no lo descargaban en tierra antes de tocarlo. Pero se había descargado ya, y entonces Hawse sujetó la red con el garfio y contempló a la criatura presa mientras esta giraba sobre sí misma y ascendía hasta la portezuela del helicóptero, treinta metros más arriba. El enjambre de Nueva Orleans crecía y se acercaba, los gemidos ocultaban ya el sonido de las palas del rotor. El agua que llegaba a las rodillas parecía hervir de movimiento hasta doscientos metros más allá.

Billy empezó a disparar con el AK-47. Los cartuchos de 7,62x39 golpeaban un poco más fuerte que los de las carabinas M-4 de Doc y Hawse, pero el AK tenía menos precisión. Aunque, como era Billy quien lo empuñaba, no se notaba mucho... Los derribaba a más de doscientos metros con mira metálica.

Las criaturas se acercaban velozmente, a centenares, quizá a millares ya.

Billy vio algo de rojo y saltó lejos del resto del grupo. Hawse y Doc se cayeron al suelo, el aire se les escapó de los pulmones... La criatura que habían capturado momentos antes e izado al helicóptero había saltado los treinta metros que la separaban del suelo, libre de las redes, y tenía en sus garras a Hammer.

Visiblemente, Hammer se había roto el brazo izquierdo: el hueso astillado le sobresalía del antebrazo. Doc no sabía si la fractura se debía a la caída o si se la había infligido la criatura. El monstruo le había abierto serias heridas con sus mordiscos. Le manaba sangre del cuello, al ritmo de su corazón acelerado.

Hammer se llevó la mano a la cintura para tratar de empuñar la única arma que llevaba encima durante la caída..., su tomahawk.

La criatura irradiada forcejeaba con Hammer.

El enjambre de Nueva Orleans se hallaba a unos noventa metros.

Lágrimas de miedo y rabia brillaban en los ojos de Hammer. Agarró el tomahawk por el mango forrado con placas de Micarta y lo blandió, lo hundió en el cráneo de la criatura y soltó el arma. La criatura había desgarrado la máscara de Hammer antes de la caída. Hammer estaba herido de muerte, expuesto a las letales dosis de radiación presentes en Nueva Orleans.

Mientras Doc y Hawse se recobraban y se levantaban del suelo, Billy sacó agente coagulante del botiquín y se lo aplicó rápidamente en el cuello a Hammer. Le puso un vendaje para que ejerciera presión sobre la herida. Por lo menos le permitiría ganar algún tiempo.

Antes de que nadie se lo pidiera, Hammer se sujetó con gran esfuerzo la herida del cuello y dijo:

—Son rápidos y veloces. Ha... desgarrado la red.

Mientras hablaba, le salía sangre por la boca.

Hammer miró a Billy.

—Hagamos un intercambio. —Le entregó a Billy el tomahawk ensangrentado y Hammer se quedó el AK de Billy—. La misión sigue en pie. No voy a vivir mucho tiempo. Dejaré pasar sólo a uno para que podáis llevároslo. Volved a cargar la red en el fusil y vamos allá.

Doc se quedó consternado ante el aspecto de fantasma que tenía Hammer. No entendía cómo era posible que se mantuviera consciente. Doc compartimentó el horror de ver cómo la fuerza vital de su camarada se extinguía ante sus ojos. De algún modo, logró guardarse las emociones para más tarde.

Los tres abrazaron a Hammer y le estrecharon la mano antes de decirle adiós. No les quedaba tiempo para más. Hammer les asintió con la cabeza a cada uno de ellos como única respuesta y se volvió para ir a la lucha. Logró acercarse al frente de no muertos más cercano y empezó a disparar.

Doc volvió a cargar la red y le dijo por radio a Sam:

—¡Baja o moriremos todos!

Sam no se lo discutió. Al cabo de treinta segundos, el helicóptero estaba suspendido a treinta metros sobre el grupo, agitando el polvo, los escombros y los muertos andantes en todas las direcciones.

Hammer peleó con todas las fuerzas que le quedaban, vació el cargador, y dejó pasar a una de las criaturas para que atacase a los demás cerca del helicóptero suspendido en el aire. Doc capturó a la criatura con la red y los tres hombres se apresuraron a cargarla en la máquina voladora. Hammer tenía razón: aquellas abominaciones irradiadas eran más fuertes que cualquier otra que hubieran encontrado. Estuvo a punto de desgarrar la red nueva en el tiempo que necesitaron los tres hombres para meterla en la jaula de acero. No se preguntaban ya cómo era posible que el segundo espécimen hubiera logrado escapar de la red; había contado con treinta metros de ascenso al extremo del cable durante los cuales pudo romper y arañar cuanto quiso antes de encararse con Hammer. Doc estimó que la fuerza del segundo espécimen debía de equivaler a muchas veces a la del que había quedado atrapado en la carretera elevada.

El resto quedaba desdibujado. Los dos robustos especímenes rugían en las sólidas jaulas de acero, separados y sin posibilidad de escapar. El helicóptero ganó altitud. Doc le pidió a Sam que se mantuviera a sesenta metros. El equipo contempló la escena que tenía lugar en tierra: Hammer luchaba hasta el final con los no muertos, armado ya tan sólo con un machete. Apuñaló y rajó y mató a otros tres antes de que lo doblegaran. Doc fue al estante, agarró el LaRue 7.62 con mira telescópica y se echó de vientre a tierra. La mira le confirmó que Hammer había muerto y que las criaturas devoraban con avidez sus restos cálidos y radiactivos. La cólera se adueñó de todo el cuerpo de Doc, y maldijo a todas las criaturas, y le presentó los últimos respetos a Hammer con una bala de francotirador en el cráneo. Así Hammer no se transformaría en un monstruo más. Pensaba que Hammer habría tenido el mismo detalle con él. Doc contempló la devastada y ruinoso ciudad de Nueva Orleans.

Doc se sentó en la litera y, por puro hábito, miró el reloj. Eran las 14.00. Tuvo un instante de confusión. «¿Hammer sigue vivo? ¿Dónde estoy?», se preguntó a sí mismo, hasta que el recuerdo volvió a ocultarse en los rincones más recónditos de su cerebro. Doc había regresado a la litera del Hotel 23, Hammer estaba muerto y los no muertos todavía reinaban.

Kil, Saien y Monday entraron en el área separada del resto del submarino que hacía las veces de Departamento de Información. En su interior no había nada especial, ni superordenadores que murmuraran en un rincón, ni imágenes en tiempo real transmitidas por satélite con el correspondiente ejército de analistas dispuestos a estudiarlas. El equipamiento era antiguo y demasiado rebuscado como para resultar práctico. Kil entró en una habitación marcada como «SSES».

Los cuatro hombres que habían abordado el submarino con ellos también estaban allí.

—Conozco este sitio —dijo Kil.

—¿De qué lo conoce? —preguntó Monday.

—Les había transmitido varios mensajes en tiempos más felices —respondió Kil, de mala gana.

—Bueno, hoy en día apenas nos dedicamos a descifrar señales de países extranjeros. Tenemos a un intérprete en ese rincón que entra en el sarao cada vez que lo necesitamos, pero diríamos que apenas si queda nadie que retransmita nada.

—¿Qué idioma habla? —preguntó Kil.

—Chino.

—Me imagino que nos vendrá bien dentro de unas semanas, ¿eh? —tanteó Kil.

—Sí, y quizá mucho antes. Pónganse cómodos..., les voy a dar una alegría: estamos al borde del apocalipsis y la armada aún hace sus presentaciones con PowerPoint. Antes de empezar, tendremos que arrancar nuestros sistemas y acceder al ordenador de JWICS. Puede que tardemos un minuto.

Saien se arrimó a Kil y le susurró:

—¿Qué es eso de JWICS?

—Es una Internet paralela, una Internet en la que no has entrado nunca. Es probable que tampoco hayas oído hablar de ella. El gobierno no la mantenía en secreto antes del desastre. Lo que sí se mantiene en secreto es la información que se comparte en ella. No te imagines conspiraciones; antes de que empezara esto, la mayoría de sus contenidos se encontraban también en la prensa convencional y en fuentes de Internet.

—¿Y decía quién mató a Kennedy y cosas así?

—En absoluto —dijo Kil, que por breves instantes había recordado a su madre. Ésta tenía la costumbre de preguntarle por teorías conspirativas de ese tipo, porque creía que su hijo trabajaba en ellas—. Nada de eso, sólo la típica información confidencial. Lo bueno de verdad se tenía que ver en la red de área local de la Sala de Emergencias de la Casa Blanca, o en una intranet alojada en un edificio secreto de Virginia del Norte. Yo nunca quise acceder a ese tipo de material. Habría perdido

unas cuantas uñas si llegan a pillarme.

Monday se plantó al frente de los que estaban allí reunidos e interrumpió a Kil.

—Buenas tardes. Para los que no me conocen, soy el comandante Monday. Voy a hablarles durante un rato antes de comunicarles formalmente las instrucciones. Podría contar con los dedos de una mano las veces que he revelado la información que ahora pondré a su alcance. Ante todo, quiero agradecerles sus servicios a los cuatro hombres que pertenecen a nuestra comunidad de especialistas en operaciones especiales.

Uno de los cuatro asintió con la cabeza, a modo de respuesta, desde el fondo de la habitación.

Monday señaló a Kil y a Saien.

—Añadiré, para quienes no lo sepan..., que esos dos hombres lograron sobrevivir en el continente durante casi un año. Ciertamente meritorio, si tenemos en cuenta la situación.

—Qué chorrada —murmuró uno de los otros.

Monday prosiguió.

—Vayamos al grano. Puede que no resulte nada ortodoxo que un oficial de Inteligencia de la armada les haga una pregunta de este tipo, pero, por favor, que levanten la mano quienes crean en Dios.

Ni Kil ni Saien levantaron la mano; tan sólo uno de los miembros del otro grupo se apartó del consenso. Kil habría querido hacerlo también, pero aún no estaba preparado.

—Ya veo. Me imagino que así, por lo menos, les va a resultar más fácil. Verán, lo que voy a decirles no se podrá retirar. Y les voy a repetir esto mismo dentro de unos pocos minutos. Deben comprender que muchos de ustedes, durante su infancia y adolescencia, hasta llegar a la edad adulta, se criaron de acuerdo con ciertos paradigmas y principios inquebrantables..., normas culturales establecidas. El sol sale por el este y se pone por el oeste, todo lo que sube tiene que bajar, el que organiza las apuestas siempre gana, etcétera, etcétera. A veces, cuando tenemos que enfrentarnos a datos que cambian nuestros presupuestos más fundamentales y no podemos refutarlos, se producen efectos extraños en nuestra mente. ¿Alguno de ustedes recuerda el día en el que descubrió que no existía Santa Claus?

Todos los que estaban en la sala asintieron para indicar que sí lo recordaban, aunque no fuera cierto en el caso de Saien.

—Bueno, pues imagínense eso mismo multiplicado varias docenas de veces. —Monday hizo una pausa que se prolongó durante un largo minuto y fue mirando a todos y cada uno de los que se encontraban en la sala—. Puede que ésta sea la última vez que se lo digo, o puede que se lo diga otras cien veces, si considero necesario que vuelvan a oírlo. Una vez se lo haya dicho, no se podrá retirar. ¿Todos ustedes lo han

entendido?

Todos ellos asintieron como si lo entendieran, pero Monday no parecía muy convencido.

—Bueno, vamos allá. Van a sufrir ustedes un puñetazo en sus entrañas filosóficas. He estudiado el historial de todos ustedes, excepto el suyo, Saien, pero eso ya lo hemos discutido. Si puede ver esto es tan sólo por autorización directa del almirante y, subsidiariamente, del capitán de esta embarcación. Si de mí dependiese, usted no estaría aquí, quiero que quede bien claro.

Saien no reaccionó a las afirmaciones de Monday. Los cuatro operativos especiales susurraban entre ellos. Kil no lograba entender lo que decían.

—Muy bien, vamos allá.

Monday activó el cañón. Unos recuadros amarillos en los extremos superior e inferior de una pantalla LED muy ancha montada en la pared mostraron numerosas advertencias.

«La clasificación general de esta información es Alto Secreto, SI, TK, G, H, SAP Horizonte, y todo lo demás que se le pueda ocurrir. Querría darles la bienvenida a todos ustedes al Programa Horizonte». Monday clicó para mostrar la imagen siguiente.

08 DE JULIO DE 1947 —ACTIVIDAD DE RECUPERACIÓN.

Cuenca de Uintah, Utah.

ALTO SECRETO // CRÍTICO CRÍTICO CRÍTICO.

YANQUI 08 DE JULIO DE 1947.

DE: SECRETARIO DE GUERRA.

A: PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS.

ASUNTO: ACTIVIDAD DE RECUPERACIÓN.

EMBARCACIÓN RECUPERADA. CUATRO EN ENCIERRO. UNO VIVO, DE CAMINO, WRIGHT FIELD.

OPERACIÓN DE ENGAÑO EN MARCHA. SIMULACIÓN DE ESCOMBROS, ROSWELL, NM.

... PATTERSON ENVÍA...

ALTO SECRETO // CRÍTICO CRÍTICO CRÍTICO.

Algún lugar en el Círculo Polar Ártico —Base Cuatro.

70 grados bajo cero. Suficientes para congelarle la cara a un hombre en cuestión de segundos. La Base de Investigación Cuatro de Estados Unidos todavía albergaba vida, aunque ésta se hallara a merced de la tecnología y de bidones de combustible diésel de doscientos litros. Había pasado casi un año desde que los muertos quebrantaron las leyes de la naturaleza y la física conocidas hasta entonces. Los supervivientes que quedaban en la base afrontaban su segundo invierno sin haber recibido ni siquiera suministros. La mayoría de los cuarenta y cinco miembros del equipo había abandonado el puesto durante la primavera anterior, con el propósito de recorrer ciento sesenta kilómetros en dirección al sur, hasta la zona de hielo delgado más cercana, donde pensaban que podrían encontrar algunos reductos de civilización. No volvieron a ver a la mayoría de ellos. Unos pocos regresaron a la base, quizá por instinto, o por hábito. Tenían el mismo aspecto que todos los demás: ojos blancos como la leche y cubiertos de escarcha, las cabezas heladas y gachas, hambriento.

La Base Cuatro siguió la caída de la civilización al ritmo de las noticias que les llegaban por radio de alta frecuencia. Tan al norte, la alta frecuencia era el único medio de comunicación medianamente fiable. Los teléfonos por satélite habían funcionado durante los primeros meses después de la anomalía, pero terminaron por enmudecer, junto con el resto de la tecnología dependiente de una infraestructura compleja y frágil.

Los brutales e implacables inviernos del Ártico tenían una sola ventaja: las voraces criaturas abundaban mucho menos que en las tierras que se encontraban fuera del gran círculo helado. Al principio, los muertos les parecían un problema lejano, algo de lo que habían oído hablar por onda corta, o habían contemplado con horror mediante la televisión por satélite. Aún no eran motivo de preocupación en la Base Cuatro.

Al llegar la primavera después del inicio de la anomalía, uno de los investigadores murió por complicaciones de una diabetes. El equipo cada vez más reducido se dio cuenta en seguida de que había llegado la anomalía; había atacado su refugio de clima controlado. Tuvieron que improvisar un hacha de hielo y clavársela en la cabeza a la criatura para dejarla fuera de combate, pero no antes de que ésta se cobrara otra vida. Lanzaron los cadáveres a un barranco de setenta y cinco metros de altura cercano a la base. Era allí donde todavía arrojaban a todos los muertos. Muchos cuerpos, rotos y helados, yacían en el fondo de lo que los supervivientes llamaban el Barranco de las Almas Tranquilas.

Más al sur, en el mundo real, los seres humanos luchaban y morían contra las suertes del destino. Más al norte, dentro del Círculo Polar Ártico, los supervivientes

combatían contra las bajas temperaturas corporales y la oscuridad constante. Llevaban semanas sin ver el dorado fulgor del sol y algunos de ellos pensaban en silencio que no volverían a verlo. Racionaban el aceite de la calefacción y el combustible como si se hubiera tratado de agua a bordo de una balsa perdida en el Pacífico. Todos ellos sabían que podían darse por muertos si no abandonaban en un máximo de sesenta días aquella roca helada. Para entonces habría llegado el enero, lo más gélido del invierno. Ningún avión (si es que quedaba alguno) se arriesgaría a volar hasta allí, ni habría nadie capaz de ir a pie hasta el sur. Tenían perros y trineos, pero tampoco les habrían servido de nada. Estaban demasiado al norte.

Crusow Ramsay era el jefe no oficial de la Base Cuatro..., el líder de los pocos supervivientes que habían quedado. No era el mayor ni el que tenía más experiencia, pero sí el más respetado. Crusow tenía un nombre que sonaba raro, más antiguo que los típicos nombres de los años cincuenta, como Dick y Florence; también su abuelo se había llamado así. Hacía treinta y cinco años, su padre le había pasado el nombre sin apenas discusión. Tenía sus raíces en una larga dinastía de robustos inmigrantes escoceses, machos alfa que se habían abierto un camino en la vida.

La espartana manera con que su padre le demostraba su afecto había hecho de Crusow un hombre duro, más duro que la mayoría. Su padre había sido siempre indulgente con las chicas, pero nunca con Crusow. Sus hermanas habían tenido dinero cada vez que lo habían necesitado, coches gratis, mensualidades, pero Crusow, no. Había tenido que trabajar para él en el aserradero desde los diecisiete años.

Como necesitaba dinero para su mujer embarazada, Crusow se presentó a una entrevista para un trabajo que lo llevó hasta el lugar donde se encontraba entonces, en el frío abrazo del Ártico. Los tiempos de crisis no le habían dejado otra opción. Le dijeron que, si conseguía el trabajo, tendría que ir tan sólo durante cinco meses al año. Los enigmáticos requisitos que se necesitaban para obtenerlo le intrigaron.

«Ingeniero mecánico con tres años de experiencia en el manejo de máquinas / experiencia con motores diésel. Se requiere obtención previa de habilitación de seguridad SSBI...».

La Base Cuatro tenía sus secretos. La mayor parte de las tareas de investigación por las que había sido necesario establecer una base en el Ártico habían terminado hacía varias décadas. Oficialmente, la Base Cuatro tenía como objeto estudiar la propagación de las ondas electromagnéticas en la zona del Polo Norte. Crusow no formaba parte de los equipos de investigación y, antes de que el mundo se fuera al diablo, no le importaba un pepino lo que pudieran buscar bajo el hielo. Con todo, no podía dejar de extrañarse cada vez que tomaban provisiones para tres días, informaban al (ahora difunto) comandante de la base acerca de lugar donde se dirigían y luego desaparecían en la nieve con los perros.

Lo que se contaba a los trabajadores de la base era que salían en busca de rocas

marcianas. Los expertos decían que Marte había sufrido el bombardeo de incontables meteoritos hacía siglos y milenios, y que las rocas que se habían desprendido habían acabado en la Tierra, habían entrado en la atmósfera y habían aterrizado por alguna parte del Ártico.

Crusow no tuvo nunca noticia de que el equipo hubiera regresado con algo interesante. Lo que hacían siempre era guardar el instrumental, limpiar e informar al jefe. La misma historia, una y otra vez. Crusow no llegó a tener trato cercano con los investigadores; los cambiaban cada vez que el avión militar hacía su vuelo rutinario a la base.

En realidad, lo que pudieran buscar los equipos de investigación en el hielo había dejado de importar.

Incluso antes de la anomalía, Crusow había pensado que el mundo se hallaba cerca del desastre. La economía estaba al borde del colapso; el desempleo había llegado al quince por ciento. El precio del oro se aproximaba a los sesenta y cinco dólares el gramo, y en las noticias se hablaba de países enteros que se hundían. La tarea que se le había asignado en el Ártico era sencilla. Si lograba sobrevivir a uno, tal vez a dos inviernos, quizá podría pagarse la mudanza al Oeste y criar allí a su familia, libre de la corrupción de la sociedad, de la decadencia y del desastre.

Crusow contemplaba las estrellas, una de las pocas distracciones que se permitía desde que se había terminado el mundo. Había perdido todo lo que se podía perder con aquella sacrílega plaga. Su esposa, su hijo que no llegó a nacer, su hogar... Todo.

Lo único que le quedaba y que tenía algún valor para él se hallaba en su cinturón, o cruzado sobre su espalda: un buen machete Bowie con empuñadura de cuerno, una pistola Smith & Wesson M & P de 9 mm y una carabina M-4 bien conservada. Las propiedades no tenían ya ningún valor, porque el mundo que se hallaba más al sur pertenecía a quienquiera que pudiese sobrevivir a sus desafíos. ¿Un reloj Rolex? Sí, al alcance de todo el que estuviera dispuesto a que lo infectaran al arrastrarse por un centro comercial. ¿Lingotes de oro? Fort Knox estaba plagado de criaturas, pero, si alguien lograba hacer estallar la cámara acorazada, podría llevarse todos los lingotes de oro rellenos de tungsteno que le apeteciesen. Nadie trataría de detenerlo. ¿Dinero? Quien tuviera billetes, podía emplearlos para encender una hoguera o para conservarlos en la cartera y fingir que aún existía el mundo normal. Es muy difícil fingir cuando los muertos caminan y tratan de devorarte, y esto último era muy habitual en el lejano sur, en el mundo de verdad.

Crusow hacía cuanto le era posible por no volverse loco. Leía libros, escribía cartas a personas que probablemente habían muerto y, a veces, rezaba. El frío consumía poco a poco la energía de la base, energía que no se podría reemplazar. La Base Cuatro era una estrella moribunda que no tardaría en quedarse helada y totalmente vacía. El alma de Crusow estaba ya próxima al cero absoluto, y se

acercaba todavía más a éste cada vez que pensaba en ella.

Hacía unos meses, había tenido noticias de su mujer mediante el teléfono por satélite. En aquel momento, el mundo entero se había sumido ya en la anarquía. Los supervivientes de la Base Cuatro seguían las noticias y escuchaban la radio de alta frecuencia. El caos más absoluto se había apoderado de las ondas. Primero, los disturbios se adueñaron de las ciudades más grandes. Las gentes se movían entre las masas de no muertos, robaban televisores y tabletas, se los llevaban a casas que ya no tenían electricidad.

En circunstancias normales, se confiaba el número de teléfono por satélite de la Base Cuatro a cónyuges y allegados por si se producía una emergencia familiar. Los supervivientes se turnaban junto al teléfono como parte de su rotación en las tareas del centro de operaciones.

Después de que el mundo se fuera a la mierda, los supervivientes aún montaban guardia junto al teléfono, como si hubiesen querido mantener una apariencia de normalidad, pero las llamadas eran extremadamente raras. La red telefónica estadounidense funcionó tan sólo de manera esporádica durante los días que siguieron a la Nochevieja y al levantar de los no muertos. Era una medianoche de febrero cuando el compañero de habitación y mejor amigo de Crusow, Mark, recibió la frenética llamada.

—Hola, soy Trisha, tengo que hablar con Crusow.

—Trish, por Dios bendito, ¿los teléfonos de ahí aún funcionan?

—¡Joder, Mark, que no tengo tiempo! ¡Están a la puerta y la casa está ardiendo!

—Vale, vale, voy corriendo a buscarle..., no cuelgues.

Para cuando Crusow logró llegar a la sala de radio, lo único que se oía eran los alaridos de Trisha, que resonaban al otro extremo de la línea, y al otro extremo del mundo. La estaban descuartizando. Crusow se desplomó al oír por última vez la voz de su mujer. Se quedó echado durante largo rato, después de que el fuego interrumpiera la conexión y dejara tan sólo un tono monótono en el auricular. Crusow no se movió durante horas. Deseó la muerte, tuvo la esperanza de que el dolor desgarrador de la pena se lo llevara. No fue así.

Crusow estaba sentado en la sala de operaciones junto con Mark, un amigo íntimo a quien había conocido al iniciar su estancia en la base. Habían racionado el empleo del generador, porque el diésel sin impurezas era, literalmente, un recurso no renovable, y el biocombustible no les daba muy buen resultado. Era sucio, olía, y hacía que el trabajo de Crusow fuera todavía más arduo, pero ayudaba a mantener el cuerpo a temperaturas de, como mínimo, treinta y seis grados centígrados y medio.

Crusow se hartaba de desmontar, volver a montar y encargarse del mantenimiento del motor diésel que habían construido en la base para poder emplear biocombustibles. Pero sabía que, sin él, la estación entera se transformaría en un bloque de hielo macizo. Cada vez que terminaba un nuevo día en el que había logrado mantener la estación con vida, experimentaba una frágil sensación de éxito y triunfo, y era esa sensación la que le daba un propósito, una razón para vivir. Se sentía dolorosamente solo. A menudo se preguntaba si el fuego habría terminado con aquello, pero tan sólo pensarlo le dolía tanto como imaginarse que Trish se había transformado en uno de ellos.

Hacía poco, él y Mark habían terminado las reparaciones del sistema de alta frecuencia de la estación, después de que uno de los cables de soporte se partiera bajo los fuertes vientos del Ártico. Se habían servido del Sno-Cat para recobrar el cable y sujetarlo a su nuevo anclaje en el hielo. Sin la radio de alta frecuencia, no podían saber lo que ocurría en el continente. La sintonización de la alta frecuencia era muy trabajosa para el operador y exigía, por lo menos, algún conocimiento básico de la teoría de frecuencias de radio. Había frecuencias que, en el Ártico, funcionaban unos ratos sí y otros no. Dicha sintonización ya era complicada en condiciones atmosféricas normales, pero, tan al norte, los problemas se incrementaban a un ritmo exponencial. A veces, cuando las condiciones atmosféricas eran buenas, captaban un mensaje en onda corta de la BBC que aún se repetía de manera automática desde algún remoto centro de retransmisión, probablemente alimentado con energía alternativa.

«Permanezcan en sus hogares. Todos los refugios conocidos están llenos. Si han sufrido alguna herida a manos de los infectados, o conocen a alguien que la haya sufrido, pónganse inmediatamente en cuarentena...».

Era Mark quien tenía a su cargo los auriculares de la alta frecuencia cuando se establecieron comunicaciones con el *George Washington*. El enlace se cortó por culpa de los daños provocados por el viento. Una vez terminadas las reparaciones, empezaron a buscar por todo el espectro en busca de la embarcación, o de cualquier otro que pudiera escucharles.

Aunque un portaaviones habría tenido escasas posibilidades de llevar a cabo un

rescate tan al norte, podía ser que estuviera en contacto con unidades capaces de llegar hasta Crusow, Mark y el resto de los supervivientes.

La única esperanza que les quedaba a los habitantes de la Base Cuatro era la de encontrar medios para mantenerse en calor, para mantener la temperatura corporal. Crusow sabía que el invierno estaba en lo más crudo y que no tenían manera de escapar de aquel infierno, salvo un milagro.

Aparte de sí mismo, Mark era el único de los cinco supervivientes en quien confiaba. Quedaban muy pocos militares en el grupo. Crusow tenía un trato amistoso con ellos, pero sin verdadera confianza. «Son como policías», pensaba a menudo. Protegerían a los suyos por todos los medios necesarios.

Crusow se quedó con Mark mientras sintonizaba la 8992 de su programa de transmisiones.

—A cualquier posición, a cualquier posición, aquí Base Cuatro de Estados Unidos en el Ártico, cambio.

En un primer momento, tan sólo le respondió la estática, pero luego se sobrepuso al ruido una señal en alta frecuencia que era muy potente, como si se hubiese originado en la habitación de al lado.

—Base Cuatro, les habla el portaaviones estadounidense *George Washington*. Recibimos una señal débil, pero comprensible, y nos alegramos de volver a oírles.

Los mandos militares acudieron por la mañana a la sala de reuniones del almirante Goettleman para que éste les pusiera al día. Como el portaaviones funcionaba con una tripulación mínima, los oficiales superiores cabían todos juntos en el pequeño auditorio, un lugar que normalmente habría estado reservado para reuniones formales. El almirante mantenía la tradición de informar exhaustivamente por las mañanas de la situación de la flota o, mejor dicho, de lo que quedaba de ella.

John se sentó en la última fila. Tenía en las manos una nueva bitácora militar de color verde editada hacía poco tiempo. Era una adición reciente a las reuniones matutinas. No asistía por voluntad propia; se le consideraba esencial para las operaciones. Si el almirante necesitaba información sobre el estado de los sistemas de comunicaciones del portaaviones, había que dársela sin excusas. Durante el breve período de tiempo que llevaba a bordo, John había llegado a dominar muchas de las complejas redes informáticas y sistemas de radio, así como los enlaces y nodos entre los unos y los otros.

En sus notas había información confidencial acerca de frecuencias, sintonización y diagramas de circuitos. Como los técnicos de la última generación, en su mayoría, no dominaban ya la teoría de la radio, tenía que ser John quien transmitiera sus conocimientos en el departamento de comunicaciones del portaaviones. Los circuitos de comunicaciones por satélite estaban reservados para el enlace con fuerzas expedicionarias y no se podían emplear en retransmisiones de menor prioridad entre barco y barco.

John estudiaba sus notas, sentado en la última fila desde la que podía contemplar todo el auditorio. Trazó un diagrama con los dedos y pensó para sí mismo: «¿Un circuito Romeo? ¿O...?».

Alguien, enfrente de todos ellos, les gritó:

—¡Atención..., todo el mundo firmes!

Todo el mundo se puso en pie, incluido John. Había aprendido esta peculiar costumbre del ejército pocos días antes, en su primera reunión matutina.

El almirante Goettleman anduvo con pasos marciales hasta el asiento que le correspondía, enfrente del auditorio. En la sala había tan sólo un puñado de civiles, aparte del propio John. Joe Maurer, uno de los que pudo reconocer, se sentaba a un lado del almirante.

—Buenos días —dijo el almirante Goettleman.

La sala murmuró:

—Buenos días, almirante.

El almirante miró de reojo al hombre que ocupaba en ese momento la posición de capitán de guardia y le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que procediera.

—Almirante, jefe del Estado Mayor, oficiales, tripulantes, les doy los buenos días. Esta mañana les informamos de que el *George Washington* prevé un desplazamiento hasta cien millas al norte de Panamá y una posterior navegación hasta un punto situado todavía más al norte, y más cercano a la costa de Texas, con el fin de brindar apoyo a la Fuerza Expedicionaria Fénix.

Faltaba poco para diciembre. Había pasado casi un año desde que las criaturas empezaron a aparecer en los Estados Unidos continentales. De noche, el aire era frío y los sonidos no se parecían a nada que Doc y Billy Boy hubieran oído en las montañas de Afganistán durante lo que ahora les parecía una vida anterior.

Los talibanes no delataban su posición con gimoteos. No se quedaban ociosos, ni dormidos hasta que alguien pasaba por la noche frente a una ventanilla de automóvil abierta y tentaba a sus garras. Aunque en Afganistán hubiera muchos que llamaban «píldora de veneno» al cartucho de rifle ruso de calibre 5.45, éste no era venenoso como el mordisco de un no muerto. No había nada que pudiera salvar a los infectados. Los mejores médicos del planeta estaban desconcertados. Ni siquiera los cirujanos dispuestos a amputar un brazo o una pierna infectados podían cortar la fiebre, ni impedir la muerte ni la consiguiente reanimación.

Los muertos no se escondían en cuevas, ni ponían bombas al borde de las carreteras. Doc lo pensó por un breve instante: «Los no muertos, al menos, jugaban limpio». Jamás engañaban a propósito. Como en la fábula del Escorpión y la Rana, todo se reducía a su naturaleza, que se había transformado; eran asesinos, destructores de almas.

Doc recordó los días vividos después de tomar junto con Billy la decisión de escapar de Afganistán. El viaje desde las provincias afganas del sur hasta el mar por las inmensidades de Pakistán había estado plagado de peligros. Habría podido ser mucho peor. Pero la densidad de población de aquella zona, escasa en comparación con la del Primer Mundo, les había dado una pequeña ventaja. No tuvieron que enfrentarse a cien mil criaturas... Por lo menos, aún no.

Eso no les impidió matar a un número de no muertos que tal vez superara a las cifras de víctimas de algunas de las actuaciones que tuvieron lugar al inicio de la Operación Libertad Duradera. Masacraron a los talibanes no muertos mientras andaban hacia el sur y a medio camino se quedaron sin municiones para las M-4. Liberaron tres AK-47 mientras huían y lucharon durante semanas contra contingentes de no muertos cada vez más numerosos.

El terreno y en algunos casos el aire enrarecido no les dieron cuartel. No se atrevían a reposar más que unas pocas horas entre marcha y marcha; si se detenían un poco más, los no muertos saldrían de detrás de un peñasco o de una elevación del terreno para perseguirlos. No habían experimentado tal fatiga desde que habían seguido el programa de entrenamiento BUD/S. En todas y cada una de las etapas anduvieron a marchas forzadas durante horas por lo que parecía un paisaje lunar.

Doc recordaba que, en un determinado momento, se había dormido mientras corría. Tuvo que caerse de cara sobre las rocas para reanimarse y volver a luchar. Él y

Billy masacraban contingentes cada vez más grandes, y se detenían para robar cargadores a criaturas que habían muerto días o semanas antes con el AK colgado a la espalda. Los no muertos se presentaban ya por docenas, y a veces se les acercaban grupos de un centenar o más.

Cuanto más se acercaban a la costa, más densas se volvían las hordas. La anomalía era tan reciente que las criaturas todavía no se habían alejado de las costas; la mayor parte de la población mundial vivía en los litorales y los no muertos se habían impuesto en esas regiones.

Espoleados por los rumores de que la flota había anclado frente a las costas de Pakistán en el mar de Omán, Doc y Billy lucharon con denuedo por llegar hasta el sur. No fue hasta el día antes de que llegaran a la costa cuando la radio dejó de sonar en sus auriculares. Finalmente contactaron con el *Pecos*, su billete de vuelta al hogar.

Doc corrigió el rumbo que seguían, de acuerdo con las indicaciones que les habían dado por radio desde el navío, y siguieron ametrallando a no muertos a lo largo de los últimos kilómetros que les quedaban hasta llegar al mar. El sol se ponía y sus rifles quemados se habían quedado ya sin munición en el momento en el que las botas de ambos se llenaron de agua marina. Se apartaron de los millares de criaturas que agitaban las espumas con sus pisadas de no muertos.

El *Pecos* era el último navío que seguía anclado en la costa para acoger a refugiados. Billy y Doc se dieron cuenta en seguida de que el oficial al mando del *Pecos* estaba más que satisfecho con la seguridad adicional de contar con otros dos operativos especiales a bordo. Después de llegar, comer y ducharse, Doc y Billy fueron informados de la situación.

* * *

Doc se enteró de los mortíferos actos de piratería que se producían en alta mar. Los piratas sacaban partido de la falta de seguridad marítima y atacaban sin misericordia a todas las embarcaciones que encontraban. Chinos, estadounidenses, británicos..., todos ellos eran víctima de los caciques somalíes y demás escoria marina. Los piratas actuaban con sangre fría en sus ataques y empleaban equipamiento militar robado para hundir las embarcaciones que no obedecían sus órdenes al pie de la letra.

Mientras viajaban con rumbo al sur y destino final en Estados Unidos, adentrándose en el mar de Omán, confirmaron la veracidad de los más desagradables informes. La red de navegación GPS fallaba. Esta circunstancia, aparejada a la falta de cartas navales, obligó al oficial del *Pecos* a virar hacia el oeste y a guiarse visualmente por la costa africana. Los piratas habían creado problemas en la región del Cuerno de África desde mucho antes de que apareciesen los no muertos, y en esos momentos se habían transformado en una fuerza que rivalizaba con estos.

El *Pecos* sufrió un ataque mucho antes de que avistaran África.

La embarcación pirata era más veloz y se les acercó rápidamente por las agitadas aguas azules. En cuanto estuvo a distancia de tiro, empezó a disparar contra el *Pecos* con ametralladoras que sus tripulantes manejaban en equipo. Apuntaban contra la popa, justo por encima de la línea de agua. Por fortuna para el *Pecos* y para su tripulación, los piratas no eran buenos tiradores.

Doc, Billy y el capitán de armas del *Pecos* acabaron con el navío pirata mediante una serie de disparos de alta precisión. Cada vez que asomaba una cabeza por una pasarela para hacerse cargo de una de las ametralladoras, o atisbaba por una portilla, Billy la dejaba fuera de juego. El barco pirata no tardó en entregarse y la tripulación del *Pecos* lo despojó de su armamento.

Hacía meses que Doc había abordado la embarcación junto a Billy, y lo recordaba muy bien. Era una de esas vivencias que le resultaría difícil, si no imposible de olvidar.

—Doc, mira eso —había dicho Billy, y le había señalado un montón de zapatos de dos metros de altura que se encontraba cerca de la proa del bajel.

—Vamos a echar una ojeada en la bodega —dijo Doc, con la esperanza de que su primera suposición fuese errónea.

—Capitán de armas, abra esa escotilla; Billy y yo estaremos a punto para disparar contra lo que salga.

—Sí, señor.

El capitán de armas abrió la escotilla de un tirón y dejó al descubierto bajo el sol del este de África una fosa putrefacta e infernal. El hedor era tan intenso que el capitán dejó caer la portezuela entre maldiciones y arcadas. Se echó agua de cantimplora por la cara y se cubrió la boca con un pañuelo antes de hacer un segundo intento.

Doc se acercó al borde de la escotilla.

La bodega estaba abarrotada de criaturas descalzas y semidesnudas. Todas ellas levantaban una mano, una sola mano, en dirección a la luz, como para pedir ayuda. Doc se dio cuenta de que el calor que se sentía al abrir la escotilla irradiaba de los cuerpos recalentados e hinchados. Los hombres examinaron el juego de poleas instalado sobre la escotilla; apestaba, porque estaba cubierto de restos humanos que se habían quemado al sol. Su propósito era evidente.

Los piratas bajaban las víctimas a la fosa después de robárselo todo, desde los dientes de oro hasta los zapatos que llevaban. Probablemente, los bandidos se valían de la fosa como medio de intimidación para que las víctimas les dijese dónde ocultaban sus objetos de valor. Doc, Billy y el capitán de armas juzgaron y ejecutaron a los piratas que habían quedado con vida. Los sepultaron en el mar y, a continuación, abrieron las válvulas principales del casco y mandaron a pique la embarcación pirata.

Habían pasado varios meses pero el tiempo no borraría jamás el horror de aquella oscura bodega.

Doc y Billy salieron a las tierras devastadas de Texas en una noche sin luna. Mientras actuaban al otro lado de la alambrada, Disco y Hawse se quedaron atrás para encargarse de la seguridad y estar pendientes de la radio. Durante la sesión de información previa al vuelo con el C-130, la Fuerza Expedicionaria Fénix había recibido mapas en los que se indicaba la posición de las cajas de equipamiento lanzadas desde el aire y destinadas originalmente al anterior comandante del Hotel 23.

A juzgar por los paquetes anteriores, Doc pensaba que el equipamiento que encontraran podía resultarle útil a su equipo, y que tal vez arrojaría alguna luz sobre las cuestiones que los informes de Inteligencia no explicaban: la identidad de la organización responsable de las entregas y también de provocar una catástrofe contra los anteriores habitantes del Hotel 23.

De acuerdo con la información que tenían, el equipamiento recuperado en ocasiones anteriores consistía en maquinaria notablemente avanzada. Se había descrito en los informes como «diez años más avanzada que la tecnología actual» y «herramientas que se podrían encontrar en el inventario secreto del mando de operaciones de una agencia gubernamental».

Las órdenes de la Fuerza Expedicionaria Fénix eran claras:

«Objetivos primarios de la misión: restablecer el control sobre el Hotel 23, comprobar que sus sistemas sean funcionales, verificar la viabilidad de las cabezas nucleares que quedan allí para su eventual empleo como apoyo a la Fuerza Expedicionaria Clepsidra.

»Evitar la detección.

»Objetivos secundarios de la misión: recuperar equipamiento abandonado con miras a su empleo ulterior, formular hipótesis acerca de los orígenes de Remoto Seis, obtener suministros que puedan emplearse en la actividad de puesta en marcha del Hotel 23.»

Apenas si había posibilidad de equívocos. Habían llevado a cabo la tarea primaria. Habían recobrado el control sobre el Hotel 23, habían establecido comunicaciones seguras, todas las redes funcionaban, y el armamento nuclear había superado con éxito todas las revisiones.

Aunque no tuviese claro cuáles iban a ser los objetivos de la Fuerza Expedicionaria Clepsidra, sabía que se trataba de algo importante, y que estaba por encima de su sueldo de porquería. No importaba cuál fuera la misión de Clepsidra, Doc tenía que cumplir el resto de los objetivos de su equipo. Nunca le faltaba el trabajo.

Su objetivo para aquella noche: una carga arrojada desde el aire, catorce

kilómetros al este del Hotel 23. Era la más cercana entre las ubicaciones indicadas en los mapas. Anduvieron en dirección al este, siempre codo con codo. Ni delantero, ni rezagado. Sabían muy bien que no contaban con operativos suficientes para que aquella expedición fuese segura, así que inventaron tácticas para mitigar la amenaza extrema.

Sus ciclos de sueño y ritmos circadianos se habían ajustado ya a las operaciones nocturnas. Había sido necesario que normalizaran sus cuerpos en sus nuevas condiciones de vida antes de salir afuera. Un reconocimiento nocturno como ése les iba a exigir la máxima consciencia y atención. Los anteojos de visión nocturna estaban literalmente en luz verde. Los habían cargado con pilas de litio nuevas y llevaban repuestos en la mochila. Ni Doc ni Billy veían en el cielo nocturno nada que se saliera de lo ordinario. De vez en cuando miraban hacia arriba, siempre pendientes de la posibilidad de que ingenios voladores vigilasen desde lo alto.

No habían traído agua suficiente, porque no habían querido cargar con ella a lo largo de los veinticinco kilómetros que iban a recorrer entre ida y vuelta. Las tabletas de yodo que llevaban matarían a todos los bichos que pudiera haber en el agua de río que encontrasen por el camino.

Se habían alejado a tan sólo cuatrocientos cincuenta metros del Hotel 23 cuando tuvo lugar el primer encuentro.

Billy le dio unas palmadas en el hombro a Doc y le susurró:

—Tres tangos atrapados en la valla a unos noventa metros de aquí.

El campo tenía tal forma que a los hombres no les quedaba otro remedio que pasar cerca de las criaturas para no tener que apartarse de su camino. La otra opción consistía en marcharse por un sendero adyacente que pasaba por el bosque. No podían permitírselo, pues ambos sabían que habría sido mucho más peligroso que enfrentarse con los no muertos inmóviles. Si los dejaban debatiéndose en la cerca, llamarían demasiado la atención. La única alternativa era acabar rápidamente con ellos.

Se acercaron con precaución por el oeste, activaron los láseres y acabaron con sus respectivas víctimas. Billy Boy eliminó a los dos de la izquierda y Doc abatió al de la derecha. No tenían ninguna necesidad de contar atrás y sincronizar los disparos, pero lo hicieron por pura costumbre.

Doc susurró:

—Tres, dos...

«Toc, toc».

Los dos primeros disparos fueron simultáneos; Billy disparó entonces a la criatura que seguía en pie. Un trabajo redondo. Los tres seguían enganchados en la alambrada y seguirían allí hasta que el proceso de descomposición se completara. Por alguna extraña razón, los animales salvajes no solían comerse a los muertos.

Doc bajó el alambre de abajo con la bota y tiró del de arriba con la mano, que llevaba cubierta con un guante de protección industrial. No quería arriesgarse a sufrir un tétanos, o una simple infección. Billy pasó agachado entre los dos alambres y luego, a su vez, los mantuvo separados para que pasara Doc. Ambos siguieron adelante.

—¿Cuántos pasos llevas, Billy?

—Unos seiscientos, ¿y tú?

—Sí, más o menos los mismos.

Mientras caminaban hacia el este, buscaron posibles refugios y rutas de escape, por si algún enemigo, muerto o no, los seguía o los abrumaba con el mero peso del número. Doc pensó en las instrucciones que les habían dado y recordó: «No vayáis por las carreteras. Podéis guiaros por ellas, pero manteneos por lo menos a veinticinco metros del borde. Las carreteras no son seguras. Los muertos se amontonan en ellas».

El informe del anterior comandante del Hotel 23 les resultaba utilísimo. Una parte de lo que decía eran obviedades, pero a Doc ya le valían. Contenían información valiosa que podía aprovechar en bien de su equipo, como la detallada narración por escrito del accidente con el helicóptero que había sufrido el comandante y del viaje de regreso subsiguiente hasta el complejo. Al leerse los informes, Doc no pudo dejar de reconocer interesantes estructuras de pensamiento latentes en aquel hombre y en sus métodos de supervivencia.

Ya casi era medianoche. No se apartaban de la ruta prevista. Doc no quería arriesgarse a que los autores del ataque al Hotel 23 los detectaran; por ello, las radios estaban apagadas y habían prescindido de las comunicaciones por radio omnidireccionales. La unidad transmisora de ráfagas de datos que habían instalado en el Hotel 23 evitaría la detección si se mantenía la disciplina adecuada en su empleo, pero sí habría sido fácil interceptar y localizar sus unidades Motorola, porque los sistemas de inteligencia de señales más rudimentarios habrían sido capaces de determinar su dirección.

Éste era el razonamiento con el que Doc justificaba que se atuvieran religiosamente a la ruta planeada. Si Doc y Billy no regresaban al alba, a la noche siguiente Disco y Hawse echarían el cerrojo y saldrían a buscarlos por el mismo camino.

Doc no sentía ningún entusiasmo por tener que ir en busca de aquel cargamento, así como del resto de los cargamentos marcados en el mapa, sin tener ni la menor idea sobre su contenido. Pero órdenes son órdenes.

—¡Chsst! —dijo Billy.

Billy hizo señales con las manos para indicarle a Doc que se ocultara detrás de un cúmulo de rocas arrastradas por las tormentas. Doc lo hizo sin vacilar y Billy lo

siguió, caminando hacia atrás en cuclillas. En el mismo instante en el que se hubieron escondido, empezaron los aullidos y gimoteos. Vociferaban cual coro nocturno de demonios de la noche de Halloween.

Billy le susurró a Doc:

—Por lo menos son cien.

—Te equivocas, Billy, yo creo que deben de ser unos ciento cuatro.

Sin pensar en lo que hacía, Billy le arreó un golpe en el brazo a Doc, y éste tuvo que morderse la lengua para reprimir un gañido.

—Gracias, gilipollas.

—No hay de qué, capullo.

—Estamos a un kilómetro y medio del punto donde la carga se posó en tierra — dijo Doc.

Billy sonrió y le respondió:

—No, yo creo que estamos a un kilómetro ochocientos.

Se quedaron a cubierto hasta que el mini enjambre de criaturas hubo pasado de largo. Cuando estuvieron lo bastante lejos, Doc abandonó el refugio y cruzó la carretera por donde acababan de pasar. El viento les traía ecos cada vez más débiles de su hambre.

A bordo del *Virginia* El único a bordo que sabe que llevo un diario es Saien. Con todo, siento aprensión al explicar según qué cosas, porque podría ocurrir que perdiese el diario, o que me lo robaran. Hace poco, nos han contado a Saien y a mí ciertos acontecimientos históricos y actuales que si fueran ciertos lo cambiarían todo, al menos para mí. Me han dicho que Estados Unidos tienen en su poder gran parte de un vehículo espacial que se encontró en los años cuarenta, así como los cadáveres de cuatro criaturas extraterrestres. Primer pensamiento: gilipolleces y nada más que gilipolleces. Segundo pensamiento: tuvieron la excelente idea de poner los restos del globo meteorológico cuando la colisión de Roswell, para ocultar la verdadera colisión que tuvo lugar en Utah.

Según me han contado, científicos del gobierno se quedaron con la nave y la estuvieron estudiando hasta que alcanzaron una barrera de carácter tecnológico en los años cincuenta. No fueron capaces de hacer funcionar su tecnología, aparte de circuitos básicos, rayos láser y características de bajo potencial de observación. Como sabían que habían descifrado tan sólo un pequeño porcentaje de lo que podían llegar a ser las verdaderas posibilidades de aquel equipamiento, lo entregaron al complejo militar-industrial.

De acuerdo con lo que he descubierto hoy, Lockheed Martin había tenido en su poder los restos del vehículo durante más de sesenta años y había realizado progresos sustanciales en su tecnología y, como resultado, se llegó a construir una nave voladora norteamericana de alto secreto conocida como *Aurora*. Recuerdo que leí algo sobre triángulos voladores en los periódicos y en las redes para compartir vídeos antes de que todo esto sucediera. No sucedía a menudo, pero de vez en cuando había alguien que detectaba un triángulo que volaba en silencio por el cielo estrellado, lo filmaba con una cámara de visión nocturna y lo colgaba en Internet.

Aun cuando nadie pudiera demostrar que se trataba del *Aurora*, la existencia de la citada nave era un secreto a voces en los pasillos del Pentágono. Aunque me hayan revelado hoy el secreto del *Aurora*, nadie tenía que saber ni nadie habría creído que aquel proyecto de Skunkworks fuera un producto de la imitación de tecnología alienígena por parte de Lockheed Martin.

La información obtenida por el *Aurora* fue lo que condujo a la formación de la Fuerza Expedicionaria Clepsidra (la operación en la que ahora mismo participamos Saien y yo). Desde antes de que se presentara la anomalía en enero, el *Aurora* había sobrevolado China cuarenta y siete veces llevando a cabo misiones de reconocimiento de alto secreto. Había sacado millares de fotografías de alta resolución del escenario de colisión

de un cuerpo procedente del espacio exterior, descubierto por el ejército chino tan sólo una semana antes de que la anomalía se cobrara su primera víctima entre los chinos comunistas.

Durante los primeros días en que los servicios de espionaje estadounidenses llevaron a cabo sus reconocimientos, la propulsión hipersónica y la altitud extrema a la que volaba el *Aurora* salvaron a éste de que lo derribaran los batallones de misiles tierra-aire SA-20 Gárgola chinos aún operativos.

Los informes procedentes de los espías que teníamos en la República Popular China, así como las imágenes captadas por el *Aurora* y sus capacidades para la inteligencia de señales, permitieron que el aparato de Inteligencia estadounidense pudiera trazarse un esquema bastante bueno de la situación en tierra, en torno al glaciar de Mingyong.

Los chinos habían descubierto su propio escenario de colisión «Roswell», y ya en diciembre del año anterior sus excavaciones estaban muy avanzadas. No disponemos de información completa (o no quieren dárnosla) por lo que respecta a la relación entre la «anomalía» (todo el mundo insiste en llamarla así) y el punto de colisión en Mingyong. El comandante Monday nos ha informado de que nos dirigimos a China para estudiar el origen de la anomalía y ver si eso nos ayuda a encontrar un medio para detenerla. Mentiría si dijese que confío en él, y sigo sin creerme la mitad de las explicaciones que nos ha dado hoy.

El gobierno y sus representantes elegidos han incurrido en un buen número de fracasos diplomáticos como resultado directo de que los sorprendieran en sus mentiras. El golfo de Tonkín, la Operación Northwoods, el Watergate, las armas de destrucción masiva en Iraq y el incumplimiento manifiesto de la Constitución al aprobarse la Ley Patriótica son unos pocos ejemplos que recuerdo ahora. Eh, y ahora ya no puedo hacer una búsqueda con el Google para encontrar otros cientos, quizá millares de casos. Sabes una cosa, las mentiras fueron las mismas después de que sufriéramos esta mierda.

«Quédense en sus hogares, la situación se halla bajo control».

La misma historia, con una mentira distinta.

Si este antiguo secreto chino resulta ser verdad (y ya sería mucho), no tendría ninguna duda en añadirlo a la larga lista de indicios que delatan la existencia de una conspiración.

Un oficial escéptico de la armada.

Base Cuatro de Estados Unidos —Algún lugar en el Ártico.

—Te recibo, Lima Charlie. *George Washington*, ¿dónde estáis?

Al cabo de un minuto de estática, el portaaviones respondió:

—Lo lamentamos, B4, no podemos revelaros nuestra localización exacta mediante esta red. Estoy autorizado a decirte que en estos momentos operamos en el golfo de México, cambio.

A Mark y a Crusow se les encogió el corazón. Era lo mismo que si el portaaviones se hubiera hallado a años luz de distancia. Se valían del rebote atmosférico para comunicarse, pero ese fenómeno, en el mejor de los casos, funcionaba de manera intermitente. Mark retomó el diálogo con los primeros estadounidenses vivos con los que hablaba desde que había conversado con la mujer de Crusow en el invierno anterior. No sabía cuánto iba a durar el rebote atmosférico con el que en ese momento captaban las ondas de alta frecuencia.

—GW, aquí B4, entendido. Estamos en una base de investigación científica en el Ártico. Nuestra situación es desesperada; tenemos combustible y provisiones para menos de sesenta días. Hay cinco personas en la base, algunos con mala salud, cambio.

—B4, aquí GW, recibido, informaré inmediatamente de vuestra situación a los niveles más altos de la cadena de mando, cambio.

—GW, aquí B4, hacedlo, por favor. ¿Cuál es la situación en el continente? Cambio.

—B4, aquí GW, la situación es mala de verdad. Los Estados Unidos continentales se consideran inhabitables. Muchas de las ciudades dominadas por los no muertos han sido destruidas con ingenios nucleares, sin ningún logro tangible. Los no muertos todavía dominan los cuarenta y ocho estados contiguos del continente. No tenemos información sobre Alaska.

—GW, aquí B4, recibido. Aquí se vive un invierno muy duro y severo. Lo peor todavía no ha llegado. Quizá os interese saber que las criaturas no funcionan muy bien aquí. El frío las deja bien congeladas. Al cabo de unos pocos minutos de exposición dejan de moverse, cambio.

—B4, aquí GW, entendido. Habrá gente muy interesada en saberlo. Sería recomendable que estableciéramos un horario para contacto por radio, así como frecuencias primarias, secundarias y terciarias antes de perder la conexión.

—GW, aquí B4, nos parece una idea estupenda.

Mark siguió hablando con el portaaviones. Intercambiaron frecuencias comunes de acuerdo con el Sistema Mundial de Comunicaciones de Alta Frecuencia, así como

horarios de contacto determinados mediante el tiempo medio de Greenwich. Mark había acabado de establecer su horario de comunicaciones y empezaba a intercambiar noticias cuando la transmisión se transformó en ruido.

—Maldita sea —dijo Mark, enfadado.

—Anímate, muchacho, éstas son las mejores noticias que hemos recibido en varios meses. Si ese portaaviones sigue en activo, puede que haya más. Quizá alguien pueda ayudarnos —respondió Crusow.

—No te esfuerces por ser optimista. Estamos a ciento sesenta kilómetros de la zona de hielo delgado y, además, con este tiempo de mierda no habrá capitán en su sano juicio que se atreva a acercarse, a menos que su barco sea un rompehielos. Y aunque alguien se acercara, dime, Crusow, ¿cómo quieres que salgamos a cincuenta grados bajo cero y atravesemos ciento sesenta kilómetros de terreno lleno de barrancos y difícil de transitar?

—Tenemos el Cat, ¿verdad que sí?

—Sí, creo que sí, lo tenemos.

—Ya es algo. Yo no me voy a rendir. Esto, por lo menos, me ha dado un poco más de esperanza. No pienso morirme en el techo del mundo. Por ahora me mantengo en treinta y siete grados, y tú también. Ni tú ni yo nos iremos al otro barrio sin resistir, y que me maten si no salgo de este cubo de hielo antes de que me muera. Vamos a ver de nuevo el sol. Tenemos mucho trabajo por hacer. Escribe tres copias de ese horario que acababas de acordar con el portaaviones. Tú te quedas una, me das la otra a mí, y pones la tercera sobre la mesa, debajo del cristal. Tendremos que convocar una reunión para que los demás se enteren.

—Muy bien. De acuerdo. Voy a empezar ahora mismo —dijo Mark, y se enderezó en su asiento, tan sólo un poco más concentrado, un poco más esperanzado.

No pasó mucho tiempo hasta que Tara y Laura descubrieron cómo llegar a la enfermería y ver a Jan. Laura echaba de menos a su madre y quería saber por qué siempre estaba abajo con los enfermos. En el mismo momento de ver a Laura, Jan se quitó la bata de laboratorio y los guantes manchados de sangre, se sacó la mascarilla de la cara, agarró a Laura y la abrazó con fuerza.

—Lo siento, niña, mamá tiene que quedarse aquí. Es importante.

—Te echo de menos, mamá. ¿No podrías dejar esto? Siempre estás fuera.

—Lo sé, cariño. Es que mamá está buscando una manera de detener a los malos. Mamá está cansada de los monstruos y quiere que desaparezcan.

—Yo también quiero que desaparezcan —dijo Laura con el ceño fruncido.

Jan gruñó al dejar a Laura en el suelo (estaba cada vez más grande) y le preguntó a Tara cómo llevaba la ausencia de Kil.

—Estoy bien —respondió Tara—. Si quieres que te diga la verdad, el cuidar a Laura hace que no piense tanto en él. Ayudo a Dean con las clases de los niños y eso me tiene ocupada durante el día. ¿Sabías que Dean ya tiene casi cien alumnos? Trabaja prácticamente a tiempo completo.

—Sí, no te lo vas a creer, pero ayer Dean bajó a la enfermería después de clase y nos ayudó a poner orden. No tengo ni idea de dónde puede sacar las energías necesarias para dar clase a los niños durante todo el día y venir luego aquí para trabajar como voluntaria.

Tara se rió y, sin aviso previo, estalló en lágrimas.

Jan la reconfortó.

—No va a pasar nada, Kil volverá, te lo prometo.

—No es sólo eso, Jan. Hay otra cosa.

—Bueno, cariño, ¿te apetece contármelo?

—Estoy embarazada —exclamó Tara, y nuevas lágrimas empezaron a descenderle por las mejillas.

—Dios mío —dijo Jan con los ojos desorbitados.

—¡Yujú! —Laura salió de debajo de la mesa de laboratorio.

Danny odiaba a los monstruos. Todos los adultos lo veían de manera muy distinta que él. Toda su familia, excepto su abuela, había muerto a manos de los monstruos. Así los llamaba su amiga Laura. Danny tenía más años y sabía que no eran monstruos de verdad, pero no le importaba. Actuaban como si fueran monstruos y perseguían a las personas como si fueran monstruos y se las comían como si fueran monstruos. Los adultos los trataban como si hubieran sido serpientes o arañas. Los evitaban, y los hacían pedazos y les disparaban sólo cuando era necesario. Para Danny, en cambio, era una cuestión personal. Danny sabía que habría muerto de no ser por su abuela

Dean. La abuela había volado con él tan lejos como había podido.

Danny había quedado atrapado en lo alto de una torre cisterna. Kil los había encontrado allí, hacía meses, en un momento en el que Danny estaba desde lo alto de la torre sobre las cabezas de los monstruos. Recordaba que habían tenido un problema con la hélice antes de subir a la torre. Su abuela tuvo que aterrizar para poner combustible en el depósito del avión. Casi habían agotado el que llevaban cuando aterrizaron en el aeródromo. Creía recordar que en el último momento el motor había funcionado a trompicones. Los monstruos habían estado a punto de capturarlos, y entonces la abuela había tenido la idea de cortarlos por la mitad como verduras con el avión. «Se cargó a un buen puñado», pensaba Danny. Los monstruos habían destrozado el avión y Danny y su abuela habían tenido que refugiarse en la torre cisterna, exiliados y sin la seguridad de estar en el aire.

Entonces Kil vino a salvarlos.

Danny ya no tenía escuela aquel día y le habían dado permiso para pasearse por su cuenta hasta la hora de la cena, siempre que no abandonara el tercer nivel, no subiese a las pasarelas ni se interpusiera en el camino de los demás. A Danny siempre le había encantado esconderse y escuchar lo que decía la gente que pasaba. Pensó que le vendría bien practicar un poco. No había espiado a los adultos desde antes de que sus padres se transformaran en monstruos. Ya no sufría mucho por ello, excepto cuando lo recordaba durante demasiado rato. Nadie, aparte de él mismo, sabía cuán dura era la abuela. Lo había salvado y había destrozado a los monstruos. Nunca había oído que la abuela se lo hubiera contado a nadie, y por eso él mismo tampoco lo contaba. Era dura, «quizá más dura que Kil», pensaba.

Danny se encontraba en una de las áreas menos frecuentadas del tercer nivel; vio que el número pintado en la pared era el 250. Al oír a alguien que tropezaba con una de las compuertas de seguridad, Danny se escondió al lado de una taquilla con material de prevención de incendios, detrás de una escotilla abierta.

Al acercarse los sonidos, oyó que uno de los hombres decía:

—¿Durante cuánto tiempo vamos a llevar a bordo a esas cosas? Me dan escalofríos, joder.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo preferiría que las echáramos por la borda lo antes posible. No vamos a sacar nada de ellas. No tenemos el equipamiento necesario. El almirante quiere retenerlas hasta que...

Tan pronto como hubieron dejado atrás el escondrijo de Danny, las voces se perdieron en la distancia. Durante un momento, el niño pensó en ir tras ellos, pero luego recapacitó y se marchó por el mismo pasillo por el que habían venido los hombres.

La poca estatura tiene sus ventajas; esconderse es mucho más fácil. Danny le había

enseñado a Laura todos los secretos que hay que conocer para ocultarse como un muchacho. Después de que Danny la descubriera varias docenas de veces cuando jugaban al escondite, la niña había aprendido algunos trucos de niño.

Danny le había dicho:

—Ele, tienes que buscar lugares menos fáciles. Te he encontrado en un par de segundos.

Laura le ponía mala cara y se volvía y empezaba a contar hasta treinta, más rápido de lo que habría sido justo. Estaba harta de tener que hacer siempre ese papel. Danny se ocultaba como un ninja y a Laura le costaba mucho encontrarlo, salvo cuando el muchacho quería elevarle la autoestima.

Danny acababa de oír una curiosa conversación entre dos hombres que le había parecido que eran soldados (no sabía la diferencia entre soldados y marineros) en la que se había dicho que llevaban cosas a bordo. No había podido escucharlos más porque los hombres habían seguido adelante por el pasillo. Danny no se había acercado tanto a la popa como entonces.

«Esas cosas... a bordo... me dan escalofríos... por la borda...». La conversación entre los dos hombres se repetía una y otra vez en su mente. Danny aún no sabía lo que significaba arrojar algo «por la borda», y se imaginó que se trataría de lanzarlos al aire con un avión, o algo parecido. Se lo preguntaría a su profesora de inglés en la clase siguiente. «Es la mejor», pensó para sus adentros. Siguió avanzando en dirección a la popa, buscando escondrijos, saltando cada vez que oía el eco de unas pisadas.

Ya casi había llegado al final cuando le llegó el momento de tomar una decisión...: bajar por la escalerilla o regresar a su camarote. Danny ni siquiera lo pensó. Rápida y silenciosamente, bajó por la escalerilla. Era un lugar oscuro y desconocido, y olía raro. Al llegar al último peldaño, el olor a esterilizante se intensificó. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, reconoció las luces de color rojo que a veces se encendían de noche en los pasillos de los dormitorios.

Vio que más adelante había una sala de ventilación. Sus ojos jóvenes y sanos alcanzaron a leer el rótulo de la escotilla de entrada. Al lado de la sala de ventilación había otra puerta con un cartel de «acceso restringido». Y junto a dicha puerta un pequeño panel de botones donde había visto que los soldados introducían códigos. No en ése exactamente, sino en otro igual que había en el lugar donde trabajaba John, en las radios. El corazón se le aceleró a medida que se acercaba... Tan sólo le quedaba una compuerta de seguridad hasta llegar a la puerta.

A medio salto, oyó el sonido metálico del pomo de la puerta desde el otro lado. Rápidamente, abrió la escotilla de la sala de ventilación y se metió debajo del circulador de aire; no tuvo tiempo para volver a cerrar.

El moho acumulado bajo el circulador había alcanzado un grosor de medio centímetro; la rápida transición entre el olor de hospital y el hedor del moho le revolvió el estómago, aunque sólo fuera levemente. La luz del pasillo se coló en la sala de ventilación, pero la silueta de unas piernas se interpuso. Desde el lugar donde se encontraba, tan sólo alcanzó a ver la silueta de unas botas.

—¿Han pasado los de mantenimiento?

—No, pero durante estas últimas horas hemos navegado por aguas bravías. Seguramente la escotilla se ha abierto cuando el barco cabeceaba.

La escotilla se cerró de golpe y Danny quedó atrapado en la oscuridad; las voces se alejaron poco a poco, igual que antes. Encerrada en la negrura del frío acero, la mente de Danny se hundió en zonas igualmente negras de su imaginación. Pensó en los monstruos y, por un segundo, se imaginó que quizá estuviesen con él en aquel lugar oscuro. Se colocó en posición fetal y se retorció de miedo sobre el suelo húmedo y mohoso, hasta que estuvo seguro de que no había nadie cerca.

Su miedo se desvaneció después de que sus sentidos le dijeran que no había amenazas inmediatas. Se quedó tumbado, a la escucha de todos los sonidos del barco, sonidos que había empezado a clasificar durante el tiempo que llevaba a bordo. Había alguien más arriba que arrastraba cadenas sobre la cubierta, y luego una válvula se abrió a lo lejos, y el sonido del vapor que escapaba ahogó el de las cadenas. Este duelo de sonidos prosiguió durante unos instantes, hasta casi hipnotizar a Danny... y luego se hizo el silencio. El miedo que le había agitado regresó cuando el sonido de algo familiar, definido y terrible llegó a sus oídos por el respiradero.

Levantó los ojos y se metió por el respiradero. Sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. El respiradero conectaba con la pared, y luego con el espacio adyacente, el área restringida. Danny era un muchacho de imaginación desbocada, eso era indiscutible, pero no le cabía ninguna duda de que había oído aquel sonido. El cabello que se le erizaba en la nuca lo confirmó.

A bordo del Virginia, Océano Pacífico, 03.00 h. (Tiempo medio de Greenwich).

Kil no lograba dormir. El *Virginia* había padecido las inclemencias del tiempo, aparentemente desde que habían llegado a las aguas del Pacífico y habían dejado atrás las costas de Panamá. Seguían sumergidos, sin ver la luz del sol ni poder recibir transmisiones por radio.

Su reloj de muñeca marcaba el tiempo medio de Greenwich y Kil había olvidado la correspondencia entre esa medida y el lugar donde podía encontrarse el sol en ese momento. Se deslizó desde la litera y sus pies encajaron perfectamente en las zapatillas de la ducha. Agarró el neceser y se marchó por el pasillo, y se dio un golpe en el hombro con uno de los miles de tubos y cajas de cables que sobresalían del mamparo. Así fue como llegó un poco más despierto a la ducha. El *Virginia* tenía menos de la mitad de espacio transitable que el portaaviones, y en la mayoría de sus áreas no podían andar dos personas codo con codo.

En el momento de llegar ya estaba despierto del todo. Reconoció a varios de los miembros de la tripulación, soldados en su mayoría. Se dirigieron a él como «comandante» y se ofrecieron a dejarlo entrar primero. Kil declinó y se resistió al impulso de decirles que no había sido más que teniente hasta su reciente, extraña e instantánea promoción. Se cepilló los dientes al mismo tiempo que avanzaba hacia la ducha por delante de los lavaderos. Como se había formado a sus espaldas una larga cola de marineros que terminaban la guardia e iban a ducharse, se untó el cabello con jabón antes de entrar, a fin de ahorrar tiempo.

Una ducha de película habría sido motivo suficiente para convertirle en objeto de odio y descontento en cualquier submarino. Les quedaba mucha agua limpia (la purificaban a bordo), pero el *Virginia* estaba tripulado al 105% en el momento en el que Kil, Saien y el equipo de operaciones especiales subieron a bordo. En tanto que oficial, Kil pensó que sería mejor subrayar su propia austeridad y discreción hasta que tuviese claro cómo funcionaba la vida a bordo.

De todos modos, faltaba poco para que le llegase el turno a Kil. Moviéndose con ligereza, colgó el neceser en el gancho de la puerta y entró en la ducha. El agua estaba caliente...: mejor que la ducha caliente al cincuenta por ciento que había tenido en el Hotel 23. Cantó mentalmente el himno norteamericano; al llegar al verso que dice «hogar de los valientes», pensó que ya era el momento de agarrar la toalla.

Al salir de las duchas, Kil se fijó en que uno de los marineros no se había puesto sandalias de goma y pensó para sus adentros: «será guarro»; Kil habría preferido hacer lucha libre con un no muerto antes que entrar descalzo en las duchas de un

submarino de la armada estadounidense. Bueno, casi.

Al regresar al camarote, tuvo buen cuidado de no despertar a Saien. Éste aún roncaba y hablaba tan sólo en sueños. Se puso el mono, la gorra de visera y el cinturón con la pistola y se dirigió a la cantina. El comedor de los oficiales había cerrado por la necesidad de concentrar recursos. Para bien o para mal, los oficiales y los soldados rasos comían juntos.

Descolgó su taza de café del gancho en la pared. Se alegró de ver que empezaba a formarse un poso respetable en el fondo del recipiente. Como todo el mundo se encargaba de sus propios platos, no había peligro de que nadie le lavara la taza por error. Muchos de los oficiales se burlaban de él, pero Kil era más antiguo en el ejército y le gustaba que la taza estuviera recubierta por dentro con una costra de café antiguo. Así se conservaba el sabor. El café del submarino necesitaba toda la ayuda posible: se servía en cantidades escasas y sabía a agua de fregadero.

Le pidió un huevo en polvo y una tortilla de queso al muchacho que trabajaba al otro lado de la parrilla. Mientras la tortilla se hacía, se sirvió copos de avena en un cuenco desportillado. Desde su primer desayuno a bordo se había dado cuenta de que había bichitos cocidos entre los copos de avena, pero había llegado a la conclusión de que lo mejor sería tratar de no verlos. Se quedó sentado en la mesa, a solas, viendo el canal de televisión del submarino. La serie que pasaban en la pantalla que colgaba sobre el comedor era *La fuga de Logan*. Kil se acordaba de haberla visto hacía años y se rió con el robot reluciente que iba de un lado a otro por la pantalla al estilo de los años setenta.

El capitán Larsen, oficial al mando del *Virginia*, entró en el comedor con la bandeja de comida en el mismo momento en el que Kil se llevaba a la boca una cucharada de huevo en polvo y empezaba a masticar.

—¿Le importa si me siento con usted? —preguntó el capitán.

—No, señor —respondió Kil en un intento por hablar y comer al mismo tiempo—. ¿Cómo anda todo, patrón? ¿Hay alguna novedad?

—Sabe usted muy bien que no debería llamarme patrón... Esto no es un barco mercante —dijo el capitán con una sonrisa—. Pero le voy a responder a su pregunta: el submarino aún se encuentra en perfectas condiciones para llevar a cabo su misión y falta solamente una semana para avistar Diamond Head desde la escotilla de la torreta. El único punto negativo del que tengo que informarle es que nuestras comunicaciones con el portaaviones se interrumpen sin cesar. Sólo podemos informarles de nuestra situación cuando las caprichosas ondas de alta frecuencia de nuestras radios se deciden por rebotar en la dirección apropiada.

Kil pensó durante un momento antes de preguntarle:

—¿Cuál va a ser nuestro objetivo principal en Hawaii? He oído rumores entre la tripulación de que vamos en busca de suministros, pero parece una empresa muy

arriesgada.

—Venga, explíqueme usted por qué lo piensa —dijo el capitán.

Aunque de mala gana, Kil se lo explicó.

—Bueno, pues, para empezar, se trata de islas. Oahu y muy especialmente Honolulu estaban muy pobladas cuando los muertos empezaron a levantarse y, como son islas, las criaturas no habrán tenido manera de marcharse de allí. Sería muy arriesgado tratar de conseguir suministros con un número tan grande de criaturas de esas apolonadas en los lugares donde deberíamos trabajar. Además, he oído lo que decían los cocineros en el pasillo. Si se establecen las raciones adecuadas, el *Virginia* tiene provisiones para seis meses; más que suficientes para llegar a China y regresar a Panamá, o a cualquier puerto a donde queramos dirigirnos.

El capitán asintió con la cabeza y dijo:

—Muy bien. Aunque en otro tiempo estas cuestiones se habrían clasificado como de alto secreto, me imagino que no correremos grandes riesgos de seguridad si las comentamos en la mesa. Conseguir suministros es uno de nuestros objetivos, pero no el prioritario. Lo que necesitamos son medios para evaluar la situación mientras navegamos hacia el oeste desde Hawaii. Necesitamos indicaciones y advertencias. No tenemos ni idea de quién ni de qué ha sobrevivido. Podría muy bien haber una flota de barcos de guerra chinos operando en las aguas costeras. Si se diera el caso, no sabríamos cuál es la política que siguen y, si no pudiéramos estudiar sus intenciones antes de encontrarnos con ellos, nos hallaríamos en seria desventaja.

—¿Y qué tiene que ver Hawaii con eso? —preguntó Kil.

—Usted tendría que saberlo. Es usted quien en otros tiempos trabajó en inteligencia de señales desde el aire.

Al oír esta última frase, Kil se dio cuenta de lo que quería decir.

—¿Kunia?

—Sí, lo ha entendido usted. Llevamos a bordo a un intérprete de chino que tal vez sea la única persona viva que ha trabajado en las instalaciones del Centro Regional para Operaciones de Seguridad de Kunia. Nuestro agente estuvo destinado allí hace dos años y conoce los sistemas. Proporcionará apoyo logístico a la Fuerza Expedicionaria Clepsidra una vez hayamos despejado las instalaciones de la cueva.

—¿Y cómo vamos a despejarlas? Debe de haber unas ochocientas mil criaturas en esa isla, y apuesto a que la situación en las instalaciones subterráneas no será distinta.

El capitán se tomó un largo trago de café y dijo:

—De acuerdo con las últimas estimaciones de Inteligencia, Oahu tiene una población muy escasa, quizá doscientos mil en la isla entera.

Kil le replicó con escepticismo:

—¿De dónde ha salido exactamente ese número? No trabajo en el censo y ya sé que este desastre tuvo lugar en enero, y por lo tanto era temporada baja, pero de todas

maneras me parece muy poco.

Larsen se arrellanó en la silla y se sacó un mapa del bolsillo de la camisa.

—Entonces, ¿no se lo había contado? Échele una mirada a esto.

Kil desplegó el plano y halló la respuesta a su pregunta.

Al tiempo que le tomaba el plano de la mano, el capitán dijo:

—Como puede usted ver, una arma nuclear estratégica terminó para siempre con la temporada turística en Oahu.

En ese momento, Kil perdió las ganas de acabarse los huevos en polvo.

El trecho de carretera por el que se guiaban Doc y Billy estaba cubierto de hierbas altas en la mediana y en los lados. El camino que había de llevarlos hasta el misterioso paquete de equipamiento, representado tan sólo por un símbolo pequeño en un enigmático mapa, se adentraba en los desiertos de Texas. Veían la carretera tan sólo de vez en cuando, en lugares donde los escombros habían impedido que la vegetación creciera. Las heladas y deshielos estacionales, y la absoluta falta de mantenimiento, habían transformado algunos trechos en hoyos repletos de grava. Doc recordó los rastros apenas reconocibles de las antiguas vías de tren del siglo XIX en su ciudad natal. «No pasará mucho tiempo hasta que las carreteras queden igual», pensó.

Doc llevaba un mapa en un estuche sujeto al antebrazo izquierdo, plegado para que quedara a vista la zona que en ese momento atravesaban. Seguía contando sus propios pasos y comprobaba cada cien metros la posición en la que se hallaban.

Doc informó en voz baja a Billy:

—Mil metros hasta el objetivo.

—Recibido —susurró Billy en respuesta.

Siguieron adelante por un antiguo camino de ganado muy cercano a la carretera. No se veían trazas de los no muertos; tan sólo el viento nocturno y la parcial luz de luna los acompañaban.

—Billy, más adelante hay un paso elevado. Tendremos que meternos en la carretera y pasarlo, muchacho.

—Esto no me gusta, jefe. Es un mal asunto.

—Bueno, ¿pues qué quieres hacer? —preguntó Doc, con lo que le pedía a Billy una alternativa. Lo hacía a menudo con sus hombres: los presionaba para que tomaran decisiones tácticas sobre la marcha. Pensaba que así los convertiría en mejores líderes.

—Mantengámonos a unos metros de la carretera y acerquémonos todo lo posible al paso elevado, y luego miremos abajo. Si es un lugar infestado, iremos por el paso. Y si no, por abajo.

—Pero ¿qué mierda es esa? ¿No has visto *La Roca*? No hay que ir nunca por abajo —le replicó Doc, en broma.

Se rieron juntos con voz queda y se acercaron al paso elevado sin entrar en la carretera. Doc estaba al mando pero no era idiota; escuchaba a sus hombres, especialmente a Billy Boy. Billy era indio apache y tenía unos instintos asombrosos. Era cauto como un lobo; si Billy corría, empuñaba la carabina o se arrojaba al suelo, Doc haría lo mismo, y al instante.

Doc echó una ojeada al otro extremo del paso elevado con la mira de la carabina.

El lugar estaba lleno de coches, tanto arriba como abajo. Estudió cuidadosamente los detalles a través del visor; Billy, instintivamente, cubría su posición. Doc miró hacia uno y otro lado, pero descubrió tan sólo a unos pocos cadáveres no muertos hibernando dentro de los coches, o atrapados entre montones de escombros.

De repente, Billy sintió un aroma a podrido en el aire y le dio una palmada en el hombro a Doc para advertírselo. Billy se pellizcó la nariz, a modo de señal silenciosa que tenía que aclararle el motivo de la alarma. Al cabo de unos segundos, ambos vieron la primera línea que doblaba un recodo en la lejanía y avanzaba por la carretera.

—Vienen hacia aquí. Ahora el olor es fuerte. Son un montón.

—Quedémonos quietos durante un minuto y veamos lo que sucede. No quiero caer a ciegas entre sus garras —respondió Doc.

Al cabo de unos tensos minutos, se hizo evidente cuál era la situación. Un enjambre grande y vociferante se acercaba por el norte y caminaba hacia ellos por la carretera que pasaba por debajo del paso elevado.

Les quedaba poco tiempo.

—Billy, tenemos que movernos ahora mismo. No podemos quedarnos atrapados en este lado... Si nos viéramos en esa situación, no podríamos ir por el paquete de equipamiento.

Ambos operativos se echaron a correr. La adrenalina los empujaba hacia la salida occidental del paso elevado y, mientras duró, los casi treinta kilos de equipaje les parecieron ligeros como una pluma. Corrieron en dirección perpendicular sobre la carretera de abajo. Los gemidos de la horda que se acercaba sacaron de su hibernación a las criaturas más próximas.

Billy volvió el rostro hacia Doc.

—Fuego.

La carabina con silenciador de Billy acabó con tres criaturas que se encontraban sobre el ruinoso paso elevado. Doc le siguió con disparos contra otras dos; disparó bajo contra la segunda y la bala atravesó el cuello de la criatura sin perforarle la columna vertebral, y derramó músculo y grasa muertos sobre la baranda del paso. Doc se despreció a sí mismo en silencio por no haber tenido en cuenta el punto de mira y el punto de impacto de su arma. Como es habitual en las miras de punto rojo, su Aimpoint Micro estaba montada unos centímetros sobre el cañón de la M-4, y por ello, si no se compensaba, tenía un punto de impacto bajo en distancias cortas. Disparó otra bala contra el remate de la cúpula y dio en el interruptor de la criatura.

«Temporizadores e interruptores», recordaba Doc. El cuerpo humano se componía de varios temporizadores de muerte, pero de muy pocos interruptores. Un disparo a la arteria femoral era como activar un temporizador. Un disparo al corazón, o al cerebro, era como pulsar un interruptor. Pero tan sólo si se trataba de un ser

humano vivo. Las normas habían cambiado y había que contar tan sólo con un interruptor. Los no muertos no respetaban los temporizadores.

Las exigencias de precisión que se requerían de los equipos SEAL se habían elevado desde que los muertos empezaron a caminar. Un disparo al centro de masa, que en otro tiempo habría contado como interruptor, había pasado a ser un tiro errado; el único impacto válido era el que se producía por encima de la nariz y por debajo del cuero cabelludo.

Doc y Billy atravesaron el paso elevado a toda velocidad, como ladrones en la noche. Los anteojos de visión nocturna les permitieron ver varios coches apilados unos treinta metros más allá. Tendrían que rodear la montaña de chatarra para llegar al otro lado.

Los primeros elementos del enjambre empezaron a pasar por debajo del paso elevado. El río principal de cadáveres se acercaba a toda velocidad. El viento cambió y el olor mareó a Doc. Las moléculas de podredumbre se le metían por las fosas nasales.

Doc sabía que lo más peligroso y terrible de un enjambre como ése era que la cabeza de la serpiente de no muertos podía cambiar de rumbo y dejarse atraer por cualquier cosa. Un perro extraviado, un ciervo, una alarma de coche que aún pudiera dispararse... Cualquier cosa.

—Doc, lo mejor sería que nos quedáramos a la mitad del paso y viéramos hacia dónde se dirigen. No querría quedarme en el lado equivocado. Podríamos llegar a vernos muy mal —sugirió Billy.

Doc se imaginó por un instante la peor de las posibles situaciones. «¿Y si el enjambre se divide y entran en el paso elevado por ambos lados? Estaríamos perdidos».

—Tenemos que sortear esos coches y seguir adelante unos pocos centenares de metros. Nos quedan unas dos horas, si es que queremos emprender el camino de vuelta a tiempo para llegar antes de la salida del sol. Esperaremos un poco, pero no porque me guste. Echa una mirada.

Los dos hombres se asomaron por la baranda y contemplaron la riada de no muertos. Aunque los dispositivos de visión nocturna no proporcionaran nitidez a largas distancias, sabían muy bien que lo que estaban viendo era una masa de criaturas de kilómetro y medio de largo y diez metros de ancho. Ni uno ni otro querían ir más allá en el empleo de las matemáticas.

Lo que había empezado por ser un torrente de no muertos se había transformado en río caudaloso. A la mitad del paso elevado, Doc y Billy se pusieron a andar en cuclillas, no porque fuera a servirles para nada, sino porque tenían un miedo de muerte. Era como agacharse al salir de un helicóptero en funcionamiento...: no sirve para nada, pero tampoco es una mala idea.

Llegaron a la montaña de chatarra. El río andante que pasaba por debajo había alcanzado su máximo caudal y hacía vibrar el paso elevado. Doc se arriesgó una vez más a echar una ojeada por encima de la baranda y vio, por lo menos, ochocientos metros de cuerpos andantes a uno y otro lado del paso. Las criaturas no parecían sospechar que una posible presa las espiaba desde lo alto. Algunos de los monstruos trataban de separarse de la jauría, pero regresaban en seguida, atraídos por el tumulto del enjambre.

—Hagamos una pausa y tomémonos un bocado —propuso Doc.

—A mí me parece una buena idea. Nos quedan por lo menos veinte minutos.

Mordisquearon unas barras energéticas caducadas y se bebieron el vino yodado mientras el paso retemblaba bajo sus pies y el río de muertos, sin darse cuenta de nada, seguía adelante por una carretera abandonada que no conducía a ninguna parte.

Círculo Polar —Ártico.

Crusow, Mark y los otros tres supervivientes de la base se reunieron en la sala de juntas adyacente al centro de controles. Los asesores militares de la base, Bret y Larry, así como He-Wei Chin, el científico, estaban de pie, embutidos todavía en pesados trajes aislantes cubiertos de escarcha. He-Wei hablaba un inglés muy pobre y a veces propiciaba momentos de humor políticamente incorrecto entre el resto de supervivientes. Antes de que lo asignaran al Ártico, el ciudadano chino He-Wei había solicitado la nacionalidad estadounidense. Se había presentado voluntario para el servicio en la Base Cuatro a fin de acelerar la tramitación de su solicitud. La adquisición expedita de la ciudadanía era uno de los incentivos que se ofrecían a cambio del arduo esfuerzo que requerían los programas estadounidenses de investigación en el Ártico. Todo el mundo lo llamaba Kung Fu, o simplemente Kung, por su pasable semejanza con Bruce Lee.

Aunque Crusow, Mark y Kung hubieran convivido durante los últimos meses con Larry y Bret en un espacio apenas si más grande que el de una estación espacial moderna, no sabían casi nada acerca de ellos, salvo que eran militares y que habían tomado parte en las labores que se desarrollaban en aquel lugar antes de que la mierda llegara a los hielos.

Antes de que los no muertos se levantaran, muchos operativos estadounidenses habían sospechado que había centenares de bases secretas por todo el mundo, y que en muchos casos se les asignaban funciones falsas para ocultar su verdadero propósito. Antes de la caída del hombre, la Base Cuatro, al menos en teoría, se dedicaba a perforar los hielos en busca de muestras de mineral, pero eso era lo mismo que hacía el resto de bases que había en el Ártico... y que pertenecían a una docena de países más.

Larry y Bret no hablaban nunca de su condición de militares, pero el corte de pelo y la manera de comportarse lo habían dejado bien claro desde el mismo momento de su llegada. Igual que todos sus predecesores, los nuevos miembros del equipo habían aterrizado en un avión C-17 antes de que empezara el invierno. Cada vez llegaban caras nuevas, pero el corte de pelo y la actitud eran los mismos.

Larry estaba muy enfermo y había empeorado durante las últimas semanas. Mark pensaba que Larry debía de haber contraído una neumonía de las malas. Le habían administrado la mitad de los antibióticos que quedaban en la base, sin efectos perceptibles. Durante la mayor parte del tiempo, Larry a duras penas lograba mantenerse en pie, y a menudo se había visto que Bret le ayudaba a ir y venir por diferentes zonas de la base. Al menos, Larry tenía la consideración de llevar puesta

una mascarilla que le cubría el rostro.

No podían arriesgarse a que nadie más se pusiera enfermo, especialmente Crusow. Lo más probable era que todos ellos se congelaran en dieciocho horas si Crusow moría o quedaba incapacitado. Era él quien lograba que los generadores funcionaran de acuerdo con lo previsto, y también había conseguido producir biocombustibles rudimentarios con los productos químicos cada vez más escasos y las grasas que rescataban de la comida. No era uno de los prescindibles, eso estaba claro.

—Bien, gracias por haber venido —dijo Crusow, dirigiéndose al pequeño grupo—. No voy a perder tiempo con preámbulos. Hemos establecido contacto.

—¿Con quién? —preguntó Bret, emocionado.

—Con el portaaviones estadounidense *George Washington*.

—¡Joder, estamos salvados! —exclamó Larry, y tosió con fuerza bajo la mascarilla.

Crusow frunció el ceño y dijo:

—En realidad, no. Se encuentran en el golfo de México y no podrían llegar hasta aquí, aunque quisieran. Nosotros estamos en el Círculo Polar Ártico, por el lado del Pacífico. Aunque tuvieran un rompehielos, tardarían demasiado en venir. Para cuando llegaran, se nos habrían acabado las provisiones y estaríamos en estado sólido, literalmente. Tenemos que empezar a pensar planes de contingencia.

Larry tosió de nuevo y ensució de porquería la tela que le cubría el rostro. Después de una ristra de palabrotas y un cambio de mascarilla, preguntó:

—¿Qué planes? Es como si estuviéramos en una base marciana. Si no acude una partida de rescate, dentro de uno o dos meses nos habremos transformado en bloques de hielo.

—Sí, puede ser, pero yo no me rindo —respondió Crusow, con voz más fuerte de lo que se había propuesto. Bajó un poco el tono y prosiguió—: Es cierto que apenas nos queda combustible, pero tengo un plan que podría funcionar.

—Te escuchamos —dijo Bret.

—He modificado el Sno-Cat para que funcione con biocombustible. Así ahorraríamos combustible normal y podríamos emplearlo en la calefacción de esta base. Nos mantendríamos a una temperatura suficiente para seguir con vida, digamos que a unos diez grados. Tendríamos que acostumbrarnos a dormir con el traje aislante para gastar menos combustible y prescindir de las salas exteriores. Ahora mismo contamos con mucho espacio y desperdiciamos un montón de combustible en mantenerlo cálido. Larry, tú y Bret tendríais que conformaros y pasar a los dormitorios de los civiles, y sellar las habitaciones que ocupáis ahora.

—¡Espera un momento, joder! —gritó Larry—. ¿Para qué tenemos que venir aquí? ¿Por qué no lo hacemos al revés?

—¡Escuchadme! ¡O los dos venís con nosotros, u os congelaréis! Yo controlo la temperatura, la oscuridad y la luz, y voy a dejar fuera vuestras habitaciones dentro de cuarenta y ocho horas. No es nada personal..., tengo que estar cerca del equipamiento y no pienso mudarme al área militar contigo y con nuestro amigo Pulmón de Hierro.

No le respondieron ni Larry ni Bret. Habían entendido la jugada. Crusow les vio volver los ojos a uno y otro lado, intranquilos. Ambos eran militares, y lo más probable era que entre ambos calcularan algún medio para recuperar el poder. Crusow no confiaba en ellos y probablemente no iba a confiar jamás.

Al cabo de un momento, Larry tosió y dijo:

—Tenemos menos biocombustible que combustible normal. ¿Cómo podrás producirlo en cantidades suficientes para el Sno-Cat?

—Ahí es donde mi plan se vuelve raro, y tal vez un poco peligroso. Hasta este momento, hemos preparado el biocombustible con aceite de cocina ya usado. Ahora tenemos poco porque lo he utilizado para alimentar uno de los generadores y ahorrar combustible de verdad. Creo que se me ha ocurrido un medio para obtener grasa animal en cantidades suficientes para recorrer ciento sesenta kilómetros con el Sno-Cat hasta la zona de hielo delgado. Si desde allí pudiéramos contactar con alguien mediante la radio portátil...

Bret le interrumpió:

—Si lo que quieres es matar a los perros que tiran de los trineos, yo te digo que...

Crusow interrumpió a Bret a media frase.

—No, no se trata de matar a los perros. Quizá vayamos a necesitarlos. Deja de preocuparte por la comida, Bret...; aquí tenemos provisiones suficientes para aguantar bastante tiempo, hasta que todos nosotros nos hayamos ido, o muerto. De todos modos, la grasa que contienen esos perros no sería suficiente para producir combustible en cantidades significativas.

—Bueno, ¿pues entonces qué quieres hacer? —preguntó Larry, impaciente.

Crusow le miró a los ojos y le dijo:

—Vamos a tener que descender en rápel al barranco y volver a ver a nuestros viejos amigos. Algunos de ellos estaban gordos. La grasa de su cuerpo se congeló y se habrá conservado. Allí abajo debe de haber cientos de kilos. Así podríamos producir combustible suficiente para salir de aquí y, si tenemos suerte, incluso nos quedaría para luego.

—Estás como una puta cabra, Crusow —dijo Larry.

—No te digo que no, pero, si no se te ocurre otro procedimiento mejor para mantener los generadores en marcha y ahorrar el combustible necesario para que el Sno-Cat nos saque de este agujero en el hielo..., será mejor que te calles. Además, tú estás demasiado débil para descender al barranco y volver a subir aunque sea una sola vez, así que mejor que no digas nada. Son más de sesenta metros, la mayoría cortados

a pico. Necesitaremos a dos personas en el fondo para que aten los cadáveres con las cuerdas, y dos arriba con los perros para tirar de ellos.

Se miraron los unos a los otros, a la espera de que alguien dijera algo sobre aquel plan. Crusow no les dio tiempo para pensarlo.

—Entonces, estamos de acuerdo. A ver, cabrones, ¿quién de vosotros va a bajar conmigo?

A una semana de Oahu.

Saien y yo nos hemos familiarizado por lo menos con una parte de los cauces por los que discurre la vida cotidiana en el submarino. Entendemos la jerarquía de privilegios. Aunque tengo piernas de marinero desde los tiempos en los que serví en navíos de la armada, el trabajo a bordo de un submarino implica un cambio cultural. He estado ayudando en la sala de radios, más que nada por razones egoístas. He aprovechado la posibilidad de manejar los aparatos para mandar mensajes al *George Washington*, y así es como he informado a mi familia del Hotel 23 de que estoy bien. Hasta ahora, ninguno de los que viajan a bordo se ha quejado.

El mensaje más reciente era de John:

«Tara envía recuerdos».

Aunque sólo sean cuatro breves palabras, incluso estos mensajes tan cortos me ayudan. Hace menos de dos semanas que me marché; parece que haya pasado más tiempo. Al no tener correo electrónico, es como si volvieran los tiempos en los que la comunicación era más personal y se valoraba más.

Me pregunto cuántos jóvenes de la «generación yo» morirían durante el estallido de la plaga mientras miraban si habían recibido algo en el Smartphone o colgaban actualizaciones anodinas en la página de una red social.

Seguro que decían algo de este estilo:

«¡Joder, están echando la puerta abajo!».

Aunque esos chavales vivieran tan sólo para sí mismos, ¡cuánto deseo que hubieran sobrevivido! Desde que todo esto empezó, por desgracia, he tenido que devolver a un montón de criaturas en pantalón pitillo al polvo del que vinieron.

Hace unos pocos días, el capitán me informó de nuestra misión en la isla de Oahu. A decir verdad, los detalles no me sorprenden, aunque sí el riesgo que vamos a correr, por lo poco que podemos ganar en ello. De acuerdo con la Inteligencia militar, el ataque nuclear contra Honolulu tuvo éxito y provocó la total aniquilación de la ciudad y de las áreas residenciales vecinas.

Pero creo que Larsen peca de excesivo optimismo al creer que el ataque nuclear contra Hawaii habrá tenido más eficacia en el exterminio de las criaturas que los que se lanzaron en los Estados Unidos continentales. Apuesta a que la gran mayoría de los monstruos debía de hallarse en Honolulu en el momento de la detonación. De acuerdo con mi opinión profesional, es una conjetura temeraria. Él es el capitán de este submarino y yo estoy aquí tan sólo como asesor externo, pero no vacilé en expresar mi desacuerdo al respecto.

Mi opinión personal es que el intérprete de chino debería quedarse a bordo, y que tendríamos que encargarle que maneje el equipamiento de inteligencia de señales para protegernos y para estar al tanto de cualquier indicio de actividad militar china. Es muy probable que, si lo desembarcamos en la isla, las criaturas nos dejen sin intérprete. Además, no tenemos ninguna garantía de que los sensores de la base de Kunia todavía funcionen, tanto tiempo después de que Hawaii se quedara a oscuras. Lo más grave es que no tenemos ni idea de la situación actual en la base de Kunia. Se encuentra bajo tierra en su mayor parte, y podría haberse inundado, podría estar abarrotada de muertos irradiados, y también podría ocurrir que se hubiera derrumbado bajo una cabeza nuclear mal dirigida. No lo vamos a saber hasta que pongamos pie en tierra, y yo no pienso apoyar ese plan, ni ahora, ni nunca.

Máximo dominadas: 5.

Flexiones de brazos: 65.

2,5 km en la cinta ergométrica: 11:15.

Ojalá que la rueda de andar siga funcionando. Me he acostumbrado al lujo de mover las piernas para hacer ejercicio, y no para salvar la vida.

Sureste de Texas.

—Billy, ¿eso es lo que a mí me parece que es?

—¿Qué?

Doc activó el láser y apuntó unos pocos cientos de metros más allá, al campo.

—Eso.

—Parece como si alguien hubiera venido hace poco con un arado y hubiese empezado a tirar. Los dispositivos de visión nocturna no me permiten verlo bien.

—De acuerdo con el mapa, ése es el lugar donde tendría que estar el equipamiento. Vamos allá. No te alejes de mí.

—Recibido.

Los dos hombres saltaron sobre la cerca y avanzaron de cuclillas en dirección a la tierra donde se había abierto un surco. El viento cambió de dirección y sintieron el fétido olor del enjambre que se hallaba en la lejanía.

—Joder, qué mal huele este sitio, no nos lo discutiría nadie —dijo Doc con voz queda—. Un centenar de metros. Parece que la carga tocó tierra allí y que después alguien la arrastró por el paracaídas. Veamos a dónde llega ese rastro.

—Te sigo... pero separémonos unos metros, ¿de acuerdo? —dijo Billy.

—Está bien, separémonos, pero no lo suficiente como para perdernos de vista, y mírame cada pocos segundos. Yo haré lo mismo.

—A mí me parece bien. Vamos.

—Vamos.

Siguieron la pista marcada en tierra a lo largo de cuatrocientos metros hasta que llegaron a una loma baja. Al acercarse, oyeron un sonido como de ropa que se agita en un tendedero con la brisa veraniega. Miraron desde lo alto de la loma y vieron su objetivo. Una carretilla envuelta en plástico, puesta de lado, con un paracaídas desgarrado que ondeaba en línea recta como si hubiera sido la cola de un cometa enloquecido.

El sonido de la tela tendría que haber atraído a las criaturas durante los días y semanas que habían pasado desde que la carga se posó allí. Había unas dos docenas al pie de la loma, hibernando, a la espera de una criatura viva que activase sus primitivos circuitos. Doc lo sabía por la manera como estaban plantados, cual centinelas de piedra. Habían llegado en busca de comida y se habían visto obligados a quedarse quietos para no consumir su desconocida fuente de energía. Aquel era un misterio desconcertante. Doc sospechaba que derivaban energía de algo que no era la comida, cada vez más escasa, que cazaban y consumían.

—¿Cómo quieres que hagamos esto, Billy?

—Bueno, podríamos quedarnos aquí y matarlos de uno en uno, siguiendo un cierto orden para evitar que se despierten. Yo empezaré por el grupo del este, tú por el del oeste, y nos encontraremos en el centro. Si tenemos suerte, nos los cargaremos a todos sin que lleguen a oír un sonido más fuerte que el aleteo del paracaídas. A esta distancia, los silenciadores tendrían que ser suficientes. Incluso podríamos retroceder unos pasos, si fuera necesario. Estamos tan lejos que el punto de mira y el punto de impacto tendrían que ser idénticos. Apúntales a la frente, de todos modos.

Doc sabía que Billy chuleaba con su punto de mira.

—De acuerdo, me gusta —dijo Doc en tono de aprobación—. Está oscuro, no nos van a ver, pero nosotros sí los veremos a ellos. Yo pienso que tendríamos que empezar.

—Espero la orden.

—Yo por el oeste, tú por el este. Empieza después que yo.

—Recibido.

Doc contempló la punta de la carabina a través de la mira y vio el reflejo de la luz de luna en el silenciador. Manipuló la amplificación de imagen para ver mejor el objetivo. Desde luego, en la noche parecían terribles gárgolas. Siempre le había parecido que mientras estaban en ese estado se mecían levemente, pero no estaba seguro. Nadie se quedaba cerca de ellos durante el tiempo suficiente para comprobar la teoría.

«Tomar aire hasta el fondo, soltarlo poco a poco, con los dos ojos abiertos, matar».

«Bam».

En cuanto Doc se hubo cargado a su primera criatura, Billy Boy le imitó. Billy tenía en la mira a su primer objetivo y tan sólo esperaba a oír el disparo silenciado de Doc para derribar a su propio monstruo.

Los cartuchos golpeaban los cráneos putrefactos emitiendo un golpe sordo tras otro. Dispararon lenta y pausadamente. Un Mississippi, disparo, dos Mississippis, disparo. El plan funcionaba; las criaturas no salían de su hibernación. Ya sólo quedaban seis cuando Doc volvió a disparar. Al tirar del gatillo, Doc notó al instante que algo había cambiado. Se oyó un extraño eco, como si hubiese disparado contra una señal de tráfico o un coche. Doc había oído hablar de aquello, pero no lo había visto nunca. Algunas de las criaturas albergaban placas de metal que les habían implantado para solucionarles lesiones previas antes de que el mundo se transformara en un infierno. La criatura se desplomó en el suelo. Doc se valió de la amplificación de la mira para verla mejor. El monstruo volvía a ponerse en pie.

Doc siguió disparando contra sus blancos. Otro disparo.

La criatura estaba de nuevo en pie y se había irritado mucho. Empezó a gritar, a gimotear, a llamar a los otros. Se movía con rapidez, reaccionaba a los sonidos,

incluso a los disparos silenciados de sus carabinas. Se puso a avanzar hacia ellos por la loma.

—Sigue con los tuyos, Doc. Yo seguiré metiéndole plomo en el cuerpo a ése.

—¡Muy bien, Billy, manos a la obra! ¡Ése es rápido!

La criatura seguía caminando loma arriba a una velocidad asombrosa. Doc tenía razón..., era más rápido que los demás. Billy disparaba sin cesar contra la criatura y erraba la mayor parte de los disparos.

—¡Tengo que recargar!

—Yo te cubro, hazlo —dijo Doc.

Billy sacó el cargador vacío y buscó el nuevo que llevaba a la espalda. En situaciones de mucho estrés, Billy actuaba siempre bien, porque se decía a sí mismo lo que tenía que hacer, de acuerdo con su entrenamiento.

—Presionar, tirar, recámara, disparar —susurró con fuerza, al mismo tiempo que hacía lo que estaba pensando.

Después de presionar el cargador para que entrara en su sitio, tiró de él para ver si había quedado bien encajado. Cargó un cartucho en la recámara de la M-4 y tiró del gatillo. El disparo tuvo como efecto que el cráneo de titanio rodara colina abajo y se quedara inmóvil en una pose torpe y trágica.

—Por los pelos —dijo Doc—. Si llegas a esperar unos segundos más, esa criatura habría llegado hasta aquí y habría venido a divertirse con nosotros y a contarnos chistes.

—Sí, ya... Qué raro..., no estoy acostumbrado a verlos tan agresivos.

—Yo tampoco. Será mejor que nos quedemos aquí, en lo alto, y esperemos un par de minutos. Puede que allí abajo haya más. No quiero encontrarme con una mordedura en el tobillo, ¿sabes lo que quiero decir? —propuso Doc.

—Sí, lo sé.

Aguardaron. Los minutos pasaron poco a poco, sin que hubiera movimiento. Siempre ocurría lo mismo después de un encuentro con ellos. El hombre no estaba concebido para que viese caminar a los muertos. El hombre tampoco estaba concebido para combatirlos. En aquellos días el estrés postraumático era una enfermedad que padecía todo el mundo, igual que el resfriado común. Desde el niño de dos años que había visto a su propia madre devorada por su padre justo antes de que vinieran los SWAT a rescatarlo, hasta el viejo que había encerrado a su mujer en el sótano porque no tenía estómago para acabar con ella... Todos ellos lo sufrían, si es que lograban hacer acopio de coraje suficiente para seguir con vida.

—Parece que podemos bajar sin problema —le dijo Billy a Doc.

—Sí, bajemos. Nos quedan treinta minutos hasta la hora de iniciar el regreso al Hotel 23, si es que queremos llegar antes de que salga el sol.

Mientras descendían por la loma, Billy preguntó:

—¿Qué piensas que ocurriría si no lográramos llegar antes del alba?

—Pienso que nos localizarían y que se nos vendría encima una cabeza nuclear de doscientos treinta kilogramos. Es evidente que no somos bienvenidos en el Hotel 23.

—No entiendo por qué ese grupo quiere arrojar un artefacto nuclear sobre el portaaviones.

—Yo no tengo ni idea, Billy, pero sí sé que durante el día nos pueden hacer daño. Y no agobies a Disco y a Hawse, pero no estoy seguro de que no puedan lanzarnos la bomba durante la noche.

—Sí, yo también lo había pensado, pero no quería decirlo.

El montón de cadáveres que había al final era una visión horrenda, y algunos de ellos aún se retorcían. Los dos hombres tuvieron buen cuidado de no acercarse mucho...; una bala en el cerebro no garantizaba siempre que la amenaza hubiera desaparecido. A veces el reflejo de morder se mantenía incluso después de haber sufrido el trauma en el cerebro. Lo que fuera que hacía que los muertos se levantaran no se rendía fácilmente; había que tener precauciones extremas incluso con las cabezas cortadas.

Doc sacó el machete y seccionó las cuerdas que aún sujetaban el paracaídas a la carga. El tejido aleteó en la oscuridad, al capricho de los vientos nocturnos. Mientras se arrastraba sobre la loma, con las cuerdas colgando cual tentáculos urticantes, Doc se imaginó que veía una medusa.

Había unas letras blancas pintadas por fuera sobre el envoltorio de plástico que contenía la carga, pero los elementos y el paso del tiempo las habían vuelto ilegibles. El paquete había quedado puesto de lado sobre una cuña de tierra y piedras. Doc desgarró el envoltorio con el machete y las cajas, hechas de un material duro y negro, se desparramaron por el suelo.

—Billy, cubre el perímetro mientras las examino.

—Ahora mismo.

Doc fue abriendo las cajas de una en una, con cuidado, como si temiera encontrar trampas-bomba en su interior. Al mismo tiempo que las abría, escuchaba, por si se oían los tiros silenciados de la carabina de Billy Boy. Todo estaba en silencio.

La primera de las cajas contenía una arma que Doc encontró curiosa, marcada con un rótulo que decía «control de enjambres». Los folletos de instrucciones estaban escritos de manera sencilla y recordaban las ilustraciones acompañadas por textos que explican el manejo del cinturón de seguridad en un avión de pasajeros. El arma resultaba difícil de llevar y requería que el usuario, literalmente, se vistiera con ella: una de las ilustraciones representaba a un hombre con el arma sujeta a algo que parecía un arnés.

Las otras cajas que Doc inspeccionó contenían los compuestos químicos necesarios para alimentar el arma. De acuerdo con la documentación, había que

ensamblar dos botellas. Se suponía que el arma, al funcionar, proyectaría un chorro de espuma hasta una distancia de quince metros. Los dos compuestos, una vez mezclados y expuestos al aire y a la espuma, se endurecerían en un par de segundos. Doc leyó una nota de advertencia que acompañaba a la documentación:

«ADVERTENCIA: EL COMPUESTO DE ESPUMA SE ENDURECERÁ.
HASTA ADQUIRIR UNA CONSISTENCIA COMPARABLE A LA.
DEL FIBROCEMENTO CURADO O LA RESINA DE FIBRA.
EXTREMEN LAS PRECAUCIONES AL APUNTAR.
ESTE PROYECTOR DE ESPUMA ES LETAL».

Al proseguir con el estudio de las instrucciones, Doc encontró una sección en la que se explicaban los posibles empleos del arma.

- Inmovilización temporal e inmediata de grupos numerosos.
- Inmovilización de vehículos en movimiento y de blindaje pesado.
- Cierre de puertas y de otros puntos de acceso.
- Unión química entre materiales cualesquiera.

Doc estimó que el equipamiento debía de pesar un total de treinta y cinco kilogramos. En aquel paquete no había nada más. Doc llamó a Billy para discutir con él los costes y beneficios de acarrear aquella carga extra hasta el Hotel 23.

Después de examinar los folletos que acompañaban al arma, Billy comentó:

—Mira, tío, si esta cosa puede hacer lo que dice aquí, yo mismo cargo con ella. Nuestras M-4 están bien para disparar durante las misiones, y para la eliminación de enemigos y demás, pero una arma como ésta podría ayudarnos en situaciones como la que acabamos de vivir en el paso elevado. A mí no me importaría nada tener una manguera que dispara cemento instantáneo a voluntad, ¿y a ti?

—Claro que no. Nos repartiremos el equipamiento y lo llevaremos de vuelta. Pero tendremos que salir a probarlo otra noche. Falta poco para que amanezca.

Después de colocar en las mochilas todo el material que habían conseguido, iniciaron el camino de regreso al Hotel 23. Doc marcó una X en el mapa para indicar dónde habían encontrado la carga y así la eliminó de la lista. Al llegar de nuevo a lo alto de la loma, Doc se detuvo por unos instantes.

¿Lo que oía era el sonido de un motor en la lejanía?

Estaba a punto de preguntarle a Billy si también lo había oído, pero el viento cambió y el sonido se desvaneció como un pensamiento fugaz.

A bordo del *George Washington*.

La sala de juntas del *George Washington* estaba abarrotada de galones. El almirante Goettleman y Joe Maurer se habían sentado a la mesa enfrente del auditorio, de cara al pequeño grupo de oficiales y al puñado de soldados más veteranos.

El almirante se volvió hacia Joe.

—Comprueba que las puertas estén bien cerradas. Ya tenemos suficientes rumores en circulación por cubierta.

—Sí, señor.

Joe se enderezó sin levantarse y le dijo a uno de los oficiales de la primera fila que fuese a ver si las puertas de estribor estaban bien cerradas, y a continuación se puso en pie para examinar él mismo las de babor y volvió a sentarse al lado del almirante Goettleman.

—Todo en orden, señor.

—Muy bien. Vamos a empezar.

El almirante pulsó el botón del micrófono.

—Gracias por haber venido hoy... No es que tuvieran ustedes otro lugar a donde ir.

Se oyeron algunas risas cansadas por la sala.

—El motivo por el que he convocado esta reunión es porque quiero informarles acerca de la Fuerza Expedicionaria Clepsidra. Como ya deben de saber la mayoría de ustedes, dicha fuerza se halla en camino a bordo del submarino *Virginia*, y les falta una semana para llegar a Oahu. En tanto que oficial responsable de dicha fuerza, dispongo de información privilegiada acerca de todas las fases de la misión Clepsidra. Todos ustedes han leído acerca del programa de acceso especial, SAP, que lleva por nombre Horizonte, y sobre de lo que probablemente ocurrió en China o, por lo menos, lo que pensamos que ocurrió. Hasta este momento, la primera fase de Clepsidra se ha desarrollado con éxito, y el *Virginia* navega hacia el oeste con un equipo de operativos especiales y asesores a bordo. La fase dos de Clepsidra está a punto de empezar. Ese es el motivo por el que hoy estamos aquí.

El almirante calló por unos instantes y contempló a la pequeña multitud mientras se tomaba un trago de agua.

—La fase dos está relacionada con los especímenes de Nevada. El gobierno en funciones ha decidido realizar una prueba: exponer a uno de los especímenes a la anomalía. No sabemos si CHANG es de la misma especie que nuestros especímenes pero, de todas maneras, podríamos averiguar muchas cosas con ese experimento. Por lo menos, podríamos descubrir por qué todos nuestros recursos de inteligencia

humanos dejaron de funcionar poco después de que trasladaran a CHANG a la región de Bohai; en el mejor de los casos, quizá descubramos una manera de volver a meter los males dentro de la caja de Pandora.

Los murmullos que recorrían el auditorio se transformaron en oleadas y después en truenos. Uno de los oficiales que estaban más atrás levantó la mano.

—Dígame usted, comandante —le instó el almirante.

El comandante empezó a hablar en tono precavido:

—Señor, no tenemos ni idea de los efectos que eso podría tener en la fisiología del espécimen de Nevada. De acuerdo con las mediciones de los chinos, la anomalía de Mingyong tenía veinte mil años. La recuperación de nuestros especímenes tuvo lugar en los años cuarenta del pasado siglo. ¿Este plan es de verdad un producto del gobierno en funciones? ¿O no es otra cosa que arrojar una idea contra la pared para ver si se queda pegada?

El almirante miró al oficial con ojos enfurecidos.

—Bueno, comandante, yo pienso que sus argumentos son buenos, pero esa gente del gobierno en funciones tiene más cerebro que nosotros y está en el poder, porque unas leyes que aprobaron unos parlamentarios elegidos hace mucho tiempo dictan que ésta es la mejor manera de actuar. Además, le sugiero a usted lo siguiente: ¿Qué sucederá si Clepsidra fracasa? ¿Qué sucederá si el *Virginia* no consigue llegar a China? ¿Qué ocurrirá entonces? Estos son los motivos por los que vamos a llevar a cabo esos experimentos. Clepsidra podría fracasar.

El almirante contempló la sala de un extremo al otro, en busca de reacciones.

—Ahora mismo, mientras nosotros estamos aquí, se están realizando los preparativos para extraer a uno de los especímenes dañados de su contenedor de almacenamiento a bajas temperaturas. Les llamaré de nuevo para informarles de los resultados.

Se oyeron murmullos agitados por toda la sala.

Otro de los oficiales interrumpió el rumor de fondo y preguntó:

—Almirante, ¿y si la exposición del espécimen de Nevada fuese el catalizador que provoca que la anomalía se difunda por medio del aire? Nosotros no lo sabemos. ¡Es muy arriesgado!

—También lo son los muertos andantes. ¡Eso es todo! —gritó Goettleman.

—¡Todos firmes! —exclamó Joe, y entonces el almirante se puso en pie y abandonó bruscamente la sala.

Ártico.

Diciembre. Afuera caía un implacable bombardeo de nieve y de hielo. Crusow abrió la pesada escotilla por la que se emergía a la inclemente atmósfera. La nieve no les impedía totalmente la visión, pero faltaba poco. No importaba, sería igual o peor durante el resto del año y los inicios del siguiente, hasta que llegase la primavera. Si trataban de aguardar a que hubiese buenas condiciones, morirían por el hambre y la congelación. Hacía mucho que había empezado la larga noche; probablemente les quedaban unos noventa días de penumbra hasta que el sol retomara su trayecto habitual.

Bret salió detrás de Crusow. Kung y Mark empezaban a preparar a los perros para que tirasen de los cadáveres congelados que se encontraban en el fondo del barranco. Crusow y Bret iban a necesitar por lo menos una hora para llegar hasta el fondo y sujetar los cadáveres con cuerdas. Crusow había dejado el rifle en la habitación y llevaba tan sólo el machete Bowie y el hacha colgados de la cintura. Al no tener piezas móviles, no le fallarían a cincuenta grados bajo cero. Todos los cadáveres del barranco estaban atrapados en bloques de hielo sólidos. Quizá los osos polares hubieran tratado de devorarlos.

Crusow dio media vuelta sobre las raquetas para la nieve y miró a Bret cara a cara.

—¿Estás preparado para esto? Va a ser terrible. Espero que hayas desayunado bien.

—Vete a tomar por culo, Crusow. Ahora no estoy de humor para tus...

—Lo mismo te digo, cabronazo, que tengas un buen día.

Crusow no logró sacar a Bret de sus casillas. Llevaban cuerdas y arneses de rápel en las mochilas. Crusow cargaba también con algo de agua e incluso comida para conservar la energía. Con el frío que hacía y la necesidad de moverse cargados de pesadas pieles, quemarían cientos de calorías por hora. Por prudencia, había traído también una pieza de madera comprimida para emplearla como leña si fallaba algo y tenían que esperar a Mark y a Kung.

Llegaron al borde del barranco; Crusow se preguntó por qué lo llamaban así, y no precipicio. Se agachó en su estrecho margen y miró hacia abajo, al tiempo que iluminaba en varias direcciones con la linterna que llevaba sujeta a la frente. Tenía visibilidad hasta diez metros más abajo... Habría que hacer la mayor parte del descenso a ciegas.

—Yo me sentiría más seguro si efectuáramos el descenso con las cuerdas atadas al Sno-Cat, en vez de emplear anclas de hielo y descender en moulinette —le dijo

Bret a Crusow, con cierta preocupación en la voz.

—Sería una excelente idea si no nos quedara tan poco combustible. Necesitaríamos un litro de diésel para que el Sno-Cat arrancara, se calentara y se acercara al borde del barranco. Además, no sabemos si este hielo tendrá mucha estabilidad. Podríamos encontrarnos con que nos precipitamos en el abismo seguidos por el Cat.

Dicho esto, empezaron a dar martillazos sobre las anclas de la moulinette para dejarlas bien clavadas en el hielo compacto. Emplearon tres anclas para cada una de las cuerdas, clavadas en sitios distintos. El objetivo era reducir las posibilidades de que una de ellas se soltara. Una vez todas las anclas estuvieron en su sitio, Crusow y Bret arrojaron las cuerdas al fondo del barranco. Oyeron el golpeteo contra la pared. Lo tuvieron difícil para sacar los arneses de las mochilas, porque los guantes que les protegían de las temperaturas del Ártico también les reducían la movilidad. Era como tratar de abrir una puerta con los codos. El viento empezó a soplar con fuerza mientras se ponían los arneses. Cada uno de ellos revisó el arnés del otro para asegurarse de que estuviera en condiciones para el descenso. Crusow se quitó las raquetas y se las ató a la mochila con un cordel. Entonces sacó unas suelas con pinchos afilados para la nieve y se las montó en las botas, y las hundió en un saliente de hielo para ver si habían quedado bien puestas.

Crusow sacó la radio Motorola que llevaba en el abrigo y buscó el botón para transmitir.

—Mark, Bret y yo estamos a punto para iniciar el descenso. Probablemente vamos a necesitar treinta minutos o más para llegar al fondo y prepararlo todo, cambio.

Crusow estaba acostumbrado a la radio de alta frecuencia y se sorprendió a sí mismo finalizando la transmisión con un «cambio», cuando con el «bip» automático le habría bastado.

Mark le respondió desde su propia radio.

—Recibido. Kung y yo estamos en el trineo con los perros y los vamos preparando. Arrojaremos las otras cuerdas en cuanto vosotros lo digáis. Nuestro cabo estará atado a los perros, y el vuestro a... ya sabéis a qué. No creo que tengamos que subirlos con las mismas cuerdas que acabáis de sujetar.

—¿Por qué no? Así ya las tendríamos abajo.

—Porque los perros podrían debilitar los puntos de anclaje y la fricción sobre el hielo podría desgastar las cuerdas. Si eso sucediera, la expedición terminaría mal.

—Tienes razón, gracias. Bueno, vamos a bajar. Dentro de poco os digo algo.

Mark hizo dos clics en el botón de transmisión para confirmar.

Crusow no ponía en peligro su propia vida porque sí; la situación se había degradado hasta la desesperación extrema. Si no lograban extraer suficiente grasa

corporal de los cadáveres que se hallaban en el fondo del abismo, no llegarían jamás a la zona de hielo delgado. En aquel mundo gélido y hostil, el combustible era más valioso que el agua.

Crusow se palpó los costados para asegurarse de que las herramientas hubieran quedado bien sujetas. Aun cuando llevara puestos unos guantes demasiado gruesos para sentir su textura, sabía que el machete Bowie de mango de cuerno y treinta centímetros de hoja estaba a salvo en la vaina de cuero de la cadera, y eso le hacía sentirse algo mejor. Aquel arma le había resuelto sus problemas cada vez que la había necesitado.

—¿Estás preparado, Bret?

—Sí, estoy preparado.

—Vamos allá.

Se asomaron al barranco, soltaron cuerda e iniciaron el descenso al Barranco de las Almas Tranquilas, uno de los muchos cementerios del hombre.

Kil estaba sentado en su camarote y leía un libro, *Túnel en el espacio*, de Robert Heinlein. John le había pasado un ejemplar antes de que subiera al helicóptero y le había dicho que no lo perdiese. Kil recordaba que John tenía otro ejemplar, con la misma cubierta y todo igual. Había estado inmerso en la novela desde que había tenido noticia del destino de Oahu, porque lo ayudaba a evadirse de los peligros que seguramente encontrarían en el curso de la misión. Era la historia de un grupo de jóvenes estudiantes que iban a parar a una tierra extraña y luchaban por sobrevivir. La ambientación del libro era mala, no se encontraba ni de lejos a la altura de lo que Kil había visto al quedarse solo después del accidente con el helicóptero. Hubo un momento en el que se palpó la cicatriz de la cabeza mientras pensaba en todo esto, entre párrafo y párrafo.

Saien estaba en la cama de abajo de la litera y jugaba al solitario sobre las sábanas con una vieja baraja de cartas afgana de los Más Buscados. Saien se había esforzado por asimilar todo lo que había ocurrido en el submarino desde su llegada. Le había dicho a Kil que jamás se había imaginado que llegaría a encontrarse entre los tripulantes de un submarino nuclear de ataque rápido, e incluso se había prestado a trabajar durante el viaje, haciendo guardias junto a las máquinas. No tenía muchas responsabilidades, tan sólo la de controlar las válvulas para estar seguro de que funcionaran dentro de los parámetros establecidos. Así, algunos de los ingenieros, ya sobrecargados de trabajo, pudieron permitirse las horas de sueño que tanto necesitaban, y de paso se había ganado varios amigos. Ya no lo veían como a un extranjero incómodo y fuera de lugar.

Kil quiso pasar página para empezar el capítulo siguiente pero el libro se le escapó de la mano y se le cayó. Cuando empezaba a bajar una pierna para saltar al suelo, oyó a Saien.

—Ya te lo recojo yo, Kil.

—Gracias.

Saien agarró la novela y echó una ojeada al resumen argumental de la contracubierta antes de devolvérsela a Kil.

—¿Por qué lees estas cosas, tío? ¿Te has vuelto loco? ¿No tienes suficiente con lo que has vivido?

—Entiendo que llevamos mucho tiempo de viaje, pero, ¿ya te estás poniendo de mal humor, Saien? Aún falta mucho para que nos den un día de cerveza.

—¿Qué es un día de cerveza?

—Es una expresión que se emplea en el ejército estadounidense. A veces, cuando una expedición dura mucho, el ejército autoriza a la tropa a tomarse un par de cervezas.

—Yo no bebo, así que no me importa. ¿Y si nos dieran un día de aire fresco y luz del sol?

—Lo siento, Saien, en los submarinos no hay ningún día de esos. Pero, si tú quieres, le presentaré una petición al capitán —dijo Kil, riéndose.

—Gracias. Te deseo que esta noche sueñes con las criaturas ésas.

Kil hizo como que no se enteraba de los malos deseos de Saien y retomó la lectura del libro. Al cabo de cinco páginas, Saien le interrumpió.

—Perdona, no hagas caso de lo que te he dicho. No quiero que esta noche sueñes con las criaturas. No tendría que habértelo dicho. Es que me cuesta adaptarme a estas condiciones de vida.

—No te preocupes, tío. Todos nosotros acabamos con fobia al camarote. Así es la vida en los submarinos.

—¿Fobia al camarote? No te hablo de eso. Lo que pensaba ahora era lo que tú me habías dicho, lo que te dijo el capitán acerca de nuestro próximo destino —respondió Saien.

—Sí, ¿qué ocurre con eso?

—Bueno, pues que una bomba atómica lo ha hecho pedazos. Tú y yo sabemos muy bien lo que eso significa. Puede que haya cientos de miles de criaturas corriendo por allí. Sí, Kil, lo he dicho en serio, corriendo.

—A mí no me gusta más que a ti. Tú y yo somos asesores, y hasta este momento no hemos cumplido otra función. Le he explicado mis puntos de vista al capitán, pero es él quien manda en este submarino. Yo, personalmente, pienso que tiene que estar loco para que se le ocurra siquiera atracar en Hawaii. Si la decisión estuviera en mis manos, elegiría una de las islas más pequeñas y no irradiadas, y ordenaría a todos los barcos de guerra supervivientes que se dirigieran hacia allí. Podríamos apoderarnos de ella y volver a empezar. Los mandatarios supervivientes no están de acuerdo, y es por eso por lo que nos encontramos aquí, a bordo de un reactor nuclear flotante, y salimos al encuentro de ejércitos de cadáveres radiactivos.

Saien miró a Kil con una sombra de desdén en el rostro.

—Ahora eres tú quien me va a inspirar las pesadillas con las que te había maldecido. Cretino comecerdos.

Kil se rió de Saien y se echó de nuevo para seguir leyendo el libro.

—Pero no se te ocurra pedir auxilio mientras duermas..., yo quiero leer.

Un fuerte puñetazo debajo del colchón le confirmó que Saien había captado el mensaje.

Las amistades no se forjaban ya por medio de las redes sociales; no nacían en iglesias, ni en fiestas, ni durante horas alegres. Para mantenerse en contacto en el reino de los no muertos, había que regresar a los primeros tiempos de la radio. Un puñado de familias aún sobrevivía: los pocos que habían tenido la clarividencia de prepararse para una calamidad. Por desgracia, nadie había previsto que pudiera darse una situación como aquella. La mayoría había temido ataques terroristas, o un derrumbe financiero... Esto último había sido un motivo generalizado de histeria antes de que los muertos empezaran a caminar. Europa y el Próximo Oriente habían ardido con los disturbios; las calles de España, Francia, Irlanda, e incluso Gran Bretaña se habían llenado de cordones policiales y coches incendiados antes de que los no muertos las tomaran.

Los supervivientes se acurrucaban en silencio en las casas que habían protegido con tablonos, o en los refugios subterráneos y escondrijos de Idaho, y de otras regiones a donde no había llegado la radiactividad. Sintonizaban las radios de onda corta con cualquier frecuencia que todavía transportara señales..., cualquier sonido o estática modulada que pudiese aliviar el constante terror al que estaban sometidos. En esto consistía la nueva normalidad.

La mayoría de los escasos habitantes de Estados Unidos que seguían con vida no disfrutaba de la seguridad que proporcionaba vivir a bordo de un portaaviones o de un silo estratégico de misiles nucleares. Moraban en buhardillas, antiguos centros de FEMA —la agencia de la administración estadounidense para la gestión de emergencias—, prisiones, zonas valladas en torno a antenas rurales de telefonía, pequeñas islas costeras, y hasta embarcaciones. Incluso los había que probaban suerte en vagones de tren abandonados y terraplenes, en los confines de lo que en otro tiempo había sido la civilización. Empleaban walkie-talkies, frecuencias de radio local y aparatos de radioaficionado para contactar los unos con los otros, con quien fuese.

De vez en cuando, lo conseguían, ni que fuera tan sólo por un instante fugaz. A veces, el sonido que se oía en el receptor era el de la madera que se astillaba, o gritos, o el disparo de una escopeta solitaria. Las últimas redes sociales se apagaban, nodo a nodo.

A bordo del George Washington.

A John ya se le consideraba formalmente oficial de comunicaciones del *George Washington* y estaba autorizado a acceder a todos los sistemas de comunicaciones de

la embarcación. Contaba con un pequeño contingente de civiles y de soldados de menor rango para mantener en funcionamiento los escasos recursos de los que disponían. Su función básica consistía en mantener contacto constante con la Fuerza Expedicionaria Clepsidra, que tenía que llegar a las costas de Hawaii al cabo de cinco días. Su función secundaria era mantener las comunicaciones por satélite con la Fuerza Expedicionaria Fénix, instalada en el Hotel 23.

Le habían informado de que los objetivos principales de la Fuerza Expedicionaria Fénix consistían en poner bajo control las bombas nucleares que quedaban y tratar de recuperar una parte de los paquetes de equipamiento arrojados por Remoto Seis. Aparte de sus deberes como oficial de comunicaciones del portaaviones, John tenía que cargar con el apodo de «jefe de sección» que le habían adjudicado los supervivientes del Hotel 23, un título al que trataba de quitar importancia en público, pero que en secreto le encantaba.

John hacía sus rondas a diario y visitaba a Tara, Laura, Jan, Will, Dean, Danny, los marines y otros con los que había entablado amistad durante el tiempo que había pasado en el Hotel 23. Annabelle, su hembra de galgo italiano, aún vivía feliz y satisfecha a su lado cuando Laura no la tomaba prestada. No se le habían erizado los pelos del pescuezo desde que la habían evacuado en helicóptero, presa en el agónico abrazo de la pequeña Laura. La niña le había dicho a John que tenía «taaaaaanto miedo de que "Annie" se le escapara de entre las manos»... Así era como la llamaba Laura. A veces le resultaba incómodo llevarla a hacer sus necesidades y tener que recorrer todo el camino hasta el hangar, donde un miembro de la tripulación amante de los animales echaba tierra sobre un espacio disponible para todos los que viajaban a bordo. Annabelle no era el único cánido a bordo del portaaviones. Unos pocos perros del ejército habían encontrado un nuevo hogar en el *Washington* y trataban a Annabelle como a uno de los suyos, porque se daban cuenta de quién era en realidad el enemigo común. Cualquiera de los no muertos del continente habría agarrado a los perros y los habría reducido a pulpa si se le presentaba la oportunidad.

John no se encargaba de pocas tareas, pero pensó que aún le quedarían energías para más. Uno de los militares, el suboficial Shure, era especialmente bueno como operador de radio. Había tenido bastante suerte en sus contactos con la Base Cuatro del Ártico. En el último mensaje le habían informado de sus problemas con el combustible y de sus planes para solucionarlos. Así, empezó a circular por la sala de radios el rumor de que los supervivientes de la base en el Ártico se habían planteado seriamente refinar biocombustible con el cuerpo de los no muertos que ellos mismos habían liquidado y arrojado por un barranco donde las temperaturas de finales de primavera y del otoño habían de dejarlos atrapados en bloques de hielo. John había estado presente durante la recepción del mensaje y sabía que no se trataba de un rumor. El almirante le había solicitado que mantuviera esa información en la

confidencialidad; no quería que se hablara de que los amigos del Ártico actuaban como carniceros enloquecidos. Recordaba demasiado a lo que les había contado Kil al regresar después del accidente con el helicóptero; había topado con una banda de caníbales que se alimentaban de los no muertos hasta el extremo de asar su carne putrefacta (y que de algún modo neutralizaban el factor que hacía que los muertos se levantaran).

El enlace de radio en onda corta entre el *Washington* y el *Virginia* / Fuerza Expedicionaria Clepsidra se estaba volviendo muy inestable. Las comunicaciones por satélite del portaaviones funcionaban bien, pero muchos de los satélites necesarios para hacer rebotar la señal en dirección al área del golfo de México se habían quemado al reentrar, porque la National Reconnaissance Office había dejado de encargarse de su mantenimiento y de la corrección de su rumbo, y muchos se habían apartado de su órbita. Los que seguían en órbita funcionaban mediante códigos de acceso que nadie tenía, y nadie sabía cómo conseguirlos. El principal recurso que podían emplear tanto el ejército como el resto de los supervivientes era la onda corta.

John convocó de improviso una reunión en la sala de radios. En realidad, habría tenido que hacerlo mucho antes. Asistieron todos los militares especialistas en comunicaciones, así como los radioaficionados civiles que se habían presentado voluntarios por sus conocimientos en onda corta.

El propósito de la reunión era sencillo: consolidar y mejorar el plan de comunicaciones. John enrolló la pantalla del proyector y dejó al descubierto la pizarra plástica, y empezó a apuntar en ella todos los circuitos prioritarios y el estado de cada uno de ellos.

«Circuitos en mantenimiento activo, por orden de precedencia:

»Circuito de voz seguro en alta frecuencia con la Fuerza Expedicionaria.

Clepsidra: Funcionamiento parcial.

»Circuito de teletipo seguro en alta frecuencia con la base de Nevada.

(Desconocido): Pleno funcionamiento.

»Circuito seguro de transmisión de ráfagas de datos por satélite con la.

Fuerza Expedicionaria Fénix: Pleno funcionamiento.

»Circuito de voz no seguro en alta frecuencia con la Base Cuatro en el.

Ártico: Funcionamiento parcial».

—Bueno, como veis en la pizarra, tenemos problemas por resolver —empezó a decir—. El circuito que consideramos de máxima prioridad está en funcionamiento parcial. Hace un buen rato que no logramos contactar con la Fuerza Expedicionaria Clepsidra. Vamos a tener que encontrar una solución para este problema. ¿Alguien tiene alguna idea?

Uno de los radioaficionados que se encontraban al fondo de la habitación habló:

—Podríamos buscar un repetidor.

—No es una mala idea, en absoluto —dijo John, y se volvió de nuevo hacia la pizarra.

Tomó el rotulador negro y dibujó un mapamundi sin escala, marcó los lugares donde operaban las diferentes fuerzas expedicionarias y situó de manera aproximada el resto de las instalaciones.

—La Fuerza Expedicionaria Fénix no puede ser. No tienen aparatos de alta frecuencia en funcionamiento. Emplean un discreto transmisor-receptor de ráfagas de datos por satélite con una configuración de portátil para enviar el texto a esa terminal. —Señaló con la mano a un rincón, donde un operador controlaba la sala de chat de mIRC de dos entidades—. Además, Fénix no puede transmitir durante el día, y en cualquier caso está sometida a severas restricciones en lo que concierne a las transmisiones de radio. No se comunicarán si no es absolutamente necesario. No sé muy bien cuál es la situación en Nevada. Sus circuitos están directamente conectados a una CryptoBox KG84C del SSES de este portaaviones. Sólo nos llaman para que comprobemos el estado de los cables UTP y reciclemos códigos de encriptación para sus circuitos. Ni los unos ni los otros nos servirían como repetidor. Así pues, nos queda una única opción viable: la Base Cuatro. He estado escuchando el espectro de onda corta y nuestras posibilidades son limitadas. Raramente recibimos onda corta que proceda del continente. Tan sólo ondas rebotadas en la troposfera y repeticiones de noticias antiguas que se retransmiten una y otra vez de manera automática, presumiblemente desde aparatos alimentados con energía solar.

El radioaficionado habló de nuevo:

—Podríamos ajustar nuestras frecuencias de acuerdo con las estaciones. Emplear las frecuencias más altas durante el día y las más bajas durante la noche. La vieja norma de subir la frecuencia con el sol. Quizá así tuviéramos más suerte.

—Ahora sí que estamos llegando a algún sitio —respondió John—. Tracemos un plan sólido sobre el papel, y luego, dentro de unas horas, cuando tenga lugar el siguiente contacto programado con la Base Cuatro, les enviaremos la petición. Esperemos que les quede personal suficiente para retransmitir nuestros mensajes. Hay que tener en mente que esa base está a oscuras, y que lo va a estar durante un tiempo. No estoy seguro de que esa circunstancia no afecte a las frecuencias.

El suboficial Shure, el más perspicaz entre los militares a las órdenes de John, levantó la mano.

—Sí, ¿qué es lo que has pensado?

—Bueno, ahora mismo empleamos las CryptoBox KYV-5 para retransmisión segura de voz con Clepsidra. ¿Esa base del Ártico nos merece suficiente confianza como para canalizar información confidencial para Clepsidra en onda corta y, a su vez, enviarnos la que les manden ellos?

—Tendremos que volver a los métodos de la vieja escuela y servirnos de codificación sobre papel y claves de un solo uso —dijo John.

—Ya nadie recuerda cómo se hacía eso, jefe. El último operador de radio de verdad que aún sabía hacerlo debió de jubilarse de la armada hará unos veinte años. Ahora somos todos unos genios de las tecnologías de la información.

—Vamos a tener que volver a aprender todo lo que habíamos olvidado en el terreno de las telecomunicaciones y olvidar aquello que considerábamos más avanzado, porque ahora ha quedado obsoleto. Todos vosotros tenéis vuestras órdenes..., poneos manos a la obra.

La pequeña multitud se dispersó, salvo los que tenían a su cargo un puesto de seguimiento de radio. Mientras los demás salían, John tuvo un tiempo para meditar. Al regresar al centro de control de tecnología con el que estaban conectados todos los circuitos, pensó para sí: «Somos nosotros quienes proporcionamos la encriptación a SSES, ¿verdad que no puede resultarme muy difícil?». La teoría que daba vueltas por su cabeza no era nada compleja. En cuestión de minutos, se le había ocurrido cómo podía acceder al circuito que llegaba al SSES desde las instalaciones todavía activas en Nevada. Haría un empalme con el circuito encriptado y lo conectaría, a la vez, con el SSES y con el dispositivo extra de encriptación KG-84C que tenía y que empleaba los mismos códigos que el SSES. Esos códigos habían salido de su propio departamento.

No se lo diría nadie, porque, en el nivel en el que se encontraba, la pena por intrusión en las redes habría sido rápida y severa. Lo racionalizó diciéndose que no lo hacía para satisfacer una curiosidad infantil. Lo hacía por Kil.

En alguna parte del Círculo Polar Ártico.

—¡Ve más despacio! —gritó Crusow.

—¿Qué coño pasa ahora? Estamos a treinta metros en el aire sobre un témpano afilado. No quiero ir más despacio. ¡Quiero llegar al final de esta cuerda! —Bret se hacía oír pese al viento que les azotaba en la oscuridad.

—Tómalo con calma, vas demasiado rápido. Si te rompes la pierna, o el brazo, los perros tendrán que izarte hasta lo alto del precipicio, y lo harán a la velocidad que les parezca a ellos, no la que te convenga a ti.

Los hombres bajaron un poco más. La nieve se desviaba de su curso en remolinos horizontales que se acercaban a la pared helada. Las anclas se hundían más y más en la nieve a medida que ellos, de espaldas, se adentraban en el abismo. Llevaban barras de luz química sujetas a los tobillos por medio del material elástico que llevaban cosido en los pantalones térmicos. No querían arriesgarse todavía a encender las linternas que llevaban en la frente, porque las baterías disponibles en la Base Cuatro estaban cada vez más bajas y no tenían posibilidades de recargarlas.

Crusow pensó en la pieza de madera que llevaba en la mochila y en que estaba tan oscuro que quizá la necesitarían para poder ver. Trataba de estar pendiente de pequeños detalles como ése, pero lo que de verdad ocupaba sus pensamientos eran los muertos de abajo. Los contaba mentalmente. Pensó que debían de ser diez, tal vez quince, la mayoría de ellos con sobrepeso... Habría un par que superaban los ciento treinta kilos. La grasa era energía de verdad, y si se manejaba bien, con los aditivos químicos apropiados, cabía la posibilidad de convertir las calorías alimenticias en combustible líquido. Pensó en el aspecto que podían tener, y en lo que podían...

—¡Mira por dónde vas! —le chilló Bret. Crusow había chocado con él durante su breve momento de ensoñación con los muertos. «Concéntrate, Crusow», se repetía a sí mismo.

Descendieron lentamente a lo largo de otros treinta metros. Sin embargo, ninguno de los dos estaba seguro de que aquella fuese la verdadera profundidad; tan sólo sabían que las cuerdas medían más que el barranco... Al menos, eso era lo que Franky les había dicho al bajar en rápel por la pared que se encontraba al otro lado de la base. La otra pared era más alta.

En ese momento, Crusow y Bret se acercaban al lugar donde Franky había hallado reposo eterno, al pie del barranco. Crusow recordaba esa noche. Uno de los investigadores. —Crusow creía recordar que su nombre era Charles— había muerto por complicaciones de una diabetes mientras dormía y se había levantado hambriento. Le había rajado la garganta a Franky y luego habían caído ambos bajo

los golpes a la cabeza de un hacha de hielo, y habían ido a parar al fondo del abismo.

—¿Cuánto piensas que nos queda? —preguntó Bret.

—Debía de haber unos sesenta metros y pico desde arriba hasta el fondo. Creo que ya estamos a punto de llegar.

En el mismo momento en el que Crusow terminaba la frase, sus pies tocaron el principio del fondo. La superficie de hielo no era ya vertical, sino que se alejaba de la pared del precipicio en un ángulo cada vez más cerrado. El ángulo se cerró cada vez más, hasta que los dos hombres pudieron caminar por una pendiente empinada pero transitable.

—He encontrado uno —dijo Crusow.

—¿Dónde?

—Le has puesto los pies encima del pecho.

—¡Mierda! —exclamó Bret. Saltó a un lado y estuvo a punto de rodar cuesta abajo.

El perfil de lo que en otro tiempo había sido un hombre yacía medio enterrado en el hielo, y su rostro brillaba con un fulgor verdoso, ya que reflejaba la luz química de Bret. Era Franky. Su cuerpo había quedado desfigurado y roto por culpa de la caída, y el corte que Crusow le había abierto en la cabeza con el hacha se le veía con toda claridad sobre la frente.

—Todavía lo siento, Franky —dijo Crusow, en voz lo bastante fuerte como para que Bret le oyera.

—¿Qué es lo que sientes? Esa criatura ya no era humana cuando tú la mataste.

—Quizá tengas razón, y quizá no, pero, de todas maneras, lo siento.

Ambos callaron y miraron a Franky, por unos instantes, hasta que Bret puso fin al silencio.

—¿A cuántos de ellos vamos a subir, Crusow?

—A todos. Voy a empezar a cavar para sacar a Franky del hielo, y tú irás más abajo en busca de los demás.

—Recibido —dijo Bret, y desapareció en la oscuridad, pendiente abajo.

Crusow examinó sus propios guantes para asegurarse de que los cordeles estuvieran bien atados. No quería que le quedara piel al descubierto mientras manejaba el hacha. Aunque se esforzaba por no mirar el cadáver de Franky, tenía los ojos puestos en su boca abierta y llena de hielo rojizo. Reprimió una risa al pensar en Han Solo congelado en carbonita. Los antebrazos de Franky sobresalían por delante, perpendiculares al cuerpo, como si se hubieran helado durante un forcejeo. Crusow empezó a separar cuidadosamente el hielo adherido al cadáver. Trabajó en ello durante varios minutos, erró en ocasiones, hizo saltar astillas de carne helada sobre el polvo blanco en torno a la pálida esfera verde. A Crusow no le faltaba estómago, pero la idea de cortar la carne muerta de Franky le mareó lo suficiente como para obligarlo

a tomarse un respiro. Se sacó la radio del bolsillo del uniforme, donde la llevaba atada a un ojal para que no corriera peligro de caerse. La sostuvo en un ángulo forzado y la encendió con los dientes.

—Mark, estamos aquí abajo, tío. Bret está en el fondo, y yo unos cinco metros más arriba, y estoy arrancándole el hielo a Franky.

—¿A Franky? Qué duro, tío. ¿Y cómo lo has...?

—No me preguntes, tío. De verdad, no me preguntes.

—De acuerdo, está bien. Kung está con los perros y yo en la cornisa, encima de vosotros. Los perros ya tienen todos los arreos y nosotros también estamos a punto. Creo que no deberíamos tratar de izar más de dos o tres cadáveres a la vez.

—Sí, yo pienso lo mismo. Parece que vamos a pasar un par de horas aquí abajo. El termómetro dice que estamos a cincuenta y cinco bajo cero. Hace mucho calor para esta época del año. —Crusow creyó oír las risas de Mark en lo alto de la cornisa—. Dentro de un momento, voy a hacer señales con la linterna que llevo en la frente y tú marcarás el lugar en la cornisa, para que no dejéis caer las cuerdas encima de nosotros. Al precipitarse desde tanta altura, nos podrían hacer daño.

—De acuerdo, Crusow, no las arrojaremos mientras tú no nos lo digas.

—Muy bien, os llamo en seguida. Corto.

Un doble clic en el transmisor le dio a entender que Mark había entendido el plan. Crusow llamó a Bret.

—Bret, ¿dónde estás?, ¿has encontrado alguno?

Una voz débil cortó el viento.

—Sí, he encontrado a tres. Estoy cortando el hielo. Qué mierda es esto.

—Lo sé. Vamos a apilarlos a todos en un solo lugar. Ten cuidado de no acercarte a sus bocas, ni a nada que esté afilado —le gritó Crusow a Bret, que estaba más abajo.

—No me agobies, tío, eres el señor Perogrullo.

«Qué capullo», pensó Crusow.

Al cabo de unos minutos más, Crusow asestó un golpe con el hacha y desalojó la última pieza de hielo que retenía a Franky. El cadáver resbaló colina abajo durante dos o tres segundos, y entonces se estrelló ruidosamente contra un obstáculo.

—¡Joder, Crusow! Ha ido de poco.

—Lo siento, ¿dónde está?

—Se ha estrellado contra mi montón —respondió Bret con voz airada.

—Bueno, pues ya está bien. ¿Cuántos tenemos apilados ya?

—Cuatro, si contamos a éste —dijo Bret, como si tuviera alguna importancia el que hubiera acumulado más cadáveres que Crusow—. Escucha, tengo cada vez más frío. Vamos a pasarnos un buen rato aquí, y ya tenemos cuerpos suficientes para pedir que nos lancen las cuerdas y atarlos. ¿Por qué no sacamos esa leña que he visto antes

que llevabas en la mochila y nos calentamos un poco?

—Yo quería conservarla hasta que nos hiciera falta de verdad, pero está bien, ahora bajo.

Crusow bajó otros cinco metros, hasta un lugar donde la pendiente se volvía tan moderada que ya no necesitó el arnés. Soltó el mosquetón y anduvo hacia el fulgor de la luz química de Bret.

—Voy a encender la linterna un momento.

Crusow colocó el filtro rojo sobre la lente de la linterna y activó el LED. Vio los cadáveres semidesnudos amontonados sobre la nieve, como si las criaturas se hubieran congelado mientras jugaban al Twister. «Maldita sea, esto es repulsivo», pensó Crusow mientras dejaba la mochila sobre la nieve.

Colocó la madera sobre el hielo. Crusow movió los cadáveres en busca de algo que le sirviera como soporte para la hoguera. No quería que la madera se hundiese en el hielo y se apagara. Uno de los cadáveres que había en el montón llevaba puestas unas zapatillas. No le reconoció el rostro, que probablemente había quedado aplastado por la caída. Despojó al cadáver de sus zapatillas y las colocó debajo de la madera. Crusow logró que el fuego ardiera en seguida, a pesar de la nieve y del viento que les azotaban. La luz brillante de la pequeña hoguera cambiaba de forma ante sus ojos sin cesar.

Crusow se volvió hacia Bret.

—Bueno, pues entonces cavamos, los amontonamos aquí, hacemos turnos para descansar... ¿Te parece bien?

—No hay nada de todo esto que me parezca bien —dijo Bret, mientras se ponía en pie e iniciaba la búsqueda de nuevos cadáveres.

Crusow aprovechó el tiempo para quedarse en pie junto a la hoguera y calentarse las extremidades. La temperatura lo habría matado al cabo de unas pocas horas, por mucho traje aislante que pudiera llevar. El calor se le habría escapado poco a poco del cuerpo y, al cabo de un rato, la temperatura habría bajado a menos de treinta y cinco grados, a niveles hipotérmicos, y le habría causado temblores, confusión, fatiga y, al final, la muerte.

La radio crepitó.

—Crusow, ¿tardaréis mucho en tener a punto la primera carga? Me parece que veo un fuego ahí abajo.

Crusow se sacó la radio del bolsillo.

—Sí, Mark. Nos estábamos helando. Hemos tenido que encender fuego. Ata una barra de luz química al extremo de cada una de las cuerdas y déjalas caer. Le diré a Bret que estáis a punto de arrojarlas. Dame treinta segundos antes de soltarlas.

—De acuerdo, voy a esperar.

Volvió a guardarse la radio en el bolsillo y gritó:

—Bret, ya vienen las cuerdas. Acércate a la hoguera para que no te den.

No hubo respuesta.

—Bret, ¿estás ahí?

Débilmente, apenas audible en el viento, Crusow oyó la voz de Bret.

—Estoy bien, soltad la cuerda. Volveré a la hoguera dentro de un minuto. Ya casi tengo a otro.

Crusow miró arriba, a tiempo para ver aparecer los tres bastones luminosos que descendían hacia él. Se estrellaron contra la nieve, cerca del lugar donde había desenterrado a Franky, y resbalaron por la pendiente hasta unos cinco metros a su izquierda.

Crusow abrió la radio y dijo:

—Ya las veo. Ahora mismo agarro el tramo de cuerda que ha quedado sobre el suelo y ato los cadáveres.

—Vale, tío, pero, como es la primera vez, hagamos la prueba con tres cadáveres que no pesen mucho. No elijas a los pesados, ¿vale?

—No te preocupes, colega. Tres cadáveres congelados, marchando en diez minutos.

Mark era un hombre amante de los perros y por eso le había pedido a Crusow que la primera carga fuese ligera. No quería que los perros se hicieran daño al tirar del peso.

Crusow blandió el hacha, la hundió en el hielo y trepó por la pendiente hasta llegar a las cuerdas. Agarró los cabos de las cuerdas y descendió con ellos. Regresó al montón y ató los tres cuerpos pasándoles una bolina bajo los brazos, con cuidado para evitar las bocas, aunque tuvieran el cerebro destruido. Sentía el calor del fuego y se alegraba de haber pensado en traer la madera. Cuando terminaba de atar los cuerpos, regresó Bret, arrastrando un cadáver sobre el hielo con la hoja del hacha.

—Mark, ¿estás ahí?

—Sí, estoy aquí. Kung está en el trineo. ¿Todo a punto?

—Sí, hemos atado a tres cadáveres. Adelante, subidlos.

—De acuerdo, diles adiós.

—Eres muy gracioso, Mark.

—Lo intento.

Al cabo de cinco segundos, Crusow y Bret oyeron que las cuerdas se tensaban y rozaban la pared del barranco. Los cuerpos iniciaron su ascensión por la pared desnuda y se perdieron de vista. Los cadáveres parecían moverse al extremo de las cuerdas, como si una gigantesca araña hubiese arrojado redes gigantescas y arrastrara los cuerpos hacia sus patas largas y finas.

—Ahora me toca calentarme a mí. Si llego a pasarme otros quince minutos tirando de esos sacos de huesos, me habría muerto de congelación.

Crusow asintió y se apartó de la comodidad y seguridad que le brindaba aquella pequeña aunque cálida hoguera. A pesar de la radiante energía del fuego, las áreas circundantes se mantenían gélidas. Con todo, la llama ayudaba a evitar la muerte por frío propia del Ártico. En cuando se hubo alejado de Bret y de la hoguera, Crusow sintió un descenso súbito en la temperatura, como para recordarle dónde estaba. Extrajo el hacha de hielo de su funda y la agarró fuertemente con una de sus manos enguantadas. Por unos momentos, se adentró en la oscuridad y no vio nada. Volvió el rostro para mirar al fuego —ya tan sólo un punto de luz—, y llegó a la conclusión de que lo mejor sería encender la linterna que llevaba en la frente y buscar más cuerpos. Se había alejado de la pared del precipicio; el hielo dejaba paso a la nieve. Se preguntó si le convendría volver a ponerse las raquetas que había dejado atadas a la mochila. Ésta se encontraba junto a la hoguera. Unos metros más allá, la nieve era mucho más profunda. Estaba muy lejos del barranco y de la hoguera. «Ha llegado el momento de volver atrás; me he apartado demasiado», pensó.

Se volvió y se echó a andar de nuevo hacia la hoguera, y tropezó con una pierna y cayó sobre la nieve. Se quedó allí durante un rato y perdió el sentido del tiempo.

Miró hacia arriba y atisbó un resquicio entre las nubes. La grandeza de la Vía Láctea se asomó por un instante al cielo nublado, resplandeciente y majestuosa.

Por fin, el frío sacó a Crusow de su estado meditativo. Se sentó en el suelo. Se dio cuenta de que aún llevaba encendida la linterna de la frente, y se valió de ella para contemplar la extremidad con la que había tropezado. Empezó el laborioso trabajo de extraer el cadáver del hielo. Crusow golpeó una y otra vez con el hacha hasta que la criatura semidesnuda quedó libre. Colocó el hacha en la axila del cadáver, se ató la cuerda de paracaídas en torno a la muñeca e inició el camino de regreso a la hoguera, arrastrando tras de sí aquella desdichada masa de músculo, grasa y hueso. La luz se volvió más grande a medida que avanzaba con penas y esfuerzos al improvisado campamento.

«¿Cuánto hace que me he marchado?», se preguntaba.

El cuerpo era pesado, y la fina cuerda de paracaídas le hería en la muñeca, a pesar del grueso abrigo que le protegía del frío. Estaba a unos cuarenta y cinco metros cuando vio el brillo de las barras de luz química. Crusow no estaba seguro de si Mark habría bajado de nuevo las cuerdas, o si el fulgor procedía del bastón luminoso de Bret.

Llamó a Bret para que lo ayudase con el pesado cadáver.

El viento aullaba.

«No me oye».

Crusow tendría que arrastrarlo un poco más allá. El cuerpo era pesado, debía de llegar a los ciento diez kilos. Cuando le faltaban unos treinta y cinco metros para llegar, vio a Bret, que seguía de pie cerca de la hoguera. Parecía que sostuviera en pie

a una de las criaturas, como para ver en qué estado se encontraba. Cuando estaba a veinte metros, Crusow llamó de nuevo. Esta vez, Bret reaccionó.

—Bret, este cabronazo pesa una tonelada. Suelta eso y ayúdame a arrastrarlo hasta el montón.

Bret se volvió lentamente para encararse con Crusow. La helada criatura tendría que haberse caído al suelo, pero no se cayó..., siguió erguida. Crusow dio un paso hacia atrás y puso la linterna en máxima luminosidad. La garganta y el rostro de Bret estaban desgarrados de arriba a abajo y la nuez le colgaba a un lado. Los ojos de Bret, que aún no habían quedado blancuzcos como consecuencia de la muerte, se clavaron en Crusow y su cuerpo no muerto avanzó.

Crusow reaccionó, se sacó de un tirón el guante de la mano izquierda y empuñó el machete Bowie. Con el Bowie en la mano izquierda y el hacha para hielo en la derecha, avanzó contra la criatura que había sido Bret. El frío desgarrador le hirió la mano izquierda al sujetar la gélida empuñadura de cuerno del Bowie. Al mismo tiempo que empleaba el largo cuchillo para mantener a la criatura a distancia, golpeó con el hacha cual magnífico dios del trueno. La clavó hasta el fondo en el hombro izquierdo de la criatura y la sangre fresca se derramó sobre el hielo. La criatura no sintió nada y trató de agarrar a Crusow con la diestra, pero no lo consiguió; aún llevaba puestos los guantes polares. Crusow arrancó el arma del hombro de la criatura y lo intentó de nuevo. En esta ocasión, blandió el hacha como una guadaña. El metal se hundió en la sien y desconectó al instante, y para siempre, las sinapsis que hubieran podido mantenerse activas en el cerebro de Bret.

La criatura se desplomó y arrastró tras de sí el hacha que seguía clavada en su cuerpo y con ella, también a Crusow. La cara de éste se estrelló contra la nieve y la visión le quedó borrosa. La mano izquierda se le había quedado helada mientras sujetaba el machete Bowie. Y entonces, vio que la otra criatura avanzaba hacia él. Como el hacha seguía clavada en la sien de Bret, Crusow tendría que enfrentarse al atacante con el machete. No tenía tiempo para sacarse el guante y cambiar de mano. Crusow se incorporó al instante y atacó, hirió y apartó de la hoguera a la terrible criatura.

En cuanto se le aclaró la visión, encontró indicios de lo que había sucedido. El cerebro de la criatura estaba intacto, obviamente, y el fuego, al calentarla, había descongelado las extremidades que llevaban tanto tiempo muertas. Mientras paraba los golpes de la espectral criatura, vio que en la cabeza de esta no había marcas; tan sólo un pequeño agujero de bala en el pecho daba testimonio de su primera muerte. «Debió de ser al principio, cuando aún no entendíamos bien cómo funcionaban», pensó Crusow.

La criatura medio congelada se arrojó contra él. Iba casi desnuda: tan sólo llevaba puestos unos calzoncillos ajustados. Crusow le clavó el machete en el pecho y lo

hundió lo suficiente como para encontrar la carne de dentro que seguía congelada. El Bowie estaba muy afilado. Su padre se lo había regalado hacía veinte años, al cumplir quince.

«Un cuchillo romo es mucho más peligroso para su dueño que uno muy bien afilado», recordaba que le había dicho su padre, una y otra vez, a lo largo de los años.

Con la mano izquierda entumecida, clavó el arma en el ojo de la desnuda criatura. Ésta gimoteó, a modo de protesta, mientras Crusow le clavaba el machete hasta el fondo y le fracturaba el hueso de la órbita, presionando con fuerza contra la parte de atrás del cráneo. La luz se apagó. El asesino de Bret cayó al suelo y arrastró consigo el arma de Crusow.

Aunque no quedaran enemigos no muertos ocultos en la oscuridad, Crusow empezó a sentir pánico. Necesitaba, al menos, el machete para protegerse. Llevó a cabo un frenético intento de recobrar el Bowie: apoyó la bota sobre la cabeza de la criatura para sujetarla mientras arrancaba el arma. Limpió la hoja lo mejor que pudo: la frotó contra la criatura antes de volver a guardar el regalo de su padre en la vaina de cuero donde solía llevarlo.

Así se apaciguaron por un tiempo su ansiedad y su sensación de impotencia. Se sentó sobre la nieve y se desentumeció la mano izquierda al calor de la parpadeante hoguera. Tendría que atar con las cuerdas otras dos cargas de cadáveres antes de que los perros lo izasen a él y pudiera regresar a la Base Cuatro.

Como Bret había muerto, Crusow pensó en despojar su cadáver de todo lo que llevara encima y dejarlo allí, al fondo del precipicio. No tenía estómago para descuartizar a Bret y emplear su grasa para producir combustible, ni pensaba que nadie más pudiera hacerlo.

Se sacó torpemente la radio del bolsillo y pulsó el botón de transmisión, al tiempo que miraba al cielo, hacia lo alto del barranco.

—Mark, ha habido un problema.

No recibió ninguna respuesta.

Crusow volvió a sentir miedo. Empezó a imaginarse lo que podía haber sucedido con la primera carga de criaturas que Mark y Kung habían subido hasta arriba. Si no lo sujetaban con una cuerda, trepar por la pared de hielo sería un suicidio. «¿Y si sus cerebros no habían quedado totalmente destruidos, como había ocurrido con la criatura que le había rajado la cara a Bret? ¿Y si...?».

La radio crepitó.

—Mark al habla. ¿Qué os ocurre? ¿Estáis bien?

—No, tío, no estoy bien para nada. Bret ha muerto. Una de esas criaturas congeladas que había aquí abajo lo ha matado. Yo he tenido que rematarlo.

Mark pulsó el botón para responder, pero tardó unos segundos en decir nada.

—Ah... ¿Pero cómo...? Lo siento. ¿Y tú estás bien, tío? A ti no te habrán

mordido, ¿verdad?

Crusow le gritó la respuesta:

—¡No! Vamos a subir más cadáveres. Os lo explicaré a todos cuando esté arriba. Pero acabemos con esto. Voy a desnudar a Bret, lo meteré todo dentro de su mochila y así podréis izar su equipo junto con otros dos cuerpos. La temperatura baja y sólo podré aguantar una hora aquí abajo, o poco más. Con eso tendríamos tiempo para otras dos cargas, sin contarme a mí mismo.

—Está bien, hablaré por radio con Larry y le diré que nos tenga a punto té y sopa caliente. Él también lo va a necesitar; no mejora. Escucha, ya sé que no es el momento para hablarte de esto, después de lo que le ha ocurrido a Bret, pero es que el portaaviones nos ha llamado para pedir que los ayudemos.

—No sé si podremos ayudarles en nada. Ya lo hablaremos cuando esté arriba. Otra cosa... —dijo Crusow.

—¿De qué se trata?

—No acerques esos cuerpos al calor, salvo en los casos en los que no te quepa absolutamente ninguna duda de que están muertos del todo, ¿me has entendido?

—Sí, ya te entiendo. No te preocupes, iré sobre seguro.

Crusow siguió su propio plan y examinó todos los cuerpos que estaban en el fondo para comprobar que tuviesen heridas en la cabeza antes de mandárselos a Mark. A fin de eliminar todo peligro, les fue clavando a cada uno el machete en la cabeza, con todas sus fuerzas, y con ello se descargó también de su cólera. Aún estaba muy alterado, y las manos se pusieron a temblarle casi sin control mientras ataba los cuerpos y el equipo de Bret con las cuerdas. Se lo haría pasar con media docena de raciones de whisky. A Bret no le habría importado.

Un día antes de llegar al paraíso.

Mañana por la noche avistaremos Oahu. Me cuesta creer que haya llevado este diario desde que todo empezó. A veces releo las primeras páginas, porque en esas páginas se encuentran restos e indicios de cómo era antes el mundo. A veces tengo que recordarme a mí mismo cómo fue el mundo, para, por lo menos, poder conservar algo. La mayoría de personas lo encontrarían estúpido.

Saien y yo hemos llegado a la conclusión de que el submarino nos gusta más cuando está sumergido. Las malditas olas lo golpean con fuerza y nos balancean de un lado para otro como si navegáramos en kayak y nos encontráramos con un huracán. Uno de los miembros de la tripulación me ha contado que los submarinos no se diseñaban para navegar por la superficie, que su forma no les permite mantenerse estables cuando salen al aire libre. Emergemos tan sólo cuando tenemos que transmitir en onda corta, y eso es cada día, en ocasiones dos veces en un día.

He pasado algún tiempo en la sala de radios y en algunos casos he logrado comunicarme con la nave insignia y con John. Ayer me dijo que había una base en alguna zona del Ártico que podría hacer de repetidor. Dentro de poco me pasará una lista de frecuencias y un horario.

Llevamos a bordo una dotación de aeronaves no tripuladas Scan Eagle, y las vamos a lanzar mañana para que efectúen un reconocimiento de la isla antes de que el destacamento baje a tierra; esto es, en el caso de que los técnicos hayan logrado poner a punto todo el equipo necesario para su lanzamiento y recuperación. Si juntáramos todas las veces que he estado en la sala de los SEAL, sumarían una hora, y todavía no sé ni siquiera cómo se

llaman. Tampoco es que me importe mucho. Van a la suya, acuden al gimnasio y se divierten por su cuenta, como si fueran miembros de una fraternidad estudiantil. Parece que miren con desprecio a Saien y ni siquiera adviertan mi presencia. Seguro que, en su opinión, no soy más que uno de tantos oficiales que se entremeten en sus asuntos. No puedo decir que les envidie por su misión de poner pie en Oahu. Creo que el plan consiste en patrullar por el litoral de la isla y detener el submarino frente a la costa septentrional. Desde ese punto, el equipo se adentrará por la carretera 99 hasta el aeródromo militar de Wheeler, e irá desde allí hasta las instalaciones de Kunia, tomará el control de estas, activará sus sistemas y llevará hasta allí a nuestro experto antes de regresar al submarino. Las operaciones en la costa de Oahu nos llevarán dos días, y luego zarparemos en dirección oeste, hacia las aguas de China.

Máximo dominadas: 8.

Flexiones de brazos: 68.

2,5 km en la cinta ergométrica: 11:15.

Hotel 23 — Sureste de Texas.

—Han vuelto —le dijo Hawse a Disco mientras agarraba la M-4.

Aunque estuviera prácticamente seguro de que se trataba de Doc y de Billy, Hawse no quería correr riesgos. Mientras escapaba de Washington D. C., había visto a los no muertos abrir puertas y subir escaleras.

Hawse era el único operativo especial que había logrado escapar vivo del Césped Norte de la Casa Blanca. Conservaba un vívido recuerdo del día en el que escapó.

Se había visto obligado a ir sobre ruedas a toda marcha hasta el recinto de la Casa Blanca, había pugnado con masas de criaturas, había despejado el camino para que el Vicepresidente y la Primera Dama pudieran escapar en helicóptero. Había disparado toda la munición que tenía desde la portezuela de *Marine Two*, justo antes de que los muertos echaran abajo las verjas de hierro negro y se adueñaran de la Casa Blanca. Mientras sobrevolaban el Distrito de Columbia con los últimos miembros del gobierno que aún vivían, había contemplado por última vez la capital de la nación.

Las criaturas parecían gusanos que se arrastraran sobre los coches y por las casas, sobre el cadáver del Distrito de Columbia. Unas semanas antes de que las criaturas tomaran el Césped Norte, FEMA había izado el puente levadizo Woodrow Wilson y había derribado el resto de las vías que pasaban sobre el río Potomac, con lo que Virginia había quedado aislada del Distrito de Columbia y de Maryland. A pesar de estas iniciativas extremas, la anomalía acabó por cruzar el Potomac. Desde las opulentas mansiones de Virginia del Norte hasta los guetos de Suitland (Maryland), reinaban los no muertos. No más republicanos, ni demócratas, ni otras facciones ineficaces. Ahora, América se regía por la política de la muerte. Los virginianos estaban mejor que los de Maryland; las draconianas restricciones a la tenencia de armas que se habían impuesto en Maryland antes de la anomalía tuvieron como consecuencia el rápido exterminio de sus habitantes. Las llamadas zonas libres de armas fueron una bendición para los no muertos, igual que lo habían sido para los locos asesinos y matones antes de que los no muertos tomaran las calles.

Doc y Billy llegaron a la puerta y devolvieron a Hawse a la realidad.

Hawse sostuvo la carabina a poca altura, a punto para disparar, mientras las bisagras giraban hacia dentro y la puerta se abría.

—¿Cuál es la contraseña?

—Que te den por culo, Hawse —dijo Doc, y entró por la puerta que daba al centro de control.

—Correcta, puedes pasar —pronunció Hawse, haciendo una imitación terriblemente mala del acento británico.

Tanto Hawse como Disco se dieron cuenta de que los dos hombres habían vuelto con material extra.

—¿Y bien? ¿Qué ha sucedido allí fuera? El sol va a salir dentro de una hora... Empezábamos a ponernos nerviosos porque pensábamos que tendríamos que salir a rescataros, so gilipollas.

—Nosotros también te echábamos de menos a ti, viejo amigo —respondió Hawse con su pésima imitación de acento.

Doc y Billy pusieron al corriente a los otros dos acerca de todo lo que les había sucedido durante el camino, incluido el río de no muertos de kilómetro y medio que había fluido por debajo de ellos al cruzar el paso elevado.

—Anda, tíos, seguro que después habéis tenido que cambiaros los pañales —dijo Disco.

Billy no solía hablar mucho. Cuando tenía algo que decir, el resto de miembros del equipo lo escuchaba.

—Jamás había visto a tantos en un solo lugar. Esto ha sido peor que lo de Nueva Orleans. Tú no estuviste allí, Disco. Tú no conocías a Hammer. Lo perdimos allí. Era un buen operativo. Si no hubiéramos mantenido disciplinadamente el silencio, Doc y yo mismo nos habríamos unido a ese río y vendríamos por vosotros. —Como de costumbre, la voz de Billy no delataba ninguna emoción, pero sus palabras tuvieron el efecto deseado.

—¿Qué es todo ese equipamiento? —preguntó Disco para cambiar de tema.

Doc sacó la documentación que se había guardado en el bolsillo de los pantalones y se la pasó a Disco al tiempo que hablaba.

—Es algo parecido a esa espuma para el control de multitudes que tenían que darnos en Afganistán antes de que empezara esta mierda. La única diferencia es que esta sustancia se pone dura como el cemento en un par de segundos, en vez de simplemente volverse pegajosa. Hay otro compuesto que «desendurece» la espuma, y es éste. —Doc sostuvo en alto la botella de líquido para que todo el mundo pudiera verla.

—¿Qué vamos a hacer con todo eso? —preguntó Hawse—. Quiero decir, ¿para qué nos sirve? ¿Hará algo que no pueda hacer mi M-4?

—¿Tu M-4 puede detener a un centenar de mierdas de esos en menos de diez segundos y crear de paso una pared de cuerpos atrapados en cemento? —dijo Doc.

—Bueno, eso será si funciona. No quiero ser yo el que se coloque enfrente de un enjambre y sea el primero en probar esa máquina —añadió Hawse.

Billy bajó la mirada y comprobó que la acción de su M-4 estuviera bien, y dijo:

—Yo espero que no tengamos que utilizarla en absoluto. Dudo que pudiera detener el río que hemos visto antes. Tal vez retrasaría su avance.

Hawse tuvo tiempo para pensar en estas últimas palabras antes de que nadie más

hablara.

—¿Y ahora qué plan tenemos, Doc? Por lo que parece, habéis necesitado una noche entera y habéis estado a punto de morir para traernos un aparato que tal vez no vayamos a utilizar nunca —dijo Disco.

—Tal vez estés en lo cierto, pero Billy y yo hemos conseguido información que se encontraba en el paquete y vamos a tener que analizarla. En las cajas de equipamiento había documentación, y otro mapa con la ubicación de entregas de material diversas. Podemos cotejarlo con el que ya tenemos. Lo que quiero decir es que no hemos vuelto tan sólo con un aparato.

Doc sacó los documentos de un bolsillo exterior de su chaqueta cerrado con cremallera.

—Tan sólo he tenido un segundo para mirar todo este material, pero echadle una ojeada vosotros también.

Doc les mostró un mapa cubierto por una lámina transparente en la que figuraban todos los lanzamientos anteriores.

—Al comparar este mapa con el nuestro, descubrimos algunas diferencias notables. Este nuevo mapa registra muchos más lanzamientos que el que nosotros fuimos a recoger. Parece que hay un par de cargamentos en un radio de veinte kilómetros al norte del Hotel 23. Disco, tú y Billy os encargaréis del informe para el portaaviones. Tan sólo nos quedan unos minutos hasta que salga el sol. Manos a la obra.

—Lo que tú digas, jefe —respondió Hawse.

Hawse y Billy abandonaron la conversación y se dirigieron a la terminal de transmisión de ráfagas de datos por satélite para enviar un breve informe de la misión de la última noche.

Doc prosiguió:

—Y si miramos las fechas marcadas en los dos mapas, vemos que la carga que fuimos a recoger la pasada noche llegó a tierra poco antes de que lanzaran el artefacto sónico contra el Hotel 23. Así que la pregunta sigue en pie: ¿Cómo es posible que la misma organización que lanzó un enjambre contra el Hotel 23 arrojara también un prototipo de arma que, al menos a corto plazo, podría resultar efectiva contra ese mismo enjambre?

—No estoy seguro de que lo vayamos a descubrir jamás, ni de que tenga mucha importancia a estas alturas —dijo Hawse, y volvió a dejar el mapa sobre el escritorio.

—Quizá no importe, pero estos mapas sí podrían revelarnos algo. Parece que sueltan las cargas siempre a la misma hora del día. Si la aeronave que lanza el equipamiento despegue siempre del mismo aeródromo a la misma hora, no sería imposible descubrir su origen, o por lo menos determinar un área de unos pocos cientos de kilómetros, tan sólo con unos conocimientos básicos de matemáticas, un

mapa de Estados Unidos y una escuadra.

—Informe transmitido, jefe —dijo Disco.

—Habéis ido rápido.

—Bueno, es que tan sólo les he dicho lo que había que decir. No importa lo que les envíe, me van a venir igualmente con una docena de dudas. Así que les mando un informe muy sencillo y aguardo el torrente de preguntas. Pero de todos modos voy a cerrar el circuito. No quiero que nos delate una tormenta de ondas de radio.

—Buen trabajo —dijo Doc—. Hasta ahora hemos tenido suerte, pero no contéis con que dure. La tarea que viene a continuación consiste en poner a punto la bomba nuclear, someterla al programa de diagnóstico y asegurarnos de que estamos listos para las nuevas coordenadas. No me preguntéis nada, porque ni siquiera sé a qué lugar se referirán.

—¿Y si las coordenadas se encuentran dentro de Estados Unidos? —preguntó Hawse con expresión seria.

—Dependerá del objetivo. Espero que no sea así pero, si se diera el caso, haremos lo que tengamos que hacer.

Hawse pensó por unos momentos en la Constitución, que se exhibía tras un cristal a prueba de balas en Washington D. C., y que estaba rodeada por los no muertos.

A bordo del George Washington.

Se acercaban con rapidez. Danny trató de escapar por debajo del circulador de aire y entrar en una gran sala de ventilación; no sabía muy bien por dónde tenía que ir, porque apenas lograba atisbar a las criaturas y éstas parecían moverse a un ritmo extraño. Eran implacables y le perseguían con obstinación. Danny tenía las rodillas en carne viva y sanguinolentas; se sentía como si se hubiera arrastrado a lo largo de varios kilómetros.

Sentía la fría zarpa de la muerte en los talones. La garra descarnada de la criatura se cerró en torno a uno de sus pies y lo sujetó como una tenaza. Danny no podía ya avanzar; la criatura lo arrastraba hacia atrás para matarlo. Una rata de aspecto peculiar le observaba con ojos rojos y brillantes desde un rincón oscuro.

Danny pateó, chilló con fuerza, se salvó a sí mismo del escenario de las pesadillas..., de las garras del hombre del saco.

Alguien lo zarandeó, le arrastró a lo largo del último trecho de camino que lo separaba de la realidad y lo depositó sano y salvo en los brazos de su abuela.

—Danny, despierta, cariño. Era un sueño, nada más que un sueño. Despierta.

Danny se debatió bajo la sábana hasta que estuvo seguro de que era su abuela quien lo sujetaba.

—¡Están en el barco, abuela! —exclamó Danny, visiblemente agitado todavía por la pesadilla.

—No, cariño, no están a bordo. Se encuentran muy lejos de aquí, en tierra. Estamos a salvo... Trata de calmarte y respirar.

—Los oí antes, abuela. Estaba escondido en la parte de atrás del barco. Los he oído —dijo Danny entre sollozos.

—No, cariño, no están aquí. Ahora cálmate y ponte a dormir —dijo Dean, al mismo que le acariciaba el cabello a Danny.

—Sí, sí están, yo sé el sonido que hacen. Me acuerdo. Me acuerdo de la torre de agua. Recuerdo a mamá, a papá...

Alguien llamó a la puerta antes de que Danny pudiera adentrarse por aquel oscuro sendero de su memoria. Dean volvió a arroparlo en la cama, le dio un beso en la frente y fue a la puerta. Abrió tan sólo un resquicio para ver quién podía presentarse a una hora tan tardía. Tara estaba afuera, de pie, en camisa de dormir.

—¿Todo está bien, Dean? He oído a Danny.

—Sí, ha tenido otra pesadilla. Hace una semana que tiene pesadillas cada noche y yo ya no sé qué hacer.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, tranquila. Gracias, de todos modos. Tendrá que ser él mismo quien lo supere. Se cree que viajan a bordo.

—¿Las criaturas?

—Sí, lo cree a pies juntillas. Se imagina que ha oído a una de ellas.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó Tara, mientras una sombra de miedo le afloraba al rostro.

—Hace más de una semana, en este mismo nivel, en el área restringida de popa. No fue él quien me contó que había estado allí; lo descubrí durante la primera de sus pesadillas.

—¿Tú qué piensas?

—¿Sobre Danny?

—No, sobre eso que cuenta de que ellos están aquí.

Dean torció la cabeza por un instante y eligió con cuidado las palabras:

—Creo que Danny ha sufrido mucho... Dejémoslo ahí.

—Por lo que he visto, eres una mujer muy fuerte.

—Gracias. Puede que a veces parezca una dama de hierro, pero de vez en cuando me viene bien oír cosas como ésa.

—Te lo he dicho de corazón. Buenas noches, Dean.

—Buenas noches, cariño. Si tú y Laura necesitarais algo, no dudéis en acudir a mí. Sé que la madre de Laura está ocupada trabajando con el médico.

—Gracias —dijo Tara, y se marchó al camarote de al lado.

Dean cerró la puerta en cuanto Tara hubo salido y se volvió para ver cómo estaba Danny. La sábana subía y bajaba lentamente, al ritmo de la respiración del muchacho. La voz de Tara debía de haberlo tranquilizado lo suficiente como para que volviera a dormirse. Dean encendió la lámpara que empleaba para leer y miró por la estantería. Eligió al azar un libro en rústica que pudiera ayudarla a dormirse. Empezó por una página de *Freakanomics* en la que se explicaba por qué los traficantes de drogas solían vivir con sus madres...; por lo menos en un tiempo no muy lejano en el que aún había traficantes de drogas y estos tenían madres. Dean terminó por cansarse y se sumergió en el mundo de los sueños. Su último pensamiento, antes de que el libro se le cayera en el regazo...: «Tienes que vivir por él». Hasta ese momento, las criaturas no le habían arrebatado su único motivo para seguir en el mundo... Dean había jurado que no sobreviviría a Danny. Era el último de su estirpe.

A bordo del George Washington.

Más o menos al mismo tiempo que Dean se dormía, un fuerte golpe en la puerta arrancó a Goettleman de su propio sueño y propició un diluvio de maldiciones. El almirante se calzó las zapatillas tras poner los pies en el suelo. De camino hacia el sonido, miró la hora. Eran las tres de la madrugada. Abrió bruscamente la puerta y se encontró con sus dos guardias, de pie cual centinelas de piedra, y también a Joe Maurer.

—Señor, acabo de recibir un mensaje de alta prioridad procedente de la base. Soy la única persona a bordo que lo ha visto, y le aseguro que tendría usted que leerlo ahora mismo.

Joe pasó por entre los centinelas, se detuvo junto al escritorio del almirante y le entregó a éste la bolsa cerrada en la que se hallaba el mensaje que acababan de recibir por cable seguro.

—Cierra la puerta, Joe.

Después de susurrarles algo a los centinelas, Joe cumplió la orden.

El almirante sacó la llave del escritorio y abrió la bolsa. Dentro había una carpeta con separadores y numerosas etiquetas de clasificación. Se puso las gafas para leer y empezó a examinar el cable.

INICIO DE TRANSMISIÓN.

LUZ DE KLIEG SERIE 205.

RTTUZYUW-RQHNQN-00000-RRRRR-Y.

ALTO SECRETO // SAP HORIZONTE.

TEMA: REACCIÓN DEL ESPÉCIMEN ALFA DE NEVADA A LA ANOMALÍA DE MINGYONG.

OBSERV: POR ORDEN DEL GOBIERNO EN FUNCIONES ESTA BASE EXTRAJO UNO DE LOS CUATRO ESPECÍMENES FALLECIDOS DE SU ESTADO CRIOGÉNICO PROFUNDO Y PROLONGADO. ESTA BASE EXPUSO AL ESPÉCIMEN ALFA (PRIMER ESPÉCIMEN RECUPERADO EN EL LUGAR DE LA COLISIÓN DE 1947). A AIRE AMBIENTAL DENTRO DE UNAS INSTALACIONES PARA LA REALIZACIÓN DE PRUEBAS CONTROLADAS Y

SEGURAS ACERCA DE LA PLAGA D+335.

CONTEXTO: LOS SUJETOS DE PRUEBA HUMANOS SE REANIMAN TRAS UN TIEMPO MEDIO DE 60 MINUTOS DESPUÉS DEL MOMENTO DE LA MUERTE, CON VARIACIONES DEBIDAS A LA TEMPERATURA DE LA HABITACIÓN (A MENOR TEMPERATURA, MÁS LENTA ES LA REANIMACIÓN). Y POR LA CAUSA NATURAL DE LA MUERTE (SIN BRECHA EN LA EPIDERMIS). LA REANIMACIÓN DE HUMANOS CON BRECHAS EN LA EPIDERMIS CAUSADAS POR LOS NO MUERTOS CERCA DE LAS ARTERIAS PRINCIPALES SE HA PRODUCIDO EN MUCHOS CASOS AL CABO DE MENOS DE UNA HORA. MENOS DE TREINTA MINUTOS PARA LOS SUJETOS DE MENOR TAMAÑO.

RESUMEN: TRAS SALIR DEL ENTORNO CERRADO DE CONSERVACIÓN EN CÁPSULA CRIOGÉNICA, EL ESPÉCIMEN ALFA HA REACCIONADO DE INMEDIATO A LA ANOMALÍA DE MINGYONG Y HA INICIADO UN PROCESO DE REANIMACIÓN INDICADO POR MOVIMIENTOS IRREGULARES Y EMISIÓN DE RUIDOS BUCALES POR EL ORIFICIO DE LA BOCA. EL EQUIPO DE OBSERVACIÓN HA CONSTATADO LA PLENA REANIMACIÓN AL CABO DE CINCO MINUTOS, DOCE SEGUNDOS. EL ESPÉCIMEN ALFA SE SELECCIONÓ PARA LA PRUEBA POR EL ESTADO EN EL QUE SE HALLABA SU CUERPO. LA MAYOR PARTE DEL BAJO TORSO DEL ESPÉCIMEN

HABÍA DESAPARECIDO COMO CONSECUENCIA DE LAS HERIDAS SUFRIDAS EN EL TIROTEO DE 1947.

EL EXPERIMENTO TUVO COMO RESULTADO DOS BAJAS.

EL ESPÉCIMEN ALFA —AUNQUE LE FALTARAN LAS EXTREMIDADES INFERIORES— FUE CAPAZ DE ABRIR LAS PUERTAS DE ACERO DE LAS INSTALACIONES DE PRUEBA DE MOTORES Y HA MATADO A DOS AGENTES DE OPERACIONES ESPECIALES. A CONTINUACIÓN, LOS EQUIPOS AUXILIARES HAN LOGRADO APLICAR CONTRAMEDIDAS A LA CRIATURA Y A LOS AGENTES QUE A SU VEZ SE HABÍAN VUELTO A LEVANTAR. SE HA VISTO QUE LAS ARMAS PEQUEÑAS ERAN INEFICACES EN EXTREMO. AUNQUE SEA DIFÍCIL REALIZAR UNA ESTIMACIÓN DE LA FUERZA DEMOSTRADA POR EL ESPÉCIMEN ALFA, LA PUERTA DE ACERO DESTRUIDA SE DISEÑÓ PARA RESISTIR LAS FLUCTUACIONES EN LA PRESIÓN DEL AIRE DEBIDAS A LA PRUEBA DE MOTORES EXPERIMENTALES.

UNA INFORMACIÓN RELEVANTE A EFECTOS TÁCTICOS ES QUE LAS PERSONAS EXPUESTAS DE MANERA DIRECTA AL ESPÉCIMEN ALFA HAN SUFRIDO EFECTOS MÉDICOS DE SEGUNDO ORDEN. ASÍ, POR EJEMPLO, MIGRAÑAS Y SÍNTOMAS DE FATIGA EXTREMA EN TODO EL PERSONAL QUE ESTUVO CERCA DE LA CRIATURA DURANTE LOS DOCE MINUTOS QUE DURÓ LA REANIMACIÓN. DICHOS EFECTOS MÉDICOS DISMINUYERON DE INMEDIATO TAN PRONTO COMO SE DESTRUYÓ EL CEREBRO DEL ESPÉCIMEN ALFA POR MEDIO DE UN LANZALLAMAS.

OTRA INFORMACIÓN RELEVANTE A EFECTOS TÁCTICOS ES QUE LA REANIMACIÓN DE LOS DOS AGENTES DE OPERACIONES ESPECIALES FALLECIDOS TUVO LUGAR CASI DE INMEDIATO. LOS DOS AGENTES REANIMADOS MOSTRARON CARACTERÍSTICAS SIMILARES A LAS DE LOS NO MUERTOS DE REFERENCIA QUE FUERON EXPUESTOS A ALTOS NIVELES DE RADIACIÓN PROCEDENTES DE LAS CIUDADES QUE FUERON DESTRUIDAS CON ARMAS NUCLEARES TÁCTICAS. SE ORDENÓ LA DESTRUCCIÓN DE LOS ESPECÍMENES REANIMADOS CONJUNTAMENTE CON LA DEL ESPÉCIMEN ALFA. LOS ESPECÍMENES BRAVO, CHARLIE Y DELTA PERMANECEN EN CONSERVACIÓN SEGURA MEDIANTE EL FRÍO Y EN EL MOMENTO DE REALIZAR ESTA TRANSMISIÓN AÚN NO HAN SIDO EXPUESTOS A LA ANOMALÍA DE MINGYONG.

ALTO SECRETO // SAP HORIZONTE.

FIN DE LA TRANSMISIÓN DE TEXTO.

BT.

AR.

* * *

El almirante Goettleman habló sin apartar los ojos del cable.

—Parece que todas nuestras teorías estaban claramente equivocadas. Nuestros mejores cerebros apostaban a que la anomalía de Mingyong no tendría ningún efecto. Las dos criaturas estaban separadas, como mínimo, por veinte mil años de evolución. ¿Este informe procede de la Oficina de Inteligencia Naval?

—Sí, señor. Uno de sus analistas lo escribió inmediatamente después del

experimento.

—¿Quién más lo sabe?

—Los miembros del gobierno en funciones, por supuesto, el personal de las instalaciones de Nevada, los restos del aparato de Inteligencia, yo mismo, y ahora también usted.

—Muy bien. Algunos de los oficiales de alto rango nos van a venir muy pronto con preguntas. Tendremos que decirles que el experimento no se ha podido llevar a cabo porque hubo complicaciones con la criogenia. No creo que convenga informarles de este resultado.

Joe le expresó de mala gana su desacuerdo.

—¿Y qué hay de la Fuerza Expedicionaria Clepsidra? Tendrían más posibilidades de éxito si les informáramos de lo que pueden encontrarse. La criatura de ese informe no tenía piernas, y sin embargo su acción fue devastadora. Mató a dos militares con excelente preparación. Aunque no tuviera veinte mil años, el espécimen de Nevada estaba empapado e imbuido de conservante, y pasó décadas congelado hasta que el factor que está provocando todo esto lo revivió. La criatura provocó daños muy serios... Eso es indiscutible.

El almirante Goettelman se quedó sentado durante un minuto sin hablar, con los ojos clavados en el escritorio.

—Por el momento, mejor no decir nada. El *Virginia* debería llegar esta misma noche a aguas hawaianas y no tenemos ninguna necesidad de dar la alarma todavía. Antes de decirles lo que sabemos ahora, si es que se lo decimos, tendremos que tomar ese informe y transformarlo en información utilizable. Por ejemplo: podría ocurrir que el fuego fuera la única forma de neutralizar a ese... CHANG, o como se llame. Aunque el fuego no matara instantáneamente al Especimen Alfa, es el único medio validado para destruir la materia gris reanimada..., acabamos de confirmarlo. También estoy algo confuso con los efectos psicológicos que se mencionaban en el informe. Vamos a necesitar más información. No tenemos ninguna necesidad de levantar la liebre sin haber analizado previamente los datos.

—Muy bien, señor.

—Vete a dormir, Joe, tienes pinta de estar hecho una mierda. Son las tres de la mañana, descansa todo lo que te haga falta. Gracias por venir con esto. Cuando tengas la oportunidad, no ahora, sino más tarde, ven a informarme sobre las criaturas que llevamos en la popa. ¿Cómo los llamaban? ¿Bourbon, o algo por el estilo?

—Carretera Elevada y Centro. Los llamaron así por el lugar donde los capturaron. Cuando la explosión, el espécimen Centro recibió varios cientos de veces más radiación que Carretera Elevada. Nuestras cabezas pensantes se dedican a medir los efectos. Dentro de poco se hallarán en las fases finales de la experimentación. Les alterarán las funciones cerebrales por medio de la cirugía. Además, tienen sospechas

de que eso, sea lo que sea, les mejora la visión.

—Sí, está bien, ya me lo acabará de explicar cuando despierte. Mejor que ahora se marche a dormir.

—De acuerdo, señor, nos vemos dentro de poco.

Joe se marchó del camarote, pero pensaba con ideas propias. Estaba más preocupado que nunca por los miembros de Clepsidra. Además, circulaban rumores por el portaaviones. Se hablaba de un muchacho que decía haber oído los gimoteos de los no muertos (probablemente Centro o Carretera Elevada) en la popa a través del mamparo de una sala de ventilación. Tendría que informar al almirante acerca de esos rumores en cuanto hubiera dormido. Los talones de las botas de Joe resonaron sobre las baldosas azules y relucientes mientras regresaba a la sala de reuniones de carácter reservado para destruir el informe confidencial.

A bordo del Virginia.

El capitán Larsen estaba sentado en la sala de controles. Todos los instrumentos de navegación indicaban que el *Virginia* se encontraba frente a la costa septentrional de Oahu. Eran las 23.00 horas en tiempo local de Hawaii y reinaba la más absoluta oscuridad.

—Contra maestre, saca el periscopio. Vamos a echar una ojeada.

—Sí, señor.

El contra maestre de la armada procedió a emplear la capacidad de visión nocturna del periscopio para hacer un reconocimiento del litoral.

—¿Qué es lo que ves?

—Señor, hay fuego en la lejanía. Podría cambiar a otro espectro, pero no creo que nos sirviera de nada. Diviso palmeras inclinadas y derribadas en nuestra dirección, como si una explosión las hubiera abatido. Voy a echar una ojeada por la costa.

—Muy bien.

El contra maestre recorrió lentamente la costa con los ojos. Aunque se encontraran a más de un kilómetro y medio de distancia, la imagen del periscopio daba la impresión de hallarse a pocos metros. Sólo que...

—El periscopio tiene algún tipo de problema, capitán —dijo el contra maestre, todavía pegado a los visores.

—¿Qué quieres decir?

—La costa se ve como granulada. No logro enfocar la imagen.

—Aparta. —El contra maestre se apartó del periscopio y dejó que el capitán echase su primera mirada a Oahu desde que, hacía tres años, había llegado al puerto de la isla con otra embarcación, antes de que le confiaran su mando actual.

El capitán Larsen miró a través de las lentes, en dirección a la costa, y aguardó a que los ojos se le acostumbraran.

—Yo no veo nada, contra maestre, ¿qué es lo que quieres decir?

—Capitán, la costa se ve como granulada. Como si fallase algo en el programa.

—Bueno, este año se me pasó la cita con el oculista, así que tal vez no me haya medicado como correspondía. Recuérdame que me haga una revisión si algún día volvemos a la costa.

Se oyeron algunas risas entre los marineros que se hallaban en la sala de controles.

—Lo haré, señor.

El capitán echó una mirada por la sala en busca de ojos más jóvenes y descubrió a Kil vestido con su mono. Sostenía una taza de café con la mano.

—Comandante, ¿por qué no echa usted una mirada con sus ojos de aviador?

—En seguida, patrón —le dijo Kil al capitán, en un intento por despertarle el sentido del humor al viejo.

—Creía haberle dicho que esto no es un navío mercante.

—Le pido disculpas, capitán, me he dejado llevar por la costumbre —respondió Kil con media sonrisa al acercarse al periscopio.

Kil arrimó los ojos a los visores, al mismo tiempo que el contraamaestre ajustaba la altura del aparato. Kil asintió a modo de expresión de gratitud y echó una mirada.

—Ah, mierda.

—¿Cuál es la situación?

—Capitán, a su periscopio no le pasa nada... lo que hay en la costa es una gran masa de criaturas. Los que no sean lo bastante afortunados como para tener visión veinte-quince pueden confundirlos con estática. Parece que los hay a millares.

—¿Cómo han podido enterarse de que estamos aquí?! ¡Hemos llegado en lo más negro de la noche, en una porquería de submarino nuclear de ataque rápido! —dijo el capitán, airado, dirigiéndose a todos los que se hallaban en la sala de controles.

—No creo que lo sepan, capitán.

—Entonces, ¿cómo es esto?

Kil se acercó a la pizarra y dibujó una ilustración.



—Capitán, esto que he dibujado es una representación esquemática de Oahu. Aunque no sea completamente circular, está claro que se trata de una isla. Para entender por qué los no muertos están en la costa septentrional, tendríamos que entender también por qué se mueven, y la manera rudimentaria que tienen de pensar, por así decirlo. No quiero decir, por supuesto, que piensen en el mismo sentido en el que pensamos nosotros, pero sí de la manera en que piensa una de esas aspiradoras robot, o quizá como el juguete de un niño. ¿Alguna vez ha oído usted el término «diáspora»?

Uno de los marineros levantó la mano y dijo:

—Yo soy judío. He leído sobre ese tema.

—Bueno, pues entonces se imaginará usted muy bien a dónde quiero llegar. A lo largo de mis viajes por áreas infestadas de no muertos, he descubierto las prioridades por las que se rigen sus movimientos. La influencia número uno en la migración de no muertos es el sonido. La número dos son los estímulos visuales procedentes de criaturas que identifican como vivas. Yo creo que, si no hubiera sonido, se dispersarían siguiendo un patrón semejante al de las ondas sobre el agua: hacia afuera, en todas direcciones.

El capitán parecía un estudiante en el aula de una facultad. De repente, había sentido interés por lo que le explicaban.

—¿Me está diciendo que todos los no muertos se han dirigido a la costa?

—Dado que Oahu es una masa de tierra relativamente pequeña, con una población por kilómetro cuadrado relativamente grande, pienso que lo que hemos visto en la costa septentrional no es ninguna anomalía. Apuesto a que, si navegáramos en torno a la isla, encontraríamos criaturas en todas las playas accesibles. Se han dispersado hasta donde han podido. Puede que algunos grupos se hayan quedado en el interior de la isla pero, por lo que hemos visto, es probable que la mayoría de los no muertos se encuentre en el litoral. Lo extraño es que no entren en fase de hibernación, como muchos otros que he encontrado, pero puede ser que el rumor de las olas los mantenga en movimiento.

—De acuerdo, comandante. Suponiendo que sus hipótesis sean correctas, ¿qué nos aconseja de cara a la incursión?

Kil respondió sin apenas vacilar.

—Si nuestra Fuerza de Operaciones Especiales lograra traspasar ese cinturón de no muertos, cabe la posibilidad de que los encuentre en densidad decreciente a medida que se aproxime al centro de la isla. Si es que no llaman demasiado la atención durante el camino, por supuesto.

—Empieza usted a ganarse por derecho propio un puesto en nuestro submarino. Hasta ahora lo único que hacía era ocupar espacio de literas y beberse nuestro café.

Los tripulantes que se hallaban en la sala de controles se rieron por lo bajo ante el humor del capitán.

—Sí, señor. He empezado a ganarme mi calificación para tripular un submarino. Creo que ya me habré merecido los delfines antes de que regresemos a los Estados Unidos continentales.

El capitán estuvo a punto de escupir el café que tenía en la boca.

—¡De eso ni hablar!

Kil se imaginaba que las respetuosas burlas que intercambiaba con el capitán elevarían la moral de la tripulación. El submarino no tenía oficial ejecutivo y el viejo estaba desbordado porque tenía que restallar el látigo y, al mismo tiempo, estar pendiente de la salud y el bienestar de sus hombres.

—Contramaestre, ordena que el equipo del Scan Eagle prepare el instrumental y se disponga para el lanzamiento del vehículo no tripulado mañana a la hora del alba. Vamos a echar una ojeada.

—Sí, mi capitán.

Kil echó otra mirada por el periscopio y lo enfocó. No le cabía ninguna duda: la costa septentrional estaba abarrotada de criaturas que formaban una densa barrera de muerte. Le recordó a cuando era niño y jugaba a la cuerda humana.

«A la de tres, que pasen los vivos», se imaginó que dirían las criaturas con voz rasposa y muerta mientras él las veía dar vueltas por la playa.

Círculo Polar Ártico.

Crusow estaba sentado y temblaba por el frío que le había helado la sangre al pie del barranco..., el mismo lugar donde, pocas horas antes, Bret había hallado su destino. Crusow se había puesto unos calzoncillos largos aislantes y bebía sorbos de té caliente. Mark y Kung estaban sentados a su lado. Larry les miraba desde el otro lado de la mesa metálica de laboratorio. Llevaba puesta una mascarilla para proteger a los demás de la seria enfermedad que aún padecía. Todos ellos oían la respiración trabajosa de Larry; sus pulmones sonaban como si estuvieran llenos de piedras.

Entre violentas toses, cargó contra Crusow:

—¿Qué coño ha ocurrido? ¿Es que habías bajado hasta allí para ajustar alguna cuenta pendiente?

—No. ¿Por qué no te calmas un poco? Si no, te vas a fatigar... Si sigues así, acabarás por encontrarte todavía peor que ahora. Todos nosotros vemos cuál es tu estado.

Larry golpeó la mesa con los dos puños a la vez y acercó su rostro al de Crusow. No era fácil prever sus reacciones, porque la mascarilla le cubría el rostro entero, salvo sus ojos fríos, inyectados en sangre.

—Yo estaba presente cuando Bret dijo todo aquello sobre tu mujer. Vi cómo te cabreaste. ¿Estás seguro de que una parte de ese cabreo no salió a la luz mientras estabais allí abajo?

—Larry, mi mujer ha muerto. Y, sí, yo odiaba a Bret, porque era un gilipollas del ejército, igual que tú. Eso no quiere decir que lo matara como a un animal. No importa lo que dijera sobre Trish.

Larry retrocedió y volvió a sentarse en el frío banco. Aunque la mayor parte de su rostro siguiera oculta, todo el mundo se dio cuenta de que su rabia por la inesperada muerte de Bret empezaba a apaciguarse. «Probablemente sufre delirios», pensó Crusow.

—Larry, nosotros no somos militares como tú. Sé que no tenéis por costumbre hablar mucho acerca de vosotros mismos y, en cualquier caso, no sabemos el verdadero motivo por el que estás aquí, pero yo creo que todavía eres humano, a pesar del entrenamiento que has recibido. Por ejemplo, si fueras un mamón egoísta como Bret, no llevarías esa mascarilla.

Larry se puso bien la mascarilla y estrechó las correas.

—Bueno, es que, por muy capullo que seas, podemos darnos por muertos si te perdemos.

Mark intervino para calmar la situación.

—Larry, ésta es la conversación más larga que te he oído desde que estás aquí, si exceptuamos las que has tenido con tus compañeros militares. Ahora están todos muertos, muchacho, así que tendrás que abrirte más si quieres trabajar con nosotros.

Aunque ninguno de ellos pudiera ver el rostro de Larry, los ojos de éste delataban que Mark había logrado algún efecto.

—¿Qué habíais venido a buscar antes de que empezara esta mierda? —preguntó Mark.

Larry se miró las manos y siguió con los ojos su propio movimiento mientras agarraba la taza de té.

—Núcleos de hielo. Lo que hacíamos era extraer una mierda de núcleos de hielo. Teníamos unas instalaciones unos pocos kilómetros hacia el suroeste.

—¿Y cómo es que lo llevabais con tanto secreto?

—No le había hablado de esto a nadie porque firmé un contrato que me habría mandado a la cárcel si llego a hablar —dijo Larry, y tosió pesadamente bajo la mascarilla—. ¿Os acordáis de que antes de que empezara esta mierda hubo un gilipollas de la web esa de filtraciones que publicó unos documentos del gobierno? Le dieron lo que se merecía, aunque no antes de que la economía empezara a derrumbarse. No sé exactamente por qué extraíamos núcleos de hielo, pero hay varias cosas que sí sé. Supongo que ahora que he confirmado que el mundo entero está hecho una mierda no me quedan motivos para no hablar. —Larry estaba pálido. Tenía todo el aspecto de necesitar una bolsa de suero intravenoso y veinte horas de cama.

—¿Pues entonces, a qué diablos esperas? Acaba de explicárnoslo —dijo Mark.

—Yo, Bret y los demás tampoco sabíamos mucho, solamente que el hielo podía ocultar un secreto relevante para la seguridad nacional. Pero no el hielo de cualquier sitio. —Larry tuvo un instante de vacilación, y luego se puso en pie y anduvo cojeando hasta el otro extremo de la sala para quitarse la mascarilla y tomarse un trago de té.

Volvió a ponerse la mascarilla y regresó a la mesa.

—Los otros militares y yo mismo estábamos aquí por cuestiones de seguridad y para asegurarnos de que no hubiera filtraciones si aparecía algo raro. Nos dijeron que estuviéramos preparados para cualquier cosa. También nos informaron de que la gente que extraía los núcleos tenía órdenes de llegar hasta capas de veinte mil años de antigüedad.

»Nuestra cadena de mando nos lo había dicho de manera muy clara. Querían el hielo de hacía veinte mil años. Unos cientos más arriba o más abajo. Las órdenes provenían del Consejo Nacional de Seguridad de la Casa Blanca, directamente de los servicios de Inteligencia. Según parece, buscaban algo en esta región antes de que empezara la mierda. Yo no he encontrado nada que relacionara una cosa con la otra, pero el resto del personal autorizado, y yo también, sospechábamos que existía algún

tipo de conexión. La proximidad temporal era demasiado sospechosa. La mitad de los civiles y militares que moraban en estas instalaciones abandonaron el barco durante la pasada primavera. Creo que algunos de ellos estaban mejor informados que yo. Eso es todo lo que sé.

—Maldita sea —dijo Crusow, y escupió los restos de una cáscara de semilla de girasol en una taza desechable marca Solo ya vacía—. ¿No estarás pensando que la causa de todo esto salió del hielo?

—No sé cómo podría ser. El mundo estaba abarrotado de no muertos y nosotros no logramos sacar nada del hielo, aparte de unas pocas muestras. No tuvimos tiempo para nada más, todo fue muy rápido. Esos núcleos ahora inútiles están guardados en ese contenedor, listos para transportarlos. No los vamos a transportar jamás. Yo no digo que algo que buscáramos fuera la causa de toda esta mierda, tan sólo que la cercanía temporal entre una cosa y la otra es extraña. Nunca había visto que se dieran órdenes semejantes. —La tos de Larry empeoraba.

—Tienes mala pinta, como un gato que se atraganta con una bola de pelo —observó Kung—. Descansa. Yo te llevo.

Larry asintió con la cabeza. Kung lo acompañó a su habitación y comprobó que se acostara bien, mientras Crusow y Mark finalizaban la conversación.

—¿Qué ocurre con esa historia del barco? —preguntó Crusow.

—Bueno... mientras recuperábamos los cadáveres, Larry ha estado pendiente de la onda corta y ha puesto por escrito una petición que nos envió el barco. Quieren que los ayudemos a reenviar mensajes a una de sus embarcaciones que ha partido en misión de rescate al Pacífico.

—Nos vendría bien, Mark. Creo que tenemos que seguirles el juego. Son el único salvavidas que hemos podido encontrar. Puede que sean los únicos que aún tengan radios capaces de comunicarse con nosotros.

—Sí, yo pensaba lo mismo. En el próximo contacto que tenemos programado nos van a pasar otro programa de frecuencias, y puede que empiecen a mandarnos dentro de muy poco mensajes para reenviar —dijo Mark.

—Esto sí que es una buena noticia, tío. Si la armada ha puesto en marcha operaciones de rescate, quiere decir que el mundo no está perdido del todo.

Mark contraatacó con su habitual pesimismo.

—No, el mundo, no... Tan sólo lo estamos nosotros, unos pobres capullos atrapados en el interior del Círculo Polar Ártico y en la oscuridad.

—Siempre puedo contar contigo, Mark. Si mantienes el ánimo, te nominaré como candidato para ayudarme a transformar los cadáveres en combustible.

—Vete a la puta mierda.

—Eh, si no lo haces tú, tendrá que hacerlo Kung.

—Kung lo hará. Teniendo en cuenta de dónde ha salido, tiene suerte de no figurar

en *Bodies: The Exhibition*.

—Ah, ese chiste ha sido atroz, incluso para ti.

—Me esfuerzo mucho.

Un kilómetro al norte de la costa de Oahu.

Estamos ya en la última fase de elaboración de los planes. El objetivo se encuentra a más de catorce kilómetros hacia el interior, en una dirección que corresponde aproximadamente al sur. Saien y yo estaremos conectados con ellos para brindarles nuestro apoyo vía la red de voz de la Fuerza de Operaciones Especiales. Tendríamos que poder orientarles en algo, aunque nos quedemos aquí atrás con el equipamiento. Sabiendo lo que sé acerca de las criaturas, no envidio a esos hombres. Van a salir de noche, pero, dadas las distancias, probablemente van a tardar un par de días en ir y volver. Otro factor es la radiación. Antes de que se marchen, me presentaré formalmente y les hablaré de las criaturas irradiadas...; si me escuchan. No es que hayan tenido muchas ganas de hablar con Saien ni conmigo desde que llegamos en helicóptero.

Al haber trabajado antes como operador de radio, he sabido moverme en la sala de radios, y también he recuperado la práctica de montar redes de radio rudimentarias. A la sala de aquí le falta personal, y por ello no me costó nada convencer al oficial de comunicaciones en funciones, un Subteniente de Navío, de que podría venirles bien mi ayuda. Tuvimos el circuito de alta frecuencia instalado en seguida y contactamos con una base que nunca habría pensado que pudiera servirnos como repetidor.

Una base en el Ártico, un hombre llamado Crusow, nos ayuda ahora a retransmitir los mensajes desde el portaaviones hasta el submarino. El portaaviones no ha tenido suerte con las comunicaciones directas y la gente de esa base tan alejada en el norte parece encantada de ofrecernos ayuda. Aparte de las comunicaciones ordinarias que esperaba que nos enviaran desde el portaaviones (área general de operaciones, etc.), también he recibido mensajes personales de John. Me ha pedido que empecemos una partida de ajedrez y me ha mandado el primer movimiento por medio de esa base. He apuntado su movimiento y voy a preparar el tablero, y le enviaré el mío con la próxima transmisión. Siempre es una alegría recibir noticias del hogar.

Costa septentrional de Oahu.

—Contra maestre, ¿cómo está el sol? —preguntó Larsen.

—En el horizonte, señor, no va a durar mucho —respondió el contra maestre de la armada, el Sr. Rowe.

—Muy bien, llévanos arriba.

El *Virginia* emergió en seguida, a media milla náutica de las hermosas playas hawaianas de la costa septentrional de Oahu. A aquella distancia, la situación en la costa era muy clara.

La escotilla se abrió y permitió que la brisa marina entrara. Los no muertos hawaianos eran ya algo más que una imagen en los instrumentos del submarino. Sus gemidos recorrían la distancia y se abrían camino entre las espumas hasta llegar a oídos de la tripulación. El submarino parecía amplificar el sonido como cuando atamos latas de sopa a los dos extremos de una cuerda.

Lo que se oía no era simplemente intranquilizador.

—¡Calla, cierra esa maldita! —gritó un marinero, al tiempo que se cubría los oídos con las manos.

—¡Y tú cierra esa boca! —bramó Larsen.

Los gimoteos no cesaban. Kil y el capitán se encaramaron por la escalerilla, subieron por la torreta y salieron al aire libre. Se valieron de unos prismáticos para estudiar la situación y aprovecharon los últimos rayos de sol procedentes del oeste.

—¿Cree usted que saben que estamos aquí? —preguntó Larsen.

—Probablemente. Tienen sentido de la vista... No sé muy bien cómo les funciona, pero lo tienen. No obstante, probablemente, no es eso lo que nos ha delatado. Oyen rematadamente bien, no me pregunte usted cómo. Debemos de haber hecho ruido al emerger, ¿verdad? —dijo Kil.

—No mucho, pero un poco, sí.

—Pásemelos, por favor —dijo Kil, y alargó la mano para que le diera los prismáticos.

Kil echó una larga mirada de un extremo al otro de la playa y observó a las criaturas. Aunque en un momento como aquel no tuviera ninguna gracia, pensó que, si se tomaba el tiempo necesario para concentrarse y biqueaba un poco, tal vez distinguiera unas pocas camisas hawaianas entre la multitud. Contuvo una carcajada y le devolvió los prismáticos a Larsen.

—Bueno, usted está aquí como asesor, y espero que me asesore —espetó Larsen.

—Ya he dejado bien clara mi posición, capitán. Son dieciséis kilómetros en línea recta desde aquí hasta la entrada de la cueva, unas pocas horas en las instalaciones

para ponerlo todo a punto, y luego otros dieciséis kilómetros de vuelta. Yo no puedo decir de ningún modo que este viaje de treinta y dos kilómetros, con el único objetivo de tomar el control de unas instalaciones que tal vez no contribuyan a esta misión, merezca todos los riesgos que comporta. El *Virginia* dispone de instrumentos de observación que pueden proporcionarnos toda la información que necesitamos.

Larsen se tomó un momento para sopesar sus argumentos y luego dijo:

—La Base Aérea de Wheeler y Kunia no están precisamente cerca de la costa. Usted mismo dijo que esas criaturas debían de haberse alejado del centro de la isla, y que se habrían concentrado en su mayoría a lo largo de las playas.

—Puede ser —dijo Kil—. Si me equivocara, nuestra Fuerza de Operaciones Especiales podría verse cercada por unos pocos millares de criaturas radiactivas. Me he equivocado otras veces.

—Tomo nota.

—¿Le han informado del número exacto de bombas nucleares que estallaron aquí hace casi un año?

—Los informes dicen que sólo una. Sobre Honolulu soplan vientos fuertes. La lluvia radiactiva debió de ser moderada. Hoy, el estado de la mar nos ha impedido salir a la superficie y lanzar los Scan Eagles. Haremos volar al pajarito con los infrarrojos esta misma noche, cuando el equipo llegue a la costa.

—Doy por sentado que, de todos modos, irán con trajes aislantes. ¿Verdad que sí?

—Correcto. También llevarán dosímetros y medirán a intervalos regulares la radiación a la que están expuestos. La bomba detonó en el sur de la isla, unos cincuenta kilómetros al sureste de aquí, sobre el centro de la ciudad, a más o menos cincuenta metros de altitud. Lo más probable es que el viento haya empujado la mayor parte de la radiación en dirección al este, hacia el mar.

—El pulso electromagnético transportado por esa corriente de aire se lo pondrá más difícil para conseguir medios de transporte. Tal vez haya quemado los circuitos electrónicos de los coches —dijo Kil.

—Es usted un deprimente hijo de perra, Kil.

—Puede ser, pero sobreviví en el continente durante casi un año mientras usted estaba la mar de cómodo en su submarino.

—Eso sí se lo concedo —dijo Larsen.

—No quiero que nadie me conceda nada, capitán. No pido cuartel ni lo concedo.

El equipo de cuatro hombres se encontraba en la inestable cubierta del submarino, al aire libre, y contemplaba las aguas hawaianas iluminadas por la luna. Lo normal era que en aquella época del año las olas fuesen más altas. Los encargados de la aeronave no tripulada también estaban en cubierta y preparaban el aparato para su lanzamiento.

Se llamaban Rex, Huck, Griff y Rico. No eran sus nombres de verdad, pero los militares no habían abandonado sus hábitos, ni siquiera durante el Armagedón. Los

nombres no tenían ya mucha importancia y, con todo, seguían llamándose por sus denominaciones en clave.

El intérprete de chino que viajaba en el submarino salió por la escotilla con la mochila abarrotada de manuales clasificados que contenían información acerca de la cueva. Asintió con gesto amistoso a los miembros del equipo, enfrascados en preparar el material que iban a llevarse. Aunque su verdadero nombre fuese Benjamin, el equipo lo había bautizado en seguida como el Rojillo, aunque fuera un muchacho blanco de veinticuatro años, procedente de Boston, que jamás había puesto pie en territorio chino ni en el de ningún otro país comunista. Había aprendido el chino que sabía en Monterey, California, después de que lo seleccionaran para servir como especialista en lenguas en los servicios criptológicos de la armada.

Antes de salir al aire libre, los operativos habían pasado un rato sentados en compañía del hombre con el que habían volado hasta el submarino y del compañero de éste, procedente del Oriente Medio.

—Ante todo, querría deciros que no pretendo, en absoluto, deciros cómo tenéis que llevar a cabo vuestra misión. Tan sólo quiero plantearos algunos de los problemas que encontré y explicaros lo más básico sobre cómo sobreviví durante el tiempo en el que tuve que desplazarme a pie por los dominios de los no muertos en Louisiana y en Texas. Seguro que algunas de las cosas que os contaré ya las tenéis perfectamente dominadas, por ser quienes sois, por ser lo que sois. Con todo, en la soledad de mis viajes tomé notas que tal vez os resulten útiles en el camino hasta las instalaciones de la cueva.

Kil tuvo buen cuidado de no explicarles que había llevado un diario detallado de todo lo que le ocurría, y se refería a sus anotaciones como si hubieran sido meros apuntes.

Empezó a recitar algunas de las principales lecciones que había aprendido, una parte de las cuales se había escrito literalmente con sangre.

—Avanzad durante la noche...; por supuesto que eso ya lo sabíais, pero tengo que recalcarlo, porque es el primer punto de mi lista. Igual que nosotros, ven mal cuando es de noche, y los anteojos de visión nocturna os darán ventaja sobre ellos. Comprobad a menudo que las carabinas estén en condiciones de disparar. No voy a insistir sobre ello. Dormid lejos del suelo. A menos que contéis con un pelotón que monte guardia en torno a vosotros, es peligroso dormir en cualquier sitio que se encuentre al alcance de las criaturas. Os encontrarán. Deteneos a menudo y escuchad. Seguid rutas paralelas a las carreteras y no entréis en las más anchas. Por el motivo que sea, las carreteras principales atraen a esas criaturas. Llevad mucha agua en el cuerpo. Eso quiere decir que, si tenéis agua a mano, lo mejor es bebérsela. Llevad las armas siempre lubricadas, porque en cualquier momento tendréis que emplearlas. Yo tuve que utilizar aceite de motor con la mía después de un accidente de helicóptero.

Protegeos los ojos..., es probable que puedan infectaros si os salpican en la cara.

El equipo le escuchaba con cortesía, pero Kil tenía la sensación de que tan sólo le seguían la corriente.

—Si no os queda más remedio que buscar refugio sin poder separaros del suelo, buscadlo en lo alto de una colina, y dentro de un coche o camión, y tened bien agarrado el freno de mano. De ese modo, si os tienen rodeados, podréis quitarle el freno y bajar en punto muerto, y así escaparéis del peligro. En pequeño número no constituyen una verdadera amenaza, pero, si son más de diez, podrán reventar el coche en el que os encontréis y sacaros de dentro, igual que haríais vosotros al quitarle la cáscara a un bogavante. No sé el motivo, pero algunas de las criaturas que he matado tan sólo cayeron al dispararles a la cabeza por segunda vez.

Uno de los muchachos del equipo le interrumpió con una pregunta:

—¿Cuántos dices que llegaste a encontrar a la vez?

La pregunta molestó a Kil; era evidente que el hombre no se había leído bien los informes. Kil tomó aliento y dijo:

—Te llamas Huck, ¿verdad?

—Sí, ése soy yo.

—Verás, Huck, Saien y yo nos encontramos con un enjambre entero en el camino de vuelta. La organización con la que estábamos en contacto en ese momento me informó de que el enjambre superaba los quinientos mil miembros.

—¿Y cómo coño lograste sobrevivir? —preguntó Huck con escepticismo.

—Es una larga historia. Intervienen en ella un tanque Abrams, una aeronave no tripulada Reaper con bombas de doscientos treinta kilogramos guiadas por láser, un puente, y la suerte. Ya te lo contaré otro día.

De pronto, el equipo de incursión estaba atento a lo que explicaba Kil. El peligro del que Saien y él mismo habían escapado en el continente era de una magnitud tal como para no dejar supervivientes.

—Algunos detalles menores. En estos momentos, todos los perros deben de haberse asilvestrado. Yo los evitaría. Los he visto atacar a los no muertos nada más verlos. También podrían atacaros a vosotros, no lo sé. Si os atacaran, podrían infectaros con la carne muerta que tal vez llevarán en las mandíbulas. Ahora os diré lo último, pero no lo menos importante, y haced el favor de prestarme atención: una bomba nuclear estalló hace meses sobre Honolulu. El capitán Larsen piensa que el ciclo climático hawaiano podría haber arrastrado una parte de las partículas radiactivas en dirección al Pacífico. Con todo, os recomiendo que evitéis todos los objetos grandes y metálicos, como autobuses escolares y tractores con remolque, si se hallaban en la línea de visión de la explosión nuclear. Lo más probable es que estén radiactivos como un camión de bomberos en Chernóbil. Pero no es este último lo que más tiene que preocuparos. Por motivos que desconocemos, la radiación tiene un

profundo efecto sobre las criaturas.

Huck le interrumpió de nuevo.

—Hemos leído en los informes de Inteligencia que se vuelven algo más rápidas. No tendremos problemas con eso.

—Vale, Huck, como parece que ya lo sabes todo, ¿por qué no te pones tú al mando de esta misión? Mi trabajo con vosotros ha terminado... Buena suerte.

—Huck, cierra la boca de una vez, coño, y déjale que hable —dijo uno de los otros hombres—. Yo estoy tomando notas y no me importa una puta mierda lo que pienses tú sobre los informes de Inteligencia. Yo sigo escuchando. Quédate, por favor, y acaba de contárnoslo.

Kil ya se lo había esperado y se volvió para proseguir como si no hubiera ocurrido nada.

—Muy bien, entonces, como os decía, la radiación los vuelve muy veloces y más inteligentes. Pero no tendréis que preocuparos tan sólo por su velocidad. Diréis que me he vuelto loco, y me dará igual, pero la noche que... Esperad un segundo, dejadme que lo busque.

Kil revolvió sus notas en busca de un incidente específico que tal vez le encendiera la bombilla a Huck.

—Está aquí. Yo huía y me refugié en una casa abandonada. Mientras miraba lo que podía encontrar por el piso de abajo, se me cayó algo que llevaba en la mochila y alerté así de mi presencia a una criatura que estaba fuera. La criatura agarró una hachuela y se puso a golpear la puerta con ella para poder entrar. Aquella misma noche escapé por una ventana del piso de arriba. Al día siguiente había trepado a lo alto de un autobús escolar para poner a salvo mis cosas y entonces la misma criatura me atacó con la hachuela. Supe que era la misma criatura porque el día antes me había arriesgado a echarle una ojeada por el ojo de la cerradura. No me cupo ninguna duda de que era distinta de las demás. Las he visto correr, y a veces razonar, al menos en un nivel muy rudimentario. También los he visto hacerse los muertos después de que les pegase un tiro. Perdí un marine a sus manos a bordo de un guardacostas, una embarcación de la que se había adueñado un pequeño número de no muertos irradiados. Yo digo que los que tienen habilidad son el diez por ciento superdotado, porque he visto que uno de cada diez son distintos. También querría añadir algo que no puedo demostrar, pero que tal vez tenga alguna importancia. Esta isla sufrió el ataque nuclear en su centro de población. Apuesto a que mi teoría del diez por ciento, que sí es apropiada para el continente, no se aplicará en esta isla; la proporción de criaturas irradiadas será mucho más alto. Podría ser que aquí estuvieran irradiadas tres o cuatro de cada diez.

El mismo que momentos antes le había defendido contra Huck saltó con su propia pregunta:

—Me llamo Rex, quizá no te acuerdes. Querría preguntarte por tu experiencia en movimiento y evasión. ¿Hay algo especial acerca de nuestra manera de movernos que tengamos que saber?

—Buena pregunta. La mejor manera de evitar sorpresas es que mantengáis siempre un área de seguridad de tres metros de diámetro a vuestro alrededor. Ya me entendéis, la clase de sorpresas que lo agarran a uno y lo arrastran hacia la ventanilla de un coche, o cortan manos de un mordisco al abrir la nevera de un colmado en ruinas.

—¿Eh? —respondió Rex, confuso.

Kil prosiguió.

—Puede que esto se contradiga con todo lo que aprendisteis antes de que los muertos caminaran. Tenéis tendencia a mantener el cuerpo pegado a todo lo que pueda cubriros, a paredes y demás. Si actuáis de ese modo al luchar contra esas criaturas, podéis morir. ¿Qué clase de dispositivos de visión nocturna empleáis?

—Empleamos PVS-15 y PVS-23. También llevamos una mira híbrida: visión nocturna con visión térmica. Es buena para la identificación visual de cuerpos calientes. ¿Por qué?

—Probablemente ya lo sabéis, pero los ojos de los no muertos no se van a reflejar en vuestros anteojos como los de un ser vivo. Ése es un motivo para que no os guiéis por la visión térmica.

—Entiendo.

Kil se acercó a los hombres y les estrechó la mano.

—Buena suerte, muchachos. Os la deseo en serio.

—Gracias, comandante.

Habían cargado ya todo el equipo y la lancha estaba a punto para trasladarlos a la costa. El capellán castrense entró en el área donde se preparaba la Fuerza de Operaciones Especiales y pidió que se le permitiera hablar con los hombres antes de que se marcharan.

—Sé que algunos de vosotros ya no creéis en Dios, pero hay otros que sí, y yo sé que sigo creyendo en Él, y querría ofrecer una plegaria con vosotros, muchachos, si no os importa. Un rezo por que volváis sanos y salvos.

—Adelante —dijo Rex.

—Roguemos. —Los hombres inclinaron la cabeza. El capellán prosiguió—. Señor, estos hombres caminarán dentro de poco por el valle de la muerte. Dales fuerzas para que no teman a la maldad. Guíalos en su misión y devuélvelos sanos y salvos al *Virginia*. Sabemos que, si ésa es tu voluntad, lo conseguirán. En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, amén.

Se oyeron unos pocos «amenes» dispersos, pero incluso estos eran débiles. Ver que los muertos dan caza a todas las personas que has amado es una experiencia que

tiende a echar a perder tu perspectiva religiosa y te convierte rápidamente al culto del Monstruo Espaguete Volador. Con todo, siempre se concedía a los capellanes castrenses el tiempo que solicitaban; al fin y al cabo, podría ocurrir que nos equivocáramos con Dios. Era mejor seguirle la corriente al capellán y evitar relámpagos perdidos.

—Vale, muchachos, y ahora, id rápidos como el diablo —dijo Larsen.

Tras dirigirle al capitán un asentimiento de conformidad, Rex guió a sus hombres a la zona de taquillas para que se pusieran los trajes protectores antes de salir al aire libre.

Kil sabía que lo más probable era que ninguno de aquellos hombres regresara con vida. «Seguro que los mandan allí por algún motivo que no dicen», pensó. Aun cuando sus deberes no le permitieran bajar a la costa y lo obligaran a quedarse a salvo en el submarino, no perdía de vista la pequeña armería. Se dio cuenta de que Saien hacía lo mismo. «Nunca se sabe».

—Rico, ¿cómo va la zodiac? —dijo Rex con la voz amortiguada por la máscara protectora.

—Con el depósito lleno y a punto para partir.

—Lánzala al agua.

Rico y Huck empujaron la parte frontal de la lancha desde la cubierta del submarino hasta el océano. Detrás de la torreta, el equipo encargado de la aeronave no tripulada lanzó su pequeño ingenio de reconocimiento al cielo nocturno mediante un sistema provisional de catapulta. El sonido del pequeño motor de gas apenas si se oía entre el estruendo de las criaturas que se hallaban en la costa. La aeronave no tripulada se elevó a los cielos de Oahu.

Rex pasó al otro lado de la torreta para hablar con los encargados de la aeronave.

—Gracias, tíos, os estamos muy agradecidos. Decidles de nuestra parte a los pilotos que están abajo que les deseamos lo mejor y les damos las gracias por estar pendientes de nosotros.

—Lo haremos, señor, que tengan buena suerte.

—Vosotros también. Que tengáis un buen día.

Rex subió a la lancha. Arrancó al primer intento. Era una buena señal.

El Hotel 23 —sureste de Texas.

La Fuerza Expedicionaria Fénix adoptó un ritmo de vida confortable. No era nada malo de por sí, pero Doc temía que pudieran encontrarse en peligro si se relajaban. El lugar donde se encontraban era seguro y no tenían ningún indicio de que Remoto Seis los hubiera descubierto. No había nadie en la Fuerza Expedicionaria Fénix que supiera mucho acerca de Remoto Seis; todos ellos habían leído los informes y se habían dado cuenta de las grandes lagunas que se encontraban en los datos.

Hacía una semana, Doc había empezado con las sesiones de entrenamiento en lanzamiento de misiles. En un primer momento, los ejercicios habían sido muy impopulares entre los otros tres. Doc los despertaba a cualquier hora para que practicasen el lanzamiento contra un objetivo ficticio. Pero había llegado el momento en el que empezaban a acostumbrarse a las sesiones de entrenamiento y entendían las razones por las que se hacían. Doc había tenido razón desde el principio...: la orden de lanzamiento podía llegarles sin previo aviso.

La noche anterior, Disco y Hawse habían salido al otro lado de la alambrada para examinar las compuertas del silo. Al llegar, vieron que habían quedado ocultas bajo el follaje y que estaban cubiertas de redes de camuflaje gastadas y estropeadas.

—Hawse, quita esa mierda de encima de las compuertas. Yo te cubriré.

—¿Qué? ¿Tú te crees que voy a confiar en que un tío del ejército me guarde las espaldas mientras hago este trabajo de contrato basura? —dijo Hawse entre risas.

—Lo que a ti te parezca, tío calentorro. ¿A ti te gustó que abrieran las puertas del ejército a los homosexuales declarados antes de que empezara esta mierda? —dijo Disco.

—Me quedé felicísimo, joder. Así me tocan más mujeres. Mientras no me asusten a los caballos, me importa un pepino lo que hagan el resto de tíos del cuartel.

—Acaba de despejar la compuerta y así nos podremos marchar de aq...

Ambos oyeron un sonido... demasiado fuerte como para que hubiera sido el viento.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Disco, casi en susurros.

—Mierda. Prepárate, Disco, yo controlo el este, tú el oeste.

—Sí.

Observaron sus respectivas áreas en busca de movimiento.

—No están muy lejos, quédate cerca de las compuertas del silo —dijo Disco.

Pasaron unos minutos. El viento cobró fuerza y agitó los árboles en una y otra dirección en un radio de diez metros.

—He visto algo —le dijo Disco a Hawse, en voz baja, sin volver el rostro.

Al instante, Hawse se apostó hombro con hombro al lado de Disco. Empuñó la carabina y activó el láser infrarrojo.

—¿Dónde está, tío? —preguntó.

Disco levantó su propia carabina y activó el láser.

—Allí, mira. ¿Qué coño es eso?

Una nube se apartó y dejó a la vista una luna llena que iluminó todo el lugar. En situaciones de estrés como ésta, las mentes de los hombres tienen tendencia a degradarse y desquiciarse. Así que, por supuesto, el primer impulso de Hawse fue tirar del gatillo.

Se oyeron los sonidos sordos de los disparos.

Las balas se hundieron en carne; el sonido era trágicamente familiar. La criatura avanzó hacia ellos desde la penumbra que envolvía a los árboles. Instintivamente, Disco y Hawse dispararon tres cartuchos contra el cráneo de la criatura; la cabeza de esta explotó, y los trozos podridos del tercio superior saltaron hacia el cielo nocturno. La criatura cayó al suelo a tres metros de donde estaban ellos, y poco después se oyó el sonido de las astillas del cráneo que descendían entre el follaje.

—¡Qué puta mierda! —exclamó Hawse.

—Tío, cállate. ¿Es que quieres que vengan todavía más? No grites.

—Disculpa, es que esta vez lo hemos tenido muy cerca. ¿Puede ser que nos acechara? Ese sonido... Y he disparado tan sólo porque he sentido que alguien me miraba.

—Yo también lo he oído —dijo Disco.

—Vale, joder. Cúbreme de nuevo. Voy a despejar las compuertas y luego nos marchamos. Puede que sean los nervios, pero tengo la sensación de que vuelven a observarme.

—Mira esa criatura. Parece nueva —comentó Disco, al tiempo que contemplaba el cadáver.

—Concéntrate. Mantente a distancia; quizá sea radiactivo. Los de Inteligencia dijeron que las bombas los conservaban... y los volvían más peligrosos.

Hawse despejó la compuerta, quitó la maleza y las redes de camuflaje, y apartó la tierra y las piedras. Ambos regresaron al Hotel 23 a marcha acelerada, sin pensar en los muertos que pudieran observarlos entre los árboles, ni en la compuerta que habían dejado limpia y que podía descubrir cualquiera (o cualquier cosa) que espicara desde lo alto.

Remoto Seis.

Dos semanas después de que empezara la plaga.

—¿Situación? —gritaba una voz entre las sombras.

—Bueno, hum, podríamos decir que las ciudades han quedado inhabitables.

—Explíquese mejor.

—Pero bueno, por Dios bendito, ¿qué coño quiere usted que le explique? D. C., Nueva York, Atlanta, Los Ángeles, Seattle...; no hay nada que explicar. ¡Todo el mundo ha muerto! —El operador pulsó una secuencia de botones en la pantalla táctil y apareció la imagen por satélite de una metrópolis insular. Manipuló la escala, mientras la ominosa figura que asomaba por detrás de su hombro izquierdo miraba.

El operador contempló el conjunto y luego agrandó la imagen de Manhattan.

Los escombros dispersos y los esporádicos incendios daban forma a la escena que aparecía en las pantallas. Lentas figuras caminaban pesadamente por entre el humo y deambulaban por las calles. Ambos se fijaron en un movimiento más rápido: un pequeño grupo de supervivientes, armados con bates de béisbol, se movían en torno a las criaturas, por entre los coches abandonados.

La mecánica orbital del satélite de reconocimiento que se encontraba sobre Nueva York hizo que el visionado de las imágenes adoptara un ángulo extraño.

Los dos hombres observaron en silencio a los supervivientes. «Están condenados». El fenómeno se difundía con excesiva rapidez y no había ningún lugar donde pudieran refugiarse. El Túnel de Lincoln vomitaba humo por sus dos extremos. Los aviones de combate habían destruido ya los puentes en un intento fallido por impedir que continuara el contagio. Habían cerrado el establo después de que el caballo huyera.

Las escasas noticias que aún se retransmitían habían informado de que incluso las personas que morían por causas naturales se levantaban también. Los hombres de Remoto Seis no sabían cómo explicarse aquel fenómeno. Los analistas de datos habían formulado una única hipótesis: todo el que se haya expuesto al aire libre debe de transportar dentro de su cuerpo, durmiente, la causa de la anomalía.

La negra figura que estaba en pie frente a las pantallas que informaban de la situación era conocida por el nombre de Dios. Allí, los nombres de verdad eran inútiles y quedaban ocultos bajo un tabú. Los nombres código que les habían dado tenían como función el representar de manera aproximada las posiciones de las personas que designaban.

Dios había iniciado su carrera en la dirección de operaciones de la CIA, y había concebido y ejecutado programas de operaciones secretas dentro del territorio de Estados Unidos. Le habían entrenado los mejores, los más brutales. Su maestro había muerto hacía tiempo, y tenía el dudoso pero altamente secreto honor de haber creado las reglas de juego por las que se había regido la Operación Northwoods, un programa de falsos atentados terroristas dentro de Estados Unidos para asesinar civiles y culpar a elementos radicales. Su propósito era suscitar el apoyo de la opinión

pública de cara a una invasión militar de Cuba.

Dios era un prodigio de verdadera tiranía. Su organización secreta había invertido el dinero necesario para que nacieran Google y otros gigantes de DARPA net. En los niveles más elevados de inteligencia secreta, su organismo, en colaboración con la Agencia de Seguridad Nacional, tenía acceso directo y sin cortapisas a todo: correo electrónico privado, búsquedas de personas individuales en la web..., todo. La antigua identidad de Dios había desaparecido y, en algún lugar de Virginia, la había reemplazado una estrella en la pared. Poco después de que desapareciera, se le dio la orden de que se pusiera al mando de lo que tan sólo unos pocos miembros del gobierno conocían bajo el nombre de Remoto Seis. Sólo Dios sabía lo demás.

En las altas esferas había muchos laboratorios secretos de ideas que trabajaban tan sólo en obtener información. Remoto Seis también, por supuesto, pero, además, también llevaba a cabo misiones. Podía tomar decisiones, y realizar operaciones cinéticas con los recursos y el poder que les otorgaban unas autoridades temerosas. Personas que no querían ensuciarse las manos ni conocer los detalles. Este nodo de toma encubierta de decisiones no se encontraba en un lugar cercano al Distrito de Columbia. Su existencia transcurría lejos del radar político y de la influencia de posibles canallas y de políticos soñadores recién elegidos. Remoto Seis había sido fundado antes de la segunda guerra mundial y había tenido un papel en todo, desde el lanzamiento de la bomba atómica sobre Japón hasta el asesinato de oficiales del ejército norvietnamita dentro del Programa Fénix, pasando por operaciones de desestabilización similares y más recientes en el Próximo Oriente. Remoto Seis tomaba las decisiones importantes. La separación de poderes garantizaba el equilibrio entre estos y la fachada de gobierno constitucional, pero entidades secretas como Remoto Seis tiraban de los hilos tras el telón del mago.

En las entrañas de Remoto Seis había dos sistemas gemelos de computadores cuánticos avanzados bajo control de Dios. Discos duros múltiples y redundantes de hologramas cuánticos preservaban la totalidad del conocimiento humano, desde las técnicas necesarias para hacer fuego hasta los detalles del gran colisionador de hadrones, y mucho más.

Todas las canciones jamás compuestas y todas las películas jamás filmadas se habían almacenado y archivado allí. Se realizaban exploraciones periódicas de la totalidad de Internet y todo quedaba registrado también mediante el almacenamiento cuántico. Aunque la humanidad desapareciera, sus preciosos conocimientos científicos y su arte no desaparecerían.

Un indicador de mensaje entrante apareció en la pantalla plana. Estaba dirigido al jefe de la base. Dios se acercó a la pantalla que parpadeaba y le ordenó a un asistente que imprimiera el documento. En cuanto el mensaje hubo salido de la impresora, Dios se puso a leer.

«La situación es catastrófica e irreversible. El paquete de opciones Petición R6 se ha cargado por todos los medios viables en el LAN de la Sala de Seguimiento del Pentágono II».

Dios se rió con fuerza, porque se imaginó al presidente al otro extremo de la transmisión, en la base alternativa de las montañas de Shenandoah, cagado de miedo. Haría lo que le dijese, al menos de momento. Dios se encargaría de introducir la información en los cuantos.

Posibilidades de origen vírico: 90,3%.

Posibilidades de origen distinto: 9,7%.

**Error de +/- 2,4% ** falta de datos.

¿Desea usted otro análisis? S/N.

—.

INPUT población EEUU: 320.520.068.

INPUT porcentaje de infección: 100%.

OUTPUT tomando como base la situación de las infraestructuras, los inventarios de recursos de la nación y los datos archivados sobre el clima.

Posibilidad de que los no muertos sean mayoría dentro de treinta días: 100% Posibilidad de que los no muertos sean mayoría dentro de quince días: 94,3% ¿Desea usted otro análisis? S/N.

—.

INPUT población estadounidense por ciudades / cincuenta más pobladas.

INPUT pregunta: ¿Cuántas ciudades entre las más pobladas habrá que destruir para que los no muertos sigan siendo minoría en el día treinta?

OUTPUT tomando como base el 55,2% de conversión por día: veinte.

Ciudades que hay que destruir para que los no muertos sigan siendo minoría en el día treinta: 276.

OUTPUT tomando como base la densidad de no muertos en la vecindad de los centros de las ciudades y en el despliegue adecuado del armamento termonuclear.

¿Desea usted otro análisis? S/N.

Dios tenía ya sus cálculos: los cuantos nunca se equivocaban. Cada vez que recibían output automático, era como una puñalada de las fuertes. Incluso en situaciones en las que disentir de los cuantos parecía la única opción viable, el tiempo acababa siempre por darle la razón a la presciencia de la inteligencia artificial. En la primera década del siglo XXI, los cuantos habían aconsejado que no se iniciara una guerra de larga duración en Iraq, y luego contra la inyección de estímulos en una economía que se venía abajo.

Aquellos cabrones gemelos estaban conectados a Internet, SIP, JWICS, VORTEX, NSAnet, y a todas las redes extranjeras del mundo, aun cuando tuviesen que descifrarlas de cualquier manera. Capturaban información en tiempo real y podían hacer tremendas estimaciones sobre problemas que nadie sabía que existían. Los cuantos estaban conectados incluso con el espectro de las frecuencias de radio, y analizaban las llamadas por móvil y otros tipos de transmisiones. Estaban

diseñados para comprender el habla humana y presentar un output basado en la sintaxis normal de la lengua hablada. Se rumoreaba por Remoto Seis que los dos computadores cuánticos, si coordinaban sus esfuerzos, eran capaces de predecir con acierto lo que iba a suceder durante los próximos seis meses mediante el espionaje de los diferentes nodos y la conexión entre frases que revelaban el subconsciente en gran cantidad de mensajes de texto que circulaban por Internet.

No tardaría en llegar otro mensaje al escritorio de Dios, y su tema sería «Horizonte». Ah, sí, Dios lo sabía todo sobre el pequeño esqueleto. Su equipo directivo había estado en contacto con los científicos de Mingyong por medio de correspondencia encriptada. Toda la información proporcionada por el Programa Horizonte se analizaría luego y se introduciría en los cuantos, pese a todos los esfuerzos de los agentes de ciberdefensa de la Comisión Militar Central china. Pero todavía no. Iba a estar ocupado con la destrucción de ciudades, que realizaría por medio de intermediarios.

A un kilómetro de la costa de Hawaii.

Es la hora de empezar. El equipo de operaciones especiales acaba de partir. Las aeronaves no tripuladas Scan Eagle están en el aire, y Saien y yo nos encargamos de controlar la recepción de imágenes en infrarrojos. Aunque los aparatos estén estabilizados con giroscopios, la imagen que recibimos no tiene una calidad comparable a la del Predator. La ventaja es que estas pequeñas aeronaves se pueden lanzar desde la cubierta de un submarino y no exigen mucho mantenimiento ni combustible.

Hoy mismo nos han reenviado un mensaje de Tara en el que me ponía al corriente de lo que sucede en el portaaviones. También ha tenido la amabilidad de indicarnos el movimiento de John sobre el tablero de ajedrez.

La amo, y ahora me doy cuenta más que nunca. Ojalá pudiese superar las barreras que me impiden expresárselo de manera más abierta, aunque fuera tan sólo sobre esta hoja de papel.

Al pasar tanto tiempo lejos de ella, mis sentimientos se vuelven todavía más intensos, porque tengo un vacío en el pecho desde el momento en el que dejé una parte de mí mismo a bordo del portaaviones. Haré todo lo que pueda por volver entero y no infectado, por abrazarla de nuevo.

Aunque no soy el típico tío emotivo, al ver partir a esos hombres hacia la isla lo he sentido por ellos. Puede que no vayan a tener tanta suerte como yo. Casi me siento culpable, como si hubiese una determinada cantidad de suerte en el mundo y yo la hubiera gastado casi toda. Para aclararme las ideas, voy a regresar a mi camarote, y emplearé un tiempo en trazar el movimiento de John sobre el tablero y planear la respuesta. Así pasaré el rato hasta que me necesiten. Su jugada más reciente tiene un aspecto muy extraño. Voy a tener que adivinar qué es lo que ha querido decirme. Hasta ahora, me enviaba movimientos del tipo:

«John contra Kil: K a 3C».

Pero su último movimiento consiste en una serie de combinaciones con este aspecto:

«John contra Kil: W&I pg34 pl34 BT pg34 pl55».

Y la combinación se alarga bastante más.

Voy a tener que pasar un rato frente al tablero para averiguar lo que ha querido decir. Ha mandado demasiadas combinaciones como para que puedan entenderse como un único movimiento de ajedrez. Quizá haya habido algún problema con la transmisión.

Máximo dominadas: 10.

Flexiones de brazos: 90.

2,5 km en la cinta ergométrica: 10,58.

A treinta mil metros sobre territorio chino.

Muy por encima de la Tierra, un ingenio volador con forma de triángulo se desplazaba a Mach 6. Sus sensores estaban pendientes de lo que ocurría en tierra, en la República Popular China.

—Aquí Mar Profundo llamando a la base, Bohai, cambio.

La voz retransmitida sonaba maquina y amortiguada, porque el piloto hablaba con la máscara de oxígeno puesta.

—Indique altitud, Mar Profundo.

—Mar Profundo a treinta mil metros, Mach seis punto uno.

—Recibido, Mar Profundo, hoy vamos un poco lentos. ¿Cómo está el visionado?

—Las cámaras están giradas, no ha habido cambios desde la última misión. Un veinte por ciento de Beijing sigue en llamas, ni rastro de detonaciones no convencionales al alcance del sensor. Sigue intacta, Base.

—Recibido. ¿Cree que podría ir hoy mismo hasta Moscú, Mar Profundo?

—A Base, eso serían treinta y dos mil millas náuticas de vuelo. Podría llegar en treinta y ocho minutos. ¿Prioridad uno?

—No, Mar Profundo, esta vez no es prioritario.

—Recibido, Base, me mantengo en la prioridad indicada por el gobierno en funciones.

—Entendido, Mar Profundo, sólo queríamos saber si tendría tiempo.

La nave negra prosiguió con su patrulla hipersónica sobre las regiones de Bohai, en China. El piloto apuntó la cámara multispectral a la plaza de Tiananmen para obtener una calibración óptica e inició el cambio de la visión eléctrica a la térmica. Los cientos de millares de no muertos andantes estaban fríos. Entonces, el piloto empezó a introducir la contraseña de la pantalla multifuncional para acceder a las coordenadas de las instalaciones. El piloto sabía que se trataba de un lugar donde, en lo más profundo de sus entrañas, se ocultaba un secreto tan clasificado que el mero acceso a su conocimiento, sin autorización previa, habría sido motivo suficiente para que lo mataran. Incluso antes de la anomalía.

Pronto, tal vez al cabo de una semana, la Fuerza Expedicionaria Clepsidra entraría en Bohai y, por lo tanto, en aguas chinas. El piloto tendría que hacerse cargo de una última prioridad en la misma área, una misión de apoyo a Clepsidra que coincidiría en el tiempo con la incursión. Después, ya no sería seguro permanecer allí, teniendo en cuenta lo que se había planeado para la extracción de la Fuerza Expedicionaria.

El pajarito prosiguió con su ruta de reconocimiento y sacó millares de fotografías digitales e imágenes de vídeo en alta resolución que se analizarían y se entregarían al

gobierno en funciones. A continuación descenderían por el escalafón del ejército hasta llegar a manos de la Fuerza Expedicionaria Clepsidra para que ésta pudiese planear su misión. Todo conocimiento de la existencia de la aeronave que pilotaba, e incluso de sus capacidades, había quedado sepultado bajo un programa especial de acceso que había costado billones de dólares, en un tiempo en el que los acrónimos y nombres código del gobierno aún contaban para algo.

A bordo del George Washington.

El Dr. Dennis Bricker se limpió el sudor de la frente con la bata y añadió otro punto al codo del niño. Jan le ayudaba, pues conocía bien al paciente.

—Tienes que ir con más cuidado, Danny. Este barco es peligroso. Podrías haberte partido la cabeza por la mitad.

Danny no quería mirarla a los ojos. Jan había adoptado el rol de tía durante los meses en los que habían sobrevivido juntos en el Hotel 23.

—Lo siento, Jan. Es que me estaba divirtiendo y jugaba a ser un zombie.

—¿A qué dices que jugabas? ¿Cómo se te ha ocurrido? —le preguntó Jan mientras el Dr. Bricker le cosía otro punto a Danny y le arrancaba una mueca de dolor.

—¡Ay! —Danny dio una pequeña sacudida—. Bueno, es que jugamos porque es divertido. Así mis amigos no pasan tanto miedo por la noche. —Bricker le escuchaba y analizaba sus palabras y sus gestos.

—¿Miedo de qué, Danny?

—Miedo de los zombis del barco.

—Danny, cariño... Mira, aquí no hay zombis. Están muy lejos de aquí, en la costa.

Bricker le dio el último punto y dijo:

—Muy bien, jovencito, ya hemos terminado. Ni se te ocurra volver a hacerte daño; como casi no nos queda hilo, la próxima vez te pondré grapas. ¿Lo has entendido?

A Danny se le agrandaron los ojos tan sólo con pensarlo.

—Gracias, Dr. Bricker. Gracias, Jan. ¿Puedo marcharme ya?

—Sí, cariño, ya hemos terminado —dijo Jan con voz tranquilizadora.

Danny saltó de la mesa, volvió a ponerse la camiseta por la cabeza y salió por la puerta. Por el ritmo de sus pisadas, supieron que se había echado a correr tan pronto como la puerta estuvo cerrada.

—Volverá —predijo Bricker.

Jan suspiró.

—Sí, lo sé.

—Sabes, Jan, no es la primera vez que oigo decir que hay criaturas a bordo. Este portaaviones mide más de trescientos metros de largo, más de setenta y cinco de ancho, y siete de sus niveles se encuentran bajo el agua. Es enorme. Tiene muchos lugares que no he visto nunca.

—¿No me dirás en serio que el ejército los tiene aquí escondidos? ¿Con qué

propósito?

Bricker se quitó la mascarilla y las gafas, y miró a Jan.

—Antes de que llegaras, de vez en cuando me ordenaban que hiciese cosas raras y que no se lo contara a nadie. Has trabajado aquí lo suficiente como para que no tenga remilgos en decírtelo. Cada cierto tiempo, un miembro de la tripulación me traía muestras de masa cerebral y me pedía que las analizara. Todavía guardo algunas de esas muestras. Yo les dije que las había destruido después de analizarlas. Apenas si puedo hacer nada más que un estudio celular normal, porque no disponemos de microscopio electrónico, pero ahora mismo trabajamos en ello. A mí tan sólo me ordenaron un examen médico ordinario, pero les hice pruebas que iban mucho más allá.

Jan dejó resbalar el cuerpo sobre el taburete de acero inoxidable y se puso en pie.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, para empezar, utilicé el géiger médico. La materia cerebral registraba notables picos de radiación. No eran suficientes para hacerle daño a nadie, porque la muestra de cerebro era demasiado pequeña, pero sí para revelarme varias cosas. Lo suficiente para saber que el trozo de cerebro procedía de un lóbulo frontal que probablemente había pertenecido a una de esas criaturas. No una de las que caminan pesadamente...; una de las irradiadas. Lo más alarmante de todo era que nadie había llevado a cabo un reconocimiento en el continente, ni una operación de captura durante las dos semanas previas a la recepción de la muestra. Estaba muy fría cuando la dejaron a mi cargo... había salido de un refrigerador. Estaba mucho más fría que la temperatura ambiente de la habitación; recuerdo que lo expliqué en mi informe.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Nada, Jan. No haremos nada y nos preocuparemos de nuestros propios asuntos. No serviría de nada que levantáramos la liebre.

Jan, indignada, salió de la enfermería sin sacarse la bata ni decir adiós.

Bricker le gritó cuando estaba en el pasillo:

—Jan, esto tiene que quedar entre nosotros. ¿De acuerdo?

Jan sintió la tentación de arrearle un manotazo a Bricker, pero su buen sentido le dijo que no habría servido para nada.

Fuerza Expedicionaria Clepsidra —Hawaii.

La lancha llegó a las arenas de Oahu a una velocidad de veinte nudos y los operativos que viajaban en la pequeña embarcación se llevaron una buena sacudida. Rico se enjugó la espuma que se le habían metido en el capuchón y en los anteojos de visión nocturna, y empezó a disparar. Otras carabinas silenciadas siguieron su ejemplo. La visión distorsionada por el capuchón no les permitía disparar bien, pero los no muertos no notaban la diferencia y se desplomaban sobre la arena, y la espuma los cubría.

Se abrieron camino hacia el interior. Se valían de la oscuridad para esquivar a muchas de las criaturas. Empleaban armas de rayos láser infrarrojos para localizar a sus víctimas y para no disparar dos veces contra la misma criatura. Los hombres mataban sistemáticamente, por grupos. El Rojillo recargaba las armas siempre que podía.

Anduvieron con gran esfuerzo hacia el interior y encontraron por el camino los restos de una gran embarcación de vela, víctima de un tsunami o de una ola traicionera. Criaturas muy descompuestas colgaban de sus puertas, escotillas y jarcias rotas. Siguieron adelante.

La aeronave no tripulada que se hallaba en lo alto les informó de que no había hordas al otro lado de la embarcación pero que, de todos modos, la concentración de no muertos en el lugar era elevada. No poseía la misma eficacia que un Predator, pero tendría que bastarles. Aun cuando hubieran contado con uno, habrían necesitado un equipo de personas muy numeroso, así como un aeródromo de verdad, para proceder a su lanzamiento y ulterior recuperación. Desde luego que no habrían tenido suficiente con el escaso espacio de popa de un submarino nuclear de ataque rápido. El Scan Eagle volaba bajo y los hombres oían el reconfortante murmullo de su pequeño motor. También lo oirían los no muertos.

Griff indicó la dirección:

—Uno-cinco-uno grados hacia el objetivo. Catorce kilómetros y medio.

—Recibido, Griff, encárgate de mantenernos en ruta —dijo Rex.

Les llegó otra transmisión...; oyeron la voz de Kil.

—El Scan Eagle os ha encontrado a un kilómetro y medio de la costa. Alta densidad a lo largo de otros tres kilómetros hasta que hayáis dejado atrás el cinturón de criaturas. Tan sólo vemos cuatro etiquetas luminosas. ¿Alguno de vosotros lleva la etiqueta cubierta?

Rex detuvo al grupo y éste adoptó instintivamente una formación de defensa en la que todos los operativos miraban hacia fuera, unos a espaldas de otros, para proteger

al miembro más valioso del equipo: el Rojillo.

—Bueno, muchachos, ya habéis oído lo que dicen desde el submarino. Comprobad que la etiqueta luminosa esté bien. Tienen que vernos para poder avisarnos de las amenazas.

Los cinco hombres apagaron los infrarrojos de sus respectivas armas y una luz verde inundó sus anteojos de visión nocturna. Buscaron la tira de cinta de 2,5x2,5 centímetros que reflejaba los infrarrojos y delataba su posición a la aeronave no tripulada que se hallaba en lo alto.

—Mierda, era yo. Lo siento. —Huck arrancó el velcro con la bandera estadounidense estampada que le cerraba la manga del traje protector y dejó al descubierto la etiqueta luminosa que le había quedado debajo.

—Esto es el karma por lo mamón que eres, tío —le respondió Rico, que no perdía ni una sola oportunidad de humillar a Huck.

—*Virginia*, ¿a cuántos veis ahora? —preguntó Rex por la radio.

—Vamos bien, ahora ya os vemos a los cinco. Cambio... Atención, os recomiendo que caminéis en dirección uno-ocho-cero hasta que hayáis recorrido otro kilómetro. Grupo muy numeroso más adelante, uno-cinco-cero, a trescientos metros de vuestra posición.

—Recibido, los esquivaremos —contestó Rex.

Los hombres se desviaron más hacia el sur para evitar a la masa de no muertos. Rex le echó una ojeada al sensor de radiación portátil que llevaba en el cinturón. Los niveles eran altos, pero no superaban la capacidad protectora de sus trajes. Kunia estaba a menos de dieciséis kilómetros isla adentro y, de acuerdo con los modelos que reproducían la explosión, se hallaban dentro de los parámetros de supervivencia, siempre que los trajes no se deteriorasen.

Ojalá no sucediera tal cosa.

—Tangos a treinta metros, disparad —dijo Rico a los demás. Rex disparó un cartucho y derribó a un niño no muerto. Se obligó a sí mismo a expulsar aquel fragmento de horror de su cerebro para poder matar al que venía después.

«Clic».

«La jodida alimentación doble», pensó. Rex soltó el cargador, abrió el cerrojo de un tirón y metió los dedos por el brocal del cargador. Lo manoseó sin quitarse los guantes antirradiación, hasta que por fin logró que los dos cartuchos estropeados saltaran al suelo. Rex metió otro cargador justo antes de que Rico disparase y arrojara trozos de carne radiactiva contra el capuchón del propio Rex. Éste le hizo un gesto con la cabeza a Rico mientras se limpiaba la máscara. «Mejor pringado que muerto».

El peso de las municiones que llevaban en la mochila, por sí solo, era abrumador, pero disminuyó en cuestión de minutos a medida que se sucedían los atroces tiroteos y las retiradas tácticas. El mismo motivo se repitió y repitió durante la mayor parte de

la noche. Avanzaron durante horas por el cálido y accidentado terreno de Hawaii y mataron cuando no les quedó otro remedio, mientras que en la mayor parte de los casos dieron rodeos.

A medianoche, llegaron a la recta final de los casi dieciséis kilómetros de marcha hasta los túneles. Solamente la velocidad y capacidad de maniobra de sus carabinas cortas y silenciadas los salvaron de morir descuartizados. El apoyo de la aeronave no tripulada también debió de salvarles la vida en media docena de ocasiones durante el camino. Rex se maravilló de la velocidad y ferocidad de las criaturas, y se estremeció ante cada uno de los ataques a la carrera que intentaron contra el equipo. Abrumados por la fatiga y sudorosos bajo los atuendos protectores, llegaron por fin a Kunia.

El aparcamiento del túnel estaba tan abarrotado como habría podido estarlo en un día normal de trabajo. Otra de las reliquias de un mundo muerto. Los coches, cubiertos de polvo, reposaban en posiciones varias sobre la superficie pavimentada del aparcamiento. Algunos de ellos se habían quemado por completo hacía tiempo. El intenso calor había fundido la pintura y la goma y había agrietado los cristales de los coches vecinos. En todo el aparcamiento casi no había no muertos, salvo por unos pocos extraviados que daban vueltas por las escaleras que conducían a la cueva.

El equipo formó cerca de uno de los peñascos que marcaban los límites del aparcamiento y se preparó para lanzar un asalto contra el túnel.

—Bueno, Rojillo, empecemos de nuevo —pidió Rex.

—Sí, señor. Esas puertas que se encuentran en lo alto de las escaleras dan paso a un túnel de cuatrocientos metros que va por el interior de la colina. Al final del túnel hay un control de acceso a la derecha. Tendremos que buscar una manera de pasarlo; son unas puertas que van desde el techo hasta el suelo. Si la electricidad aún funcionara, mi insignia de agente de Inteligencia las abriría. En cuanto hayamos logrado pasar las puertas, encontraremos a un lado los generadores, y al otro nuestro objetivo. En resumen: cuatrocientos metros de túnel, giramos a la derecha, giramos a la izquierda. El lugar que buscamos está a la izquierda. Los generadores están al otro extremo, a la derecha.

Consultaron los mapas dibujados a mano y compararon las ubicaciones del objetivo. Todos ellos tenían copias plastificadas que les habían proporcionado a bordo del *Virginia*. Un disparo con silenciador interrumpió el silencio...; había sido el Rojillo.

Una criatura se desplomó estrepitosamente unos pocos metros más allá de un coche aparcado.

La radio crepitó con el tono de sincronización de un mensaje encriptado del *Virginia*:

—Clepsidra, esto es un aviso, hemos visto movimiento frente a las puertas. Un pequeño flujo de criaturas, unas cincuenta, agitándose. Si se acercan peligrosamente,

informaremos. Responded antes de entrar en el túnel, vamos a perder toda posibilidad de comunicarnos una vez estéis dentro.

—Recibido, *Virginia* —contestó Rex—. Rojillo, vamos a entrar ahora mismo en el túnel. Camina siempre entre nosotros y, por el amor de Dios, no se te ocurra morirte. Si te mueres, Larsen nos hará papilla a nosotros.

—Sí, señor.

Los hombres ascendieron por la larga escalera que conducía hasta el puesto de guardia. Mientras subían, encontraron cuerpos sobre los escalones. Los había que aún se retorcían, mutilados. El géiger emitía una alarma muy leve. Los escalones estaban forrados de metal y probablemente éste había absorbido grandes cantidades de radiación cuando la bomba estalló en Honolulu. Los cinco corrieron a gran velocidad escaleras arriba para escapar de la radiactividad que les corroía los trajes.

Al llegar a lo alto, el Rojillo señaló a pocos metros de distancia una garita que se hallaba enfrente de las puertas del túnel.

—Ése es el puesto de guardia.

Un centinela no muerto se encontraba en el interior, con el rifle de asalto cruzado todavía sobre el pecho. Hacía tiempo que los labios se le habían podrido hasta desaparecer. Parecía que sonriera a los hombres que se encontraban al otro lado del cristal antibalas, pero se trataba tan sólo de una ilusión; la criatura no veía nada ni tenía noticia alguna de su presencia. A duras penas podían ellos ver a la criatura a través de la capa de residuos de carne podrida que cubría la ventana del puesto de guardia. El calor hawaiano había cocido a fuego lento a la criatura durante aquellos meses.

—Insignias de agente de Inteligencia visitante. En esa esquina de allí hay un montón. Las insignias de visitante otorgaban pleno acceso y dudo que cambiaran los códigos de cuatro dígitos que empleaban. Yo me encargaba de acompañar a los VIP por las instalaciones. Senadores, almirantes, generales..., todo el mundo. Os llevaríais una sorpresa si supierais cuántos de ellos eran incapaces de abrir las puertas de seguridad y tenían que darme a mí los códigos de visitante y las insignias para que los ayudara a entrar y salir. Las insignias con número par empleaban el código 1952 y las impares el 1949. No me cabe ninguna duda de que el interior se habrá quedado sin electricidad, pero no estaría mal que nos lleváramos alguna, porque así, cuando logremos restablecer en cierta medida el flujo eléctrico, nos servirán para mantener abiertas las puertas de seguridad.

—De acuerdo. Rico, mata al guardia y saca esas insignias.

Rico asintió y dio una ruidosa patada en la puerta. Ésta no se movió, pero la criatura sí reaccionó, y golpeó la puerta a su vez. El sonido de la carne podrida contra la puerta le dio arcadas al Rojillo, quien dobló el cuerpo, pero no llegó a vomitar.

—¿Saco la llave maestra? —preguntó Rico.

—Todavía no. Rojillo, ¿cómo vamos a abrir las puertas de la cueva?

—Espera un segundo —dijo el Rojillo entre arcada y arcada—. Allí, cerca de la puerta, hay un acceso manual que se abre con manivela. Hay un candado que lo cierra. La llave y la manivela están dentro del puesto de guardia.

—Joder, ¿estás seguro? —dijo Rex con la voz cargada de tensión.

—Sí, señor, estoy seguro. Monté guardia aquí cuando era novato. Están en el suelo, debajo del escritorio. Tenía que comprobar dónde estaban cuando hacíamos simulaciones de fallo eléctrico.

—¡Rico, la llave maestra! —exclamó Rex.

—¡Todo el mundo atrás, listos para actuar! —Rico sacó una escopeta Remington de cañones recortados de la funda de cuero que llevaba a la espalda y le levantó el seguro. Siempre tenía un cartucho a punto. Tiró del gatillo e hizo astillas la puerta de madera de la garita justo al lado del cerrojo. En el lugar donde había estado el picaporte quedó tan sólo un agujero. Rico dio otra patada muy fuerte en la puerta.

Se abrió hacia adentro y derribó a la criatura al suelo, de bruces. Esta trató de levantarse, pero Rico sacó el machete que llevaba en el cinturón y lo clavó por detrás de su cráneo blando y medio podrido. Tuvo buen cuidado de no emplear demasiada fuerza, porque tenía miedo de dañar la punta del arma si llegaba a salir por la frente y golpeaba el suelo de hormigón. Inmovilizó el cráneo con la suela de la bota, le arrancó el machete y lo secó en el asiento de la garita. Si no hubieran llevado los trajes puestos, el olor habría sido tremendo.

—¡A ver, aquí tenemos cinco insignias, pero ninguna manivela! —gritó Rico en la puerta. Sabía que no tenía ningún sentido permanecer en silencio después del disparo con la escopeta.

Huck apartó la mirada del sector que cubría y se arriesgó a echar una ojeada escalera abajo.

—Rex, vienen por nosotros, tío, están al pie de la escalera —dijo sin alterarse.

Rex corrió al puesto de guardia para ayudar a Rico a buscar la manivela.

—Agárralas, Rico. Tenemos que marcharnos de aquí. Ya suben por las escaleras.

Rico y Rex salieron corriendo de la garita y miraron al Rojillo, con rabia en los ojos.

—¿Qué coño significa esto, Rojillo?

—¡No lo sé, estaba allí! —dijo el Rojillo, nervioso, al tiempo que se ajustaba los anteojos de visión nocturna y miraba en derredor.

Griff estaba en lo alto de las escaleras, con el arma a punto, y apuntaba a las criaturas que subían. Vigiló mientras los demás corrían a la puerta y trataban de abrirla con los dedos...; la puerta era de acero y medía cinco metros de altura.

El Rojillo corrió hasta el otro extremo de la enorme puerta y se dio un golpe muy fuerte en la pantorrilla.

—¡Mierda! Me he hecho daño —gritó, y miró hacia el suelo—. ¡Está aquí!

La manivela se había quedado puesta en el panel hidráulico. El Rojillo la hizo girar todo lo rápido que pudo; la puerta crujió y chirrió. A cada giro completo de manivela se abría un cuarto de centímetro; aquello iba a ser muy lento. Trocitos de herrumbre saltaban de los goznes de la gigantesca puerta a medida que los batientes, poco a poco, entre crujidos, se abrían hacia ambos lados.

Griff gritó de nuevo al grupo desde lo alto de las escaleras, pocos metros más allá.

—¡Voy a disparar, son demasiados! ¡Treinta segundos!

Era todo lo que les quedaba antes de que se desatara el infierno y los no muertos empezaran a subir por las escaleras para hacerlos pedazos. Había tan sólo quince metros desde lo alto de las escaleras hasta las puertas que el Rojillo, febrilmente, trataba de abrir. El resquicio ya tenía varios centímetros de anchura. Griff disparaba sin cesar y amontonaba cadáveres sobre los escalones. Con disparos quirúrgicos, neutralizaba a las criaturas que sabía que caerían en la dirección más adecuada para bloquear a las que venían después, y así ganaba tiempo.

El Rojillo le dio vueltas a la manivela hasta que los músculos le fallaron.

—Mis brazos ya no pueden más..., que alguien me sustituya.

Huck le sustituyó en la manivela y la hizo girar con pánico por su vida. El resquicio era ya de unos treinta centímetros.

Griff gritó de nuevo:

—¡Rojillo, ven aquí, coño, y ponte a disparar!

—¡Disparando! —respondió el Rojillo, en un intento por imitar la brevedad con que les había oído comunicarse de camino hacia la cueva.

—¡Mucho cuidado, Rojillo, y retrocede si los tienes a menos de tres metros! —le recordó Rex, al tiempo que cubría a Huck.

El Rojillo y Griff dispararon con las carabinas silenciadas. Algunos de los cartuchos pasaron a través de las criaturas y rebotaron en los escalones de hormigón, y dieron contra el techo de metal y los coches aparcados. Las criaturas prosiguieron con su implacable marcha escaleras arriba.

Los no muertos se acercaron tanto que Rex vio que Griff los embestía con el cañón de su arma y los empujaba hacia atrás. El silenciador se había calentado tanto con la expulsión de gases que la carne de la criatura crepitó con el contacto antes de que Griff tirase del gatillo. Una lluvia de sesos roció los escalones que se encontraban más abajo y el cuerpo del monstruo derribó a varios otros por las escaleras del infierno. De no ser por la oscuridad, todos ellos habrían muerto. Tanta era la rapidez de las criaturas.

—Dos pasos hacia atrás, Rojillo. Están avanzando.

El Rojillo obedeció, pero no dejó de disparar.

—Ya se ha abierto lo suficiente —dijo Rex desde cerca de la puerta—. ¡Todo el

mundo adentro!

El Rojillo y Griff caminaron hacia atrás y dispararon hasta llegar a la puerta. Uno tras otro, se quitaron las mochilas y las arrojaron por el resquicio. Rex había despejado el área que se encontraba inmediatamente después de las puertas, pero no tenía ni idea de lo que podía acechar más allá en el interior del túnel. Como tan sólo contaban con la luz de luna y los anteojos de visión nocturna, más allá de quince metros únicamente veían un color verde oscuro. No tenía tiempo para encender los infrarrojos de la mira del arma y descubrir lo que pudiera esconderse en la oscuridad.

El Rojillo estrujó el cuerpo para pasar entre las puertas y acceder a la cueva. El interior olía a muerte y a moho. Pensó que tal vez hubiese criaturas en la cercanía.

—Ahora que estamos al otro lado, ¿cómo vamos a cerrar las puertas?

Los muertos se habían puesto a chillar.

Los cinco se encontraban ya en el túnel, la puerta se había quedado inmovilizada con una abertura de cuarenta y cinco centímetros. Rex miró al otro lado y vio dar vueltas a las criaturas. El puesto de guardia ya estaba abarrotado y Rex sabía que no tardarían en meterse por la entrada de la cueva.

—¿Alguien tiene alguna idea? —preguntó Rex.

La radio crepitó.

—Clepsidra, Scan Eagle nos indica que un enjambre se mueve por vuestra zona. Parece que las criaturas empiezan a concentrarse en vuestra posición —dijo una voz desconocida por la red.

—Recibido —dijo Rex con cara de exasperación—. No me jodas.

Rico empezó a disparar con la carabina contra las criaturas que se hallaban al otro lado de las puertas. Éstas empezaban a sentir curiosidad. Como la puerta había quedado abierta en un ángulo desafortunado, tenía que sacar por completo el torso para controlar los disparos.

Al mirar por el túnel con los infrarrojos, Huck descubrió un colchón con almohada incorporada, apoyado en la pared sobre un somier.

—Rex, échame una mano con esto.

Trabaron el colchón en posición vertical dentro del resquicio de cuarenta y cinco centímetros en el mismo momento en el que una criatura trataba de meter la cabeza. Encajaba bien, pero no era más que una solución temporal.

—Tendremos que apuntalarlo con toda la mierda que tengamos a mano para que no puedan empujarlo —dijo Rex a los demás.

Se desplegaron todos en el área inmediata y buscaron escombros o cualquier tipo de material que pudiera emplearse para montar una barricada tras la puerta. El Rojillo empezó a adentrarse en el túnel.

—No te vayas muy lejos, Rojillo..., el viejo me ha ordenado que no te pierda de vista —dijo Rex.

—Sí, señor, desde luego. Veo algo más adelante.

Un cochecito de golf. Rex siguió al Rojillo para verlo más de cerca. El cochecito funcionaba con baterías y se había empleado para transportar a los VIP de un extremo a otro del largo túnel subterráneo. Estaba marcado con un cartel separable que mostraba un fondo azul y cuatro estrellas blancas.

—Parece que el último que viajó con esto tenía cuatro estrellas. Vamos a empujarlo hasta la puerta —propuso Rex, al tiempo que pisaba el pedal y quitaba el freno.

Actuaron con rapidez y empujaron el cochecito entre los dos hasta llegar a la entrada. Los cinco hombres gruñeron al unísono, levantaron el vehículo y lo colocaron paralelo a la puerta. Lo pusieron justo detrás del colchón que frenaba el torrente de no muertos. Rex volvió a echarle el freno para inmovilizarlo allí. Se oía el retumbar de puños huesudos contra la puerta. Los hombres formaron un círculo para poner en orden sus ideas.

—*Virginia*, aquí Clepsidra. Estamos dentro..., no perdáis de vista la puerta. Si los veis entrar, pegadnos un grito. Uno de nosotros se va a quedar cerca de la puerta para mantener la comunicación —transmitió Rex.

La respuesta les llegó algo débil, pero comprensible.

—Recibido, Clepsidra. Estoy en ello. —Esta vez era la voz de Kil; Rex no puso cara de exasperación.

El mismo hecho de que hubieran logrado llegar a la cueva era notable de por sí. Estaban allí, y un colchón y un cochecito de golf eran lo único que los separaba de una no muerte segura, en una isla devastada y radiactiva, dentro de una instalación de alto secreto que había dejado de funcionar. Un día sencillo.

Kil estaba en la sala de control y ordenó a los pilotos de la aeronave no tripulada que ajustaran su órbita sobre la puerta de la cueva, como se les había pedido. Uno de los hombres se tomó mal la orden y Kil tuvo que disciplinarle con la amenaza de mandarlo a él en persona a la entrada de la cueva para montar guardia. Kil estaba nervioso por la situación que podía darse sobre el terreno a dieciséis kilómetros de allí, pero tuvo buen cuidado de transmitir confianza por la radio. Había leído libros acerca de la misión del Apolo XIII y se acordaba de lo importante que había sido para la central mantener la calma en las conversaciones con los astronautas. Aunque no corriera peligro en el submarino, aún comprendía la necesidad de transmitir confianza a quienes la necesitaban.

Pasaron quince minutos antes de que Kil les mandara una actualización.

—Clepsidra, las criaturas no se concentran en la puerta. Por ahora, no se producen incrementos en actividad ni en intensidad.

—Recibido, Kil, nos viene bien saberlo. Gracias por montar guardia —dijo Rex, y por un instante permitió que la disciplina en las comunicaciones se relajara—.

Griff, tú te vas a quedar cerca de la puerta y nos retransmitirás cualquier mensaje que recibas por radio. En cuanto nos hayamos adentrado en el túnel, no podremos mantener la conexión con el *Virginia*.

Griff asintió para expresar su acuerdo.

—Yo voy delante. Rojillo, tú te vas a quedar entre Rico y yo. Huck, tú irás pegado al Rojillo. Rico, tú irás detrás. —En cuanto estuvo seguro de que todo el mundo lo había comprendido, Rex inició su avance—. Que tengas suerte, Griff.

—Vosotros también —respondió Griff sin mirar atrás, atento tan sólo a la puerta y a los no muertos del otro lado.

Las criaturas habían chillado desde que el grupo entró en el túnel. Los hombres hacían todo lo posible por no enterarse del sonido. No había manera de acostumbrarse. Mientras avanzaban por el túnel, el Rojillo se acordó del tiempo en el que había estado destinado en aquella cueva.

Ambas paredes estaban cubiertas de dibujos, obra del personal militar destinado allí a lo largo de los años. Uno de los murales representaba a un esqueleto con uniforme de marine sentado en una silla, con los auriculares puestos, enfrente de un aparato de radio. Parecía que escuchara una desconocida retransmisión. Los cuatrocientos metros de murales proporcionaban una extraña representación visual de lo que en términos poco rigurosos habría podido llamarse la historia de aquellas instalaciones. Algunos de los detalles que aparecían en los dibujos tan sólo los podía entender un ex agente como el Rojillo. Otras de las representaciones gráficas aludían a operaciones de alto secreto que habían tenido lugar allí. El Rojillo se sonreía cada vez que el equipo pasaba frente a obras de arte a las que él mismo había contribuido antes de que lo enviaran a su siguiente destino.

—Ya estamos a la mitad del túnel —les dijo el Rojillo a los demás.

—¡Chsst! Oigo algo más adelante —susurró Huck.

Los hombres empuñaron las armas por lo que pudiera suceder.

—Rojillo, quédate ahí atrás con Huck. Rico, tú vienes conmigo. Rex y Rico se adelantaron unos metros.

La ligera curvatura del túnel se transformó en línea recta y dejó a la vista la barricada donde había tenido lugar el último acto de resistencia. Había allí docenas de criaturas, la mayoría en hibernación, de pie a ambos lados de la improvisada barrera. Unos pocos no muertos caminaban a su alrededor, porque los ruidos procedentes de la entrada de la cueva los habían despertado.

—Son demasiados, no podremos con ellos... Se despertarán en cualquier momento y se nos follarán —dijo Rico.

—Sí, mejor que regresemos con los otros —dijo Rex.

Ambos volvieron con los demás y les explicaron lo que acababan de ver.

—Bueno, vamos a necesitar a todo el mundo. Debe de haber unos cincuenta

dormidos junto a una barricada, unos noventa metros más adelante. Algunos se están despertando.

Un gran estrépito en la oscuridad interrumpió el silencio. Una de las criaturas debía de haber tropezado con un objeto cercano a la barricada.

—Vamos por ellos. Primero los que caminan, y luego los durmientes. Rojillo, no quiero que te acerques a las criaturas. Si nos embisten, tú te marchas corriendo por el túnel hasta donde está Griff, ¿de acuerdo?

—Sí..., no sé. Yo también llevo una arma, ¿sabes? —Estaba claro que la orden de huir le había herido el ego.

—Sí, tú también llevas una arma, pero aquí no hay nadie más que sepa chino —dijo Rex—. ¿Qué pasará si te infectan y nos vemos obligados a matarte? ¿Se te ha ocurrido lo que nos podría pasar si no podemos comunicarnos con los chinos cuando entremos en sus aguas? ¿Y si una parte del Estado Mayor y del gobierno chino ha sobrevivido y no podemos decirles que venimos en paz? ¿Un submarino contra la Flota del Mar del Norte de China? ¿Te lo imaginas? —Aunque los anteojos y el capuchón ocultaran las pupilas del Rojillo, su lenguaje corporal fue suficiente para que Rex viera que lo había entendido.

Rex tomó una lectura con el géiger y les dijo que podían quitarse el capuchón protector mientras les exponía el plan.

—Esto es lo que vamos a hacer. Nos acercaremos lo suficiente como para empezar a disparar contra los que están activos. Luego iremos por los durmientes. Que nadie dispare antes que yo, excepto en defensa propia. Los disparos de estas carabinas van a resonar con fuerza en el túnel, por mucho silenciador que lleven. Tienes que estar preparado para aguantarlo, Rojillo.

El Rojillo asintió con la cabeza.

—Bueno, vamos allá.

Los cuatro avanzaron por el túnel hasta que Rex levantó el puño para indicarles que se detuvieran. El propio Rex empuñó el arma y disparó, y así dio la señal para que todos los demás empezaran a abatir a los no muertos.

Al principio dispararon a las criaturas activas y erraron algunos tiros; las balas arrancaron chispas a las paredes de hormigón y despertaron a los durmientes. Toda el área que circundaba la barricada se llenó de movimiento, con lo que se hizo más difícil disparar. El túnel distorsionaba el sonido y hacía que las criaturas se marcharan en todas las direcciones. Algunos de los no muertos caminaron hacia el grupo, pero a esos los destruyeron en seguida. El equipo logró abatirlos a todos ellos, salvo a unos pocos rezagados que se quedaron al otro lado de la barricada.

La radio crepitó:

—Eh, tíos, la situación que tenemos aquí se degrada rápidamente —dijo Griff, mientras sus compañeros liquidaban a las criaturas que se encontraban al otro lado de

la barricada—. El *Virginia* dice que se están concentrando a la entrada de la cueva y yo me lo creo. Las puertas empiezan a combarse.

—¡Defiende tu puta posición! —le dijo Rex por radio a Griff.

Los cuatro saltaron sobre la barricada y abatieron a tiros a otras dos criaturas antes de avanzar hasta el control de acceso. Al no haber corriente eléctrica, las insignias no les valdrían para acceder a las zonas reservadas de la cueva.

Rex creyó oír la acción silenciada de la carabina de Griff, cuatrocientos metros más allá. Parecía que hubiera empezado un enfrentamiento de verdad. Se quitó de la cabeza los problemas de Griff y sacó las ganzúas que habían de permitirle abrir un acceso para discapacitados que, a diferencia de las puertas, funcionaba sin necesidad de energía eléctrica. Como no tenía lubricante en pasta para el cerrojo, sabía que no le iba a resultar fácil.

Un disparo silenciado resonó a cinco metros de distancia.

—¡¿Qué coño haces, Rico?! —exclamó Rex, y dejó caer la ganzúa.

—¡Había uno que aún se movía, tío, se arrastraba por el suelo! ¡He tenido que cargármelo para que no se arrastrara hasta aquí y te pegara un mordisco en el culo!

Rex hizo un gesto con la cabeza para darle las gracias, buscó a tientas la ganzúa y se puso a trabajar de nuevo con el cerrojo. Abrió las pinzas de la navaja suiza que le había dado el ejército, las dobló para convertirlas en llave de torsión y empezó a hacer saltar las clavijas. Se afanó con el cerrojo durante cinco minutos; mientras forcejeaba, caían al suelo gotas de sudor provocado por el esfuerzo de concentración. Al fin, el cerrojo cedió, y Rex se preguntó si lo habría hecho saltar o si de verdad había soltado todas las clavijas. Abrió la puerta y apoyó contra ella un cadáver cercano para que no se cerrara, siempre con cuidado de evitar las mandíbulas inertes de la criatura.

Técnicamente, ya estaban dentro del área reservada de la cueva.

Rex hizo entrar a todo el mundo y dijo por la radio:

—¡Griff, ya estamos dentro! Todos los tangos han caído. ¡Ven corriendo!

No recibieron ninguna respuesta. Rex volvió a retransmitir el mensaje al otro extremo del túnel.

—¿Y si regreso a la puerta para ver lo que ocurre? —propuso el Rojillo.

—El riesgo sería demasiado grande —le espetó Rex—. En cuanto haya cerrado esta puerta de mierda, no correremos ningún peligro. Entre ir y venir, tendrías que recorrer unos ochocientos metros, y entretanto podrían suceder muchas cosas. Podría haber varias docenas de criaturas en las salas de libre acceso. No estaban todas cerradas. —Rex sentía revulsión ante la mera idea de abandonar a Griff a su destino. No era una opción aceptable, especialmente entre agentes de operaciones especiales.

La puerta se cerró con un sonido metálico y los cuatro hombres aguardaron. Tuvieron que pasar diez minutos para que volvieran a recibir una llamada por radio.

—Han logrado entrar y ya casi no me quedan municiones —dijo la voz de Griff—. Si no voy allí y cierro la puerta, vamos a morir todos. Es ahora o nunca, tío, dentro de un momento habrá tantos que ya no podría llegar hasta la manivela. Buena suerte... Corto y cierro.

Rex se quedó inmóvil por unos instantes, consternado por lo que acababa de decirle Griff. Iba a sacrificarse para salvar a los demás.

—Griff... Gracias. Rescate punto bravo, veinticuatro horas, estroboscópico de infrarrojos. Trata de conseguirlo. Buena suerte.

No hubo respuesta.

Entretanto, a bordo del *Virginia*, Kil estaba muy concentrado con las señales de la aeronave no tripulada Scan Eagle. Había retransmitido advertencias durante los minutos previos a la decisión de Griff de abandonar la cueva y cerrar la puerta por medio de la manivela. Hacía un minuto, había oído el mensaje por radio de Griff a Rex y había observado el rastro infrarrojo de los disparos de su carabina desde las grandes puertas de acero.

Las cámaras de la aeronave no tripulada habían detectado un objeto de poco tamaño que salía disparado por el resquicio entre las puertas de acero e iba a parar entre los no muertos congregados afuera. Unos cuatro segundos más tarde, una explosión, como de granada de fragmentación, sacudió a la manada de criaturas y las dispersó en todas las direcciones. Jirones negruzcos de carne se estrellaron contra las puertas y el puesto de guardia. Inmediatamente después de la conflagración, Griff salió corriendo por el resquicio y se dirigió a la manivela de control manual para cerrar las gigantescas puertas de acero. Kil hizo girar la cámara de la aeronave no tripulada para obtener una panorámica y observó las reacciones de las criaturas ante la explosión. El aparcamiento al pie de las escaleras bullía con el movimiento de los no muertos, polarizados como el hierro por un imán. Todos ellos convergían sobre Griff. Kil obtuvo una nueva panorámica del área donde se hallaba éste y le informó de su situación.

—Griff, son unos cincuenta, unos veinte metros a tus espaldas. Te avisaré cuando estén cerca.

No hubo respuesta.

Aunque Kil no pudiera confirmarlo tan sólo con las imágenes, parecía que Griff prescindía de todo y se había resignado a no tener nada en cuenta, salvo la necesidad de cerrar la puerta. Kil contemplaba las imágenes como si fueran una reposición; había visto ya la película, pero no en el monocromo de las imágenes captadas mediante infrarrojos que aparecían en la pantalla. No, la había presenciado en colores naturales. Nunca terminaba bien. Las criaturas se agitaban, frenéticas. En la oscuridad, no sabían bien dónde se encontraba Griff. Amplió la imagen de la puerta, al mismo tiempo que la aeronave no tripulada modificaba su trayectoria a fin de

obtener un buen ángulo. Quedaban quince centímetros de resquicio. Demasiado estrecho para que un no muerto pudiese entrar.

—¡Griff, el peligro se acerca, el peligro se acerca! ¡Déjalo ya! ¡No podrán pasar por el resquicio de ahora! —exclamó Kil.

Griff le dio otro giro completo a la manivela y miró a la puerta. Confirmó lo que le había dicho Kil. Se puso en pie de un salto y sacó el arma de refuerzo, una pistola Glock 34. El rifle se había quedado sin munición y lo había dejado apoyado contra una de las paredes de la cueva. Griff empezó a disparar contra la muchedumbre. Como le quedaba un único cargador, se le ocurrió que podía reservarse un cartucho para acabar con su propia vida.

Había tomado ya una decisión en el momento de meter el cargador nuevo dentro del arma y echarle la corredera. Los oídos le resonaban con los disparos de cartuchos de 9 mm. El último cartucho del último cargador derribó a la amenaza más cercana, pero los que venían detrás eran cientos, tal vez miles. Volvió a enfundar pistola y sacó el arma que llevaba como tercera opción. Empuñó con la diestra un machete de hoja fija, grande, afilado como una navaja, con el mango envuelto en cuerda de paracaídas; con la izquierda, otra granada de fragmentación. Era el seguro de vida de Griff, pagadero en muerte a cualquier no muerto que se hallara a una distancia máxima de quince metros.

Otra de las frenéticas criaturas se le acercó demasiado y percibió a Griff en la oscuridad. Éste trazó con la diestra el arco más largo de que fue capaz y, con un tajo de machete, decapitó a su atacante. Dejó que la cabeza seccionada y el cuerpo cayeran a sus pies. Con la misma mano con la que sujetaba el machete, extrajo la anilla de la granada que sostenía con la mano izquierda y sujetó la palanca en su lugar...: el interruptor de la muerte.

Varios cientos más subieron por la escalera cual cascada invertida. No quedaba ningún sitio a donde huir y, por lo demás, Griff estaba harto de correr.

—Griff, lo siento, tío —dijo Kil por la radio, y contempló el final del combate mediante las imágenes que recibía desde lo alto.

Griff elevó la mirada a los cielos, hizo señas con el machete, y luego se echó a correr, gritó, asestó puñaladas a las cabezas de los no muertos que se le pusieron por delante, como si hubiera querido matar a todas las criaturas de la isla. Kil no vio lo que ocurría bajo el remolino de convulsas extremidades no muertas, pero muchos de ellos cayeron antes de que Griff se cobrara su seguro de vida. En una cegadora explosión de cascotes de granada y vísceras, Griff defendió su posición hasta el final.

Círculo Polar Ártico.

La producción del combustible fue un trabajo repulsivo y nauseabundo. Con la ayuda de Kung, Crusow troceó los cuerpos medio congelados y extrajo la preciosa grasa. Las pieles estaban quemadas por el frío y maltratadas por los vientos del Ártico. En un primer momento del proceso de despiece, Kung no tuvo claro lo que necesitaba Crusow; había demasiado músculo en los primeros tajos que le pasó.

Para hacerle entender lo que quería, Crusow se pellizó la poca grasa que tenía en el abdomen y se lo enseñó a Kung.

—Esto de aquí, Kung, no esto —dijo Crusow, y señaló entonces a su propio bíceps.

Después de extraer unos noventa kilogramos de grasa de los cadáveres, empezó con el tedioso proceso químico de transformarlos en biocombustible. El olor era atroz y se necesitaba un cierto tiempo para acostumbrarse. A fin de procesar adecuadamente el combustible, había que calentar con cuidado la grasa. Se había puesto una máscara y anteojos para protegerse de la grasa hirviendo. Los primeros litros le salieron bien, y en las pruebas que hicieron dentro de la base pareció que el combustible funcionaba.

Crusow salió afuera con una pequeña cantidad, lejos del calor del laboratorio, para probarla en uno de los generadores que habían modificado para que aceptasen el combustible alternativo. Dejó el combustible en la sala de generadores durante media hora y luego, al regresar, se encontró con que se había solidificado dentro de su contenedor hasta adquirir una consistencia semejante a la de un gel.

Se lo llevó adentro de nuevo y lo dejó al lado de una salida de calefacción. Finalmente, el combustible recobró su estado líquido. La solución que se le ocurrió a Crusow para el problema de la solidificación consistía en emplear el depósito primario de diésel del Sno-Cat para arrancar el motor y consumir luego biocombustible mediante una cisterna secundaria. Instaló filamentos calefactores en el depósito secundario para mantener en estado líquido su contenido. No era una solución ideal, pero no disponía de acceso a una verdadera refinería, ni podía permitirse el lujo de quejarse por ello.

Crusow y Mark no le habían quitado el ojo de encima a Larry durante los últimos días. Estaba en cama, al borde de la muerte desde que Bret había perdido la vida al borde del barranco. Aunque los otros tres le dieran coraje, Larry empezaba a rendirse. Lo acomodaron cerca de la sala de radios, donde podrían estar más pendientes de él. A modo de precaución, habían colocado sillas y otros objetos contra la puerta. Así no les sorprendería si regresaba de la muerte. Por ello, las guardias se volvían

interesantes cada vez que las improvisadas alarmas se caían al suelo.

Las guardias junto a la radio en horas intempestivas eran necesarias y tuvieron como resultado la retransmisión de varios mensajes del *George Washington* al *Virginia*, y viceversa. La Base Cuatro en el Ártico se había transformado en un nexo de información entre ambas embarcaciones militares.

Por medio de la radio de onda corta, Crusow se familiarizaba cada vez más con John, así como con su amigo Kil. Incluso empezó su propia partida de ajedrez con John al tener noticia de las empezadas. Era una buena manera de pasar el tiempo; Crusow estaba ansioso por contactar por radio cada vez que se le presentara una oportunidad. Como en la sala de juegos de la base había varios tableros, podía seguir el juego de John contra Kil, al tiempo que jugaba el suyo propio. Eran sorprendentes los extremos a los que se podía llegar con tal de combatir el aburrimiento.

Crusow había visto ya varias veces todas las películas que tenían en la base; las partidas de ajedrez, por lo menos, eran algo siempre nuevo. Si se incluía a los jugadores, aquellas partidas por radio habrían alcanzado el índice Arbitron de cuota de audiencia más alto de la historia.

El ajedrez y los mensajes militares no eran lo único que se retransmitía por onda corta. Siempre venía bien oír noticias de otros lugares, por malas que fuesen. Durante la última semana, Crusow había descubierto que Oahu se había transformado en un vertedero atómico, y que el *Virginia* había proseguido hacia el oeste en misión de rescate después de abandonar Hawaii. La concisión militar hacía que algunos de los mensajes no tuvieran un significado claro pero, por lo general, Crusow y Mark lograban comprenderlos, salvo cuando estaban cifrados.

Ahora que el Sno-Cat contaba con un segundo depósito, podrían hacer el viaje hasta las regiones de hielo delgado del sur, donde tal vez un rompehielos pudiera rescatarlos.

Crusow logró destilar un total de doscientos diez litros de biocombustible, una cantidad adecuada, pues el depósito con calefacción propia que habían instalado en el Cat estaba hecho con un bidón de doscientos diez litros que habían rescatado del vertedero de la base.

Kung era un valioso embajador en los tratos de Crusow con Larry. Crusow se sentía mal por Kung, porque entendía que el chino no había tenido suerte. Aunque su inglés mejorara, todavía era un segundo idioma, difícil para él, y le costaba comunicar sus pensamientos y sentimientos a los demás. Era, a todos los efectos, un forastero en una tierra extraña e implacable.

El estrés que les inducía el frío estaba provocando una crisis psicológica en todo el grupo. Había un reloj que marcaba la cuenta atrás hasta el momento en el que se quedarían sin combustible y se congelarían. Era una fecha que no podían aplazar, retrasar ni reconsiderar, más allá del momento en el que se acabara el combustible de

los generadores. Crusow tenía la sensación de que los ánimos se estaban perdiendo.

Desde el horrible pero necesario viaje al fondo del barranco, las pesadillas de Crusow habían regresado con toda su fuerza. La larga oscuridad de los inviernos septentrionales no había hecho más que alimentar los sentimientos de miedo y desesperanza que lo empujaban hacia paisajes tortuosos e inmisericordes. Tardaría en olvidar la pelea cuerpo a cuerpo con Bret y con la otra criatura de rostro familiar aunque olvidado, borrado del recuerdo por los horrores que había experimentado desde que quedó encarcelado en los hielos.

A bordo del Virginia, en aguas hawaianas.

Ahora mismo estoy de permiso. La unidad de la Fuerza Expedicionaria Clesidra que desembarcó se encuentra todavía dentro de la cueva. He dado instrucciones a los hombres que están de guardia para que me despierten si oyen o ven algo en las imágenes de la Scan Eagle. Hay otro lanzamiento de aeronave no tripulada programado dentro de poco para que ese pajarito pueda descansar. No hemos tenido noticias del equipo durante las seis horas que han pasado desde que Griff...

Bueno..., desde que ha luchado hasta la muerte; supongo que ésa es la mejor manera de decirlo. Saien y yo hemos discutido la situación que se da en tierra y hemos pensado en todos los posibles desenlaces.

Una posibilidad: que no volvamos a saber nada del equipo y retomemos el rumbo hacia China sin equipo de operaciones especiales y sin intérprete de chino. Saien y yo sabemos cuáles serían los efectos secundarios y terciarios de esa circunstancia; a ninguno de los dos le gusta ese desenlace.

Otra posibilidad, mejor para nosotros, sería que logran salir de la cueva e informaran de que es segura, está bien abastecida y puede funcionar. Saien y yo hemos dado ya la orden para que nos tengan a punto una lancha.

Antes, cuando el sol estaba bien alto en el cielo, hemos salido al aire libre con los prismáticos para observar la playa.

He visto a las criaturas dentro y alrededor de la lancha semirrígida, como si esperaran su regreso. Un gran porcentaje de la masa de tierra ha sufrido la explosión nuclear. Probablemente no hay nadie que comprenda los efectos de la radiactividad a gran escala en las criaturas, o, por lo menos, nadie que yo conozca.

Hoy he recibido otro cable de John. Nuevos movimientos de ajedrez. El primer par de números se entendía, pero la segunda serie era como la otra que recibí hace unos días..., extraña.

Aparte de los números misteriosos, venía con una pregunta: «¿Has leído *Túnel en el espacio*?».

Sí, lo he leído. Le he mandado una respuesta a Crusow (el hombre que se encarga de rebotar los mensajes en el Ártico) y hemos hablado durante un rato. Crusow es mi contacto habitual cuando pasamos los mensajes.

Una noche, cuando ya era tarde, Crusow y yo cambiamos a una frecuencia alternativa, más alta y más clara, y tuvimos una conversación sobre nuestro pasado, y sobre los acontecimientos que nos han llevado a la situación actual. Me ha contado una historia escalofriante de unas peripecias que pasó en el fondo de un barranco cercano a la base. Perdieron a otro hombre, víctima de un cadáver que se descongeló. El relato era angustiante, pero también nos ha proporcionado información valiosa acerca de los no muertos. Crusow empezaba a preocuparse seriamente por las posibilidades de sobrevivir allá arriba. Se le acababa el combustible, pero había tomado medidas para producir más. Tan sólo quedaban cuatro almas en la Base Cuatro, y una de ellas estaba muy enferma, según contaba Crusow.

Parece que John está de buen humor, por lo que me informa Crusow. Me ha dicho que le explica que Tara también se encuentra bien. Aunque la gran distancia no permite comunicaciones de voz salvo en condiciones atmosféricas óptimas, siempre es mejor que nada, y me anima a seguir.

Voy a dormir un rato, Saien ya está roncando en la cama de abajo.

Hotel 23 —En el sureste de Texas.

El equipo de cuatro hombres había salido en dos ocasiones desde que Doc y Billy se encontraron con el torrente de no muertos. Habían tenido suerte en su primera excursión; no encontraron más que una docena de criaturas, fácilmente manejables para dos hombres que se ocultaban en la penumbra. Los miembros del equipo no habían visto el sol desde antes de saltar en paracaídas a las tierras devastadas de Texas. Aunque, por el momento, Remoto Seis no se hubiera dejado ver, el agujón roto de Proyecto Huracán seguía en el mismo sitio donde se había producido el impacto, parcialmente destruido unas semanas antes por los cañones Warthog GAU-8. Era un recordatorio diario para el equipo, un obelisco que les advertía de que no estaban solos.

Hawse y Disco estaban inquietos e urgieron a Doc para que les permitiese realizar una segunda salida. Siguieron el mismo procedimiento: no llamar por radio ni apartarse de la ruta prefijada.

Las coordenadas no les funcionaron, y el paquete ya no estaba donde tenía que estar, o quizá no había existido nunca. Hawse y Disco decidieron que buscarían material aprovechable durante el camino de vuelta para que la misión no fuera un completo desperdicio. Encontraron un cargador de baterías de doce voltios, una bomba de aire de doce voltios, algunos analgésicos y una ballesta con diez flechas. Eso fue todo.

Tuvieron problemas durante una de las pausas y la misión se alargó más de lo esperado. Hawse convenció a Disco para ir a saquear una casa que se hallaba a unos cuatrocientos metros de la carretera. La casa estaba ruinoso y tenía placas solares a la vista y todoterrenos ligeros aparcados a la entrada. Probablemente había pertenecido a jovencitos con dinero y obsesionados con la supervivencia a un desastre inminente. Vio por la mira del arma que una ala del edificio se había quemado. Aquello indicaba que había sido abandonada o, quizá, que había sufrido un asedio. Saltaron la valla y se acercaron con cuidado, con la intención de verificar que realmente no hubiera nadie antes de entrar en el ala abrasada de la vulgar mansión. Ambos querían pensar que se trataba de una operación de salvamento de materiales, y no de un robo justificado.

Al acercarse al ala vieron esqueletos calcinados por el suelo. El cadáver más cercano a la casa también estaba quemado, pero todavía le quedaba algo de carne. Estaba tumbado de bruces y empuñaba un lanzallamas militar. La reserva de combustible que llevaba a la espalda estaba dañada; en algunas de las muescas había puntas metálicas que apuntaban hacia fuera. Se acercaron al cadáver.

Empezó a moverse.

La cabeza de la criatura se volvió hacia ellos. Tenía los ojos quemados pero, de algún modo, sentía su presencia. Trató de arrastrarse, aunque lo que le quedaba de la cintura para abajo había quedado sepultado bajo escombros y cenizas. Hawse se le acercó lo suficiente para matarla con el machete. Vio que la criatura llevaba una canana de cuero cruzada sobre el pecho.

—¿Un bandido? —dijo.

—Quién sabe, podría ser. Acabemos con esto —dijo Disco.

—Las paredes no están tan dañadas como había pensado, tendremos que entrar por otra parte —dijo Hawse.

Pasaron por delante de la fachada. La casa era mucho más grande de lo que parecía desde la carretera. Tenía impactos de bala en varios sitios, sobre todo en torno a los marcos de las ventanas. Bajo el porche de la entrada, el suelo estaba cubierto de balas ya usadas. A Hawse le pareció que en su mayoría eran de 7,62x39 de AK-47, y SKS. La puerta mosquitera estaba cerca de la principal, arrancada de los goznes, cubierta de mugre. Sobre la puerta había un cartel que rezaba:

«MI PÓLIZA DE SEGUROS ES UNA BROWNING M1911».

—Tengo la impresión de que habrían necesitado una póliza con más prestaciones —dijo Hawse.

—Pues sí, la verdad es que sí.

Hawse agarró el pomo y lo hizo girar. La puerta no estaba cerrada con llave. Se detuvo unos instantes y escuchó.

Nada.

Hawse abrió con el pomo y empujó la puerta hacia dentro. Atisbó algo, un pequeño alambre, en el mismo momento en el que la puerta se abría.

Sonó un chasquido familiar. Los dos hombres saltaron instintivamente del porche y se arrojaron al suelo, y se cubrieron los oídos antes de la explosión.

Una bomba trampa.

El suelo se hallaba sesenta centímetros más abajo del plano en el que tuvo lugar la detonación de la bomba. Disco se hizo tan sólo algunos rasguños con las astillas del porche dañado. En cuanto dejaron de resonarles los oídos, ambos oyeron los gimoteos. Los sonidos provenían de detrás de la casa. Debía de haberlos a docenas, tal vez a centenares.

Hawse y Disco se marcharon en dirección al Hotel 23, perseguidos por una respetable horda de no muertos. A duras penas lograron escapar de las criaturas y del sol.

La tercera salida tuvo lugar como consecuencia de una orden que recibieron del portaaviones y les obligaba a desplazarse en vehículo. Doc y Disco tenían que conseguir el vehículo y encontrarse con otro equipo para recoger suministros e intercambiar información. Dicho equipo estaba estacionado en la isla de Galveston, ciento cuarenta kilómetros al este del Hotel 23. Los dos equipos se repartirían la distancia y se encontrarían a medianoche, en un puente sobre el río Brazos que formaba parte de una carretera provincial. Unos y otros tenían que llevar explosivos de gran potencia a modo de precaución, por si se encontraban con que tenían que enfrentarse a una gran masa de no muertos. Si un enjambre perseguía a cualquiera de los dos equipos, colocarían los explosivos en el puente y se refugiarían en la orilla segura.

Durante la noche en que tenía que realizarse la misión, Doc y Disco comprobaron una y otra vez que el equipo que llevaban estuviera en buenas condiciones. Tenían una batería de coche cargada hasta el límite. Les iba a pesar, pero sería esencial para poner en marcha un vehículo que hubiera pasado mucho tiempo sin funcionar. También llevaban siete litros de combustible estabilizado que Hawse había conseguido en el curso de su misión anterior.

Recorrer setenta kilómetros a pie habría sido un suicidio; no les cabía ninguna duda de que era indispensable disponer de un vehículo. Sólo había un tipo de máquina que pudiera proporcionarles la velocidad y energía que necesitaban tan sólo con siete litros de combustible: una moto.

Ambos se despidieron de Billy y de Hawse y cerraron la compuerta a sus espaldas. Anduvieron hacia el este por la carretera más cercana, con los ojos bien abiertos en busca de posibles vehículos. Como trataban de caminar a buen ritmo, el peso de la batería y del combustible les destrozaba la espalda. Los anteojos de visión nocturna tenían baterías nuevas y las estrellas alumbraban muy bien la fría noche de diciembre.

La primera opción que encontraron parecía muy válida. Una Kawasaki KLR 650 de color negro aparcada entre dos coches con el pie de apoyo. Al no haber movimiento de muertos en el área cercana, estuvieron de acuerdo en tratar de arrancar la moto. Doc iba por delante con la carabina en alto y ajustaba la luz de la mira a los anteojos de visión nocturna. Los neumáticos de la moto estaban bajos. Los hombres modificaron la bomba de aire de doce voltios con pinzas cocodrilo para poder conectarla directamente a la batería de coche que habían traído. Tendría sus inconvenientes, porque la bomba de aire alimentada por la batería iba a hacer muchísimo ruido.

No tenía ningún sentido hinchar los neumáticos si el motor no iba a arrancar. Controlaron el aceite por medio de la ventanilla en el lado derecho de la máquina. Debía de ser vieja, pero funcionaría. Las llaves no estaban puestas, pero las motos de

ese tipo no tenían sistemas de ignición muy complicados. Disco logró derrotar a la ignición y al casquete de gas con el cuchillo multiusos y algo de ingenio. Se confirmó que la batería de la moto estaba muerta. Doc no se sorprendió. Había sido motorista, y en esos tiempos, cada vez que regresaba de una salida, había tenido que cargar la maldita batería, incluso después de las expediciones más breves de noventa días.

Disco metió la mano bajo el faro y cortó los cables para que no se encendiera. Hizo lo mismo con las luces de freno y los intermitentes, porque no habría sido extraño que se activaran por accidente al funcionar la moto. Echaron un litro de combustible en el depósito y le dieron sacudidas a la máquina para que la gasolina buena se mezclara con la que hubiera podido quedar de antes. Disco miró dentro del depósito y vio que estaba lleno hasta la mitad. En algún momento de la noche iban a necesitar más. Examinó el interruptor del depósito para asegurarse de que estuviera abierto.

Arrancaron los paneles de plástico que cubrían ambos lados y dejaron al descubierto la batería averiada, y así pudieron colocarle rápidamente las pinzas cocodrilo de la que llevaban con la carga a punto. La moto tenía cebador, y Doc, por lo que pudiera suceder, tiró de la palanca; sería inevitable después de tanto tiempo a la intemperie. Decidieron hinchar los neumáticos y activar el motor al mismo tiempo. Tanto lo uno como lo otro iban a hacer ruido, así que les convenía ahorrar tiempo. Antes de empezar, Disco se puso al frente e inició la guardia...; ahora sí que iban a atraer a indeseables. Los neumáticos no estaban completamente deshinchados, pero iban a necesitar mucho aire para sostener el peso de los dos y mantener la estabilidad de la moto.

—Bueno, Disco, vamos allá —dijo Doc en voz baja, y sujetó las pinzas de la batería cargada a la moto muerta. «No reacciona», pensó Doc. Entonces se acordó... «Tengo que pulsar el botón del estárter». Lo apretó y el motor se encendió, pero no llegó a arrancar. Repitió la operación durante un par de minutos, al tiempo que ajustaba la palanca del cebador. Entre intentos, logró también hinchar los neumáticos.

El motor empezaba a reaccionar. Doc no se sobresaltó por el repentino sonido de la carabina silenciada de Disco. Los muertos andaban cerca. El motor, por fin, se encendió del todo, y así Doc sacó las pinzas y metió la batería en el cesto lateral de la moto. Los muertos aún estaban cegados por la oscuridad y se guiaban por la carabina de Disco. Qué no habría dado Doc por tener un buen paquete de petardos Black Cat para arrojarlo a la carretera. Ajustó la palanca del cebador y la moto empezó a toser, pero no tardó en adaptarse a la nueva situación y a rugir pletórica de salud.

—¡Ponla en marcha, capullo! —le dijo Doc a Disco.

No parecía que a Disco le importase; se preocupaba más por la turba que se les acercaba. Cuando la carretera empezaba ya a llenarse, salieron disparados hacia delante. Doc le gritó a Disco que repasara las instrucciones que había memorizado.

Tenían que recorrer setenta kilómetros y había un punto en el camino donde podían detenerse a repostar.

La carretera estaba como habían esperado: cubierta de escombros, coches abandonados y no muertos. Tenían que ir a, por lo menos, cincuenta kilómetros por hora, ya que, si no, los muertos que estaban más adelante tendrían tiempo de concentrarse frente a ellos. A lo largo del camino, descubrieron los detalles de la desesperación. Todoterrenos que habían tratado de esquivar los atascos de tráfico y habían quedado atrapados en las medianas; coches volcados, abrasados y llenos de no muertos. Ambulancias que se habían quedado quietas con las puertas abiertas y no muertos sujetos con correas a las camillas. Baches grandes que nadie había reparado y que también era un peligro para los viajeros. Si hubieran hecho el camino en bicicleta deportiva, se habrían caído ya en uno de los numerosos agujeros de la carretera, que podían llegar a treinta centímetros de profundidad.

En lo alto de una colina, vieron un camión cisterna para combustible tumbado a noventa grados, con los neumáticos casi vacíos. Tenía orificios de bala en la cabina, pero la cisterna parecía intacta.

Doc se quedó en la moto y la mantuvo en marcha. Si bajaban el pie de apoyo, el motor se pararía automáticamente, y Doc no se fiaba de la batería. No merecía la pena el riesgo.

—Disco, dale unos golpes a esa cisterna y averigua si le queda combustible. Yo te cubro.

Doc logró que la moto se quedara en punto muerto, una tarea difícil mientras el motor funcionara, y activó un indicador de color verde y brillante. Por un momento, la luz le ardió en los anteojos de visión nocturna. Doc se protegió de la luz con el guante mientras Disco examinaba el camión cisterna.

—¡Eh, tío, aquí dentro hay gasolina!

—Estupendo, ¿a qué esperas, entonces?

Disco empezó con el proceso de extracción. Ojalá que el combustible de la cisterna no estuviera estropeado. La moto no tenía indicador para el depósito, así que tuvieron que hacerlo a ciegas. Doc empuñó la palanca de reserva para evitar que se moviera. No quería sustos.

Disco utilizó un trozo de manguera que había cortado del remolque para sacar gasolina por la válvula de la cisterna. Llenó la lata de gasolina, la utilizó a su vez para llenar el depósito de la moto, y volvió a llenar la lata. Las marcas del camión cisterna no decían si el combustible estaba mezclado con aditivos de etanol, que habrían sido importantes para su conservación. Disco cerró la válvula y le aconsejó a Doc que marcara aquella ubicación en el mapa. Algo más aliviados y sin tener que preocuparse ya por el combustible, pusieron de nuevo en marcha el cuentakilómetros y reanudaron el camino en dirección al puente que los iba a llevar a la isla de

Galveston.

A bordo del George Washington.

—¿Cuánto tiempo llevo? —le preguntó Tara a Jan.

—Pues mira, cariño, parece que has pasado el primer trimestre y que todo tiene muy buena pinta —dijo Jan con el tono de voz más positivo que tenía, al tiempo que examinaba la imagen que habían tomado con ultrasonidos. En la pantalla, el niño aparecía engañosamente grande. En realidad, no medía más que un grano de uva.

—Voy a decírselo.

—¿Estás segura? Lo más probable es que ahora mismo esté pasando por muchas cosas. No se espera que regrese antes de febrero. Mira lo que te propongo: esta noche consúltalo con la almohada, y si mañana por la mañana todavía piensas que tienes que decírselo, pídele a John que le mande el mensaje. ¿Qué te parece?

—Creo que consultar los problemas con la almohada siempre es una buena idea. Pero es que estoy tan emocionada... Es que, sabes, es lo mejor que me habrá ocurrido desde que... desde que... bueno, tú ya me entiendes.

—Sí, cielo, te entiendo. No hace falta que me lo digas. Ya sé de qué me hablas. Yo también estoy emocionada por ti. ¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Adelante... Quiero decir, sí, claro que puedes —dijo Tara, casi molesta de que Jan tuviera que preguntárselo.

—¿Por qué no se lo dijiste antes de que se marchara? Tú ya lo sabías. Aún no era oficial, pero lo sabías. ¿Por qué no se lo dijiste entonces?

—No lo sé; no sé por qué, me parecía que aún no podía decírselo. Después de haber perdido tanto de haber perdido a tantos... tuve el presentimiento de que, si se lo decía, perderíamos al niño. No me preguntes por qué. Sé que acabo de decir algo terrible, pero lo único que nos queda es la vida, la poca vida que nos queda. Creo que tenía miedo a ser gafe. —Tara frunció el ceño y se puso a llorar.

—No pasa nada. Suelta lo que llevas dentro. Estás embarazada, así que tienes permiso para hacerlo. Cuando él regrese, estarás en tu segundo trimestre. Te voy a dar unas vitaminas prenatales y este libro para que lo leas entre tanto. Ponte contenta, vas a ser madre. Tanto si te lo crees como si no, eres la única mujer embarazada a bordo. Por lo menos, la única de la que tengo noticia.

—Jan, no sé cómo podría darte las gracias.

—No me las des, no es necesario. Hemos pasado por muchas cosas. Estaré contigo siempre que me necesites. Te lo digo de verdad.

—Gracias, de todos modos.

—Quiero verte cada semana para poder seguir tu evolución y estar segura de que te encuentras bien, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien —respondió Tara, sonriente como la Mona Lisa.

Sureste de Texas.

Era un camino desolado y cruel. Doc y Disco recorrían la larga y tortuosa carretera como si hubieran ido montados sobre una gigantesca anguila negra.

Los continuos baches, escombros y restos de coches y camiones abandonados les amenazaban con provocar un accidente cada vez que tomaban una curva. No les faltaba mucho para llegar al lugar concertado: un puente que el equipo de la isla de Galveston había designado como punto medio. Doc, que no perdía de vista el cuentakilómetros, se dio cuenta de que los de Galveston habían barrido para casa. El indicador marcaba ochenta y ocho kilómetros de viaje cuando llegaron a lo alto del cerro desde el que se contemplaba el puente sobre el río Brazos.

Doc echó el freno de disco delantero y el de atrás al mismo tiempo para que la moto deportiva dual frenara bruscamente. Los dos hombres miraron cerro abajo hasta el puente, donde distinguieron con nitidez los fogonazos de unas armas sin silenciador. Los fogonazos eran como relámpagos y revelaban la presencia de un centenar de criaturas que cargaban contra los tiradores del puente. Doc trató de conservar la esperanza de que los hombres que se encontraban allí abajo no fueran los que habían ido a buscar, pero sabía muy bien que la suerte se les había agotado con el hallazgo del camión cisterna.

Doc volvió el rostro y le dijo a Disco:

—Vamos a subir y dispararemos a doscientos metros.

—Sí, doscientos metros, y deja la moto apoyada contra algo para que no tengamos que apagar el motor.

Doc bajó por el cerro con la moto, la puso cabeza abajo y la apoyó en punto muerto contra una barrera de sacos de arena, una fortificación de los tiempos en que los vivos eran mayoría y los hombres todavía luchaban, no se escondían.

—De acuerdo, Disco, fuego a voluntad. Cada cinco disparos, mira hacia atrás, y yo haré lo mismo, tratando de no coincidir contigo.

—Recibido, jefe, empiezo a disparar.

Los dos hombres comenzaron a disparar con la precisión de un cirujano contra las cabezas de las criaturas que estaban abajo. Se guiaron por los fogonazos en el puente para evitar el fratricidio. Era un juego de tiempo y velocidad. Si los dos equipos se daban prisa, lograrían neutralizar a la masa de no muertos antes de que otros los reemplazaran, atraídos por el estruendo de las armas no silenciadas.

Los silenciadores reducían mucho el radio de respuesta de los no muertos, y eso quería decir que no acudirían en la misma medida a la posición donde se hallaba Doc. Las armas no silenciadas incrementaban en grado exponencial el radio de respuesta y

reducían las posibilidades de escapar antes de que llegaran refuerzos de no muertos a reemplazar a los caídos. Valía la pena proceder con rapidez, y eso era lo que hacían.

Fueron necesarios siete minutos de disparos constantes por parte de ambos grupos para acabar con el centenar aproximado de no muertos. Después de que cayese la última criatura, Doc y Disco bajaron corriendo por el cerro hasta el escenario de la matanza. El grupo del puente había constado de tres hombres y ya sólo quedaba uno en pie. Los otros habían muerto o agonizaban con heridas fatales.

También habían llegado en moto.

—Acabemos con esto. Esos de ahí eran amigos míos —le dijo el superviviente a Doc, y luego se acercó a su camarada herido de muerte y le administró los últimos ritos.

Susurró un adiós y tomó un papel ensangrentado que tenía el moribundo antes de dispararle en la cabeza a bocajarro. Por un momento, no miró a los recién llegados, pero luego se volvió hacia ellos, con el rostro anegado en lágrimas.

—¿Venís del silo? —preguntó el superviviente.

Se oían más no muertos que se acercaban.

—Sí, escucha, sentimos lo de... —empezó a decir Disco.

—No malgastes saliva, no quiero oírlo. Esas motos eran tuyas —dijo el hombre, y señaló a unas motos todoterreno apoyadas contra la baranda del puente—. Lleváoslas. Tienen el depósito lleno.

Doc miró con incredulidad a los agentes muertos. Cuando su compañero, Hammer, había muerto en Nueva Orleans, todo el equipo había quedado destrozado. Doc todavía pensaba a menudo en Hammer y se lamentaba por no haber podido hacer nada, lo que fuera, en aquel día. La vida de Hammer había terminado de una manera muy parecida a la del hombre sin vida que se desangraba en el suelo; por la bala de un compañero.

Doc vio que el hombre llevaba un AK-47 Underfolder cruzado sobre el pecho con un portafusil de un solo punto. Un modelo de paracaidista.

—Ven, tío, toma esto; lo vas a necesitar —dijo Doc, y le ofreció su carabina M-4 con silenciador.

El hombre contempló el rifle y dijo:

—Gracias. Te la voy a aceptar. Espero que vuestro lado del río os trate mejor de lo que a mí me ha tratado el mío. Mientras veníamos hacia aquí, uno de mis hombres se ha caído con la moto en un paso elevado y se ha partido el cuello cuando trataba de esquivar a esos putos monstruos. Hemos perdido con él a nuestro único rifle con silenciador. Llevaos mi AK..., no quiero dejaros en el mismo bote en el que me encuentro yo.

—Gracias, hermano —dijo Doc—. Aquí tienes mis municiones con tres cargadores, ¿llevas algo de siete punto seis dos?

—Sí, seis cargadores. Tomad. Bueno, esto es lo que tenía que traeros.

El hombre les entregó una radio militar. En la caja había una frecuencia escrita con rotulador Sharpie plateado. También llevaba un pequeño bloc de papel a prueba de agua pegado con cinta.

—La radio está sintonizada para hablar con nuestros pilotos de A-10 en la isla de Galveston. Hemos convertido la carretera de la isla en pista de despegue y hemos sacado de en medio a los muertos. Pero parece que de vez en cuando entra alguno. En ese bloc hemos apuntado nuestro programa semanal de vuelos y los códigos de brevedad. El gobierno en funciones nos ha ordenado que prestemos apoyo a vuestras misiones. Vosotros le transmitís el plan de salida al portaaviones y ellos nos indicarán en qué horas hemos de tener los aviones a punto. Si os metierais en un problema del que no pudierais escapar, los pilotos de nuestros Hog se presentarán en un máximo de veinte minutos para apoyaros. Mientras vuestros grupos estén al aire libre, nuestros pilotos estarán literalmente sentados y a la espera por si tienen que salir. Me han ordenado que os diga que los Hog transportan misiles aire-aire guiados por infrarrojos, aunque no sé para qué os pueden servir. —Doc se acordó al instante del Reaper que se mencionaba en el informe del anterior comandante del Hotel 23, pero prefirió no decir nada—. Una última cosa. Seguro que ya sabéis que mandar señales desde vuestra zona no sería muy buena idea. Yo, en vuestro lugar, no emplearía esa radio a menos que el diablo en persona saliera del suelo con todo el infierno detrás.

Los muertos se acercaron y Disco disparó varias veces. Eliminó a varios de ellos con los disparos de la carabina silenciada, que se oían en un radio mucho menor. Como Doc acababa de ceder la suya, ya sólo les quedaba una arma silenciada para los dos.

—¿Tienes algo para mí? —le preguntó el superviviente a Doc.

—Sí, aquí tienes informes y copias sobre equipamiento que recuperamos hará una semana, y más información. —Doc le entregó el paquete.

—Gracias. —El hombre lo agarró y se lo metió en la bolsa de cuero para mensajeros que llevaba cruzada sobre el pecho.

—¿Cómo decías que te llamabas? —preguntó Doc.

—Galt. ¿Y tú? —respondió mientras montaba en la moto.

—Me llamo Doc, y él, Disco. Buena suerte.

—Gracias. Buena suerte a vosotros también, y gracias por el arma.

—Era lo menos que podía hacer. Siento de verdad lo de tus amigos. Gracias por los Warthog.

Galt no dijo nada. Pasó la pierna al otro lado del sillín, cargó con la M-4 sobre las espaldas y se perdió de vista antes de que Doc y Disco se pusieran en marcha.

—Doc, es hora de que nos vayamos —le recordó Disco con aprensión.

—Sí, lo sé. Agarra esa moto y adelántate hasta el lugar donde dejamos la nuestra.

Disco montó en una de las motos todoterreno que habían pertenecido a los difuntos miembros del grupo de Galveston; arrancó sin problemas. Doc corrió tras él por no quedarse atrás. Ambos regresaban al lugar donde habían dejado la moto de antes con el motor encendido. Por los disparos de Disco, Doc adivinó que el motor en marcha habría atraído a más no muertos mientras ellos se encontraban en el puente. Para cuando Doc logró llegar a lo alto del cerro, Disco había despachado ya a las criaturas, y había dejado todavía más cadáveres tirados por el suelo.

—Tenemos que ponernos en marcha, tío. El AK ha armado mucho barullo. Si me dijese que todas las criaturas en ocho kilómetros a la redonda vienen para aquí, me lo creería.

Disco arrancó y se marchó por el mismo camino por el que habían venido. Doc le siguió con la otra moto.

Avanzaron a buen ritmo hasta el camión cisterna, donde llenaron los depósitos de nuevo. Encontraron mayor densidad de no muertos en el camino de vuelta, lo que quedaba de los muertos a los que había atraído la moto mientras se dirigían al puente, y tuvieron que virar y zigzaguear más a menudo. Una vez más, los vampiros del Hotel 23 lograron adelantarse al sol del invierno.

Remoto Seis —En las vísperas del Proyecto Huracán.

Dios estaba de pie en la sala de vigilancia, en lo más recóndito de unas instalaciones secretas, y contemplaba una fotografía obtenida por la aeronave no tripulada Global Hawk, en la que aparecía una área especialmente interesante de Texas. Recordaba al día, hacía más de diez meses, en el que había cerrado las puertas y se había aislado a sí mismo bajo tierra. El mismo día en el que habían declarado difunto al presidente.

En ese momento, el vicepresidente seguía vivo y se encontraba por las montañas al oeste de Washington D. C., y mandaba órdenes de árbol lógico a Remoto Seis por cable seguro. Los árboles lógicos se componían de respuestas complejas, pues exigían algo más que un mero sí o un no. Consistían, básicamente, en un mercado de predicciones, un concepto con el que las organizaciones de Inteligencia habían experimentado antes de la caída del hombre. La respuesta de árbol lógico exigía una cadena de respuestas de sí o no, y anotaciones de probabilidades para cada opción. La cosa no tenía ninguna dificultad para el mapeado mental de los cuantos ni para los algoritmos de razonamiento. A modo de complemento para los cuantos, Remoto Seis se enorgullecía de un pequeño equipo de expertos nucleares que trabajaba en la base y que contribuyó con razonamiento humano a la decisión de arrojar armas nucleares tácticas sobre territorio estadounidense. Sus nombres en código eran Extraño, Hechizo y Supremo. En Remoto Seis no se empleaban los nombres de verdad, sino

tan sólo los que representaban las habilidades de su personal. Hacía unos nueve meses y medio, los cuantos, así como los expertos en armas nucleares Extraño y Hechizo, estuvieron de acuerdo en que la completa destrucción de una mayoría de ciudades era necesaria para recobrar el control sobre Estados Unidos. El único que no estuvo de acuerdo fue Supremo. Él creía en la necesidad de realizar nuevas investigaciones sobre los efectos de segundo y tercer orden de las radiaciones, y acerca los verdaderos orígenes de la anomalía.

Dios contempló las instalaciones que sus patéticos ocupantes llamaban Hotel 23. En su base de datos figuraba otro nombre, pero eso no tenía ya importancia. En circunstancias normales, los habría abandonado a la merced de los no muertos. Tarde o temprano tendrían que salir del complejo para ir en busca de comida, agua, antibióticos, lo que fuera. Las criaturas los irían matando, lenta pero inexorablemente.

Sin embargo, Dios se vio obligado a prestar tiempo y atención al pobre imbécil que ocupaba el Hotel 23 con sus seguidores, porque en él aún se conservaba una bomba nuclear utilizable. Los cuantos hicieron los cálculos pertinentes e informaron a su laboratorio de ideas de que tan sólo les quedaba una manera de destruir el *George Washington*, brazo militar del gobierno en funciones. Remoto Seis disponía de un escuadrón de aeronaves no tripuladas Reaper armadas con bombas de doscientos treinta kilogramos guiadas por láser, e incluso de un pequeño número de aeronaves no tripuladas Global Hawk con una arma prototipo. Ninguna de esas armas habría sido capaz de abrir una muesca en el blindaje del portaaviones. Cabía la posibilidad de arrojar las bombas guiadas por láser desde arriba y, tal vez, dañar las pistas de despegue de la cubierta, pero no lograrían hundir la embarcación.

Quedaba una única arma nuclear en el territorio de Estados Unidos de la que Dios pudiera apoderarse. Estaba bien resguardada, en un silo cerrado. Orbitaba sobre ella una aeronave no tripulada a las órdenes de Dios, una Global Hawk, a dieciocho mil metros sobre el Hotel 23. Controlaba el área mediante un sistema de óptica avanzada y transportaba otro prototipo de arma: el Proyecto Huracán.

Dios se hartó de ayudarle. De acuerdo con la información interceptada por los servicios de Inteligencia de Señales de Remoto Seis, el sujeto en cuestión controlaba la cabeza nuclear mediante una tarjeta de acceso común encriptada. Estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón el día en el que se enteró que el hombre había sufrido un accidente de helicóptero. Temió que su única posibilidad de neutralizar el *George Washington* se hubiera desvanecido. Remoto Seis designaba a aquel hombre como Recurso Uno, o simplemente «el recurso». El recurso había hecho un buen trabajo al huir de las criaturas, pero Dios no corría riesgos.

En el mismo momento en que Remoto Seis interceptó y geolocalizó la señal de socorro que el recurso había enviado con su radio de supervivencia, ordenó que se le diera pleno apoyo desde el aire con los Reaper y con el lanzamiento de material. Dios

habría sido capaz de enviarle una pequeña fuerza de rescate, pero apenas disponía de pilotos humanos y no podía permitirse el riesgo de perder a una fuerza de rescate en un accidente a bordo de una aeronave no tripulada del prototipo C-130. Remoto Seis no tenía ningún problema con la tecnología, pero la falta de personal sí se estaba convirtiendo en una seria limitación.

Sobre las instalaciones de Remoto Seis había una pista de despegue de tres mil seiscientos metros de longitud, plenamente funcional. Cada día les resultaba más difícil de defender, a pesar de su ubicación: un valle secreto, muy alejado de las que normalmente se considerarían áreas con gran densidad de población. Una valla de tela metálica de dos capas y tres metros de alto, vigilada por unidades caninas, protegía la pista de los no muertos aislados que deambulaban cerca de la base.

Pero los había que lograban entrar.

Había habido bajas desde enero, desde que habían pasado a la clandestinidad. El recurso más valioso de Remoto Seis era su gente...; al menos, la que se había mantenido fiel a las directrices por las que se guiaba su base.

La fuerza de dicha base radicaba en sus drones, en sus armas prototipo DARPA. Aunque fueran formidables, había otras más siniestras, más oscuras. Antes de la caída se había hablado de ellas únicamente en susurros, entre los más altos cargos, tanto electos como nombrados. Se habían construido mediante tecnología bien protegida en un laboratorio subterráneo de Lockheed Martin, porque el gobierno, durante los años cincuenta, había sufrido un parón tecnológico y había tenido que firmar contratos con el complejo militar-industrial.

Dios estaba impaciente. Había pensado que el recurso mostraría mayor gratitud; al fin y al cabo, lo había salvado de una muerte cierta en más de una ocasión. El recurso había logrado regresar al Hotel 23 unos pocos días antes y no había contestado a las llamadas que Dios le había hecho mediante teléfono por satélite.

Los cuantos, así como los consejeros más destacados del laboratorio de ideas, estaban de acuerdo en que destruir el portaaviones serviría a dos propósitos; eliminaría la Fuerza Expedicionaria Clepsidra antes de que el submarino llegase a China y les libraría de la única entidad que podía emplear energía nuclear contra Remoto Seis. Al enfrentarse con el aparente rechazo del recurso a lanzar la bomba, Dios tuvo que confiar una nueva serie de problemas a los computadores. La respuesta le llegó en tiempo real; algunos científicos de Remoto Seis teorizaban con que a veces la respuesta se generaba antes de que el usuario introdujese la pregunta..., quizá unos nanosegundos antes. Uno podría volverse loco al pensar en las leyes físicas subyacentes a tal acción: respuestas que preceden a las preguntas, un output que precede en varios nanosegundos al input.

El output cuántico no sorprendió a Dios. El Proyecto Huracán se emplearía contra el Hotel 23 en el día siguiente, o en el otro. Así se provocaría la evacuación de las

instalaciones, o, más probablemente, la muerte de sus ocupantes. Cualquiera de los dos resultados le daría a Dios tiempo suficiente para calcular su próximo movimiento. Estaba casi seguro de que ninguno de los supervivientes del aparato militar conocería la ubicación de su base, pero... «la duda mata», pensó.

Dios pulsó un interruptor y giró varios diales, y así ajustó la señal de vídeo de la aeronave no tripulada Global Hawk a otro lugar que se encontraba a kilómetros de distancia del Hotel 23. El Mega Enjambre T-5.1 no tardaría en ponerse al alcance del dispositivo Huracán y el Hotel 23 quedaría neutralizado. Mientras no llegara ese momento, entregaría información a los cuantos para que estos le predijeran los próximos acontecimientos importantes.

Las instalaciones de Kunia —interior de Oahu.

Rex y Huck tardaron unas pocas horas en comprender el sistema de generadores de la cueva. Por fortuna, no era de alta velocidad, como los que se basan en la energía geotérmica o en la fuerza de las mareas, sino un sencillo sistema diésel. Los depósitos de combustibles estaban llenos hasta las tres cuartas partes y parecía que el sistema de apoyo no se hubiera activado jamás. La red principal debía de funcionar en el momento de la explosión nuclear y se había detenido como consecuencia de ésta. Si se contaba con que la red eléctrica de la cueva había quedado aislada, el banco de generadores les permitiría aguantar quizá dos meses.

El Rojillo se afanaba al teclado, en un esfuerzo por activar los ordenadores clave para prestar apoyo al *Virginia*.

—No lo consigo —dijo—. Ninguna de mis claves de acceso da buen resultado, y eso que estoy seguro de que no han perdido su validez.

—¿Y si los pajaritos se han quemado ya? —dijo Rex, en referencia a los satélites.

—No, no han reentrado. La señal de mantenimiento sigue activa, ¿lo veis? —El Rojillo les indicó una pantalla con un código en cascada que podría haber salido de *Matrix*.

—Yo no entiendo qué diablos es todo eso —dijo Huck.

—Probablemente ni siquiera sabes cómo funcionan tus cuentas en las redes sociales, así que cállate —le abroncó Rico.

—Por lo menos figuro en las redes sociales.

Rex intervino, pues no estaba de humor para comedias.

—Ya que todos tenéis tantas ganas de bromear, pensad en Griff. ¿A vosotros os parece que ahora mismo estará para hacer bromas?

—No, probablemente habrá regresado al submarino y duerme en una cama caliente —dijo Huck.

—Ojalá fuera así —contestó Rex, y clavó la mirada en Huck.

—Rojillo, ¿en qué situación estamos? Tenemos que tomar una decisión.

—Os lo digo convencido de verdad, los pajaritos aún están en órbita. Y funcionan, porque, según veo, retransmiten código de mantenimiento verde.

—No has contestado a mi pregunta.

El Rojillo se explicó.

—Bueno, no sé cómo decirlo sin que dé la impresión de que creo en teorías conspirativas, pero ya vi algo similar en otra ocasión. Hace unos años, la Oficina Nacional de Reconocimiento se hizo con el control de los pajaritos con la finalidad de llevar a cabo unos diagnósticos y no se lo contó a nadie. Algunos de los operativos de

poca monta no llegamos a recibir la información. Ahora parece como si los controles exteriores estuvieran desactivados y alguien se hubiese apoderado de los pajaritos por el mismo procedimiento. No creo que logremos acceder a ellos.

—Joder, mierda —murmuró Rex.

—Pero también voy a daros buenas noticias —explicó el Rojillo—. Puedo tratar de rastrear la entidad que actualmente tiene el control sobre los pajaritos. Seguramente no conseguiremos localizarla con precisión, pero podemos acercarnos mucho.

—Está bien, Rojillo, hazlo. No pienso regresar al *Virginia* con las manos vacías. Si Griff lo ha conseguido, me parece bien, pero si no, no quiero que su sacrificio haya sido en vano, que haya muerto sin que esta misión sirva para nada. No olvidéis que el comandante Monday quería los ficheros de toda la información recopilada durante los tres meses previos a enero, hasta el momento en el que arrojaron la bomba atómica sobre Honolulu. ¿Ha quedado claro?

El Rojillo hizo clic sobre otro espacio de trabajo en el GUI del sistema Unix.

—Sí, estoy en ello. Ahora mismo lo pongo en marcha.

—¿Sería posible acceder a la interfaz de comunicaciones desde aquí? Seguro que en el submarino estarán preocupados por nosotros, y quizá pudiéramos saber algo de Griff —preguntó Rico, visiblemente preocupado por su compañero de equipo.

—No, no tengo ningún medio para contactar con ellos desde este lugar, y no sabría cómo emplear estos sistemas aunque tuvieran energía suficiente y supiera su localización —dijo el Rojillo—. Lo siento.

—Es de día. El sol se va a poner dentro de diez horas. Tienes que estar a punto para salir cagando leches cuando el sol se ponga, Rojillo. Puedes considerarte un hombre con suerte: no tendrás que instalarte en esta cueva durante seis semanas, mientras nosotros vamos hasta la China y volvemos. El agua es potable; todo lo que había aquí dentro estaba escudado contra la radiación. De acuerdo con las lecturas, nuestros trajes no han quedado demasiado contaminados y, a menos que se nos ocurra limpiarlos a lametones antes de regresar, no deberíamos tener ningún problema durante el viaje de vuelta.

—¿Qué quieres que hagamos Huck y yo? —le preguntó Rico a Rex.

—Quiero que planeéis una manera de salir de aquí. Si no logramos restablecer el fluido eléctrico en esa puerta, no podremos salir por el mismo camino por el que entramos. Habida cuenta de que no hemos oído a un millar de cadáveres chillando al otro lado de las puertas de acceso interiores, Griff ha debido de cerrar afuera. Tiene que haber otra salida.

—Hay otra manera de salir —dijo el Rojillo—. Al entrar, hemos avanzado por el túnel hasta que se ha bifurcado en forma de T. Entonces hemos girado a la derecha y hemos llegado a donde estamos ahora. Si vais a la izquierda, pasaréis por delante de

unas máquinas expendedoras de productos varios. Más adelante encontraréis una puerta de mantenimiento por la que se accede a una escalerilla. Por ella se sube hasta un pabellón de acceso en la superficie. Ese acceso se empleaba para salir afuera y realizar los trabajos de mantenimiento de la antena de bajada. Lo conozco porque una vez pillamos a dos personas que habían subido hasta allí para..., bueno, ya me entendéis. En los tiempos en los que trabajaba aquí.

—Ya lo habéis oído, muchachos. Id a verlo, pero estad atentos para que no os pase nada. Griff no se los habrá cargado a todos a la entrada del túnel. Si no habéis vuelto dentro de dos horas, entenderemos que no vais a regresar. No puedo dejar solo al Rojillo..., sería demasiado arriesgado. Comprobad dos veces que vuestros trajes estén bien y poneos en marcha.

Rico y Huck se pusieron los capuchones antirradiación y revisaron las carabinas antes de dirigirse a la zona de las máquinas expendedoras, fuera del área segura. El Rojillo prosiguió con el rastreo y, simultáneamente, bajó los archivos de información que la base había almacenado durante los últimos tres meses antes de que los muertos echaran a andar. Mientras los bajaba, miró al azar algunos de los mensajes y se dio cuenta de que contenían información que no se había procesado ni enviado a nadie que se hallara fuera de la base.

No habían tenido tiempo o el personal necesarios para examinar la gran cantidad de datos y transformarla en un informe manejable. El Rojillo estudió el abrumador volumen de información mientras Rex vigilaba el área, preocupado por Griff.

INICIO TRANSCRIPCIÓN DE TEXTO.

LUZ DE KLIEG SERIE 099.

RTTUZYUW-RQHNQN-OOOOO-RRRRR-Y.

ALTO SECRETO // SI // G // SAP HORIZONTE.

Se advierte a los destinatarios: este informe contiene información no analizada. Sólo uso interno.

Esta base ha recopilado Inteligencia procedente de la República Popular China referida a un SAP con nombre código HORIZONTE. [CENSURADO] la comunicación clandestina con científicos chinos asociados con la excavación de Mingyong fue descubierta por los líderes chinos hace algún tiempo, quizá antes de enero. El Estado Mayor de la República Popular China tuvo noticia del contacto encriptado de su científico con [CENSURADO] y ha lanzado clandestinamente, en

respuesta, una agresiva iniciativa de ciber guerra contra [CENSURADO]. El algoritmo del virus adjuntado a las comunicaciones es similar a las entidades previas STUXNET, en tanto que se aloja en los sistemas de propietario [CENSURADO] y descubre vulnerabilidades y limitaciones en tiempo real. Esta base no está informada de la escala de los daños que la entidad gusano tipo STUXNET de los chinos ha infligido en sistemas de matriz de decisiones clave [CENSURADO].

KUNIA ENVÍA... K/.

BT.

AR.

ESTADO TRANSMISIONES: Incapacidad de transmitir, imposibilidad de enviar retransmisión de salida.

Instalaciones de la cueva en Oahu.

—Ya estamos. Fuerza la trampilla, Rico —susurró Huck desde la escalerilla—. Ya huelo el océano.

Rico trepó por los travesaños. Tenía la nariz sintonizada con algo que se pudría.

—Tú hueles el océano, yo huelo muerte. Voy a tomarme mi tiempo. Mejor que por ahora te quedes sentado; no pienso darme prisas para que puedas ver el sol.

—A mí me parece bien —dijo Huck mientras masticaba una barra de chicle que por el camino había sacado de una de las máquinas expendedoras.

—Ahhh, ya lo veo —dijo Rico, con la intención de que Huck le preguntara.

Huck picó en el anzuelo.

—¿Qué es lo que has visto, tío? ¿Qué?

—¡Esto! —respondió Rico, y al mismo tiempo le arrojó encima un cadáver de gato en estado de descomposición avanzada.

—¡Hijo de la gran puta! —gritó Huck—. ¡Latino de mierda! No creas que te voy a perdonar esto. ¡Te voy a destrozar la tarjeta de residencia antes de que regresemos, de eso puedes estar seguro!

—Cálmate, mariconazo. Ha sido divertido —dijo Rico, y soltó unas risillas con acento cubano exagerado, en un estilo muy parecido al de Tony Montana. Huck hizo una mueca—. ¿Por qué te enfadas así? Yo ya te había dicho que trabajé en la brigada de limpieza.

Huck se rió y levantó la mano, tratando de agarrar a Rico por la pierna para arrastrarlo un par de escalones más abajo, y quizá también rebajarle un par de grados de chulería. Huck le preguntó:

—¿Estás preocupado por Griff?

—Sí, Griff es amigo mío, pero me esfuerzo por mantener el optimismo. Puede que aún esté vivo. No voy a permitir que esto me mate. Quiero regresar y poner fin a lo que empezamos.

—Cuentas con mi aprobación. Estoy preparado para ir hasta allí y dar de patadas a unos cuantos chinos —gritó Huck, y su voz resonó por la escalerilla y llegó hasta el túnel.

Se oyó un sonido metálico a lo lejos, en la negrura del túnel.

—¿Has soltado algo? —preguntó Rico mientras trabajaba en la trampilla por la que se salía al exterior.

—No, ha sido en el túnel. Apostaría a que es una de las criaturas.

—Espera un segundo. Esta cuña me las está haciendo pasar canutas —dijo Rico, y dobló una vez más el instrumento para que encajase en el mecanismo de cierre del

gran candado de latón producido por el Estado.

—Esto es lo que ocurre cuando te haces la cuña con una lata de aluminio, idiota mexicano.

—Y tú eres paleta de nacimiento, Huck. Yo seré idiota, pero por lo menos sé que no tengo que ponerle las manos encima a mis primas, no como tú, que pareces un paleta desdentado del Sur.

—No te pases, tío. Aún te debo lo del gato. No te creas que lo voy a olvidar a base de cachondeo.

—Ponte el capuchón, sube aquí y cállate, paleta. He logrado hacer saltar el cerrojo. Voy a meter esta palanca y abriré la puerta. ¿Estás a punto?

—Sí, hazlo. Estoy a punto.

Huck apuntó hacia arriba con el cañón del arma y se preparó para disparar. Cuando los primeros rayos de luz solar entraron por la trampilla, la humedad se condensó bajo los capuchones que los protegían de la radiación. El paisaje era desolador. Lo que un año antes todavía era un paraíso de verdor se había transformado en un paraje siniestro. Toda la vegetación había muerto, y la explosión que sacudió Honolulu había arrastrado los árboles hacia el norte. Ninguno de ellos se había imaginado hasta qué punto había llegado la destrucción de la isla cuando avanzaron hacia su interior protegidos por la penumbra de la noche pasada.

Estaban en lo alto de una colina que se elevaba sobre la cueva y el túnel y, desde aquella posición privilegiada, columbraban el océano en lontananza. Huck distinguió, a cierta distancia, las antenas en forma de pelota de golf, visiblemente dañadas, así como las antenas más pequeñas frente a la puerta.

Se hallaban sobre un empinado pináculo desde el que se podía ver la infestada boca de la cueva, que se hallaba más al sur, y un precipicio escarpado en el norte que debía de elevarse unos treinta metros sobre los restos de una jungla. Rico agarró el bloc de notas a prueba de agua y se puso a dibujar un croquis de la situación, con el objetivo de informar a Rex cuando regresaran. Huck tenía los binoculares y observaba la entrada de la cueva. Se tendió de bruces sobre el suelo y se arrastró hasta el borde. Rico le agarró instintivamente el pie.

—¿Qué tal se ve?

—Se ve una cuadrilla de putos muertos andantes —respondió Huck.

Rico levantó el pie de Huck a unos pocos centímetros del suelo y el otro se llevó un susto.

—Deja de hacer el gilipollas —exclamó Huck. Siguió con la observación del área de abajo, en busca de cualquier cosa que pudiera resultarles útil para salir de allí. Huck enfocó por un instante los binoculares en un punto fijo y tensó los hombros por la concentración.

—Hum... Rico... Oye, tío, lo siento.

—¿Qué..., Griff?

—Sí, hermano. Tira de mí hacia atrás. Lo siento, tío.

Rico agarró a Huck por las botas, tiró de él hacia atrás hasta alejarlo del borde y se sentó en el suelo, abrumado momentáneamente por la derrota, y recostó la espalda contra la herrumbrosa puerta del cobertizo de acceso.

—¿Qué es lo que has visto, Huck? —Rico hablaba con el tono de voz propio de un hombre que no quiere saber la respuesta.

—He visto lo que quedaba de un cabrón valiente que resistió hasta el final. Parece que arrojó una granada de fragmentación y se llevó a unos cuantos consigo.

Los dos hombres estaban de pie sobre la colina y absorbían el calor del sol hawaiano a través de los uniformes antirradiación, un pequeño lujo, si tenemos en cuenta las condiciones de vida a las que se veían obligados en el interior del submarino.

Huck le echó una mirada a su reloj digital y bizqueó por culpa de los números apenas visibles, porque la batería estaba a punto descargarse y no podría reemplazarla jamás.

—Hace una hora que estamos aquí, Rico. Tendríamos que regresar.

Rico se puso en pie y en un instante descolgó la M-4 que llevaba al hombro. Huck se sorprendió. Quitó el seguro con el pulgar derecho y empezó a disparar contra las criaturas que estaban abajo. Derribó a docenas de no muertos, sin provocar ninguna reacción visible entre los aproximadamente quinientos que caminaban de un lado para otro y se freían bajo el sol del trópico. Rico volvió a colgarse la carabina al hombro y entró por la puerta del cobertizo que ocultaba la trampilla y la escalerilla por las que volverían a bajar.

Al ver la caja de la escalerilla, Huck se acordaba del pozo de donde su abuela sacaba el agua, y de cómo ésta le había advertido siempre, en su niñez, de que no se acercara al brocal. «Abajo el agua está fría, niño, y llena de ardillas muertas», le decía bromeando. Huck bebía casi siempre agua del arroyo.

—Rico, creo que tendríamos que contactar por radio con el submarino antes de bajar. Para ponerles al día.

Rico asintió.

—Clepsidra enviando informe de situación —retransmitió Huck.

—Clepsidra, me alegro de oíros, joder. Adelante con el informe. —La voz de Kil se oyó en el pequeño auricular.

—Las instalaciones están bien, no podemos contactar con los pajaritos. Rojillo dice que otra entidad ha entrado en los pajaritos y los controla. Seguimos adelante con los objetivos secundarios. ¿Me recibes?

—Sí, la transmisión es buena. Escucha, a propósito de Griff...

—Ya lo sabemos —respondió Huck—. Ahora estamos arriba y vamos a bajar.

Queremos volver esta noche. Nos vemos en el submarino, Clepsidra corta y cierra.

—Recibido, Clepsidra. Nos vemos.

Huck fue el primero en bajar por la escalerilla. Se acordaba de los sonidos que habían oído antes. Apuntaba hacia abajo con la carabina mientras descendía. Al llegar al túnel, se quitaron las máscaras e iniciaron el camino de vuelta hacia el lugar donde se encontraban Rex y el Rojillo. Había unos pocos cientos de metros hasta las puertas interiores, y así tuvieron tiempo para acostumbrar la vista: de la contemplación directa de la luz del sol a los dispositivos de visión nocturna. Al llegar a la puerta de metal, Rico tiró del pomo. No cedió.

—Nos hemos quedado encerrados afuera... Tendremos que hacerla saltar —dijo Rico.

—Vale, yo me pongo manos a la obra y tú prueba con la radio. Quizá Rex tenga encendida la suya; no puede estar muy lejos de aquí. Tal vez la señal logre atravesar unas pocas paredes.

Rico abrió el micrófono, retrocedió hasta las máquinas expendedoras y volvió de nuevo a la puerta. Probó suerte en distintos lugares para ver si desde algún sitio lograba conectar.

Algo se movía en la oscuridad.

—¿Huck? ¿Lo has oído? —dijo Rico, y volvió corriendo a la puerta.

—¿El qué?

—Hay algo aquí dentro. No sé a qué distancia estará, pero no me cabe duda de que debe de ser algo jodido y de que viene hacia nosotros. ¡Date prisa! —susurró Rico, en un intento por evitar sonido innecesario. Las ondas sónicas se propagaban por el túnel en direcciones impredecibles.

El cerrojo se abrió de improviso y Huck se cayó hacia dentro.

—Ya estamos dentro, Rico..., corre.

Rico contempló la negrura del túnel. Sus anteojos de visión nocturna le permitían ver tan sólo a unos pocos metros de distancia en la total oscuridad. Algo se había movido allí fuera, Rico estaba seguro de ello. Caminó hacia atrás con el arma en alto, pasó por la puerta y la cerró en cuanto estuvo al otro lado. Anduvieron codo a codo por el pasadizo para volver con Rex y con el Rojillo.

—Cuando tengamos que volver a salir, será un problema, tío —advirtió Rico.

—No veo por qué. Afuera está muy oscuro, y las criaturas esas no ven en la oscuridad.

—Sí, pero no sabemos qué les ha hecho a estos la mierda de radiactividad, tío. Puede que sean más jodidos.

—¡Ah, cállate de una vez, coño! Sí que lograremos salir. Las puertas de la cueva estaban separadas tan sólo por un resquicio de unos centímetros de grosor. Esas cosas

no podían entrar. Si ha quedado alguno aquí dentro, serán tan sólo uno o dos. Griff no nos habría jodido de ese modo, tío.

Las palabras de Huck tuvieron el efecto deseado: la actitud de Rico cambió visiblemente. Abrieron la portezuela y entraron en la sala donde Rex y el Rojillo les aguardaban.

—Eh, tíos, habéis tardado mucho rato. ¿Qué es lo que habéis visto? —preguntó el Rojillo. Tenía la mochila cerrada con todo el equipo dentro y estaba a punto para ponerse en marcha.

—Hemos encontrado la salida. Ésas son las buenas noticias, supongo —dijo Huck en tono solemne.

—Escúpelo de una vez, Huck. ¿Cuáles son las malas? —preguntó Rex.

—Bueno... Griff... no lo consiguió; arrojó una granada de fragmentación y se llevó a media docena por delante. No quedaba mucho, pero estaba claro que era él.

—¿No se ha...? —preguntó Rex.

—No, está muerto del todo, de eso no cabe duda. Si no, no lo habría dejado allí —dijo Huck, y miró al suelo, demasiado cansado de ver el dolor en los ojos de sus compañeros.

Rico se sacó el bloc de notas del bolsillo y le enseñó a Rex un bosquejo de lo que habían encontrado arriba.

—Al norte hay un barranco, unos veinte metros y pico, quizá treinta. La cara sur queda sobre las puertas del túnel donde se encuentra... donde se encontraba Griff. —Mientras hablaba, Rico pasó de la tristeza a la ira—. No me importa lo que quieras hacer tú, jefe. Si quieres bajar por la cara sur y matar a tiros a todas esas criaturas, yo te acompaño.

Rex se sorprendió por el súbito cambio de humor de Rico.

—No, iremos por el norte y saldremos de aquí ilesos. Nuestro punto débil son las municiones. ¿Habéis contactado por radio?

—Sí —confirmó Huck, y se puso a masticar una nueva barra de chicle—. Saben lo de Griff, lo vieron ellos mismos a través de la cámara que tienen volando por el cielo. Les he dicho que esta próxima noche trataríamos de regresar al submarino. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

—El Rojillo ha hecho un nuevo intento de poner a los satélites bajo control. Nada de nada. Hay algún otro que tiene las riendas. —Rex echó una mirada y vio que el Rojillo tenía la mochila a punto y estaba listo para ponerse en marcha—. ¿Vamos a algún sitio?

—Sí, salgamos de aquí ahora mismo. He hecho todo lo que se nos pedía. La información está copiada en dos DVD que llevo en la mochila. Antes de salir, os daré uno a vosotros, por si acaso. Lo he duplicado todo.

—Buena idea. Aunque, si tú no lograras regresar, sería mejor que yo también me

quedase aquí. Si perdiéramos a un recurso humano de gran valor como tú, el viejo Larsen me ataría a la torreta y me daría en los huevos con una antena de coche.

Al oírlo, Huck se echó a reír con tal fuerza que escupió el chicle sin querer. Se imaginó al capitán vestido como el general Patton, con una antena de coche en lugar de la fusta. Se rió con más fuerza todavía y tuvo que doblar el cuerpo, con la cara enrojecida.

—A mí no me parece tan divertido, Huck. —Rex se acercó a la mesa, arrancó un trozo del chicle pasado de Huck y se volvió hacia el Rojillo—. Pero ¿qué ha pasado con el rastreo?

El Rojillo le respondió con palabras rápidas, casi como si hubiera leído un guión.

—El rastreo ha terminado en Alaska. He encontrado un cortafuegos y no he podido ir más allá. —Se ajustó con fuerza las correas de la mochila y se acercó de nuevo a la terminal—. Voy a cerrar el computador. No creo que nadie más vaya a venir, pero siempre cabe la posibilidad de que más adelante necesitemos estos sistemas.

—Por mí, como si te bajas pelis porno y luego le pegas fuego a todo. Aquí ya no tenemos nada más que hacer. —Rex se plantó en el centro de la sala y empezó a explicar el plan—. Vamos a salir cuando se ponga el sol. Aquí dentro no tendríamos que encontrarnos con ningún problema, y el Rojillo conoce este lugar. Así pues, Rico..., tú y el Rojillo iréis por cuerda. Cuatro cuerdas, si podéis. Y si no podéis, ya nos apañaremos. Huck y yo la sujetaremos.

—Recibido. Vamos, Rojillo.

Ambos dejaron sus pesadas mochilas y se llevaron tan sólo las armas. Ninguno de ellos tenía ni las más mínimas ganas de pensar en las próximas doce horas..., en el viaje que tendrían que hacer a través del cinturón de no muertos de la isla.

A bordo del Virginia.

Diciembre.

¡Voy a ser padre! ¡¿Yo?! Aunque el equipo esté en tierra, a dieciséis kilómetros en el interior de un territorio que ha quedado como Hiroshima, no puedo dejar de sonreír. Noticias buenas..., noticias estupendas. Las mejores noticias desde las Navidades pasadas. Ha pasado casi un año desde que el mundo murió, y me encuentro con que he engendrado vida nueva.

El mensaje de Tara era sencillo, pero me ha cambiado para siempre: «Estamos embarazados».

He andado de un lado para otro durante un rato que me ha parecido una hora entera, sonriente y feliz. He olvidado lo que sucedía a mi alrededor. ¡Ya no estaba en un submarino frente a las costas de Hawaii, estaba en las nubes!

Y ahora hablemos de asuntos más urgentes.

El sol se pondrá dentro de un par de horas y sucederán dos cosas. Tendré otra oportunidad de mandarle un mensaje a Crusow y colaboraré en la extracción del equipo que está en Kunia. Crusow se notaba tan alegre y orgulloso de mí cuando me ha pasado las noticias de Tara... Es curioso: no lo he visto jamás y, sin embargo, se ha enterado de lo del niño antes que yo, porque ha sido él quien me ha mandado el mensaje. Cuesta creer que esté tan lejos, en un lugar tan opuesto a éste. Entre él y yo hay una diferencia de temperatura de ochenta grados pero aun así logramos encontrar motivos de alegría en nuestras respectivas situaciones. ¡Hoy lo he encontrado yo más que

él!

Nombres para el mensaje de respuesta: si es niño, un nombre potente, como Alexander. Si es niña, un nombre como Lilian, o... No, tendré que pensar otro. Maldita sea... Tendré que casarme cuando regrese. Mi madre me mataría si supiera que voy a ser padre sin haberme casado. Mi madre...

A bordo del George Washington.

John vigilaba de manera clandestina la totalidad de los mensajes que circulaban por el portaaviones, por medio de un improvisado empalme que había hecho en algunas líneas clave. Fue así como interceptó noticias inquietantes. También había desviado tráfico de mensajes en el que se mencionaba información recopilada sobre el área de Beijing por una aeronave que en sus fuentes recibía el nombre de *Aurora*.

Había codificado y transmitido una breve línea de advertencia a Kil, pero no estaba seguro de que éste la hubiera recibido. Era necesario que la confirmación de Kil llegara antes de que el submarino estuviese en Bohai, porque, si no, se vería obligado a transmitirla en público, sin cifrar, con el peligro de que todo el mundo se enterara. John estaba seriamente preocupado por Kil. Decidió que no le comunicaría sus descubrimientos a Tara, para evitar preocupaciones innecesarias y confusión. Se había enterado de las buenas noticias y no quería alterarla. John no conocía los detalles de la misión de Kil en China, pero sospechaba que el objetivo que pudieran tener allí estaría relacionado con los mensajes que había interceptado hacía poco.

Durante la reunión de los mandos del portaaviones a la que había asistido el día anterior («asistido» en un sentido amplio del término, ya que a la mitad de la sesión le habían ordenado abandonar la sala por razones de seguridad), John se había enterado de que el almirante sentía preocupación por uno de los civiles que viajaban a bordo. El oficial que tenía la palabra en ese momento empleó el tiempo que se le había asignado para informar al almirante, con la precaución de no emplear nombres, porque sabía que había civiles presentes.

—El muchacho dice que oyó cosas raras en el nivel 0-3 de popa, almirante. Se lo contó a la enfermera y al médico. ¿Cómo le parece a usted que procedamos?

El almirante hizo un gesto con la mano para ordenar que todos los no militares que se encontraban en la sala se marcharan. Entonces, Joe, su asistente, los hizo salir a todos y cerró la puerta. John sabía que lo más probable era que no le ordenaran volver, así que aprovechó el momento para hacer una llamada desde el teléfono del pasillo. Marcó el número de la enfermería.

—Jan al habla. ¿Hay alguna emergencia?

—No, soy John. Escucha, ¿recuerdas esa discusión que tuvimos hará una semana a propósito de Danny?

—Sí, ¿por qué?

—¿Se lo has contado a alguien?

—No, tan sólo lo he comentado con Dean. Dean me dijo que se lo comentaría al almirante en la reunión de la próxima semana.

John calló por unos instantes.

—Te lo pregunto porque esta mañana estaba en la reunión de los mandos y he oído algo sobre esa cuestión, pero entonces han hecho salir a los civiles. Han hablado de un muchacho que había oído cosas raras. —John sacó el bloc de notas y pasó páginas hasta llegar a la primera que no tenía la esquina del papel doblada—. Un muchacho que había oído cosas raras en la popa, en el nivel 0-3, y que se lo había contado a la enfermera.

Jan se quedó en silencio al otro extremo de la línea.

—¿Jan? Creo que lo mejor será que convoquemos una reunión del Hotel 23.

— De acuerdo, a mí me parece bien. Te veo dentro de unos minutos. Nos encontramos en el pasillo donde están nuestros camarotes.

—Muy bien, hasta ahora. Ándate con cuidado.

—Desde luego. Hasta ahora, John.

John llamó a Will, Dean y Tara antes de ir al lugar indicado. Después de recorrer con diligencia los niveles y escalerillas correspondientes, llegó al sitio y se encontró con que Jan y Will ya estaban allí y, junto a la mujer, una bonita sorpresa: Laura con Annabelle.

—¡Hola, Laura! ¿Vas a cuidar de mi perrita?

—¡Sí! ¡Pero es mía, ella misma me lo dijo! —respondió Laura. Soltó una risilla y le rascó el lomo a Annabelle. La perrita, como si lo hubiera entendido, meneó su colita enroscada, como de cerdo.

—¡Eso ya lo veremos, niña! —dijo John con su voz de tío malvado, y le provocó más risillas a Laura.

Annabelle meneó la cola y se marchó corriendo, con la lengua fuera, preparada para dar lametones, meneando la cola sin control.

—Will, ¿cómo te va todo? Siento no haber tenido ni siquiera cinco minutos para hablar contigo durante los últimos días. He estado ocupado con los sistemas de comunicaciones y todo eso.

—No te preocupes... Jan me tiene ocupado a mí cambiando bacinillas y bolsas de suero. Me hace trabajar como a una mula.

Jan le puso mala cara e hizo sonreír a todos los demás.

La puerta de un camarote se cerró detrás de John; éste se volvió y vio a Tara.

—No creo que sea necesario pero, de todos modos, estaría bien que nos marcháramos del pasillo antes de que pase alguien. Dean aún no ha llegado.

—Estoy aquí. —La voz de Dean resonó por el pasillo. Una pelota de baloncesto resonó contra el techo de acero. Un indicio de que Danny iba con ella.

—Danny, ve con Laura a estudiar en el aula. Iré a buscarte cuando hayamos terminado, y no quiero que me pongas mala cara, jovencito.

—Está bien, abuela —respondió Danny con voz triste. A un niño pequeño nunca

le gusta que lo manden a cuidar a una niña aún más pequeña.

Dean le acarició la cabeza con manos que el trabajo le había encallecido y le dijo: —Os vais a divertir, niño, y de todos modos no durará mucho. Venga, márchate.

Danny, Laura y Annabelle se marcharon corriendo. Annabelle saltó al pasar una compuerta de seguridad, como un gamo del bosque saltaría sobre un leño. Al cabo de unos instantes, el correteo de Annabelle se oyó con más fuerza y entonces apareció de nuevo, y se detuvo a los pies de John.

—¡Así me gusta! —dijo John—. Vamos a mi camarote, allí tendremos más espacio.

—¡Anda, mira el privilegiado este! —dijo Tara con una sonrisa sarcástica.

—Sí, y me siento un poco culpable, pero me paso la noche despierto y vivo en el camarote del hombre que hacía el mismo trabajo antes que yo. Estoy en el camarote del oficial de comunicaciones. Es un lugar sencillo en comparación con el Hotel 23, pero muy espacioso para lo que tenemos ahora.

—¡Ah, por favor, cállate de una vez, John! El que uno de nosotros pueda estar un poco más cómodo es motivo de alegría para los demás —le aseguró Dean.

—Gracias, Dean, lo único que ocurre es que no quiero que nadie piense que me he olvidado de todos vosotros. ¿Empezamos?

Entraron todos en el camarote de John y cerraron la puerta. Tomaron asiento en las literas, el fregadero y el pequeño escritorio plegable, y John empezó a contarles lo que había ocurrido por la mañana. Annabelle encontró la cuerda que John se había llevado del castillo de proa y se pasó el rato masticándola. Mientras John les explicaba lo que había oído, Dean empezó a poner cara de preocupación. Había tenido la intención de solicitar una entrevista con el almirante, pero como, al fin y al cabo, Danny no había visto nada con sus propios ojos, había acabado por parecerle que, de momento, lo mejor sería dejarlo correr.

—Ya sé cómo ha llegado esto a oídos del almirante —exclamó Jan—. Hará una semana, estaba en la enfermería con el Dr. Bricker. Danny tuvo que venir a que le pusiéramos unos puntos y dijo que le parecía que llevábamos zombis a bordo, y que jugaba a los zombis con los otros niños. Después de que Danny se marchara, el Dr. Bricker me contó que a veces le habían llevado muestras de tejido orgánico para que las analizara, y que tenía sospechas acerca de su procedencia.

—Todo eso no significa nada, Jan. Además, ¿creéis que tenemos que sacar conclusiones precipitadas y alterarnos por unas muestras de tejido orgánico? —preguntó Tara.

Jan frunció el ceño y empezó a explicárselo:

—Es que no eran simples muestras de tejido orgánico. Bricker me contó que se trataba de tejido cerebral altamente irradiado. Enfatizó que no se habían llevado a cabo misiones de reconocimiento ni de captura durante las dos semanas previas a la

recuperación de las muestras.

—No es que dude de ti, Jan..., pero es que creo que no estoy preparada para hacerme a la idea de que esas criaturas viajan conmigo en el portaaviones y... —Tara se oprimió el estómago con ambas manos, se lo frotó suavemente y empezó a sollozar.

—No pasa nada, Tara —dijo John—. Si se encuentran a bordo, por lo menos ya lo sabemos. Estamos todos armados, aunque no nos pareciese necesario cuando llegamos aquí. En vez de desarmarnos a todos, el ejército nos exigió que lleváramos armas a todas horas mientras nos encontráramos a bordo; eso juega a nuestro favor. Lo único que nos queda es demostrar que los no muertos están aquí, con nosotros.

John se levantó del escritorio y se colocó bien las gafas sobre el puente de la nariz.

—Creo que tengo el perfecto detector de no muertos, baterías no incluidas. —Miró a Annabelle. Todavía masticaba la cuerda y meneaba la colita—. Esos pelitos del pescuezo nos han salvado a Kil y a mí en más de una ocasión.

ZAAUZYUW RUEOMFC7685 1562255-TTTT-RHOVIQM.

ZNR TTTTT ZUI RUEOMCG340X 1562254.

Z 042253Z.

DEL PORTAAVIONES GEORGE WASHINGTON.

A RHOVNQN / GOBIERNO EN FUNCIONES MT W.

BT.

ALTO SECRETO // 002045U.

ASUNTO:/ INFORME CARRETERA ELEVADA-CENTRO.

OBSERV:/ FASE FINAL DE EXPERIMENTACIÓN EN ESPECÍMENES CARRETERA ELEVADA Y CENTRO EMPEZARÁ EN LAS PRÓXIMAS 24 HORAS. DE ACUERDO CON ÓRDENES DEL GOBIERNO EN FUNCIONES, ÁREAS PREESTABLECIDAS DEL CEREBRO SERÁN LOBOTOMIZADAS, UN OJO EXTRAÍDO PARA PRUEBAS DE PRESUNTA PERCEPCIÓN SENSORIAL TÉRMICA.

ESTA BASE ENVIARÁ INFORMACIÓN ACTUALIZADA POR CORRESPONDENCIA SEPARADA.

BT.

AR.

NNNNN.

* * *

INICIO DE TRANSMISIÓN DE TEXTO.

LUZ DE KLIEG SERIE 209.

RTTUZYUW-RQHNQN-OOOOO-RRRRR-Y.

ALTO SECRETO // SAP HORIZONTE.

ASUNTO: CONCLUSIONES EFECTOS RADIACIÓN SOBRE ESPÉCIMEN DE NUEVA ORLEANS.

OBSERV:/ ESTA BASE HA FINALIZADO EL EXAMEN INICIAL DE LOS ESPECÍMENES CARRETERA ELEVADA Y CENTRO (DESIGNADOS EN REFERENCIA AL SITIO DE CAPTURA EN NUEVA ORLEANS). DURANTE LAS PRUEBAS INICIALES, AMBOS SUJETOS MOSTRARON CONGRUENCIA EN LA FUNCIÓN MANO-OJO, SIMILAR A NIÑO PEQUEÑO EN LA CAPACIDAD DE INTRODUCIR OBJETOS DE MADERA EN AGUJEROS CON LA MISMA FORMA. DURANTE LAS PRUEBAS DE COORDINACIÓN MÁS AVANZADAS, CENTRO DEMOSTRÓ CAPACIDAD DE MOVERSE A DIECISÉIS KILÓMETROS POR HORA. CARRETERA ELEVADA NO PASÓ DE LOS DIEZ. CENTRO TAMBIÉN POSEÍA CAPACIDAD PARA RESOLUCIÓN DE PROBLEMAS SENCILLOS, Y ELEGÍA DETERMINADAS HERRAMIENTAS PARA TRATAR DE ROMPER LOS CRISTALES, A FIN DE CAPTURAR LO QUE PERCIBÍA QUE PODÍA SER UNA PRESA VIVIENTE DETRÁS DE UN CRISTAL BALÍSTICO. CENTRO EXHIBIÓ COMPORTAMIENTO HOSTIL FRENTE A CARRETERA ELEVADA CUANDO HABÍA COMIDA PRESENTE, Y EN OCASIONES EMPUJABA A CARRETERA ELEVADA PARA ALEJARLO DE LA COMIDA.

COMPORTAMIENTO A DESTACAR: SE NOTÓ QUE CENTRO OBSERVABA LAS ENTRADAS Y SALIDAS DE LOS INVESTIGADORES E IMITABA LOS MOVIMIENTOS DE SUS MANOS CUANDO ESTOS TIRABAN DE LAS PALANCAS DE LA COMPUERTA PARA SALIR, LO QUE SUGIERE POR LO MENOS UNA CAPACIDAD RUDIMENTARIA DE APRENDER. TANTO

CARRETERA ELEVADA COMO CENTRO TIENEN RAPIDEZ Y AGILIDAD TODAVÍA NO OBSERVADAS EN CRIATURAS NO EXPUESTAS AL BOMBARDEO RADIATIVO DE LAS PASADAS DETONACIONES NUCLEARES.

RESUMEN: EL PORTAAVIONES *GEORGE WASHINGTON* PROSEGUIRÁ CON LA OBSERVACIÓN DE LOS ESPECÍMENES. AVISARÁ AL GOBIERNO EN FUNCIONES DE CUALQUIER PROPÓSITO DE DESTRUIRLOS. CINCO SUJETOS EN CONDICIONES VARIAS, PROCEDENTES DE ÁREAS GEOGRÁFICAS DISTINTAS, PERMANECEN A BORDO. ESTA BASE SE MUESTRA ESCÉPTICA POR LO QUE RESPECTA A LAS POSIBILIDADES DE EXTERMINAR A LA POBLACIÓN NO MUERTA DE ESTADOS UNIDOS. EN ESTOS MOMENTOS LOS NO MUERTOS IRRADIADOS NO MUESTRAN SIGNOS DE PUTREFACCIÓN. DATOS PROCEDENTES DE LOS ARCHIVOS DE HIROSHIMA Y NAGASAKI INDICAN CIERTA PRESERVACIÓN DE LOS CADÁVERES POR LA RADIACIÓN, PERO NO DE ESTE ORDEN DE MAGNITUD. ESPECULAMOS CON QUE LA RADIACIÓN ELEVADA HA CONSTITUIDO UNA RELACIÓN SIMBIÓTICA CON LA ANOMALÍA EN UN NIVEL QUE SOMOS INCAPACES DE VERIFICAR O MEDIR EN ESTE MOMENTO. BUENA SUERTE.

CIENTÍFICO JEFE DEL GW ENVÍA...

BT.

AR.

Túnel en el espacio... Estaba tan enfrascado en la misión, que no había entendido lo que John quería decirme. Hace más de una semana que añade códigos extra a sus mensajes. Los apunté sin pensar, porque en ese momento me parecían un puro galimatías. John me había mandado mensajes cifrados por medio de nuestras copias gemelas de *Túnel en el espacio*. Me ha mandado códigos en los que se indicaba la página, el párrafo y la frase, para hacerme buscar palabras y letras que se encontraban en mi ejemplar del texto. Al juntarlos, forman frases breves. Me he dado cuenta después de que Crusow me reenviara el último mensaje de John. Aunque ya le había dicho que hacía tiempo que terminé el libro, me lo ha vuelto a preguntar después de mandarme la última serie de códigos. «¿Ya has leído *Túnel en el espacio*?».

Me he pasado un rato sentado en la litera, confuso. He hojeado la novela, a la espera de recibir informes actualizados del equipo que regresa de Kunia. He buscado algo que John pudiera haber escrito dentro del libro, algo que me hubiera pasado por alto.

Finalmente he logrado transcribir el mensaje. El código, aparentemente sin sentido, se ocultaba a la vista de todo el mundo en las series de movimientos de ajedrez. Se refería a secuencias específicas que tan sólo se podían descifrar si el receptor tenía exactamente la misma clave que el emisor. En este caso, un libro no habitual y agotado en imprenta. Me ha llevado unos minutos, pero el mensaje estaba claro.

«ESPÉCIMEN COLISIÓN NEVADA 1947 EXPUESTO A LA ANOMALÍA... MUY FUERTE... ARMAS INEFECTIVAS, NEUTRALIZADO CON FUEGO... ¿SIGNIFICA ALGO?».

Por supuesto, estoy sorprendido y confuso porque no entiendo cómo puede ser posible que John disponga de esa información. Pero, bien mirado, no es tan extraño, ya que es oficial de comunicaciones en funciones a bordo del *George Washington*. Parece que la armada trabaja siempre de acuerdo con dos principios esenciales. Uno de ellos es la regla «a más imbecilidad, más autoridad», lo que quiere decir que, cuanto más imbécil seas, más probable es que te asciendan. El otro principio que he visto confirmado durante mi período de servicio es la «maldición de los competentes». John se encuentra en este último caso. Cuanto más competente seas, mayores serán las responsabilidades por las que no te pagan, y más trabajo te exigirán.

Sin excepciones, los mandos que están por encima de los competentes pueden englobarse dentro de la primera de las categorías citadas. Me imagino que le han dado acceso global a las redes de comunicación del portaaviones porque es el único que sabe hacer el trabajo que le exige su puesto. Sea como sea, no le voy a revelar este mensaje al capitán mientras no sepa bien en cuál de las dos categorías se encuentra. Se lo contaré a Rex y a los demás cuando llegue el momento oportuno; son los operativos de esta misión y tienen derecho a saberlo. Lo de China va a ser problemático, como mínimo.

Este mensaje codificado de John me habría parecido muy extraño si no me hubiesen informado previamente de lo que nuestro gobierno nos había ocultado durante todos estos años en las montañas del oeste.

A bordo del Virginia —en aguas de Hawaii.

—¿Cuándo van a regresar, Kil? —preguntó Saien.

—Saldrán de la cueva una hora después de la puesta de sol. Parece que entonces las criaturas están un poco más calmadas. ¿Por qué me lo preguntas?

—Yo sólo quería saber si teníamos tiempo para charlar antes de volver al trabajo.

—Sí, creo que sí. ¿Qué es lo que tienes en mente? —dijo Kil mientras bajaba de la litera de arriba y se sentaba al lado de Saien.

—No sé si creerme lo que nos contaron mientras veníamos hacia aquí. Hace días que lo pienso. En un primer momento me pareció que podía ser cierto en parte, pero, cuanto más lo pienso, más ridículo me parece. Querría saber lo que piensas de todo esto..., de esta historia tan disparatada.

Kil respiró hondo y se quedó sentado en la silla por unos instantes, meditando la cuestión. Al cabo de un rato, habló.

—Bueno, creo que estoy de acuerdo contigo. Alguien muy cercano a mí solía decirme: «No te creas nada de lo que oigas, y tan sólo la mitad de lo que veas».

Compartieron una carcajada, aunque Kil no estuviese seguro de que Saien hubiese comprendido lo que quería decir.

—Ahora que hablamos de esto, creo que hay algo que te tengo que decir —explicó Kil en susurros de conspirador. Se puso en pie, se acercó a la litera y buscó algo debajo de la almohada. Sacó un libro en rústica muy gastado—. ¿Recuerdas este libro que John me dio antes de que nos marcháramos?

Saien asintió.

—Bueno, pues acabo de descubrir que John me ha estado pasando un mensaje por medio de las páginas de este libro, camuflado entre sus jugadas de ajedrez. Con el tráfico normal de mensajes, ¿sabes?

—¿Y me vas a contar lo que te ha dicho?

—El mensaje básico es que han sometido el espécimen de Roswell al contagio de la mierda esta.

—¿Qué? ¿Cuándo ocurrió?

—No sé el cuándo ni el porqué, pero sí los resultados. De acuerdo con John, ha sido un desastre. Tan sólo pudieron detenerlo por medio del fuego. Las armas no le hicieron nada.

Ambos se quedaron sentados y le dieron vueltas durante un rato al asunto, hasta que Kil dijo:

—Acabábamos de decir que los dos estamos de acuerdo en que todo esto parece una de esas demenciales teorías conspirativas y probablemente no es verdad. Pero,

aunque no nos lo creamos, probablemente no estaría mal que preparásemos un par de cócteles Molotov para nuestro equipo. Pienso que tendrías que hacerte amigo de la gente de ingeniería y ver si logras averiguar algo. Si te hacen preguntas, diles que te mando yo.

—A mí me parece bien.

—En cuanto el equipo haya vuelto, empezaré por contarle a Rex todo lo que sabemos. No quiero que John se meta en líos. No creo que Rex y sus compañeros vayan a darnos problemas, pero toda la tensión por la que estamos pasando...

—Sí, una tensión como la que estamos pasando basta para transformar a los amigos en enemigos y a los enemigos en amigos. Lo sé de primera mano.

—Sí, apuesto a que sí lo sabes. No creas que he olvidado nuestros viajes. Tiras de puta madre con las armas largas, y eso es algo que la mayoría de civiles no saben hacer. Me di cuenta de la esterilla y de cómo alimentabas el fuego. Nunca lo habíamos hablado antes, pero te digo una cosa, yo ya estaba harto de la guerra antes de todo este desastre. Yo creo que esto, lo llames como lo llames, ha puesto fin a enemistades que habían durado mucho tiempo, y ha apaciguado muchos odios. No te preocupes, Saien, creo que Seguridad Interior ha desaparecido para siempre. No sé qué es lo que me inspira más desprecio, los escáneres de los aeropuertos por los que te veían desnudo y los manoseos o los muertos andantes. No creo que se haya conservado ninguna base de datos en la que figure tu nombre.

Saien respiró hondo y se arrellanó en su silla, incómodo, con los brazos pegados al cuerpo.

—Kil, yo tenía que encontrarme con un miembro de mi célula en San Antonio. Íbamos a...

—Déjalo, Saien. No tengo ninguna necesidad de oírlo. No olvides que soy oficial del ejército y que, antes, no habría vacilado —respondió Kil, sin poder reprimir sus emociones.

—Tengo que librarme de este peso que me oprime. No me queda nadie más. Ése es mi único motivo.

—Saien, ¿recuerdas lo que nos dijeron antes de explicarnos lo que íbamos a buscar? «Una vez se lo haya dicho, no se podrá retirar». Antes de contármelo, tienes que estar seguro de que no te vas a arrepentir luego. Hemos sobrevivido a situaciones que nos han llevado muy cerca de la muerte, pero estoy seguro de que no me vas a pedir un autógrafo cuando te haya contado a qué me dedicaba antes de que sucediera todo esto. No te he contado nada, y con buen motivo. Tenemos que sobrevivir, eso es todo..., es lo único.

Los dos hombres estaban sentados en sus respectivas sillas, uno enfrente del otro, en el pequeño camarote. Kil creyó oír el tictac de su reloj de muñeca..., pero el reloj era digital. Saien se puso a hablar de nuevo... Sus ojos miraban más allá de Kil, a

través de los mamparos, a través del océano, más allá de Oahu.

—Teníamos que encontrarnos en San Antonio. Yo, deliberadamente, tan sólo conocía el nombre en código y el «buzón muerto» de uno de los miembros de mi célula. Nos comunicábamos en línea por medio de un «buzón muerto» virtual, pero al mismo tiempo utilizábamos encriptación estándar. Tu ejército emplea sistemas de encriptación muy inferiores a los estándar. Yo usaba AES de 256 bits. Todo eso no importa ahora, discúlpame. Estoy divagando.

—No te preocupes. Continúa, no importa —le dijo Kil, en un tono de voz que transmitía seguridad. Más que otra cosa, sentía curiosidad.

Saien tomó un trago de una vieja botella de agua reciclable que había utilizado desde que se marcharon del Panamá y continuó:

—Recibí la orden de pasar a la acción una semana antes de que los muertos se alzaran. Mi objetivo era un centro comercial, en el período del año en el que había mayor afluencia. Yo formaba parte de un comando terrorista con cinco miembros. Éramos un solo comando, pero había más, tal vez otros veinte. A todos ellos se les había ordenado que realizaran atentados simultáneos en ciudades distintas. El objetivo era pegarle el tiro de gracia a la economía estadounidense y precipitar el derrumbe financiero. Vuestra economía se basaba en un setenta por ciento en el consumo. Si la gente tenía miedo de ir a los lugares donde se gastaba dinero, el sistema estadounidense habría tocado a su fin. El dólar habría padecido hiperinflación y vuestras guerras en el extranjero hubieran tenido que terminar. También sabíamos que el perro pastor no podía vigilar a la vez a todas las ovejas ni apaciguar sus miedos. Me imagino que logramos lo que queríamos cuando los muertos se alzaron y las infraestructuras dejaron de funcionar. En el momento en el que ves que un hombre a quien acaban de pegarle un tiro de rifle en el pecho se pone en pie y te persigue, tu ideología cambia. Es por eso por lo que he dejado de rezar. Estoy apenado por lo que fui y por lo que pretendía hacer. Aunque no me lo preguntes, te lo voy a decir. Ahora, la mayoría de los estadounidenses han muerto, como ya sabes. Si hace un año hubieras estado en una cueva de Pakistán y hubieses tenido una conversación con los líderes de la base, y le hubieras preguntado «¿la muerte en masa de los estadounidenses sería algo bueno a los ojos de Alá?», él, sin duda alguna, te habría contestado lo que ya te puedes imaginar. Y mira cómo estamos ahora. Los Estados Unidos han muerto, y también todos los demás, y no sabemos dónde se encuentra Alá. Dios ha muerto en la Tierra, ¿quién nos lo puede discutir?

—¿Así que ibas a seguir el modelo de Bombay y habrías puesto una bomba en un centro comercial? —preguntó Kil. Era una pregunta casi retórica.

—Ése era el plan. Ahora he despertado y siento vergüenza —declaró Saien con toda sinceridad.

—Bueno, no puedo decirte que me caigas mejor por lo que acabas de decirme...

Pero yo tampoco soy perfecto. Deserté del ejército. Mi superior me ordenó que regresara a la base y desobedecí. No fui. Me quedé en mi casa. John era el vecino de la casa de enfrente. Míralo así: tú, por lo menos, no llevaste a cabo tu plan. No pasó de un delito de intencionalidad.

—Sí, y doy las gracias por ello, porque, si no, ahora sería una alma torturada.

—Sí, ahora mismo estarías trastornado, no me cabe ninguna duda. Y, por lo que respecta a Dios, han ocurrido muchas cosas. No eres el único que cuestiona su propia fe. Estoy seguro de que toda esa mierda de los alienígenas no nos ayuda en nada.

Alguien llamó a la puerta y Kil se levantó de un salto; instintivamente, empuñó la pistola.

—Adelante —dijo Kil.

La puerta se abrió poco a poco y así quedó a la vista el suboficial con cara de jovencito llena de granos.

—Señor, el sol se ha puesto y nos llegan señales de radio de Clepsidra. Preguntan por usted. Los Scan Eagles ya están en camino.

—Entiendo. Voy para allá —dijo Kil.

El interior de Oahu.

El sol se había puesto; un fulgor purpúreo que venía del oeste centelleaba y danzaba sobre las aguas del Pacífico. La Fuerza Expedicionaria Clepsidra había pasado veinticuatro horas en la cueva de Kunia. Hasta ese momento, se consideraba que la misión en Hawaii había sido un fracaso. Incapaz de hacerse con el control sobre los satélites para que estos sirvieran de apoyo a la incursión de Clepsidra, el submarino iba a quedarse solo; su tripulación, temerosa y vulnerable frente a cualesquiera restos del ejército chino que pudieran quedar en aquellas aguas. La mochila del Rojillo había vuelto repleta de papeles y discos. Papeles que contenían un montón de secretos. Información que no se había llegado a retransmitir desde aquella base, abandonada hacía tiempo por el grupo criptológico que había trabajado allí.

Rex fue el último en subir por la escalerilla, y también quién cerró para siempre la entrada. «Dentro de unos años, alguien va a descubrir aquí una colonia de ardillas mutantes», pensó al echar de golpe la trampilla. Rex, Huck, Rico y el Rojillo se irguieron sobre aquella especie de meseta; habría costado averiguar si se había construido en torno al túnel o si el túnel había sido construido dentro de ella. Al sur había un gran grupo de criaturas no muertas; al norte, un precipicio escarpado de poco más de veinte metros hasta llegar a la jungla.

Huck descubrió el sitio donde podían anclar las cuerdas. Las ataron por medio de un nudo de doble escota. Sujetó la cuerda al poste de anclaje por un punto cercano al nudo y le gritó a Rico:

—Déjala caer, mexicano.

Mientras mascullaba algo en español, Rico arrojó al vacío los dos cabos de la cuerda.

—Rojillo, ven aquí, esto es importante —dijo Huck al tiempo que volvía el rostro con cuidado de no hablar con voz fuerte en dirección al sur, donde las criaturas podían enloquecer si el viento transportaba el sonido. Huck estaba de pie cerca del Rojillo, a unos dos metros de la cara norte, cuando explicó—: Ahora vamos a hacer rápel por esta pared. Tienes que pasarte la doble cuerda por entre las piernas desde delante, y luego doblarla en torno a tu pierna derecha y cruzarla sobre el pecho hasta el hombro izquierdo, así. Luego tienes que cruzarla por detrás de la espalda y pasarla bajo la axila derecha. Entonces sujetarás la cuerda por arriba con la mano izquierda y regularás el descenso con la derecha. Siéntate aquí y practica un rato mientras yo me aseguro de que el mexicano esté bien atado.

—Vete a tomar por culo, paleta —le respondió Rico, y le arreó una colleja a Huck.

—Oye, cálmate, no querrás bajar demasiado rápido y romperte una pierna, ¿verdad? Esas criaturas acabarían contigo en cuanto te encontraran, y puedes dar por seguro que te encontrarían —se burló Huck.

Huck tiró de la cuerda y apoyó todo su peso en ella para estar seguro de que no se soltaría del anclaje. Aquella noche no podrían disfrutar del lujo de un amarre de seguridad.

—Vale, la mierda esta es segura, sólida como Gibraltar —anunció, y apoyó la pierna en el punto de anclaje.

Rex hizo las oportunas llamadas por radio al *Virginia*, mientras Huck y Rico iniciaban el descenso. La brisa marina que soplaba en ese momento, aparentemente en todas las direcciones, impedía que los demás le oyeran.

—*Virginia*, nos hemos puesto en marcha, cambio —retransmitió Rex.

El Rojillo parecía un gato atrapado en un cuenco de espaguetis. Tenía la cuerda liada en torno al cuerpo.

—Tíos, ¿cómo es que no os habéis traído un arnés? —se quejó el Rojillo a Huck.

—A ver, gilipollas, echa una mirada a tu alrededor. ¿Crees que hay alguna tienda de la cadena REI abierta por aquí cerca?

—Buena observación. ¿Y si me lo volvieras a explicar? Creo que me la he puesto mal.

Después de unas cuantas instrucciones suplementarias, el Rojillo parecía dispuesto a iniciar el descenso.

La cuerda doblada presionaba la pierna, la espalda y el brazo de Rex. El Rojillo tenía razón... «Les habría venido bien un arnés», pensó para sí mismo a medida que bajaba por la cuerda y la fricción le calentaba las manos a través de los guantes. Al acercarse al suelo en plena jungla, la temperatura cambió, y Rex olió la podredumbre. No era muy distinto de bajar a un sótano y sentir la bofetada del olor rancio de las latas de comida viejas y la madera podrida. La cara sur bloqueaba la brisa. A tan sólo dos metros del suelo, Rex sintió el violento roce de una rama al final de la pierna.

Estuvo tentado de soltarse para lo que quedaba de descenso y permitir que su cuerpo cayese por entre las ramas y llegara al suelo, pero, en cambio, vaciló...

El viento perdía fuerza en el precipicio y soplaba tan sólo levemente al pie de la pared de roca. Aunque corriera el riesgo de desorientarse, dobló el torso y miró hacia abajo, y los vio. La sensación que había tenido en la pierna no había sido de una rama agitada por la brisa, sino la silenciosa zarpa de la muerte que había tratado de agarrarlo. Las criatura parecían hallarse en un estado avanzado de descomposición. Las costillas quedaban a la vista, no tenían labios y habían perdido toda capacidad de proferir sonidos con la boca... Apariciones silenciosas en una isla muerta, un paraíso perdido por culpa de una detonación nuclear.

Como colgaba torpemente de las cuerdas, Rex no logró agarrar la carabina y,

aunque lo hubiera conseguido, le habría sido difícil empuñarla sin caerse entre las criaturas. Buscó la pistola sin silenciador y comprobó que todavía se encontraba en la funda. Las puntas de los dedos de una de las criaturas le rozaron de nuevo la pierna mientras él comunicaba por radio su situación a los que se hallaban en lo alto.

—¡Tenemos compañía aquí abajo, deben de ser cuatro! No os molestéis en dispararles; me daríais a mí. Voy a sacar la pistola. Estad a punto para bajar en seguida. No sé cuántos más puede haber entre los arbustos y el sonido de la pistola los va a atraer.

En lo alto del precipicio, Huck preparaba al Rojillo para que bajase a continuación.

—Bueno, muchacho, te toca a ti. Puede que Rico empiece a bajar antes de que tú hayas llegado al fondo. ¿Estás a punto?

—A punto —repitió el Rojillo.

Rex sacó la pistola, con cuidado para que no se le cayera. La cuerda, aunque holgada, le entorpecía la mano derecha, así que tuvo que disparar con la izquierda. Tiró del gatillo contra el no muerto que le pellizcaba el culo y la criatura se apagó para siempre. El sonido hizo que los otros dos o tres se pusieran frenéticos. Estaban tan podridos que las cuerdas vocales se les habían desintegrado hacía tiempo. Rex tenía la esperanza de que su descomposición fuera un indicio de que no estaban irradiados o, por lo menos, de que no podían comunicar los mortíferos efectos de la radiación.

Un sonido que no parecía de este mundo, como de serpientes siseantes, delató la posición de la cuarta criatura a la derecha de Rex. Después de disparar tres veces, esquivó a los dos cadáveres de la izquierda y logró sujetar con una misma mano el cabo de cuerda que colgaba bajo su cuerpo y el tramo de más arriba, y así la otra mano le quedó libre para disparar. Un tirón en la cuerda provocó que el disparo fallase. Trataban de bajar al Rojillo antes de que Rex hubiera llegado al suelo. Una mala idea, si se tenían en cuenta los ochenta y cinco kilos que pesaba Rex, aparte del equipo. La cuerda dio otro tirón, Rex descendió todavía más y quedó al alcance de la última de las criaturas. Ésta trataba de sujetarlo a ciegas y le aferraba el traje antirradiación.

No le quedaba otra opción. Tendría que dispararle a quemarropa. Sintió un pellizco agudo y doloroso en el antebrazo, un momento antes de colocar torpemente el cañón del arma contra la cabeza de la criatura y disparar. Los sesos salpicaron la máscara de Rex y le oscurecieron la visión. Se dejó caer al suelo y se limpió la máscara con la manga. Se aclaró los anteojos de visión nocturna con los dedos protegidos por los guantes, y así pudo verse mejor el brazo. Por fortuna, la criatura no había logrado rasgarle el traje. De todos modos, le iba a quedar un buen moretón.

—Estoy en el suelo, cuatro tangos abatidos —dijo Rex.

—Recibido. El Rojillo ya baja. Después bajará Rico —respondió Huck.

Rico echó una ojeada a sus espaldas. Entretanto, Huck vigilaba el descenso del Rojillo. Rex mataría a Huck si el Rojillo se caía. Un sonido metálico surgió del cobertizo de acceso. Tanto Huck como Rico lo oyeron con nitidez.

El Rojillo estaba a medio descenso y se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó a Huck, que estaba de pie en lo alto del barranco.

—¡No te preocupes por eso, no te pares ahora! —Después de asegurarse de que el Rojillo bajaba bien, se acercó al cobertizo con Rico—. Tío, ¿esas putas criaturas pueden subir por una escalerilla? Mala cosa —susurró Rico.

—Sí, mala cosa, si no fuera porque he cerrado la puta trampilla. Puede que uno o dos logren subir, pero eso no significa que vayan a aprender álgebra, ni que sepan abrir trampillas mientras están de pie en una escalerilla. Ahora te toca a ti, empieza a bajar.

—Será un placer, garrulo. Que tengas buena suerte, paleta.

—Bajaré después de ti, mexicano.

Huck se quedó en lo alto y miró mientras Rico y el Rojillo desaparecían por el precipicio. El sonido que provenía del cobertizo se había vuelto más fuerte.

—Huck, ya puedes empezar a bajar, estamos todos en el suelo. ¡La jungla se agita a nuestro alrededor! ¡Date prisa!

Huck descendió a toda velocidad.

—¿Trato de descolgar la cuerda? —le preguntó Huck a Rex.

—Déjala, no nos queda tiempo.

Las cuerdas se encuentran entre esas cosas que jamás necesitamos cuando las tenemos, y que nunca tenemos cuando las necesitamos. Especialmente cierto en un momento como aquel.

Con las botas en el suelo, se pusieron en marcha hacia el norte. Eran demasiado jóvenes para haber luchado en Vietnam, pero experimentaron los mismos horrores de la lucha en la jungla contra un enemigo invisible.

Los muertos de la jungla se mantenían en silencio, salvo por los terroríficos siseos. Una advertencia audible de que estaban lo bastante cerca como para iniciar un combate cuerpo a cuerpo.

El Rojillo tropezó con un cascote, seguramente proyectado hasta allí por la explosión nuclear. Armó estrépito como un petardo en la oscuridad y atrajo los siseos de las bestias del averno que los rodeaban por todos lados. Aunque de mala gana, Rex dio la orden de disparar. Los flashes de las M-4 silenciadas iluminaron los alrededores y dieron una imagen detallada de los demonios a la visión artificial de los operativos.

Durante un rato, la mayoría de las cabezas explotaron o se hicieron pedazos, y los

cadáveres se desplomaron. Una fina cortina de humo brotaba de los silenciadores y de las juntas superiores de las M-4.

Cargaron de nuevo las armas y avanzaron por las densas junglas, y finalmente salieron de entre los árboles y llegaron a una carretera, donde Rex detuvo al grupo entero.

—Bueno, voy a hacer contacto por radio y vectorizaré de nuevo la aeronave no tripulada hacia nuestra posición para que nos dé apoyo. Huck, tú y Rico marcad un perímetro. Rojillo, quédate cerca y no te vayas a morir.

—*Virginia*, aquí Clepsidra, hemos salido de la jungla y estamos en una carretera. Desorientados, pero sabemos que estamos al norte de la cueva, tal vez a un poco más de tres kilómetros. Voy a activar los infrarrojos. Por favor, conectad conmigo y aconsejadme lo que debo hacer, cambio.

Kil estaba de guardia y con los auriculares puestos cuando llegó la transmisión.

—Lo hemos oído, Clepsidra. Vamos a volar en círculo al norte de la cueva. Os hemos perdido el rastro entre el follaje, emitid infrarrojos a discreción.

—Me alegro de oírte, Kil. Infrarrojos conectados.

Kil examinó la pantalla de control del Scan Eagle. Uno de los operadores tomó una panorámica y ladeó la cámara. Kil vio los destellos infrarrojos, cerca de una carretera, a un kilómetro y medio de la trayectoria que seguía la aeronave no tripulada.

—Ajustad la trayectoria y situad la aeronave encima de ellos —ordenó Kil.

—Sí, señor.

—Clepsidra, os hemos localizado y nos dirigimos hacia vuestra posición. Vamos a llegar dentro de un minuto. Os hemos ubicado junto a la carretera de Trimble. Guíaos por la brújula, rumbo tres seis cero, tres kilómetros doscientos metros hacia el norte, hasta llegar a la Carretera Estatal 803, repito, rumbo tres seis cero, tres kilómetros doscientos metros. Según los mapas es un terreno relativamente llano.

—De acuerdo, *Virginia*, vamos al norte en dirección a la carretera 803. Clepsidra agradecerá todos los consejos. Por favor, localización, conducta y fuerza de los no muertos que vayamos a encontrarnos.

—Estamos en ello, Clepsidra —confirmó Kil, y tomó un sorbo de café instantáneo que había sacado de un viejo paquete de comida preparada. Se sentía algo culpable por no hallarse en tierra.

Tuvo buen cuidado de no demostrarlo.

El equipo avanzaba por el terreno tropical, envuelto en la oscuridad y con relativa lentitud pero con constancia, atento a no hacer ruido, las armas bajas pero a punto. El *Virginia* les proporcionaba regularmente información actualizada por radio, y corregía su rumbo para que llegasen a la carretera de acuerdo con el plan. Una suave

brisa invernal del Pacífico soplaba sobre los campos, hacía que la hierba danzara, hacía que la luz de luna se reflejara con fuerza en sus anteojos. No había nada que se moviera en la hierba, ninguna criatura sin piernas que arrastrara su propio cadáver, ninguna madriguera animal que les torciera el tobillo.

No tardaron en llegar a la carretera 803.

Rex volvió el rostro hacia Huck.

—Llama.

—De acuerdo. *Virginia*, Clepsidra al habla. Estamos aquí, ¿cuál es el mejor entre los vectores que vienen a continuación? Cambio.

Al cabo de un minuto de silencio, la radio dio señal y Kil les respondió.

—Bueno, hemos enviado la aeronave no tripulada hacia el norte para explorar el camino. Mientras no avistemos problemas, podréis ir hacia el norte por la carretera. Al cabo de seis kilómetros y medio, llegaréis a una bifurcación: una vez allí, os guiaremos verbalmente hasta la lancha. Una advertencia: ahora mismo, hay mucho jaleo en la playa. El capitán Larsen acaba de bajar de la cubierta y dice que tenéis que ir os preparando para luchar.

—Entendido, *Virginia* —respondió Huck con voz seria.

—Arriba el mentón, Huck. Lo conseguiremos —aseguró Rex a los hombres—. Si es necesario, iremos hasta la playa ochocientos metros más allá de la lancha y nadaremos hasta ella. Los tiburones de la costa septentrional no deben de acercarse a esas aguas, con toda la mierda maloliente que se desprende de esos sacos de carne putrefacta. Es un repelente contra tiburones.

Anduvieron trabajosamente en dirección a la intersección que se hallaba al norte. Al llegar a lo alto de una colina, el grupo observó a una manada de criaturas que rodeaba un árbol muerto, repleto de pajarillos exóticos que habían escapado de algún modo a la aniquilación nuclear. La luna brillaba y el equipo estaba a barlovento. La atención de los no muertos se apartó del árbol y se volvió hacia ellos. Las criaturas se aproximaron en la penumbra, con las narices en alto, como si se guiaran por el olor del equipo. Recechaban cual jauría de lobos, con pasos rápidos. El equipo empezó a disparar en seguida contra las criaturas y derribó al instante a tres de ellas; los otros veinte no muertos reaccionaron a la conmoción y fueron a paso acelerado hacia los golpes sordos de los cadáveres que se desplomaban y los fregonazos de las carabinas M-4 del equipo.

Como atrapado en un círculo vicioso, el equipo intensificó sus disparos y mató a más criaturas pero, al mismo tiempo, azuzó con el estruendo al resto de los no muertos, de modo que estos se acercaron a mayor velocidad. Las criaturas eran rápidas y tenían un sentido claro de la dirección. El último cadáver se acercó tanto a Huck que éste se vio obligado a sacar el machete Arkansas Toothpick de mango forrado en cuero y a hundírselo en la cuenca de uno de los ojos. La sangre congelada

y la gelatina del ojo se le derramaron por la hoja de metal antes de que la criatura se desplomara al suelo irradiado. Al fin, el equipo llegó a la bifurcación.

El bip de la radio les avisó de que estaban a punto de recibir otra transmisión desde el *Virginia*.

—Os tenemos en la bifurcación, desplazaos a tres dos cinco grados y os iré guiando a medida que os aproximéis a la lancha. Quedan menos de tres kilómetros.

—Recibido, Kil. ¿Cómo ves la situación? —preguntó Rex.

—Mal. Los no muertos son... numerosos.

—¿Cuántos?

—Encontraréis a varios centenares o millares a lo largo del camino.

Tal y como les había explicado Kil antes de iniciar la misión, los no muertos se habían concentrado en las costas de la isla mucho tiempo antes de que llegara el equipo. A partir del punto en el que se hallaban, iban a encontrar la concentración más alta. Una vez más, Rex convocó una reunión rápida.

—Bueno, todos vosotros habéis oído la radio. Vamos a encontrar mucha mierda. Rojillo, no importa lo que ocurra, tú te vas a quedar en el centro del triángulo que vamos a formar de camino a la playa. No salgas del triángulo, ¿entendido? —El Rojillo asintió con energía—. Huck, tú irás detrás. Rico y yo caminaremos al frente. Tendremos que ir rápido cuando convenga ir rápido, y lentos cuando no. Todos nosotros tenemos que estar alerta, y así será posible que salgamos de una sola pieza y no en varias. Todavía no estamos muertos.

>.

El gobierno en funciones envió un mensaje al portaaviones en el que se ordenaba que la Fuerza Expedicionaria Fénix se dirigiera a su siguiente objetivo: el escenario de una colisión, al lado de un paquete de equipamiento que nadie había ido a buscar. Como tenían las motos, la misión iba a durar tan sólo dos días, y no las dos semanas que habrían tardado en hacer el camino a pie.

Dos días antes, un Warthog que había salido de patrulla había avistado los restos de un aparato envueltos en llamas, al lado de un paracaídas. El plan original del gobierno en funciones había consistido en ordenar al equipo que se desplazara hasta un lugar situado todavía más al norte, hasta un aeródromo cercano a un lugar donde se había estrellado un avión, pero el almirante del portaaviones se había resistido, con el argumento de que un viaje de ida y vuelta de más de seiscientos cincuenta kilómetros tendría como consecuencia la destrucción de la Fuerza Expedicionaria Fénix, y probablemente pondría en peligro la misión Clepsidra. El gobierno en funciones había aceptado este razonamiento y había retirado esa orden poco antes de enviarles la nueva.

Doc, Billy y Disco llevaban dos días de viaje en moto, ocultos en la noche, y se acercaban cada vez más a su destino.

—Billy Boy, ¿qué dice el cuentakilómetros?, ¿cuánto puede faltarnos? —preguntó Doc.

—En cuanto hayamos pasado la siguiente elevación del terreno, lo tendremos a la vista. Ahora no vemos el humo porque está oscuro, pero el piloto del Warthog dijo que durante la patrulla de anoche, a mil quinientos metros de altura, todavía se divisaba el fuego.

—Muy bien, preparémonos. El sol va a salir dentro de poco. Disco, deja de lamentarte de que Hawse no esté aquí. Ya sabía yo que quedaríais demasiado apegados el uno al otro si os mandaba juntos a demasiadas misiones. Ha sido culpa mía.

En una extraña manifestación de sentido del humor, Billy se rió.

Los hombres subieron a lo alto de la loma y se echaron al suelo boca abajo. Billy observó el terreno por la mira de su carabina.

—Veo el cargamento. Hay... Voy a contar... Un segundo... Creo que habrá unos treinta. No estoy seguro porque no puedo emplear al mismo tiempo los anteojos de visión nocturna y los prismáticos.

La luz se insinuaba por el horizonte y arrojaba un tenue fulgor anaranjado sobre el valle. Los tentáculos de humo que emanaban de la chatarra se extendían hacia ellos y les indicaban que, por fortuna, la posición que habían tomado se hallaba a sotavento. Los restos del artefacto estaban dispersos por el camino que había trazado

al estrellarse, evidenciado por un surco en tierra que terminaba en el lugar donde se había detenido para siempre la mayor parte de la nave.

—¿A qué distancia se encuentra Houston? —dijo Doc a modo de pregunta retórica, mientras se sacaba los mapas del bolsillo del pantalón. Siguió con el dedo el camino que les había llevado hasta allí y se detuvo. Comprobó dos veces los accidentes del terreno para tener clara su ubicación—. Debemos de encontrarnos cuarenta kilómetros más al norte. No me había dado cuenta de que estaríamos tan cerca. Esas criaturas de allí abajo podrían haber venido desde Houston... Utilizad tan sólo armas con silenciador. Os lo digo en serio. Si os viene la tentación de desenfundar la pistola, mejor que empleéis un machete, o una estaca, o los puños. Ahora que estamos tan lejos de la base, no podemos correr riesgos.

Sabían lo que les podía ocurrir si los detectaban; sin comerlo ni beberlo, podían provocar que un megaenjambre les diera caza.

—Vamos a avanzar poco a poco, a diez metros el uno del otro. Bajad agachados por la cuesta de la loma. Cada pocos metros, Bill echará una ojeada con la mira. Una vez abajo nos reagruparemos y decidiremos cómo seguir adelante.

El equipo hizo exactamente lo que se le había ordenado. Una vez abajo, se reagruparon, y descubrieron que los números de Billy eran correctos. Tan sólo unos treinta no muertos merodeaban en torno a la chatarra humeante y al cargamento que se encontraba al lado. Billy iba en cabeza y se acercó con la carabina a punto. Doc dio la orden de disparar cuando se hallaba a doscientos metros. La luz que precedía al alba bastó para esconderlos mientras buscaban blancos. Se quedaron en cuclillas, ocultos, y derribaron a los muertos, lenta y metódicamente, y apagaron para siempre las luces de treinta miserables cáscaras de carne andante. Las criaturas no eran rápidas, pero mostraban indicios de haber estado expuestas a la radiación. Estaban bien conservadas y demostraban intencionalidad al moverse...; probablemente habían emigrado de San Antonio y Nueva Orleans.

Al llegar al sitio donde se había producido la colisión, descubrieron el armatoste de un C-130 que en otro tiempo había podido volar. Se había partido en dos, pero todavía humeaba. La mitad posterior del avión había quedado una docena de metros más allá, de costado, y las puertas de la bahía de carga se habían abierto con el impacto.

De la puerta de la aeronave sobresalía hasta la mitad algo que no se habían esperado: una jabalina del Proyecto Huracán. La mitad inferior del ingenio era idéntica al dañado proyectil que aún estaba enterrado hasta la mitad en el terreno de detrás del Hotel 23.

—Saquemos fotos y larguémonos antes de que haya demasiada luz. Vamos a tener que vivaquear en un lugar elevado y seco, y lejos de aquí —propuso Doc en voz baja, y agarró la cámara digital—. Voy a sacar fotos de la aviónica y de la carga.

Vamos a dejarlo todo tal como está, no quiero que queden rastros visibles con los que Remoto Seis pueda descubrir que hemos estado aquí.

Doc fue metódico en dejar constancia de todo. Se valió de un cargador de M-4 para que el gobierno en funciones y otros pudieran emplearlo como referencia para el tamaño del resto de objetos que aparecían en la fotografía. Doc se imaginó que, si disponían de esa información, los cerebritos que aún quedaban serían capaces de averiguar los orígenes del piloto automático de fibra óptica, y del equipamiento del Proyecto Huracán y otras extrañas modificaciones en el armazón de la aeronave que Doc no comprendía...; y Doc había pasado mucho tiempo con los C-130.

Doc vio algo que parecía fuera de lugar entre los restos de la colisión, un aparato que había quedado expuesto a los elementos como consecuencia del impacto. Era de color anaranjado brillante y forma rectangular. Sacó en seguida el cuchillo multiusos y abrió los alicates.

Una vez hubo sacado fotos y tomado notas, regresó con Billy Boy y con Disco.

—Bueno, tío, ¿a ti qué te parece? —preguntó Disco, nervioso.

—No lo sé, pero ¿cuál podría ser el peor de los casos? —respondió Doc—. Que piensen emplear ese gigantesco aguijón contra nosotros. En el mejor de los casos, iban por otro silo de misiles nucleares con personal y sistemas a pleno funcionamiento. Lo mejor será que nos quedemos con la respuesta más prudente, nos marchemos cagando leches y que durmamos todo el día antes de emprender el viaje de vuelta. Volvamos a las motos y busquemos un sitio elevado para el vivac.

—¿Qué es eso? —preguntó Billy con su característica voz monótona, y señaló a la gran caja de acero anaranjado que Doc llevaba cargada al hombro.

—Es mi equipaje. Nos lo vamos a llevar y, creedme, el esfuerzo extra de transportarlo sobre la moto habrá valido la pena. Esta pequeñez de aquí es la caja negra de ese C-130. Quienquiera que fuese el que introdujo modificaciones en la aeronave, parece que no quiso retirarla y tener que buscar luego los medios para compensar las alteraciones en el peso y el equilibrio. La vamos a enchufar en el sistema adecuado y así sabremos de dónde procedía ese pajarito.

El miedo causado por el descubrimiento del arma sónica quedó algo atenuado por la caja negra que Doc tenía en su poder. Se trataba de un objeto real, cuantificable. El desconocido enemigo no parecía ya tan siniestro e invencible. «Han soltado las migajas de pan y vamos a seguirlas», pensó Doc, y cargó con la pesada caja de acero y de material compuesto mientras subía por la loma, en dirección a las motos.

Oahu.

Rex y Rico iban al frente del triángulo de seguridad, con Huck en la cola y el Rojillo en el centro. Avanzaron poco a poco hacia la zona activa. Para cualquiera que la hubiese observado, la distribución de las amenazas en la isla habría sido semejante a un tifón; muertos radiactivos formaban en círculo en el exterior y la única apariencia de calma se hallaba en el interior. Contaban con que la oscuridad los protegería de los muertos, ya que estos no veían de noche. Pero temían que no fuera suficiente. Había demasiados. Rico había tenido que reparar ya en una ocasión su traje protector con generosas cantidades de cinta aislante. Un sencillo recordatorio de que la radiación que pudiera haber quedado allí los mataría con rapidez si no se tomaban las precauciones necesarias.

—Rojillo, no dispares mientras no entren en el triángulo. Si disparases, acabarías por matar a uno de nosotros —le ordenó Rex.

—Recibido.

Siguieron adelante. Cada pocos segundos consultaban las brújulas que llevaban en la muñeca y mantenían el rumbo. Las criaturas que había allí eran mucho más veloces que las del continente. Los no muertos reaccionaban a cada una de sus pisadas.

Una gigantesca criatura se acercó a la formación por detrás. Se disponía a envolver a Huck en un abrazo de oso radiactivo, pero éste la golpeó con la culata del rifle. Debía de pesar ciento treinta kilos y estaba como un luchador de sumo. El monstruo reaccionó al culatazo y arrancó el arma de las manos de Huck. Éste la llevaba sujeta al cuerpo con la correa, buscó como loco el cierre de la correa para deshacerse del arma y entonces sacó la pistola. Todo fue tan rápido que ni Rex ni Rico tuvieron tiempo para ayudarle, ni para advertirle de que no disparase con la pistola.

La pistola sin silenciador de Huck disparó con gran estrépito, al mismo tiempo que la criatura le arrancaba la máscara y los anteojos del rostro. El gigantesco monstruo se desplomó en tierra. Sus mandíbulas se habían cerrado con fuerza y masticaban la máscara antirradiación de Huck.

—¡Maldita sea! —gritó Huck, y se apresuró a cubrirse el rostro y la cabeza con el shemagh.

El resto de los no muertos reaccionó de inmediato al estruendo de la pistola y convergió sobre ellos desde un radio de cientos de metros. Huck arrancó los anteojos de las fauces de la obesa criatura, les hizo una limpieza superficial y se los volvió a poner en la cara. Los demás le cubrieron. Los disparos semiautomáticos de las M-4 se

sucedieron a un ritmo que parecía más propio de una arma automática, a medida que grandes cantidades de no muertos acudían para una cena tardía.

—¡Ese gordo hijo de puta me ha arrancado el capuchón!

—Trata de limitar los daños, hermano; no podemos detenernos. Sujeta ese jirón de tela con los dientes y mójalo con saliva. Puede que así filtre mejor las partículas radiactivas —le sugirió Rex, sin perder la calma entre disparo y disparo de carabina mientras seguían avanzando hacia su meta.

Rex sabía la verdad pero se la calló.

Por el momento.

Huck era hombre muerto, sin posibilidad de salvación. Durante el viaje en el submarino, Rex había estado atento a las sesiones informativas de los oficiales del reactor, e incluso había leído informes sobre las consecuencias de la bomba de Hiroshima en el LAN de la embarcación. La dosis de radiación recibida por la isla había arrasado el entorno local. Lo indicaba la desaparición de la mayor parte de la vida salvaje que en otro tiempo había florecido allí.

Rex sabía, por sus observaciones, que el túnel de Kunia no tenía ratas, que la situación era mala, y que lo más probable era que Huck padeciera sobreexposición. Todos ellos corrían contra el tiempo de exposición para salir de la isla y alejarse de los muertos. Cada uno de ellos era una Fukushima andante.

En el momento en que el equipo hizo el último *sprint* hasta la orilla, a Huck le ardían ya los ojos y se le llenaban de lágrimas. Las armas quemaban desde el puerto de eyección hasta la punta de los silenciadores. Manejaban las carabinas como hierros de marcar al rojo vivo y estaban atentos para no dispararse entre sí. Esquivaban a los no muertos, les pasaban por debajo de los brazos y detrás de las espaldas, jugaban al tris tras con ellos. Se arrojaban bajo los coches irradiados para escapar de los muertos que los perseguían por todos lados.

Rico se quedó sin municiones así que soltó la carabina y dejó que le colgara al costado. Otra criatura obesa avanzó contra él, no tan grande como el luchador de sumo, pero casi. Rico sacó su refuerzo personal: la escopeta de cañones recortados. Apuntó casi en vertical bajo la papada de la criatura, tiró del gatillo y los sesos salieron disparados hacia el cielo, y sus restos podridos llovieron sobre todos ellos.

—¡Joder, Rico, que no llevo la máscara puesta! —dijo Huck mientras se frotaba la materia gris que le había quedado por el cabello y la cara.

—Lo siento, hermano, no tenía otra elección. Me he quedado sin cartuchos.

La radio crepitó y dio una señal sonora que anunciaba que estaba a punto de entrar una transmisión procedente del *Virginia*.

—Clepsidra, corregid tres cuatro cero grados, os habéis desviado doscientos setenta y cinco metros. Tendríais que oír el oleaje —dijo la voz de Kil, transmitida por radio.

—No oímos el oleaje porque la escopeta de Rico ha ensordecido al equipo entero, pero te vamos a creer, Kil —dijo Rex, y consultó la brújula que llevaba en la muñeca y ajustó el rumbo magnético que seguían sobre el terreno—. Emplead las manos para buscar las granadas de fragmentación. Tenéis que saber muy bien en qué punto exacto del cuerpo las lleváis —dijo a su equipo.

Los cuatro se examinaron los chalecos y bolsillos para estar seguros de que sabrían dónde llevaban las granadas en caso de necesidad.

Mientras pugnaban por llegar a la costa, Rico rezó por no tener que emplear las svas de la misma manera que Griff.

Les pareció sentir muy levemente el olor de las aguas a través de los filtros de la máscara. Al levantar los ojos, se dieron cuenta de que estaban mucho más cerca de la orilla de lo que habían pensado antes; habían estado tan ocupados que no se les había ocurrido mirar más allá del punto rojo de la mira de sus carabinas. El estroboscópico de infrarrojos centelleaba. La lancha debía de estar a unos cien metros de distancia en la playa.

«¿Quién decía que se necesitaba un GPS para orientarse en tierra?», pensó Rex mientras le daba las gracias mentalmente a su brújula de tecnología sencilla, mojada en esos momentos, que les había guiado hasta la lancha.

Huck tenía problemas para respirar. La garganta le había quedado áspera por culpa del polvo radiactivo, mezclado con el plomo y la pólvora que había inhalado. Se había rezagado y se había quedado atrapado en medio de la cuadrilla de asesinos. «Esto no es la playa de Coronado», murmuró bajo el shemagh. Los demás corrían para salvar sus vidas. Huck se quedaba atrás; la luz de luna llena se reflejaba en el agua y en la arena de la playa, y hacía que el equipo fuera visible para los no muertos. Casi sin aliento, Huck se esforzaba por continuar. Una criatura en traje de baño se encontraba a un metro de él, pero su cabeza explotó.

En ese primer momento no se oyó el disparo de la escopeta.

Huck, aturdido por el estado en el que se hallaba, estuvo a punto de maldecir a Rico por la última ducha de sesos que le rociaba la parte de atrás de la cabeza, cuando el sonido de la escopeta alcanzó a la bala.

Saien estaba echado de bruces delante de la torreta, sobre la cubierta del *Virginia*, con un rifle de combate 7.62 LaRue que acababa de tomar prestado del arsenal de los agentes de operaciones especiales. Disparaba a las criaturas gracias a la mira con visión nocturna por fusión de sensores. Veía con toda claridad la huella térmica de color blanco de los miembros del equipo que se movían por entre las multitudes de no muertos de color más oscuro; Huck se había quedado atrás.

El capitán Larsen había aceptado el riesgo de que el *Virginia* embarrancara y lo había acercado a la playa para que Saien pudiera prestarles apoyo con el rifle. Saien

aún tenía diecisiete cartuchos en el arma. Tomaba aire y lo expulsaba al ritmo de los disparos. El cabeceo de la cubierta era un problema, pero no suficiente para que Saien no acertara alrededor de la mitad de sus blancos.

La lancha estaba preparada y la habían empujado al agua. El equipo que se hallaba a bordo luchaba contra las hordas, que avanzaban con el agua hasta las rodillas; esperaban a Huck.

—¿Qué coño está haciendo? —preguntó el Rojillo—. ¿Se ha ido de juerga o qué? No lo entiendo.

—Cállate de una puta vez. ¿Es que no has visto lo que le ha ocurrido con la máscara? Lo más probable es que esté muerto —espetó Rico, aún conmocionado por el generoso heroísmo que Griff había demostrado a la entrada de la cueva.

Huck seguía avanzando hacia la lancha. Le seguía todo un ejército de no muertos. Rex estuvo a punto de saltar de la lancha, pero Rico se lo impidió. Habría sido una soberana estupidez.

* * *

Los disparos de Saien eran certeros e iban dejando a espaldas de Huck un rastro de miembros y de montones de cadáveres irradiados paralelos a la orilla. Saien tenía buen cuidado de disparar en torno a Huck, la única figura blanca dentro de su mira híbrida térmica/infrarrojos.

Rex y Rico dispararon. Emplearon los láseres. Así, sabían que el tirador del submarino buscaría otras víctimas y alcanzarían la máxima eficacia. Rex le ordenó al Rojillo que no disparase; mientras Huck estuviera mezclado con la masa de no muertos, prefería no fiarse de la puntería del Rojillo. Por lo que sabía Rex, aún no habían mordido a Huck. Por el momento.

—¡Voy a saltar! —gritó Rico, y empuñó de nuevo la escopeta corredera.

El Rojillo le arrojó un cargador.

—Llévate el mío, está lleno.

Rico metió el cargador en el pozo de su M-4, echó el cerrojo y un cartucho de 5.56 mm entró en la recámara sucia de carbonilla. A Huck le fallaron las piernas en el mismo momento de llegar al mar y se cayó de bruces en el agua.

—¡Agárralo, Rico! —ordenó Rex, y empezó a disparar contra los no muertos que perseguían a Huck.

A pesar de los sistemas estabilizadores, el ángulo de cubierta del *Virginia* cambió con

la corriente, y disparar desde allí se volvió más peligroso. El riesgo de matar con fuego amigo era serio. Saien vio con horror por su mira híbrida que Rico saltaba por la borda para ir por Huck.

Al sentir cuerpos sumergidos en la espuma que pisaba con las botas, Rico se movió con rapidez, con la esperanza de que ninguno de ellos estuviera lo bastante despierto como para morderle a través de la pernera del traje antirradiación. Al alcanzar a Huck, cargó con él sobre un hombro y volvió con penas y trabajos hasta la lancha.

Tan pronto como los cuatro se hallaron a bordo, se marcharon a toda velocidad hacia el *Virginia*. La playa que dejaban atrás bullía con los muertos andantes. Parecían sentirse agraviados por haber permitido que los últimos humanos que quedaban con vida en la isla de Oahu escaparan de sus impías garras.

Huck había muerto cuando llegaron al submarino. Después de que un malhumorado Rex le asegurara que Huck no volvería a levantarse, el capellán del submarino le rezó una plegaria en la proa, mientras envolvían el cadáver en una sábana limpia y la cosían con un pasador de punta afilada y cuerda de paracaídas.

El equipo se reunió en torno a la mortaja de Huck para prestar sus últimos respetos tanto al propio Huck como a Griff.

El submarino se alejó de la costa para que el equipo pudiera lanzar los trajes antirradiación al océano. Se quedaron de pie sobre la proa, desnudos, mientras el grupo de descontaminación del submarino los frotaba con cepillos de nilón, jabón y agua potable fría. Los miembros del equipo recibieron medicamentos contra la radiación y se les observó de cerca por si presentaban algún signo de enfermedad.

Antes de sumergirse, se hizo una breve y modesta llamada por medio del 1MC:

—Todos los miembros de la tripulación que no estén de servicio, por favor, que acudan a cubierta para un sepelio en el mar.

Uno de los soldados que había tocado un instrumento de viento en el instituto interpretó *Taps* mientras bajaban a Huck a las profundidades. Todo el mundo dijo cosas bonitas, lugares comunes tales como «su muerte no será en vano» y «sirvió heroicamente a su patria».

A Rico le daban igual las palabras. Había perdido a dos amigos en veinticuatro horas y en aquel momento habría querido poder intercambiarse con cualquiera de los dos.

A la hora en que el alba besaba el horizonte de Oahu, antaño hermoso, el *Virginia* se sumergió. A una profundidad de cien metros y velocidad de treinta nudos, puso rumbo a la China. Había perdido a dos de los operativos de Clepsidra.

Remoto Seis.

Hoy.

—Señor, estoy seguro de que lo habrá oído, pero los protocolos indican que tengo que comunicárselo en cualquier caso —dijo el técnico.

—Adelante.

—Hemos observado a un equipo de personas en el lugar de la colisión. Existe una posibilidad de que...

—Sí, ya estoy al corriente. Trabajen en ello.

—Sí, señor.

Dios estaba sentado en su silla, en medio del centro de operaciones, y contemplaba la pantalla central que mostraba imágenes del Hotel 23 en tiempo real. Unas horas antes, había seguido al equipo durante su camino hacia el punto de colisión del C-130, a donde había ido a parar una de sus armas del Proyecto Huracán. Habían tenido la inteligencia de restringir las retransmisiones de radio. Como consecuencia de ello, Dios no sabía cuáles podían ser sus intenciones.

Dispuesto a eliminarlos, había tratado de activar por control remoto el Artefacto Huracán que sobresalía por la puerta de carga abierta, pero no lo había conseguido; tal vez hubiera sufrido daños al estrellarse. Incluso había hecho despegar con urgencia un Reaper armado, pero el mal tiempo lo retrasó y tuvo que tomar un rumbo alternativo para evitar el centro de una tormenta. El único avión del inventario de Dios con capacidad certificada para arrojar la Jabalina era una aeronave no tripulada Global Hawk con modificaciones, de la que tan sólo quedaba un cráter carbonizado en el suelo. Hacía semanas, un F-18 lo había abatido sobre el Hotel 23. El experimento con el C-130 Proyecto Huracán había fracasado.

Se sentó en la silla y dio vueltas al problema. «¿Cómo voy a entrar?», pensó. «¿Cómo diablos voy a entrar?».

Habían pasado cuatro días desde que el *Virginia* abandonó las aguas de Hawaii, cuatro días desde que habían honrado a Huck con un sepelio en el mar. Con la proa apuntando todavía hacia China, Larsen caminaba nerviosamente de un extremo al otro del centro de control.

Larsen marcó el número de la sala de radio y habló por el sistema de interfono.

—Kil, ¿hay alguna novedad en comunicaciones?

—Negativo, capitán. Todavía no hemos contactado con el portaaviones. Tenemos comunicación sólida con Crusow, pero dice que perdió contacto con ellos en el mismo día que nosotros. Ahora mismo trabajo en solucionar el problema. Lo más parecido a una familia que pueda tener se encuentra a bordo de esa embarcación y, por lo tanto, albergo intereses ocultos en recobrar el contacto con ellos —respondió Kil. Su voz tenía el sonido metálico del sistema de interfono.

—Venga a verme.

—Ahora mismo voy, capitán.

Kil abandonó la sala de radio y practicó el deslizamiento por escalerilla, de camino hasta el centro de control. Su teoría era que el motivo por el que no recibían las señales estaba en la atmósfera. Dejándose llevar por el optimismo, había invocado a la navaja de Occam que moraba en sus pensamientos para buscar la razón más probable: interferencias locales o un problema con los aparatos de comunicaciones. Nada que tuviera que preocuparles demasiado. Con todo, permanecía el hecho de que Crusow también era incapaz de establecer contacto desde el océano Ártico con el transmisor-receptor de onda corta.

Kil pasó un momento por el servicio antes de ir con Larsen. Mientras se lavaba las manos, echó una mirada a su propio reflejo. Le había crecido una barba respetable. No podía compararse con el encanto de un jefe tribal afgano, pero de todos modos era respetable. El capitán había dicho que a los hombres les levantaría la moral llevar barba; quería marineros con pinta de Grizzly Adams. Se la afeitaría antes de volver a casa. «Tara me mataría si regresara con esto», pensó al salir de los baños, mientras doblaba la última esquina antes de llegar al centro de control.

—A sus órdenes, capitán —dijo Kil, en un intento por arrancarle una sonrisa al viejo.

—Kil, sírvase una taza de la porquería esa y venga aquí —masculló Larsen.

Se acercó a la máquina de café marca Bunn y se sirvió una taza. Seleccionó «café solo» y se sintió muy feliz con poder bebérselo. A Kil no le importaba que le quemara en la boca, con tal de poder tomarse un largo trago del agua de fregar platos característica de la armada.

—A sus órdenes, capitán, ¿en qué puedo servirle, señor? —dijo Kil, y añadió el

«señor» al final para que lo oyeran los soldados que estaban cerca.

—Explíqueme qué puede haber ocurrido en el peor de los casos. —Larsen no quería perder tiempo.

—Verá, señor, estaba disfrutando de este café antes de que usted me hiciera la pregunta, y ahora quiere estropearla la experiencia.

—Joder, Kil, estoy hablando en serio.

Kil irguió un poco más la espalda en respuesta a la pequeña explosión del capitán.

—Entiendo que quiere usted saber qué es lo peor que podría haber ocurrido a bordo del portaaviones. El peor de los casos sería que los no muertos se hubiesen apoderado de la embarcación. Ahora que ya le he dado esa respuesta, me imagino que querrá saber usted qué puede haber ocurrido en el mejor de los casos. —Larsen asintió—. Que las condiciones atmosféricas bloqueen las comunicaciones o, quizá, que hayan tenido problemas con su propio equipamiento. Nuestras máquinas están en buenas condiciones, de eso no nos cabe ninguna duda. Cada vez que hemos emergido a la superficie, he establecido comunicación con Crusow y siempre me ha oído bien.

—Prosiga.

—Eso es todo lo que sabemos. No podemos comunicarnos con el portaaviones y, por ahora, no lo hemos logrado con ninguna de nuestras bandas de alta frecuencia terciarias. Tenemos claro que nuestros equipos de comunicaciones están en buenas condiciones. —Larsen asintió para expresar su acuerdo—. Sabemos que el equipo de comunicaciones de Crusow funciona. También sabemos otra cosa que tal vez no se le haya ocurrido a usted: la Fuerza Expedicionaria Fénix del Hotel 23 colabora de algún modo con esta misión. Sus sistemas de comunicaciones a larga distancia pueden conectarse tan sólo con el portaaviones. Si los no muertos se han adueñado del portaaviones, o sus sistemas de comunicaciones han dejado de funcionar, la misión Fénix puede darse por liquidada. Lo que no conocemos es la situación actual del portaaviones. A mí me parece que la explicación más sencilla para esta interrupción de las comunicaciones —esto es, las condiciones atmosféricas— será también la más plausible. Lo más probable es que se trate de interferencias producidas por el ciclo de manchas solares.

Larsen se arrellanó en su silla y procesó mentalmente lo que acababa de oír.

—¿Qué sabe usted acerca de Fénix? —preguntó de mala gana.

—Lo que sé es que el almirante me ordenó que proporcionara información de apoyo antes de iniciar esta salida y que dejé a lo que quedaba de mi familia y a mi novia, una mujer que lleva en el vientre a mi hijo, a bordo de un portaaviones del que no hemos sabido nada durante las últimas cuarenta y ocho horas. También sé que tuve que entregar mi tarjeta de identidad, la única tarjeta capaz de lanzar la última arma nuclear del Hotel 23 que sigue alojada en el silo de lanzamiento vertical.

—Entendido —dijo Larsen—. Sígame.

Kil siguió a Larsen hasta el camarote de este último. En cuanto hubieron entrado, el capitán cerró la puerta.

—Vayamos al grano. El objetivo de la misión Fénix era facilitar la liquidación de Clepsidra en caso de necesidad. Si las cosas nos salieran terriblemente mal en las instalaciones chinas, el Hotel 23 lanzaría una bomba atómica contra ellas y así destruiría todo tipo de materiales o formas de vida peligrosas.

—¿Qué?! ¿Es que nuestros líderes no aprendieron nada la primera vez, capitán?! —gritó Kil—. ¿Usted mismo ha visto en Oahu lo que hace la radiación con ellos y con nosotros!

—Tranquilícese, comandante. Si Fénix recibe la orden de lanzamiento, no será con el objetivo de exterminar a los no muertos. Todos nosotros sabemos que eso no funcionaría. La directiva Fénix consistiría en destruir por completo las instalaciones chinas y neutralizarlas en el caso de que nosotros no tuviéramos éxito.

—De acuerdo. Dígame, en primer lugar, por qué no nos lo han contado antes y, en segundo lugar, qué es lo que ustedes definen como «éxito» —dijo Kil.

—No se lo conté porque tenía órdenes de no hacerlo. En segundo lugar, le definiré éxito como la localización y extracción efectiva del Paciente Cero, también conocido como CHANG.

—¿Pero por qué? No entiendo cuál es la importancia de capturar a ese... ese lo que sea, contando con que la puta mierda esa exista de verdad. Hasta ahora, lo único que he visto ha sido un puñado de antiguas fotos en blanco y negro con imágenes de la colisión, y unos pocos centenares de documentos en formato PowerPoint considerados de alto secreto, y otros documentos clasificados que habían pasado ya por una seria censura.

—Es una buena pregunta, comandante, pero los mensajes del gobierno en funciones, aparejados con las conversaciones informales que habíamos mantenido previamente por radio con los líderes militares, han tenido como efecto que me lo crea. Algunos de los científicos que trabajan para el gobierno en funciones dicen que, si consiguiéramos ese espécimen, tal vez podríamos inventar algo, una vacuna. No resolveríamos los problemas inmediatos, pero estaría bien saber que un rasguño o una pequeña mordedura ya no serían una sentencia de muerte.

Kil estaba frustrado con Larsen; evitó preguntarle por CHANG. No quería saber. Al pensar en el último y críptico mensaje de John, casi cambió de opinión, pero se contuvo y se tomó su tiempo. Esperaba a que Larsen terminase para volver a la radio y seguir trabajando en el problema.

—¿Sabe usted que perdimos a dos agentes de operaciones especiales en Hawaii? —dijo Larsen.

—Sí, por supuesto que lo sé. Vi como uno de ellos se hacía pedazos a sí mismo, y como arrojaban al otro al océano envuelto en una sábana. ¿Por qué saca usted ese

tema a colación?

—Sólo quería decir que el equipo tiene dos hombres menos y que dentro de poco estaremos en el Bohai y navegaremos río arriba —declaró Larsen de mala gana. Parecía que no quisiera entrar directamente en la cuestión, como si hubiera tenido miedo de escaldarse con una bañera llena de agua demasiado caliente.

—¡No! —dijo Kil con brusquedad.

—Escúcheme...

—Que no, joder. No soy agente de operaciones especiales y ya tuve muchos problemas para sobrevivir el año pasado, dando vueltas como un idiota por el continente. Si lo que quiere pedirme es que desembarque en tierra con Rex y Rico, me pide usted demasiado. ¿No acabo de decirle que hay una mujer a la que amo y un niño que está a punto de nacer varios miles de kilómetros más al este?

—Sí, me lo ha dicho.

—¿No se le ha pasado por el cerebro que quizá quiera regresar con vida para verlos?! —gritó Kil.

—Baje la voz, comandante. Piénselo durante un minuto. ¿Quiere que su niño crezca en esta mierda de planeta? Pregúnteselo a usted mismo: ¿No le parece que el niño crecería mejor si no tuviera que tener miedo de los no muertos durante toda su vida? No quiero decir que ahora vayamos a arreglarlo todo, pero sí que tal vez haya una posibilidad. Piénselo..., una posibilidad.

—¿Eso es...?

—Sí, eso es todo. Puede usted marcharse.

Kil salió del camarote de Larsen. No dejaba de preguntarse a sí mismo: «¿Hasta dónde puede llegar mi estupidez?». Sabía que el almirante había previsto que Clepsidra iba a perder hombres y había sospechado que Larsen le saldría con esa mierda durante el último trecho del viaje. Pronto llegarían a lo que habían sido las aguas territoriales chinas; el *Virginia* avanzaba a gran velocidad. Kil consultó el reloj de pulsera y se dio cuenta de que emergerían pronto para tratar de establecer comunicaciones. La antena retráctil VLF del submarino era inútil bajo el agua, y por ello tan sólo podían comunicarse cuando salían al aire libre. Kil sintió que la proa se levantaba y anduvo pasillo arriba en dirección a la sala de radios para llevar a cabo un nuevo intento de contacto.

No lograría comunicarse con el *George Washington* en ese día.

Base Cuatro —72 horas antes.

Los hombres dormían a pierna suelta en sus literas, en las últimas salas de la base que disponían de calefacción. Crusow la había cortado en el resto de las salas, ya que el combustible diésel era un lujo que se les había vuelto, literalmente, más valioso que el oro.

A fin de combatir los problemas de ritmo circadiano que les habían provocado los meses de prolongada oscuridad, uno de los médicos de la compañía les había proporcionado píldoras para dormir. Crusow le había cedido su ración de píldoras a Mark, a cambio de que el otro le diera su ración de píldoras para seguir despierto. A decir verdad, Crusow odiaba los efectos del somnífero: le robaba la capacidad de despertarse de las pesadillas que lo perseguían, de las imágenes horripilantes de la muerte de su familia, y de otras cosas que le desgarraban el interior de su mente mientras dormía.

El reposo que Mark conseguía con las píldoras había sido efectivo en mantenerle descansado y capaz. Aquella noche tenía sueños extraños. Una de sus visiones lo elevaba por el aire y le hacía contemplar desde lo alto las instalaciones de la base. El sol brillaba con fuerza e iluminaba el hielo y la nieve. Vio puntos blanquecinos que rodeaban las instalaciones y luego oyó los aullidos. Los millares de puntos que rodeaban la base en su sueño eran lobos.

La base había quedado en silencio; hasta entonces, todo el mundo había podido oír los carraspeos de Larry.

Mark recordó que Crusow había cerrado la puerta de Larry antes de ir a dormir para no tener que oírle. Todos ellos se habían alegrado de que Larry se dejase amarrar a la litera. Era una precaución razonable. Durante los últimos días, su neumonía había sonado particularmente espantosa.

Una escoba se cayó fuera del dormitorio de Larry y pasó rozando la litera.

Larry salió por la puerta e inició la búsqueda.

La primera puerta a la que llegó fue la de Crusow. Hizo girar el pomo, pero no le sirvió de nada. Después de dar unos golpes en el mamparo a modo de protesta, pasó a la puerta siguiente.

El pie derecho de Larry dejaba tras de sí unas huellas peculiares; marcas que no parecían de un pie, sino como de esponjas empapadas en pintura roja. La cuerda de paracaídas 550 que Larry empleaba para sujetarse a sí mismo a la cama le había arrancado buena parte de la piel del tobillo al escapar de la habitación.

Mark tenía el hábito de dormir siempre con la puerta entreabierta. A Larry no le costó nada entrar.

En ese momento, Mark soñaba con una gran ciénaga.

Caminaba en dirección a una gigantesca torre que se erguía a lo lejos. Durante mucho rato, anduvo con penas y trabajos por la mugre que le cubría hasta los tobillos. Estaba ya más cerca de la torre. El agua era más profunda y se arremolinaba a su alrededor; colas de reptiles irrumpían en la superficie de las aguas marrones. Mark caminaba a paso más rápido por la ciénaga, los detalles de la torre se volvían más complicados. En el mismo momento en el que empezó a comprender lo que de verdad significaba la torre, gigantescos nubarrones negros cubrieron de pronto el cielo y un violento trueno sacudió el paisaje soñado.

La torre era el barranco y todos los que se encontraban en él. Los rostros caídos hacían muecas, se alzaban y presionaban contra las paredes como si hubieran llevado una máscara ceñida de hermosa seda negra. Mark vio con nitidez el rostro de Bret; éste, por un instante, sonrió, lleno de vida. El fulgor de otro relámpago pareció transformar a Bret en uno de los no muertos. Igual que los demás, peleó por tener espacio en la pared de la torre.

Mark dio otro paso por las aguas pútridas y sintió que había aplastado algo con la bota. Un trozo de cristal. El dolor le subió por la pierna, le desgarró el sueño, y despertó al instante, y oyó tiros de escopeta.

—¡Atrás! —gritaba Crusow—. ¡Es Larry, ha muerto!

El pie derecho de Mark palpitaba con un dolor lacerante y hacía que su dueño, instintivamente, lo agarrara con la mano y aplicara presión.

Crusow encendió las luces.

Larry estaba echado en el suelo y se retorció en medio de un charco de fluidos corporales. Crusow había logrado abatir a Larry antes de que mordiera a Mark, pero el disparo de rifle también había herido a este último en el pie.

«Estaba oscuro y no me ha quedado más remedio que disparar», pensó Crusow, presa del pánico.

Había disparado tres veces con el rifle. Dos de los disparos habían pasado a través del pecho de Larry, y un tercero a través de su cabeza. Kung irrumpió en la habitación en el mismo momento en el que Mark y Crusow se enfrentaban a la realidad de lo que había sucedido. Todos los cartuchos de Crusow habían atravesado el cuerpo infectado de Larry, incluido el que había herido a Mark en el pie. La bala se había ensuciado con la sangre de Larry.

Mark se había infectado.

Mark murió entre grandes dolores poco antes de la medianoche. La infección le subió

desde el pie herido por la escopeta hasta lograr que se le detuviera el corazón. Mark era el último amigo de verdad que le quedaba en el mundo a Crusow, y la última persona del planeta que había hablado con su mujer antes de que la asesinaran criaturas semejantes a Larry. Otro vínculo con Trish que desaparecía para siempre. A Crusow le habría resultado difícil explicar el significado de aquello a alguien que no lo hubiera vivido.

Kung se encargó de llevarse el cadáver de Mark. Crusow no tuvo estómago para hacerlo. El deseo de marcharse con Mark le asaltó en más de una ocasión.

Crusow se despidió de su viejo amigo y regresó a su litera, catatónico.

* * *

Después de tomar medidas para que Mark no pudiese volver, Kung arrojó su cuerpo al barranco. Regresó a la base y encontró a Crusow en su habitación. Miraba al vacío.

—¡Nos marchamos de aquí, Crusow! —insistía Kung.

—No sé, tío. ¿A dónde quieres ir? —decía Crusow, y pensaba en la manera más fácil de escapar de aquella desolación, y en si las vigas del techo estarían hechas de un material más resistente que la cuerda de paracaídas 550.

—¡Vamos al sur, idiota! —gritó Kung, y le dio un fuerte empujón en el hombro a Crusow.

—No sé. Déjame en paz durante un rato.

Kung no cedía. Se echó en el suelo junto a la cama de Crusow durante un par de horas y no le perdió de vista. Crusow no se le quejó. En cuanto estuvo seguro de que Crusow dormía, Kung ocultó la carabina de éste detrás de una taquilla y se fue a preparar el Sno-Cat para marcharse de allí. Tuvo que luchar contra la congelación durante cuarenta y cinco minutos seguidos, a unos sesenta grados bajo cero, en la penumbra del Ártico.

Como necesitaba herramientas, entró en una de las zonas que previamente habían quedado desprovistas de soporte vital. Encendió las luces de refuerzo, que funcionaban con baterías. Dentro hacía tanto frío que parecía que el aliento se cristalizase y descendiera en forma de copos de nieve. Una gruesa capa de escarcha cubría la sala entera. Antes de irse, Kung había temido que aquellas instalaciones se hubieran convertido ya en un bloque de hielo. Recuperó la sierra para metales que había ido a buscar y volvió a salir.

Empujó el bidón de biocombustible hasta el área donde residían, juntó más suministros, y preparó los perros y el pequeño remolque para iniciar el viaje en dirección al sur, hacia ninguna parte.

Al mismo tiempo que el *Virginia* cruzaba las fronteras de lo que en otro tiempo habían sido las aguas territoriales chinas, Dean, Tara, Danny y Laura se escondían, aterrorizados, al fondo del camarote de la propia Dean. Habían bloqueado la puerta con las literas y otros objetos.

Los muertos golpeaban con los puños y las palmas de las manos la puerta de un camarote que se encontraba al otro lado del pasillo. No tenían manera de saber cuántos habría.

Rezaron y le agradecieron al Todopoderoso que las criaturas aporreasen las puertas de otros y no las suyas. Todos ellos sabían que la situación podía cambiar con un estornudo, o con un cambio en los vientos del azar.

Llevaban doce horas atrapados a la espera del rescate. ¿Hasta dónde podían haber llegado en doce horas?

Laura estaba sentada en brazos de Tara, medio ausente por la conmoción.

—¿Por qué no abrimos la puerta y les disparamos? —preguntaba.

—No sabemos cuántos son, cariño. Vamos a tener que esperar.

Todos ellos sabían que el portaaviones se encontraba todavía bajo el control de los militares. Durante las últimas horas habían sentido varias veces que la embarcación viraba, con frecuencia creciente, de manera demasiado sistemática como para ser producto del azar.

«Al menos, la armada aún controla el puente y los reactores», pensaba Dean.

En algún lugar del interior de la gigantesca superestructura del navío, el almirante Goettleman abrió el sistema de megafonía 1MC:

—Les habla el almirante Goettleman. La infección se ha difundido por el portaaviones y en estos momentos estamos movilizándolo a nuestros equipos para neutralizar la amenaza. Si nos oyen, conserven la calma y aguarden a que uno de nuestros equipos se abra camino hasta ustedes. Eso es todo.

La voz resonó por todo el portaaviones e, irónicamente, puso frenéticos a los no muertos.

Todo el mundo oyó claramente la proclama, y también la oyeron los muertos que estaban en el pasillo.

La puerta empezó a combarse bajo el peso de las criaturas que protestaban contra la intrusión sonora en su nuevo territorio. Danny bizqueaba a la escasa luz y observaba que la zona media de la puerta se doblaba ligeramente hacia dentro. Estaba sentado junto a Laura y le decía que no iba a pasar nada. El muchacho que aún vivía en su interior creía que sus palabras eran honradas, pero otra voz que rivalizaba con la primera le decía que indudablemente no tardaría en morir y que ambos acabarían transformados en aperitivo ligero.

La puerta se combó un poco más, estaba a punto de salirse de quicio, y la muerte empezó a rodear a los supervivientes con sus negras alas. Todos ellos cerraron los ojos, momentos antes de que cinco pequeños orificios apareciesen en la puerta, justo encima del pomo, en línea casi recta. Los cuerpos se desplomaron al suelo con estrépito audible.

—¡Alejaos de la puerta y echaos al suelo! —gritó una voz familiar desde el otro lado.

Los cartuchos de 9 mm siguieron penetrando por la puerta y por los mamparos, y el rebote de una de ellas hirió a Danny en el hombro. Éste pegó un grito, y cayeron nuevos cuerpos.

—¡Abridme, soy yo, Ramírez!

Dean se levantó de un salto y preparó la pistola antes de quitarle el cerrojo a la puerta y hacer girar el pomo. La puerta se abrió y quedaron a la vista Ramírez y John, que estaban allí de pie, con armas automáticas, cubiertos de mugre y sudor.

—¡En marcha; se han apoderado de todo este nivel!

—Tara, yo le debía una a Kil. En cuanto lo veas, acuérdate de decirle que he saldado la deuda —dijo Ramírez.

Tara le abrazó brevemente, gimoteando de felicidad por haber salvado la vida, mientras salían a toda prisa del camarote.

Todos ellos avanzaron en silencio, en fila india, con los niños bien resguardados entre los adultos. John llevaba a Annabelle en la mochila, con la cremallera cerrada hasta el cuello del animal. A la perra no le gustaba mucho aquella manera de viajar, pero no trató de escabullirse.

Annabelle no tenía precio como detector de no muertos. Tal como habían convenido antes, John la había llevado hasta el área donde Danny creía haber oído a las criaturas. La gran puerta de acero se había abierto y habían entrado unos militares, y John no había tratado de esconderse; había fingido no saber nada. Había agarrado a Annabelle con ambos brazos mientras los guardias se encaraban con él. Annabelle había proferido un aullido terrible y se le había orinado en el jersey. El pelo del pescuezo se le había erizado y había confirmado con ello la cercanía de las criaturas. John se había hecho el tonto, y los guardias los habían escoltado a él y a la perra fuera del área.

—¡Rápido, tan sólo quedan otras dos compuertas de seguridad hasta la salida a la cubierta de vuelo!

Los adultos, al tiempo que caminaban, vigilaban a Danny y a Laura cual halcones. Los pasillos podían llenarse de no muertos en cualquier instante.

Los pelos del pescuezo de Annabelle se erizaron de nuevo. El animal se tensó dentro de la mochila de John y se puso a gruñir.

—¡Prepárate, Ramírez! —advirtió John.

Los no muertos no aparecieron de frente. Les habían dado alcance por detrás, donde Tara y Ramírez tenían cuidado de los niños. Ramírez se volvió y se puso a dispararles al tiempo que caminaba de espaldas. En el momento de cambiar el cargador, cuando introducía el nuevo, tropezó con el lindar de una de las compuertas de seguridad y se cayó de espaldas. Su arma se disparó al mismo tiempo que se caía y la ráfaga recorrió en diagonal a dos de las criaturas que se le aproximaban. Trozos de carne, músculo y hueso ensuciaron los mamparos de acero, y también a los no muertos que venían detrás.

Las criaturas no dejaron de avanzar.

—¡Agachaos, muchachos, y cubríos los oídos! —gritó John, al mismo tiempo que abría fuego contra los monstruos putrefactos que estaban a punto de abalanzarse sobre el marine.

Ramírez, por su parte, puso el arma en modo plenamente automático, y los trozos de carne y hueso salieron volando en todas direcciones por el pasillo, y se esparcieron sobre las baldosas azules.

A Ramírez le había quedado la parte inferior del cuerpo cubierta de sesos y otros tejidos. Se puso en pie ágilmente y, mientras se marchaba por el pasillo, siguió disparando contra las criaturas que no dejaban de avanzar.

—¡Venga, John, sal de aquí!

John llegó a la puerta que daba a la cubierta de vuelo y tiró violentamente de la palanca. Abrió la puerta de una patada y la luz del sol bañó el interior. El olor a aceite, sal y maquinaria se sintió por todo el corredor.

—¡Daos prisa! —decía John.

Los supervivientes salieron a toda prisa por la puerta y subieron por la escalerilla hasta la relativa seguridad de la cubierta de vuelo.

Ramírez les cubrió las espaldas y disparó hasta que John le dio una palmada en el hombro.

—Ahora tienes que pasar tú, Ramírez. Yo cerraré.

Ramírez subió por la escalerilla hasta la pasarela y tropezó por el camino. John disparó una última ráfaga al azar y cerró la puerta. Metió la mano en el bolsillo, sacó un tramo de cuerda y ató la puerta desde fuera para que no pudiesen abrirla. «Así aguantará un rato», pensó.

Al subir a la pasarela, John tuvo una visión panorámica de la cubierta del portaaviones. La mayoría de los aviones se encontraban abajo, en el hangar. John veía a cientos de personas que iban de un lado para otro. Al trepar a la cubierta de vuelo, oyó una proclamación que se hacía desde el puente.

—A todo el personal a bordo del *George Washington*, les habla el oficial de cubierta, con noticias. El almirante me ha informado de que las operaciones de limpieza están a punto de empezar y de que vamos a poner rumbo hacia los Cayos de

Florida. Conservamos el control sobre el reactor y el puente. Mantengan la calma. Eso es todo.

Después de la proclamación, John oyó que las criaturas golpeaban la puerta de acero desde abajo. «Qué coño voy a mantener la calma», pensó. John se admiró brevemente por el paisaje marino que les rodeaba y se sorprendió de ver a un puñado de destructores que navegaba en formación a ambos lados del portaaviones, y un navío de avituallamiento a babor.

—John, necesito tu ayuda —le dijo Jan, al tiempo que le daba una palmada en el hombro.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—El Dr. Bricker y yo nos hemos encargado del triaje en popa, cerca del puente. No encuentro a William, y pienso que quizá...

—Ahora no pienses en eso. Voy a ver si lo encuentro..., aquí hay mucha gente —dijo John, con una voz que esperaba que fuese reconfortante—. Regresa a la tienda de primeros auxilios. Yo iré dentro de un rato, ¿vale?

—Gracias, John.

Oyó que Laura lloraba mientras su madre volvía con el grupo de supervivientes del Hotel 23.

A bordo del George Washington —después de difundirse la plaga.

—Almirante, las criaturas controlan buena parte de los espacios destinados al alojamiento del personal, así como las áreas de almacenamiento de suministros. Siguiendo instrucciones del oficial de cubierta, la tripulación ha puesto todas las compuertas principales en Condición Cebra al inicio de la plaga, así que la mayor parte de ellos tendrían que haber quedado atrapados abajo en zonas separadas.

—¿Cuántos calcula que puede haber abajo?

—De acuerdo con mis estimaciones, deben de ser unos doscientos, y ese número sería mucho más alto si no fuese por la normativa que obliga a llevar armas de fuego. Creo que el número de no muertos que se encuentran bajo cubierta no se va a incrementar. A medida que los supervivientes que quedan abajo neutralicen a las criaturas, habrá otros que se infecten en el proceso. El único número que va a descender es el de los que permanecen con vida.

El almirante Goettelman se volvió para contemplar la cubierta de vuelo. Se había formado un gigantesco campo de refugiados que se extendía por los mil ochocientos metros cuadrados de acero y material antideslizante. Un plan para contingencias tomó forma en la cabeza del almirante y empezó a planear cómo sería el siguiente movimiento. Su primera prioridad consistiría en recobrar las salas de comunicaciones; a continuación, tendrían que encontrar un puerto apropiado. No podía arriesgarse a que los no muertos se adueñaran del reactor mientras el portaaviones se encontrase en alta mar. El portaaviones se habría transformado en mero cebo para los huracanes. Agarró el teléfono y marcó el número de la cabina del piloto.

—¿Oficial de cubierta? Ligeramente cambio de rumbo. Encamina el portaaviones específicamente hacia Cayo Hueso y ten cuidado con el calado.

—Muy bien, almirante —replicó el oficial de cubierta desde el otro extremo de la línea.

Al oír las órdenes que se daban en el puente, Joe preguntó:

—¿Le importaría informarme de lo que piensa hacer, señor? No entiendo a dónde quiere llegar.

—Mi intención es que nos encaminemos a Cayo Hueso y nos preparemos para la peor de las situaciones. Si perdemos a demasiado personal, este portaaviones no podrá navegar. Si se diera el caso, prefiero que nos encontremos en una isla, porque podremos despejarla y defenderla. Cayo Hueso tiene una base aérea naval. Podríamos destruir los puentes y aislarla. ¿Se sabe algo de Fénix y de la caja negra que recuperaron?

—Nuestros programadores trataban de compilar el software necesario para extraer las coordenadas GPS de la caja, pero entonces perdieron el control sobre nuestra red. Dicen que alguien trató de obtener acceso y alterar el software. La intrusión duró tan sólo cuatro minutos. Lo extraño es que el programa estaba ya completo cuando nuestra gente reinició los servidores del portaaviones y trató de compilarlo. No tuvieron tiempo de ir línea por línea para verificar el código, así que transmitieron el software al Hotel 23. La Fuerza Expedicionaria Fénix no regresará de su misión hasta dentro de unas pocas horas y no sabremos si han tenido éxito mientras no restablezcamos las comunicaciones.

—Esto es una prioridad, Joe. Quiero que los primeros equipos retomen las salas de radio. Ya nos preocuparemos luego por quién ha tratado de entrar en nuestros sistemas. Qué diablos, si hasta podría tratarse de la versión china de nuestro CYBERCOM. El *Virginia* tendría que llegar a Bohai dentro de poco... si no ahora mismo. Clepsidra no tardará en poner los pies en lo que hasta ahora había sido China. Seguramente, Larsen y sus muchachos van a estar muy interesados por lo que sucede aquí.

—Sí, señor, los marines tratarán de empezar por capturar la sala de comunicaciones. En cuanto tengamos control sobre ella, intentaremos restablecer las comunicaciones, primero con Fénix, y luego, si todo va bien, con Clepsidra.

—¿Y qué se sabe de la base del Ártico?

—Hace unos pocos ciclos que no responden a nuestros contactos rutinarios. Probablemente por culpa de la atmósfera.

—Probablemente. —Una vez más, Goettleman contempló el campamento que crecía sobre la cubierta—. Maldita sea. Tendremos que apostar francotiradores aquí arriba para vigilar los campamentos. Al más mínimo indicio de la presencia de no muertos, empezaremos a disparar.

—Sí, señor. —Joe hizo una pausa para asegurarse de que nadie le oyera—. Señor, no vamos a lograrlo.

—No, probablemente no. Pero yo no me he rendido jamás en mi vida. No voy a dejar de luchar hasta que me transforme en uno de ellos o me pudra tumbado en el suelo con una bala en la cabeza. Tú estudiaste en la CIA, así que lo sabes mejor que yo. Si es necesario, lucharemos a manos desnudas desde las lanchas salvavidas.

Aguas territoriales de China.

—¡Contra maestre! Profundidad de periscopio —ordenó Larsen.

—Sí, mi capitán.

Después de que se transmitiera la orden al piloto, el submarino inició su viaje hacia un área bajo de la superficie de las aguas del Bohai. Habían desplegado el periscopio y éste surcaba las aguas verdiazules de la superficie. Los sensores avanzados del *Virginia* no habían hallado ningún indicio de fuerzas militares chinas que hubieran podido sobrevivir. Si quedaba algo de lo que había sido el ejército chino, debía de hallarse en una situación semejante a la del ejército estadounidense: disperso, carente de fuerzas y al borde de la desaparición. El Rojillo controlaba todo el espectro de frecuencias de radio; la única transmisión china que había detectado procedía del Servicio de Información Automatizado sobre Terminales del Aeropuerto Internacional de Beijing. El Rojillo llegó a la conclusión de que algunas partes del aeropuerto aún debían de recibir corriente eléctrica, y que por ello la señal de radio se mantenía en activo. Iba de una frecuencia a otra, de sarao por todo el espectro. Protegía el submarino y trataba de reunir todos los datos de los que pudieran beneficiarse en el curso de la misión.

El capitán recibía por circuito cerrado las imágenes que el periscopio captaba mediante su tecnología avanzada. Formuló una estimación de la situación en el continente.

—Parece que hay muchos chinos no muertos, contra maestre —dijo. Un cigarrillo sin encender le colgaba de una de las comisuras de los labios.

—Eso ya se lo podría haber dicho yo sin necesidad de mirar, señor.

—Sí, apuesto a que sí. Kil, ¿estás ahí?

—Sí, señor —dijo Kil, y emergió de las sombras al lado de un banco de equipamiento.

—Quizá querría usted preparar los equipos que controlan las aeronaves no tripuladas. Tendremos que realizar reconocimientos aéreos de la zona y del aeródromo chino.

—Ordenaré a los hombres que preparen los pajaritos para el lanzamiento. ¿Eso es todo?

—No, comandante, en realidad, no. Me preguntaba si habría usted meditado acerca de nuestras conversaciones anteriores.

—Sí, señor, sí lo he hecho, y lo siento, pero mi respuesta no ha cambiado.

Larsen acercó el rostro a Kil.

—Es una lástima que Rex y Rico vayan a tener que trabajar solos, sobre todo

ahora que las muertes de Griff y de Huck son tan recientes. Esta misión va a ser muy difícil. ¿Les informo yo o prefiere hacerlo usted? Querría recordarle que nuestro arsenal está muy bien provisto y que Beijing no sufrió ningún ataque nuclear. El *Virginia* era un submarino de apoyo para misiones especiales antes de que el mundo se volviera loco y todavía lo es.

—Yo mismo se lo voy a decir, capitán.

—Muy bien. Ah, otra cosa... Clepsidra va a contar con más apoyo aéreo de lo que se había dicho previamente.

—¿Y cómo es eso?

—¿Vamos? —Larsen le hizo un gesto a Kil para que lo siguiese al área de información reservada.

Entraron por la puerta y así se aislaron del resto de la embarcación. El Rojillo estaba sentado en la terminal con el comandante Monday de pie a sus espaldas. Se había puesto a investigar la masa de información que habían conseguido durante la expedición a Kunia.

El Rojillo hizo desaparecer lo que tenía en pantalla cuando Kil y Larsen entraron en la sala.

—Vamos a tener apoyo desde lo alto. Un SR-71 con esteroides. Las lentes de ese pajarito son mucho más sensibles y cubren una superficie exponencialmente más elevada. El equipo se enterará con mucha antelación de todo lo que se vaya a encontrar —dijo Larsen.

—¿Dónde se encuentra la base aérea? —preguntó el escéptico Kil—. Estamos muy lejos de casa.

—No voy a decirlo, ante todo porque no lo sé.

—Pues entonces, ¿cuál es el recurso que vamos a emplear?

—El *Aurora* de Lockheed. En realidad no se llama así, pero ése ha sido el nombre en código de todos los programas hipersónicos de Lockheed desde los años sesenta. Es rápido, con amplios recursos en inteligencia de imágenes e indicador de objetivos móviles en tierra. Volará a una altura de treinta mil metros durante un período de seis horas.

—Si esa máquina ha venido volando desde Estados Unidos, habrá tenido que repostar en algún sitio. ¿Cuándo la tendremos encima? —preguntó Kil.

—El gobierno en funciones nos informó hace cinco días de que el *Aurora* llegaría mañana a las diez, horario de Greenwich. Nos lo dijeron antes de que perdiéramos contacto con el portaaviones, por supuesto, pero, no sé por qué, presiento que no vamos a tener problemas con eso. En cuanto a la necesidad de repostar, el *Aurora* no emplea JP-5. Cuando vaya usted a ver a Rex para decirle que no quiere formar parte del equipo, estaría bien que se lo contara.

—Gracias por la información, señor.

—De nada, Kil.

Kil sintió que la mirada de Larsen lo seguía al abandonar el área reservada. El viejo quería manipularle y, maldita sea, lo estaba consiguiendo.

Kil fue de un extremo al otro del submarino hasta llegar a la popa y mientras tanto pensó en lo que le había dicho Larsen. Iba a hacerles una breve visita a Rex y a Rico. Kil llamó a la puerta; no le gustaba entrometerse en los espacios privados si no era absolutamente necesario.

—¿Quién es? —Kil reconoció la voz de Rex al otro lado de la puerta.

—Kil.

—¿Quiere decir el comandante Kil?

—Sí, como más os guste llamarme.

—Lo siento, en nuestro club no hay oficiales.

Kil se decidió a entrar igualmente.

—Escuchadme, el capitán dice que vais a partir mañana. Tendremos apoyo desde el aire a partir de las diez, horario de Greenwich —dijo Kil.

Rex se puso en pie y así aligeró el grueso colchón de la litera.

—¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

Rico apartó la cortina azul de su litera y entró en la conversación.

—Esta mañana, Larsen nos ha dicho que te habías decidido a venir con nosotros. ¿Es verdad? —preguntó.

—Pero qué hijo de puta —dijo Kil, al mismo tiempo que meneaba la cabeza y apretaba los puños.

—No te preocupes, ya lo sabemos. Larsen está jugando con todos nosotros —dijo Rex—. De todos modos, nos iría muy bien poder contar con tu ayuda. Aquí tenemos una buena armería, puedes echarle una ojeada. —Rex apartó la cortina de una litera vacía y señaló un montón de rifles de combate—. Al empezar esta mierda, unidades de recuperación de material asaltaron los diversos arsenales militares de Estados Unidos. La mayoría de las armas del ejército eran una mierda. Unos amigos nuestros nos ayudaron durante una de las últimas expediciones al continente. Salieron con un par de helicópteros y saquearon una fábrica civil en el centro de Texas, y trajeron este material. —Rex señaló el montón de rifles negros, agarró uno y se lo pasó a Kil—. Es un LaRue 7.62 con un cañón de cuarenta y cinco centímetros. Si el tirador sabe manejarlo, puede reventar cabezas a novecientos metros de distancia.

Al tener el rifle de combate en las manos, Kil volvió a sentir algo que parecía haber hibernado bajo la superficie desde hacía años, desde su exilio en las tierras yermas de Texas dominadas por los no muertos. El peso del arma en sus manos le hizo revivir sus sentimientos de exacerbado individualismo. Se lo devolvió de mala gana a Rex.

—Kil, veo muy bien lo que te ocurre. Vete a hablar con tu amigo. Tu hombre tiene mucha habilidad con las armas largas. No creas que Rico y yo no lo notamos en Hawaii.

—¡Joder, sí! Ese tío es como un asesino de los barrios bajos —gritó Rico desde su camastro. Llevaba un auricular puesto en uno de los oídos y chascaba los dedos al ritmo de una melodía—. Además, sabemos que lograste sobrevivir durante varios meses en esa mierda. Lo hemos leído todo, así que ahora no vengas a contarnos que no estás preparado para esto. En la escuela de la armada no nos enseñaron a luchar como en Zombies 101 ni ninguna mierda de ese tipo, así que me parece que estamos en un mismo nivel.

Kil se quedó inmóvil cual estatua durante un rato antes de hablar, y luego eligió con cuidado sus palabras.

—Tenemos que empezar a planear la misión esta misma noche.

—¡Sí, de puta madre! ¡Ya te había dicho que vendría, Rex! —exclamó Rico.

Rex arrojó el rifle de combate al otro extremo de la habitación; Kil lo agarró sin pestañear.

—¿Cómo lo vas a llamar, Kil?

—Os lo contaré cuando regresemos —respondió Kil sin expresión alguna. Estaba sorprendido de su propia decisión, pero tenía claro que hacía ya muchos días que la había tomado.

—¿Estás seguro de que quieres éste? Sólo acepta veinte cargadores y es pesado.

—Te lo voy a explicar de la siguiente manera... Aproximadamente una de cada seis de las criaturas contra las que disparé en el cráneo con mi M-4 siguieron viniendo hacia mí. Si hacéis cuentas, veréis que el .308 tan sólo tiene cinco tiros menos, y os garantizo que con esto no vuelven a levantarse. He visto a Saien ponerlos a dormir a una distancia de ochocientos metros. Si queréis saber mi opinión, la falta de municiones y el mayor peso quedan ampliamente compensados.

—Sí, Rico y yo lo vimos cuando escapábamos de Kunia. Algunas de nuestras balas les rozaban el cráneo; las criaturas se tambaleaban y se caían, pero luego volvían a levantarse y seguían acercándose. Mal rollo.

Kil se volvió hacia la puerta.

—Voy a hablar con Saien. Nos veremos en el área reservada a las veinte horas. Así podremos poner nuestros planes sobre papel y ver qué tal quedan.

—La cosa pinta bien. Que tengas un buen día —dijo Rex mientras Kil se marchaba por la puerta.

Hotel 23 — Sureste de Texas.

—Bienvenidos, mamones —dijo Hawse a modo de saludo cuando Doc, Billy y Disco regresaron del punto de colisión del C-130.

Doc llevaba un objeto grande y anaranjado sujeto con correas a la mochila.

—¿Te han dicho lo que hemos encontrado, Hawse?

—Sí, el mensaje acabó por llegarme. Los tíos de los A-10 se están quedando sin nadie, pero me pasan vuestros mensajes. El portaaviones ha mandado a nuestro portátil un archivo que puede extraer las coordenadas GPS de esa caja. Me han dicho que tendría que haber un puerto USB debajo del armazón.

—Bueno, pues pongámonos manos a la obra. Quiero saber dónde se esconden esos hijos de la gran puta —dijo Doc.

—Hay algo que todavía no te he contado, jefe. He perdido la comunicación con el portaaviones.

—¿Qué? Pensaba que me habías dicho que te mandaron el programa de la caja negra.

—Sí, pero no he podido contactar con ellos desde entonces. No responden a los canales primarios, alternativos ni terciarios.

—Pues arréglalo, Hawse. No sé qué es lo que sucede, pero sí sé que dentro de muy poco se nos va a venir algo encima. Antes de que nos metiéramos en la mierda esta, nos informaron de que teníamos que estar atentos hacia Nochevieja.

—Voy a hacer lo que pueda, tío. Nuestro equipo funciona bien, de eso estoy seguro. Todos los indicadores están verdes, tenemos una conexión sólida con el pajarito. El problema lo tienen ellos, tío —dijo Hawse.

—Dios mío, espero que no. Quienes tienen que sacarnos de aquí son ellos —dijo Disco, y vio a Billy empeñado en afilar el tomahawk—. ¿A ti qué te parece todo esto, Billy Boy?

—Creo que tendríamos que concentrarnos en los aspectos en los que nuestra actuación cuenta para algo.

—Sí —dijo Doc—. Sigue atento a las comunicaciones, Hawse. Voy a ponerme a trabajar en esa caja con una palanca y un martillo.

Capas de fibra de carbono, acero, aluminio y compuestos varios protegían las entrañas de la caja contra los impactos y el fuego. Doc empezó a separar cuidadosamente la cáscara de lo que había en su interior.

El sonido del roce del tomahawk de Billy Boy contra la cara lisa de una piedra arenisca marcaba el tiempo. Doc miró mientras Billy se afeitaba una parte de los pelos de la cara con la tosca arma, para demostrar que estaba afilada como una

navaja.

—Billy, Hammer no tenía esa herramienta tan afilada como tú. ¿Durante cuánto tiempo vas a llevarla?

—Hasta que la haya empleado para matar a cien.

Al cabo de una hora de maldiciones y de nudillos ensangrentados, el puerto USB, por fin, quedó a la vista.

—Hawse, ve por un cable.

—Ah..., de acuerdo. Vuelvo dentro de unas semanas. Ahora mismo me marcho a una concesionaria de Best Buy. Espera, creo que antes voy a llamar para preguntarles si abren las veinticuatro horas.

—No estoy ahora para que me tomes el pelo, joder. ¿Me vas a decir que no hay ni un solo cable USB en todas estas instalaciones, con todos estos ordenadores?

—La mayoría de lo que tienen aquí es tecnología sencilla. Es de los años noventa. Incluso de principios de los noventa... Si hasta hay puertos paralelos de esos tan cutres. Yo creo que... No, mejor que no.

—¿El qué?

—No, es que no nos saldría bien. Tendríamos que parar un sistema clave.

—¡Que le den por culo al sistema clave! Tan sólo necesitamos un cable USB para descubrir quiénes pueden ser los malos. ¿Qué ibas a decir? —insistió Doc.

—Bueno, que arriba hay un cable USB conectado a la antena preparada para ráfagas de datos. Tendríamos que subir allí, desenchufar el cable y prescindir de las ráfagas de datos mientras lo utilizáramos. Tú decides, tío, pero, ¿y si nos pasa por alto algún mensaje del portaaviones tan sólo porque se nos ha ocurrido ponernos a jugar con esa caja naranja?

—Merece la pena. Billy, tú y Hawse vais a subir a la antena. Daos prisa, falta poco para que salga el sol.

—Estamos en ello —dijo Hawse.

Los hombres estaban arriba. Faltaba poco para que el sol se dejara ver en el este. El cielo era de un color azul oscuro y las estrellas se desvanecían. Demasiado tenue para el ojo desnudo, pero demasiado brillante para los anteojos de visión nocturna.

—Tío, me voy a sacar los anteojos —había dicho Hawse.

Billy le miró a través de sus ojos verdes y electrónicos.

—Yo no —dijo.

—Esa cosa está ahí arriba —dijo Hawse—. Hagámoslo de prisa y volvamos a bajar. Estoy cagado, como si nos tuvieran rodeados o algo así. Como en los dibujos animados: la luz se ha apagado pero hay ojos que brillan por todas partes.

—¿Qué hay? ¿Ves algo?

—No..., acabemos con esto.

Llegaron a la unidad de transmisión de ráfagas de datos y empezaron a

desmantelar el escudo a prueba de agua que cubría la conexión por cable. El sol se asomó por el horizonte oriental.

Sin aviso previo, dos criaturas emergieron de entre las malezas altas de Texas, como dos velociraptores, y se acercaron a Hawse y Billy mientras estos manoseaban los aparatos. Los ansiosos gruñidos hambrientos de carne advirtieron del ataque de los no muertos.

—¿Pero qué...? ¡Contacto! —gritó Hawse, y se volvió y disparó con el arma en la cadera.

Billy soltó el equipamiento de comunicaciones y desenfundó la pistola. Se había colgado el rifle a la espalda para trabajar con los ingenios electrónicos y habría sido difícil empuñarlo a tiempo. Los disparos de carabina de Hawse pasaron rozando el hombro de la criatura y la frenaron provisionalmente.

Billy disparó la Glock contra el que se movía rápido y derribó a la criatura con dos disparos, uno en el cuello, el segundo en la cabeza. La criatura que iba delante, y que prácticamente no había resultado afectada por la herida en el hombro, chilló mientras avanzaba contra el cañón de la carabina de Hawse y golpeó a éste en la cara. Billy trató de ayudar, pero no podía emplear el arma porque corría el riesgo de matar a Hawse en el proceso. Hawse disparó diez cartuchos. Todos ellos se hundieron en el estómago de la criatura, sin ningún efecto. Los órganos internos de la criatura, inertes y putrefactos, se derramaron sobre las botas de Hawse.

A medida que la criatura avanzaba, el rifle de Hawse empezó a introducirse en el estómago abierto. No tenía ninguna posibilidad de maniobrar con el rifle para apuntar contra la cabeza del cadáver. Éste agitaba los miembros y chillaba mientras seguía avanzando, y Hawse se veía obligado a emplear todas sus fuerzas para mantenerlo a distancia.

Ninguno de los dos hombres vio ninguna traza de humanidad en lo que se erguía frente a ellos. La criatura estaba abotargada, no tenía pelo y le faltaba la mayor parte de los dientes; llevaba los pantalones desgarrados de los muslos para abajo y los zapatos se habían desgastado hasta no cubrirle por completo los pies despellejados, casi de esqueleto.

Billy pasó la Glock a su mano más débil y empuñó el tomahawk. Logró situarse detrás de la criatura y levantó el arma, y la hundió con todas sus fuerzas en el cráneo del monstruo. La cabeza de la criatura quedó partida por la mitad hasta los hombros, y el cráneo, el cerebro y la médula espinal quedaron al descubierto. Se cayó al suelo, y durante la caída su piel se deslizó sobre el cañón del arma de Hawse. Éste todavía la empuñaba, y apuntaba directamente, aunque sin quererlo, al torso de Billy Boy.

—Aparta la cosa esa —dijo Billy.

—Sí. Lo... lo siento. Se han acercado rápido. ¡Por poco nos vamos al otro barrio, tío! Nos estaban dando caza. Yo había sentido como una mirada entre los arbustos.

¿Y tú?

Billy limpió el tomahawk contra la hierba parduzca y dijo:

—Sí. Yo también he tenido como una sensación.

Volvió con los aparatos electrónicos y se quitó los anteojos de visión nocturna.

A esa hora, el sol se encontraba ya sobre el horizonte, y les exigía velocidad y eficacia.

—Concéntrate en la tarea, Hawse —dijo Billy—. Desenchufa el cable y regresemos abajo.

Al cabo de un minuto de seguir el cable por entre un laberinto de otros cables, Hawse lo separó cuidadosamente del codificador de CPU conectado a otra de las pequeñas cajas de comunicaciones. Se valió de un Sharpie de plata que llevaba en el arnés y marcó la ubicación del cable, para que pudieran devolverlo rápidamente a su lugar después de extraer los datos de la grabación de vuelo.

Volvieron corriendo a la puerta. Mataron a otros dos acosadores por el camino. Los campos circundantes se cerraban sobre ellos. Las criaturas los acechaban. Tanto Hawse como Billy alcanzaban a ver siluetas entre los árboles. Ya no les quedaba otro remedio que creer en los informes del oficial que anteriormente había estado a cargo de las instalaciones. El miedo no diluiría la realidad; Billy y Hawse informaron luego que habían sentido un millar de ojos no muertos sobre ellos mientras corrían de vuelta al subsuelo con el cable, barato, pero ahora de un valor inapreciable.

—Saien, tenemos que hablar —dijo Kil, y entró en el camarote donde Saien estaba con una pequeña tableta de pantalla táctil, enfrascado en un juego febril—. ¿De dónde has sacado eso? —preguntó Kil, confuso al ver que Saien jugaba a algo.

—Uno de los marineros me ha permitido que la tomara prestada a cambio de lecciones de tiro a larga distancia. Ahora mismo estoy empleando unas plantas para matar a... bueno, qué más da. Si tienes ganas de jugar, estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo —dijo Saien sonriente.

—Me tomas el pelo. Deja el juego. Tengo que hablar contigo.

—¿De qué se trata? —dijo Saien apagando la tableta.

—Estamos en aguas territoriales chinas, aproximadamente a un kilómetro de la costa. He mirado por el periscopio; la costa está abarrotada de criaturas. Por lo menos, la costa de Bohai. De todas maneras, Clepsidra va a desembarcar mañana, después de que las aeronaves no tripuladas realicen unas pocas salidas de reconocimiento.

—Sigue —dijo Saien.

Kil exclamó:

—El equipo perdió a dos hombres en Hawaii y creo que voy a cometer la locura de ir con ellos.

—Bueno, eso se puede llamar cambio de opinión, ¿verdad que sí? No te considero un hombre aficionado a buscar riesgos, y esto va a ser muy, muy arriesgado. Estarías muerto si hubieras buscado peligros de ese tipo durante aquellos días tan alegres y animados que vivimos en América.

—Sí, hay alguna posibilidad de que no regrese. Es por eso por lo que quiero que me guardes una cosa.

—¿Y de qué se trata?

—De mi diario. Quiero que llegue a manos de Tara, y no se lo voy a confiar a nadie más. Dentro del diario hay algunas anotaciones sobre ti, pero no tengo nada que esconder. Ni nada que no pudiera decirte a la cara.

—Voy a tener que negarme. No puedo hacerlo —dijo Saien, sumamente serio.

—Pero pienso que es lo mínimo que podrías...

—Te he dicho que no. Voy a ver la China contigo y con los demás, y terminaremos este capítulo tan espinoso de tu diario. Juntos.

Kil meditó lo que acababa de oír.

—Saien, no puedo ni darte las gracias, tío. Sé muy bien que Rex y Rico son buena gente, pero no han ido conmigo conduciendo tanques sobre un puente, ni han combatido contra hordas de criaturas, ni han dormido sobre camiones para el transporte de carbón. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí. Lo entiendo. ¿Cuándo vamos a trazar los planes? —preguntó Saien.

—Nos veremos en el área reservada dentro de noventa minutos. Voy a explicarte todo lo que sé para ver si los dos disponemos de la misma información.

Kil procedió a recordarle a Saien los mensajes en código de John y a informarle del apoyo desde el aire que iban a recibir en el curso de la operación.

—Así que, ya lo ves, vamos a tener ayuda. No estaremos totalmente solos, ni asustados —dijo Kil—. Bueno, al menos no estaremos solos.

—Y ya está bien. Vuestro país os ha ocultado muchas cosas. ¿Cuántos secretos deben de yacer ocultos en el subsuelo?

—Sólo Dios lo sabe.

Tras esbozar un plano con la ubicación de las instalaciones río arriba, Kil lo dibujó en su diario.

Mientras planeaban la misión, Kil se detuvo un momento en la sala de radio para consultar a los encargados.

—¿Ha habido suerte? —preguntó al técnico.

—No, señor, no hemos recibido nada. Nada salvo el mensaje pregrabado en alta frecuencia procedente de Keflavik, el automático de la BBC y las grabaciones del aeropuerto de Beijing. Todo el espectro está en silencio. Aunque hoy mismo el sónar ha detectado algo.

—¿El sónar? ¿Ha detectado a otra embarcación? —preguntó Kil.

—Dicen que han detectado algo, pero no han querido asegurar que fuese una embarcación. Tendrá que hablar con ellos para enterarse, señor. Yo no estaba allí.

—No te preocupes, y no cejes en tus intentos de contactar con el portaaviones. Mañana bajaré a tierra y lo más probable es que tarde unas horas en regresar, si no más.

—¿Va a ir usted? Señor, no sé si querría escuchar lo que...

—No, no quiero escucharlo. No me lo cuentes —dijo Kil—. Procura estar pendiente de las comunicaciones y ya está. Te veré cuando regrese.

—¡Sí, señor!

Kil y Saien siguieron de camino hacia el área reservada por los claustrofóbicos pasillos. Kil le dijo en broma a Saien:

—Bueno, creo que ya está. Radio Macuto ha empezado a retransmitir. Dentro de muy poco, el submarino entero sabrá que vamos a bajar a tierra. Será mejor que escondamos nuestras cosas antes de marcharnos. No creo que nadie cuente con que vamos a volver. Tal vez haya por aquí amigos de lo ajeno que actúen mientras no estamos.

—¿Qué es Radio Macuto? —preguntó Saien.

—Jerga de origen militar para referirse a los rumores, ya sabes, a los chismorreos. Ese tipo de cosas.

—Ah, como los rumores que oigo acerca del portaaviones. Dicen que lo hundió un misil cubano.

—Sí, claro. Para empezar, lo más probable es que Cuba esté plagada de no muertos hasta la frontera con Guantánamo y, en segundo lugar, aunque el régimen aún conservara misiles soviéticos con autonomía y precisión suficientes para alcanzar el portaaviones, habrían superado desde hace tiempo su período de operatividad y serían ya inútiles. De todas maneras, ése es un buen ejemplo, Saien. Es de risa. Quizá los Castro todavía puedan disparar un par de puros explosivos que hayan interceptado —dijo Kil, aunque pensó que, probablemente, Saien no pillaría el chiste.

Tres golpes fuertes a la puerta anunciaron su presencia en el área reservada. Al cabo de un instante de observación a través del cristal, la puerta se abrió y entraron. La pantalla de seguridad no tenía como objetivo primordial impedir que personas no autorizadas accedieran al centro nervioso del submarino, sino privar de ello, más bien, a las personas infectadas. En todas las áreas sujetas a control de seguridad se hacía un examen visual en busca de signos de infección antes de que se autorizara la entrada.

Monday se aclaró la garganta y les hizo un gesto a Kil y a Saien para que se acercaran a la mesa.

—Por aquí.

En torno a la mesa se hallaban el capitán Larsen, el capellán del submarino, Rex, Rico, el Rojillo y el comandante Monday. Habían desplegado un mapa grande sobre el mueble.

Monday empezó de inmediato a exponer la situación.

—Nos quedan aproximadamente dieciséis horas de viaje, con la obligación de llegar mañana a las diez, horario de Greenwich. *Aurora* sobrevolará la zona durante seis horas para controlar el ingreso y el egreso, y también contaremos con aeronaves no tripuladas portátiles, pero el capitán no autorizará a que les sigan hasta las instalaciones. Se lo va a explicar un poco. Por supuesto, iremos con el tiempo justo, tendréis que ser rápidos una vez estéis dentro.

—Además de traer a Cero, ¿hay algo más que tengamos que saber o buscar? —preguntó Rex.

Monday tuvo un momento de vacilación antes de volverse hacia Larsen.

—Señor, ¿estamos autorizados a abrir el sello de los ficheros de la misión?

—Sí, estamos autorizados desde el mismo instante en el que entramos en aguas territoriales chinas. Adelante —respondió Larsen.

Monday giró la rueda alfa de la caja fuerte; después de que se oyera un clic, se apartó para que Larsen girara la bravo. No había una sola persona que conociera todos los códigos de acceso a la caja en la que se guardaban ciertos códigos de lanzamiento y otros ficheros de crucial importancia.

Larsen le dio la vuelta al pomo, tiró del cajón y dejó a la luz algunos objetos que raramente la veían.

—Bueno, tomemos asiento.

Como tan sólo había lugar para seis en torno a la mesa de guerra, el Rojillo se quedó detrás de Larsen. El capitán abrió el sello de la bolsa de documentos y sacó un montón de papeles que habían estado allí desde antes de que el *Virginia* abandonara las aguas del Panamá.

—Está bien, la mayoría de vosotros tenéis una idea general de la ubicación de esas instalaciones. Al mismo tiempo que lo digo, haré pasar por toda la sala esta fotografía tomada desde un satélite. En estos momentos, el *Virginia* está aquí. —Larsen señaló a la desembocadura de un río en la zona más occidental del Bohai—. Estas instalaciones se encuentran en la región de Tianjin, justo al sureste de la región de Beijing. Pido disculpas por el engaño, pero no podía arriesgarme a que la verdad se difundiera si un enemigo capturaba el submarino. No hay nadie a bordo, aparte de los que nos hallamos en esta sala, que conozca la localización verdadera y exacta de esas instalaciones. Es por eso por lo que las aeronaves no tripuladas no pueden acompañaros hasta la puerta. No nos quedará otra opción que permanecer en la superficie durante la operación, porque así podremos mantenernos en contacto con vosotros y conservar el enlace de transmisión de datos con los pajaritos Scan Eagle. Estos últimos van a proteger el submarino y estarán al acecho de amenazas mientras vosotros ingresáis. ¿Tenéis alguna duda? —preguntó Larsen, al tiempo que escrutaba con la mirada a los presentes en la mesa.

Kil levantó la mano.

—¿Y la parte del plan que consistía en entrar en un aeródromo cercano y robar un helicóptero chino?

—Una mentira necesaria para engañar a todos los que no sabían que usted proyectaba asaltar unas instalaciones que no se encuentran en Beijing. La región de Tianjin está menos poblada y, como usted mismo puede ver, esas instalaciones se encuentran a tan sólo ocho kilómetros del río —respondió Larsen.

Rico le dio un codazo a Rex, porque no quería hacer la pregunta él mismo.

—De acuerdo, lo voy a preguntar. Señor, ¿cómo iremos río arriba? Parece muy tortuoso, y sería fácil perderse en la oscuridad. En esa imagen por satélite aparece un montón de muelles en el río y otros obstáculos. La lancha es ruidosa y llamará la atención en ambas orillas. Podríamos tener problemas. El GPS ya no funciona, y no será fácil encontrar el punto de desembarque.

—Sí, y es por eso por lo que remontaremos el río con el *Virginia*. Estaremos tan cerca de la orilla que podrán remar con la lancha si lo desean e incluso ir a nado, aunque no se lo aconsejo. La observación aérea nos informa de un gran número de cadáveres en el agua. Hay muchos, y algunos todavía se mueven. Nuestros inerciales

se guían únicamente por los giroscopios láser internos y no dependen de señales GPS provenientes del exterior. Nos quedaremos a un centímetro del lugar óptimo de desembarque. Además, nuestro mejor operador de sónar estará en su puesto para guiar al *Virginia* por entre los bajíos.

—¿Qué es lo que vamos a buscar en realidad? —dijo Kil.

Larsen pasó varias páginas de documentos relacionados con la misión y se detuvo en una fotografía que se había tomado fuera de ángulo y, aparentemente, en secreto.

—Ése es Cero, el mismo que los chinos denominaban con el nombre código CHANG. Hájala circular para que la vea todo el mundo.

En la foto aparecía una criatura encerrada hasta el cuello en un bloque de hielo glacial. Llevaba puesta una armadura fabricada con algún tipo de aleación. El visor del casco impedía verle el rostro. El único indicio de que aún pudiera moverse era la posición retorcida de sus manos, que sobresalían en parte del bloque de hielo.

—Aún lleva puesto el casco. ¿No se lo sacaron? —preguntó Kil.

Larsen respondió al instante.

—No, no se lo sacaron, o, por lo menos, no lo hicieron mientras el presidente chino no se lo ordenó. Creemos que la orden fue emitida a principios de diciembre del año pasado, de acuerdo con las intercepciones de la Agencia de Seguridad Nacional que logramos recobrar. Por supuesto que la cronología encaja. Aunque no podamos demostrarlo, el gobierno en funciones cree que la anomalía empezó cuando los chinos violaron la integridad de la armadura de CHANG. Creo que ya habéis visto el resto de la película. En 3D.

—Entonces, tenemos que ir hasta esas instalaciones, entrar y encontrar a esa criatura. ¿Y luego qué? —dijo Rex.

—La inmovilizaréis y la traeréis al submarino. Nosotros la congelaremos en el tubo de lanzamiento de torpedos modificado que ya tenemos a punto y se la llevaremos a los científicos del gobierno en funciones —respondió Larsen.

—Con todo el respeto, señor, ¡y una puta mierda! —dijo Kil—. ¿Pretende usted que traigamos a esa criatura al submarino, aún con vida, y que nos la quedemos como compañero de camarote hasta que hayamos vuelto a casa? No tengo nada claro lo que pueda ser en realidad esa criatura que usted llama CHANG, pero le voy a decir una cosa: en mis tiempos de comandante militar en el Hotel 23, tuve que asaltar un guardacostas plagado de no muertos. Tres no muertos irradiados habían sido suficientes para contagiar a la tripulación entera. Y en el guardacostas, los supervivientes aún tenían la posibilidad de saltar por la borda. Si la anomalía empezara a contagiarse por este submarino, no tendríamos dónde huir. ¿Cómo puede pensar usted que esto es una buena idea?

—Son órdenes que emanan de la autoridad más alta. Proviene directamente de lo más alto en la jerarquía, y vamos a cumplirlas —afirmó Larsen, sin perder la calma

pero con firmeza.

—He oído hablar muchísimo del gobierno en funciones. ¿Quiénes son exactamente y dónde se encuentran? —dijo Kil.

—El programa del gobierno en funciones, tal como funciona hoy en día, se estableció mucho antes de que usted y yo nacióramos. Residen en unas instalaciones conocidas coloquialmente como Pentágono II y han dado las órdenes estratégicas desde que el presidente murió y se arrojaron las bombas nucleares. Ejercen de manera colectiva todo el poder y la autoridad del Ejecutivo y, por lo tanto, tienen autoridad legal sobre el ejército y, consiguientemente, sobre usted, comandante.

—Supongamos por un instante que le sigo la corriente y que encontramos a ese tal CHANG, o a lo que quiera que sea. ¿Cómo diablos vamos a inmovilizarlo? ¿Lo envolveremos con cinta aislante a cien kilómetros por hora? ¿Le diremos palabrotas? Hasta ahora, lo único que ha funcionado contra las criaturas ha sido una bala en el cerebro. No se les puede domesticar; no se puede razonar con ellos. Son virus andantes que no tienen otra finalidad que infectar y seguir infectando —se exclamaba Kil, aunque sabía que no iba a causar ningún efecto en Larsen.

—El gobierno en funciones nos hizo entrega de unos pocos recursos antes de que ustedes vinieran del portaaviones. Monday, vaya por el arma.

Al cabo de unos momentos, el comandante Monday regresó con un aparato grande que más bien parecía un lanzallamas.

—Esto es un cañón de espuma para control de enjambres. Tiene dos bocas que disparan dos productos químicos distintos. Interactúan en el momento de salir al aire libre y mezclarse. En cuestión de momentos, la mezcla se endurece y adquiere la consistencia del hormigón. Dispararéis a CHANG con esto y así lo dejaréis inmovilizado. Después cincelaremos la espuma solidificada para encajarlo en el tubo. Si tuviéramos algún problema, lo dispararíamos al océano, como si fuera una gigantesca mierda extraterrestre. No habrá que darle más vueltas. Dejaremos que se lo coman los tiburones —dijo Monday, y dejó las instrucciones sobre la mesa.

Kil se fijó al instante en el tipo de letra y en la presentación sobre papel a prueba de agua.

—¿De dónde han sacado esta arma? —preguntó con suspicacia.

—No lo preguntamos. ¿Por qué? —preguntó Larsen.

—No, por nada. Tan sólo curiosidad, señor.

—Ah, ¿y ahora me llama «señor», después de pegarme gritos e insubordinarse?

—¿Cómo actuaría usted si se encontrara en mi situación, señor?

—Precisamente por eso, haré como que no me he enterado y no lo haré encerrar en el frigorífico ni en el tubo de lanzamiento de torpedos, ni lo mandaré ante un consejo de guerra.

Kil se daba cuenta de que Larsen no hablaba en serio pero, con todo, actuó como

si las palabras hubieran tenido el efecto deseado.

—CHANG no es el único objetivo —añadió Larsen—. También tendréis que ir por esto. —Señaló a una fotografía de unos objetos cúbicos transparentes—. Podríamos decir que se trata de discos duros. El Rojillo sabe más que yo. Adelante, habla.

—Sí, señor. Se trata de unos dispositivos de almacenamiento. Los datos se graban con láser en tres dimensiones subnano dentro de los cubos. En uno de esos cubos se puede almacenar más información que toda la que se haya generado a lo largo de la historia de la humanidad. Y parece que hay más de uno. Probablemente, los chinos no llegaron a darse cuenta de lo que eran y tampoco contaron con el lujo de varias décadas para investigar y desarrollar un primitivo instrumento de lectura.

—No voy a quejarme porque parecen muy fáciles de llevar, al menos más ligeros y menos peligrosos que el tal CHANG, pero ¿para qué los queremos? —preguntó Rex.

—Puede que encontremos información sobre la anomalía en el cubo —respondió el Rojillo—. Lo más probable es que no consigamos leerla toda, pero, aun así, tal vez logremos descifrar un número de cuadrantes suficiente para empezar a elaborar una vacuna o algo parecido.

Kil reorientó el plano del área que tenía frente a los ojos para emplearlo en su siguiente explicación.

—Recapitulemos, ¿de acuerdo? Vamos a remontar con este submarino dieciséis kilómetros de ese río poco profundo; remaremos con la lancha hasta esta orilla y caminaremos ocho kilómetros tierra adentro. Luego buscaremos una manera de entrar en esas instalaciones, encontraremos a la criatura, la neutralizaremos con la porquería esa de espuma y regresaremos al submarino con un alienígena de veinte mil años sobre las espaldas sin que unos pocos miles de millones de chinos no muertos que merodean por allí nos devoren. ¿Me he olvidado de algo?

—De los cubos con los datos —le recordó tímidamente el Rojillo a una distancia segura de Kil.

Larsen aguardó unos segundos a que se acabaran las risillas y bajara la tensión y entonces replicó:

—Bueno, si nos lo plantea usted de ese modo, es verdad que el asunto no promete. Pero se olvida de unos pocos detalles clave. En primer lugar, nos hallamos a una distancia considerable de Beijing, en un área que estaba menos poblada antes de que estallara la plaga y que no sufrió ningún ataque nuclear. En segundo lugar, el *Aurora* les brindará su apoyo desde el aire y les describirá las posiciones en el tablero de ajedrez. En tercer lugar, tan sólo tendrán que recorrer dieciséis kilómetros a pie. Y solamente en caso de que no encuentren ningún medio de transporte por el camino. Digamos de paso que sería aconsejable que lo encontraran. En cuarto lugar, irán bien

provistos de C4 y detonadores que les ayudarán a reventar los sistemas de seguridad de las instalaciones. Qué diablos, si hasta podrían haberse dejado las puertas abiertas.

—Gracias por estas explicaciones tan claras, capitán. Rex, pienso que nosotros cuatro tendríamos que estudiar los documentos de la misión y decidir quién será el que haga cada cosa y cuándo. Luego tendremos que preparar el equipo y echar una cabezada antes de que llegemos mañana a la playa. Pero el jefe del equipo eres tú; Saien y yo no somos más que asesores —dijo Kil.

—Sí, de acuerdo. Todo lo que has dicho me parece bien, pero conservaba la esperanza de que impondrías tu calidad de oficial superior y te harías con el mando del equipo, porque así no tendría que verme en la tesitura de hacerte pasar vergüenza con mis conocimientos y experiencia —dijo Rex.

—Las cosas no nos salen siempre como querríamos, Rex. El protagonista de esta película eres tú. —Kil no bromeaba.

Los cuatro hombres discutieron tácticas y se pasaron la velada en detalles como quién pilotaría la lancha, quien sería el primero en desembarcar, etc. Discutieron el ritmo de marcha y el rumbo de brújula iniciales con los que se pondrían en camino hacia las instalaciones. Establecieron frecuencias tácticas de radio en términos de primaria, secundaria y terciaria por si en algún momento se quedaban sin comunicaciones. Al sortear quién cargaría con el cañón de espuma, Rico sacó la pajita más corta, pero pareció que se alegraba por la oportunidad de ser él quien lo empleara contra CHANG. Larsen, el Rojillo y Monday se retiraron cuando el equipo llevaba ya una hora trazando planes y le dieron a Kil la oportunidad que buscaba.

—Bueno, quizá no tarden en regresar. Tengo un amigo en el portaaviones que me mandó unos pocos mensajes codificados antes de que se interrumpieran las comunicaciones. No llegó a decirme mucho, pero me explicó que los científicos del gobierno en funciones hacían experimentos con los otros especímenes de los que nos habían informado. Me dijo que eran fuertes y resistentes a las armas de poco calibre. Ya sé que voy a llevar ese LaRue 7.62, y que con eso tendría que bastarme para derribar a cualquier criatura que nos encontremos, pero tal vez necesitemos algún extra. ¿Has conseguido algo, Saien?

—Estoy en ello. He trabado varias amistades en el submarino. Estarán con nosotros cuando salgamos —aseguró Saien.

—¿Alguna pregunta? —Kil señaló a Rex y a Rico con un gesto—. Muy bien, perfecto. Rico, vamos a la armería con el cañoncito ese de juguete que dispara espuma y así podrás leerte las instrucciones mientras nosotros preparamos las armas de verdad. Me imagino que lo siguiente será cargar los rifles y lubricarlos. El mío tiene que estar bien lubricado..., no quiero que mañana me falle.

—Amén —respondió Rex.

Los cuatro se dirigieron a la armería para elegir espadas antes de meterse en las

fauces del dragón.

Veinte millas al sur de Cayo Hueso.

«Fracaso», se decía a sí mismo el almirante Goettleman. Los cinco intentos recientes de recobrar el control sobre los centros de comunicaciones del portaaviones habían terminado con serias bajas. Los no muertos estaban exterminando a la tripulación. La plaga se contagiaba como un incendio descontrolado y tan sólo podían frenarla con balas al cerebro. A muchas de las criaturas, simplemente las empujaban por la borda y se caían desde veinte metros de altura al golfo de México.

Estaban a punto de realizar, a la desesperada, una maniobra muy arriesgada para recobrar el control sobre el portaaviones.

—¡Navegad a treinta nudos en dirección a la Base Aérea Naval de Cayo Hueso! —ordenó el almirante Goettleman al oficial de cubierta. Desde el puente contemplaba Cayo Hueso, irguiéndose frente a la proa del portaaviones. Activó el sistema 5MC y se aclaró la garganta—. Cubierta de vuelo, les habla el almirante. Equipos de ataque, ocupen las puertas y escalerillas de acceso. Tengan en cuenta que vamos a acelerar a treinta y cinco nudos y que en estos momentos faltan diecisiete millas para el impacto. Nos acercamos a la Base Naval Aérea de Cayo Hueso. Todos los tripulantes, tanto arriba como abajo, prepárense para el impacto. Eso es todo.

Noventa mil toneladas de acero avanzaban en dirección a Cayo Hueso a una velocidad que superaba los treinta nudos. Los pelotones de ataque estarían preparados para el impacto y, cuando el portaaviones embarrancase, aprovecharían los preciosos segundos que vendrían a continuación para alcanzar las radios y matarían por el camino a los no muertos que encontraran y que, si todo salía bien, se habrían caído al suelo y estarían desorientados.

John y Ramírez formaban parte del pelotón de ataque que avanzaría en cabeza por babor.

—No estamos lejos. Ya siento el olor de la piña colada —le dijo Ramírez a John.

—Qué gracioso eres. Pues no es eso lo que yo huelo —dijo John—. Tienes que estar preparado. Puede parecer que treinta nudos no es mucho pero, si nos detenemos en seco, podríamos salir catapultados del portaaviones. Yo me voy a poner contra esta pared. No bastará con agarrarnos a una baranda.

—Es por eso por lo que he querido que vinieras, viejo; para que nos hagas de cerebro. No creo que pueda ir nunca a la universidad, como tú. La Universidad de Purdue debe de haber cerrado, ¿verdad?

—Sí, tío listo, la Universidad de Purdue debe de haber cerrado, y lo más probable es que no abra durante los próximos cien años. Pero te voy a decir una cosa: nada de

lo que aprendí allí me preparó para estrellarme contra una playa a bordo de un portaaviones y asaltar corredores repletos de monstruos que quieren devorarme. Creo que las destrezas que adquiriste durante los años que has pasado en prácticas con los marines van a tener un valor de mercado muy superior en la nueva economía.

—¿Piensas que Kil tendrá mucha diversión ahora mismo?

—Dios mío, espero que no.

Los dos se sentaron de espalda a la pared, mirando hacia popa, en dirección contraria a la proa del portaaviones. El *George Washington* navegaba a su máxima velocidad y el océano azotaba su casco de acero. John oía a los no muertos aporrear la puerta que se encontraba al final de la escalera, debajo de donde se sentaban ellos.

Querían salir, y lo querían a él.

La megafonía 5MC de la cubierta de vuelo crepitó.

—Preparaos para el impacto, dentro de diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres...

El portaaviones perdió velocidad, como si alguien hubiese tirado de alguna especie de freno mágico o las hélices hubiesen invertido de alguna manera su funcionamiento. Fue unos momentos antes de que el portaaviones se estrellara contra los bancos de arena de Florida, de que el acero se hendiera, de que hombres y máquinas salieran disparados en un torbellino de carne y metal digno de *El Mago de Oz*. Equipamiento pesado de apoyo a la aviación, carretillas elevadoras y aviones rompieron sus cadenas y se deslizaron sobre la cubierta, y se estrellaron contra las pantallas cortavientos y las pasarelas. Muchos de los hombres se cayeron por la borda y fueron a parar a las aguas azules.

John recobró la orientación al oír el grito de Ramírez:

—¡Tío, ahora tenemos que actuar nosotros! ¡Ponte en marcha!

John se incorporó, tambaleante, y volvió el rostro para mirar hacia atrás. Meneó la cabeza y centró de nuevo la mirada. Tara agitaba las manos a lo lejos, como habían acordado antes del impacto. Todos los miembros de su clan estaban bien, con la excepción de Will, que seguía desaparecido.

Ramírez tiró de la palanca y abrió la puerta. Al instante, le reventó el cráneo a una de las criaturas, que había quedado echada en tierra.

—Enciende la luz de tu arma, John. Puede que nos quedemos a oscuras.

Dispararon una vez más, esta vez a espaldas de John, donde una de las criaturas se debatía en un intento por volverse a levantar después de que el reciente impacto la arrojara al suelo.

No les quedaba mucho tiempo. Las criaturas empezaban a recuperarse de la sacudida.

—La radio está a unas pocas cuerdas de aquí —dijo John al mismo tiempo que disparaba contra los no muertos indefensos... Tenía que hacerlo mientras aún

pudiera.

John avanzaba con decisión, disparaba sistemáticamente, tratando de evitar el rebote de la carabina de Ramírez. Levantó el arma para derribar a una criatura que avanzaba sobre él desde una de las salas de espera de los pilotos que había quedado abierta... y dudó.

La criatura era William.

—Ay, Dios mío, Will, lo siento. —Durante un microsegundo, John se imaginó que podía haber sobrevivido un pequeño residuo de inteligencia. Los labios hinchados de Will y el aullido con el que hizo notar su hambre por la carne de John le hicieron darse cuenta de que tal cosa era imposible. John tiró del gatillo y salpicó los mamparos con el cerebro de Will, con sus recuerdos, con el amor que había sentido por Jan y por la pequeña Laura.

Antes de que el cuerpo inerte de Will golpeará el suelo de acero, a John le pareció ver una hoja de papel ensangrentado que le asomaba del bolsillo de la camisa. Sin pensarlo siquiera, lo agarró y se lo guardó en el bolsillo de atrás de los pantalones. No pensaba leer las palabras que había escrito... No eran para él.

Al llegar a la puerta de la sala de radios, John tuvo que luchar contra un manantial de lágrimas pero logró pulsar la combinación de números en la caja. El mecanismo de cierre magnético hizo un clic. Los dos hombres abrieron la puerta de una patada y se pusieron a disparar al interior de una sala abarrotada de no muertos. Los trozos de carne salían volando y las criaturas se desplomaban sobre el suelo de acero. Los dos hombres pensaron en retirarse, pero sabían que sus vidas dependían de que recobraran el control sobre la sala. Disparo tras disparo, exterminaron a los no muertos. John pasó a la sección siguiente de la sala de radio y tomó el control sobre ella sin encontrar mucha resistencia. Los transmisores-receptores por satélite habían quedado dañados tras aquel enfrentamiento y otros tiroteos anteriores.

—Ramírez, estas radios van a necesitar una seria labor de reparación. Vamos a despejar este nivel y luego informaremos arriba.

—Recibido, estoy contigo.

Los hombres no tardaron en darse cuenta de que habían matado a la mayor parte de las criaturas al entrar. La tripulación había sabido cerrar o separar en compartimientos la mayor parte de la nave cuando se informó de los primeros brotes de la epidemia. Los equipos de limpieza iban a tener que despejar los espacios poco a poco, compartimiento a compartimiento.

Aunque aquel nivel hubiera quedado vacío de no muertos y fuese relativamente seguro, John y Ramírez se alegraron mucho de volver a contemplar el sol de Florida. Oían los golpes de puños no muertos sellados tras las pesadas puertas y los mamparos adyacentes. John fue el primero en subir por la escalerilla y se marchó directo a la zona de la cubierta de vuelo donde habían acampado los antiguos ocupantes del Hotel

23.

La nota que había tomado del cadáver de Will le ardía en el bolsillo de atrás mientras se acercaba a Jan.

—Jan, ¿a dónde han ido los otros? —preguntó John.

—¿No lo has oído? Han ordenado que todo el mundo abandone el portaaviones. Todo el mundo está bajando a tierra; los últimos tripulantes se dirigen ya al ascensor. Me he quedado aquí para asegurarme de que te encontraras bien. No te preocupes, Annabelle está con Tara y con Laura.

John sintió que el corazón se le desgarraba al pensar en que Jan se había quedado atrás por él, y en lo que había tenido que hacerle a Will... y en la noticia que tendría que darle. Pero ella ya lo sabía..., de alguna manera, se dio cuenta en seguida.

—Lo siento, Jan. No podía hacer otra cosa.

Jan se derrumbó sobre el áspero material antideslizante de la cubierta, se hizo un corte en la rodilla, lloró a mares, maldijo a Dios y a todas las cosas buenas.

—Lo siento, Jan, lo siento —le repetía John mientras la sostenía en sus brazos, le acariciaba la cabeza, trataba de hacer lo que le parecía que la haría sentirse mejor, aunque fuese poco a poco—. Cambiaría de lugar con él, si pudiera. Sé muy bien lo que es perder a un ser amado, y ahora mismo querría tomar el sitio de Will —decía John con todo el corazón, y cada una de sus sílabas era sincera.

Mientras el ascensor gimoteaba y bajaba, John le habló.

—Mira, ya sé que tal vez no sea el mejor momento, pero tengo algo que no me pertenece. No he mirado, él lo llevaba en el bolsillo —dijo John, y le entregó a Jan la hoja de papel plegada.

Jan no quería verlo, pero no pudo evitar el impulso de abrir la hoja arrugada.



La evacuación del *George Washington* había concluido.

Hotel 23 —sureste de Texas.

Los cuatro operativos de Fénix se reunieron en torno al banco de trabajo, en lo más recóndito del Hotel 23, con el grabador de vuelo enchufado a la electricidad y conectado al portátil con el cable que habían bajado.

—Bueno, Hawse y yo llevamos doce horas de trabajo con esta caja anaranjada. Estoy más cansado que un muerto pero creo que quizá lo hemos conseguido —explicó Disco al resto del grupo.

—¿Cuál ha sido el problema? —preguntó Doc, ansioso por devolver el cable a la antena y retomar la comunicación mediante ráfagas de datos.

—He tenido que activar una combinación de varios puertos en nuestro ordenador para lograr que se comunicara con la caja negra. Los protocolos de seguridad que se habían instalado previamente han cerrado el acceso por USB a nuestro sistema. He tenido que entrar en los BIOS y reescribir algunos de los parámetros de acceso. Una tarea difícil cuando no se tiene Internet a mano. Ha sido preciso cambiar varios archivos de procesamiento por lotes mediante el método de prueba y error.

—Pues adelante, ¿se puede saber a qué esperas? —preguntó Doc con impaciencia.

—Espera. He tenido que reiniciar; está a punto de abrirse.

Doc accedió al sistema y ejecutó el programa que le habían enviado desde el portaaviones antes de que se interrumpieran las comunicaciones. Una serie de barras y cajas de progreso aparecieron y se arrastraron por la pantalla, para indicar que el programa extraía los datos de la grabadora de vuelo.

Todos los datos.

—Esto podría llevarnos unos minutos. No recibimos tan sólo coordenadas. Parece que estamos extrayendo la altitud, dirección, velocidad en el aire, ángulo de ataque, prácticamente todo lo que suelen mostrar los instrumentos de cabina. Miles de datos.

Disco clicó otro programa y abrió el software de mapeado del sistema.

—Nuestro viejo amigo, el FalconView PFPS. No es lo que se dice el software más avanzado que pueda existir, pero sí muy fácil de usar. Tan pronto como hayamos bajado todas las coordenadas de tierra, las cargaremos en este programa y veremos la ruta de vuelo entera desde antes del despegue hasta la colisión.

Al cabo de cinco minutos de procesamiento, extrajeron por fin los datos de la caja negra. Disco transfirió las coordenadas GPS a las carpetas de ficheros del FalconView y empezó a ver la ruta de vuelo en formato gráfico.

—Veamos... De acuerdo con la caja negra, la aeronave procedía de Utah.

—Aparte del Estado, ¿no podrías decirnos una ubicación más específica? —

bromeó Hawse.

—Sí, sí puedo. Todos los mapas están cargados en nuestros sistemas de cartografía táctica. Vamos a acercarnos un poco.

Disco manipuló el programa para incrementar la resolución.

—Ya lo tenemos ahí... La aeronave despegó de un aeródromo situado en la cuenca del Uintah. Vamos a acercarnos un poco más. Un segundo... Ya está, la aeronave despegó de una pista que se encuentra a cinco kilómetros al suroeste de Fort Duchesne, Utah. Ahora mismo voy a sacar las coordenadas exactas —Disco copió en papel las primeras coordenadas que había obtenido y sacó en pantalla imágenes de la zona.

Doc miraba por encima de su hombro, visiblemente nervioso.

—Confirma por segunda vez esas coordenadas, Disco. Qué diablos, confírmalas tres veces.

—¿Por qué? Ya lo tenemos en pantalla. ¿Qué ocurre?

—Hazlo.

—A las órdenes, jefe. Las voy a confirmar cuatro veces, si quieres. Lo único que tengo en esta vida es tiempo.

Disco confirmó una y otra vez los datos. Había localizado el aeródromo de donde procedía la aeronave con un margen de error de apenas cien metros. En cuanto hubo terminado, hizo un pliegue en el papel y se lo entregó a Doc.

—¿Has terminado con eso? —preguntó Doc, aun cuando supiera ya la respuesta.

—Sí, ya estoy —dijo Disco pausadamente, previendo lo que vendría luego.

—Está bien, tú y Hawse iréis arriba para instalar de nuevo el cable. Puede que tengamos mensajes acumulados a la espera.

—¡Lo sabía! Soy yo quien hace todo el trabajo y de todas maneras tengo que volver a subir. Si algún día salimos de esta, te voy a arrear bien —le dijo Disco a Doc.

—Yo también te quiero, Disco. Ahora date prisa, como buen oficial de comunicaciones que eres, y restablécenos las nuestras —dijo Doc.

—Sí, pero ya hace rato que ha salido el sol, y vamos a tener que estar en el exterior hasta que hayamos terminado el trabajo y después volver corriendo —dijo Hawse.

—No tenemos otra elección. Esa unidad de ráfagas de datos es nuestra única conexión con el mundo exterior. Si no logramos restablecer las comunicaciones, no vamos a salir jamás de aquí. Puede que nos hayan pasado por alto órdenes de gran importancia. A juzgar por lo que hemos visto, Remoto Seis tiene problemas con sus propios juguetitos. Venga, daos prisa —les insistió Doc.

Hawse y Disco comprobaron el estado de las armas antes de salir por la puerta de arriba.

Doc le dio una vuelta a la silla y se encaró con Billy Boy.

—Tenemos que preparar el misil; puede que la orden haya llegado ya. Ve por los protocolos y yo iré a la caja fuerte para sacar la tarjeta y los códigos de acceso común.

El sol de la tarde se abría camino entre las nubes sobre la puerta de acceso más cercana a la terminal de comunicaciones. Echaron una mirada por el área circundante antes de salir a zona descubierta, pues temían que los no muertos saltaran en cualquier momento de entre los arbustos.

—Parece que no hay problema, Hawse.

—Sí, eso fue lo que pensamos Billy Boy y yo la última vez que estuvimos aquí, hasta que casi nos cagamos hasta el mercado de Bakaara.

—Venga, cállate, joder. Sólo eran cuatro.

—Sí, los que vimos sólo eran cuatro. Probablemente habría un centenar más entre los arbustos, y eran rápidos —dijo Hawse.

Disco echó una nueva ojeada a los árboles antes de acercarse al equipamiento.

—Tú pondrás el cable porque ya sabes dónde tiene que ir. Yo te cubro.

—Mejor tú. Y no lo digo en broma. Salieron de golpe de entre los arbustos, tío. Veloces como el león que persigue a una gacela. No te exagero.

Echaron a correr. Tal como le había advertido Hawse, las hierbas altas cobraron vida, se agitaron, repletas de no muertos. Los dos hombres abrieron fuego contra el perímetro, como soldados de patrulla en Vietnam.

—¡Cambiano! —dijo Hawse. Había vaciado el cargador al disparar nerviosamente contra los arbustos.

Si no les cubría la oscuridad ni contaban con la ventaja de la tecnología, la situación cambiaba mucho. Derribaron a la primera oleada de criaturas, y así Hawse tuvo tiempo para volver a instalar el cable. No les llevó mucho tiempo. Las marcas de Sharpie que había hecho en la última salida se lo pusieron mucho más fácil. Hawse dejó bien sujeto el manojito de cables y echó la tapa de la sólida caja que contenía el equipamiento más importante. Disco siguió disparando con su arma a los blancos más cercanos mientras ambos se alejaban del aparato.

Cuando ya estaban cerca de la puerta de acceso, una explosión sacudió el área y arrojó a Hawse diez metros más allá. Aterrizó de espaldas y se dio un buen golpe.

«¿Qué diablos...?», trató de decir Hawse, pero no le quedaba resuello. El aire se le había escapado de los pulmones y la tierra quemada le llovía sobre el rostro.

Los no muertos habían estado demasiado lejos de la explosión como para sufrir daños y avanzaron rápidamente hacia Hawse. Éste se sobrepuso a la falta de aire y al dolor y se obligó a sí mismo a ponerse en pie. Con el arma apoyada en la cadera, sin apuntar, disparó unos pocos cartuchos a las criaturas, y no les acertó en la cabeza, pero sí logró que se tambalearan y tropezaran entre ellas.

Un centenar de criaturas entró en el perímetro del complejo, por una parte donde la cerca de tela metálica se había caído.

Como no veía a Disco, Hawse se vio obligado a tomar una decisión difícil. Lo último que vislumbró en el mundo exterior fue un torrente de criaturas que venía hacia él. Entonces, cerró la puerta frente a sus rostros deformes y muertos. Quedó sellada como la caja fuerte de un banco y Hawse se desplomó sobre el piso de metal en el interior de las instalaciones, inconsciente y desangrándose.

Billy llegó en seguida, cargó con Hawse sobre el hombro y se lo llevó a la enfermería. Una vez allí, Doc les fue al encuentro y le aplicó de inmediato los primeros auxilios. Hawse todavía se desangraba por el hombro derecho, porque un cascote de metralla le había atravesado el chaleco de combate y la camisa. Al cabo de dos aplicaciones de coagulante QuickClot y una hora intensiva de cirugía y sutura, el sangrado de Hawse se detuvo, y le pusieron una bolsa de suero intravenoso al lado de la cama, donde Billy montaba guardia.

—Disco —murmuró Hawse, aturdido, a ratos consciente, a ratos desmayado.

—Lo estamos buscando, tranquilízate —le aseguró Billy con la esperanza de que el sedante que le administraban con el suero intravenoso le hiciera efecto.

Cerca de allí, en la sala de controles, Doc captaba imágenes en panorámica con las cámaras del exterior. No se veía ni rastro de Disco. Los no muertos se habían congregado en torno al área donde lo habían visto por última vez.

Trazaron panorámicas con las cámaras y las orientaron en direcciones varias durante un buen rato, tratando de encontrarle. No habría servido de nada salir afuera con los muertos; lo buscarían con las cámaras hasta que anocheciese.

La búsqueda de Doc se interrumpió por el bip del terminal de ráfagas de datos.

La pantalla daba señales luminosas de alerta. Indicaba que habían recibido una nueva orden:

LANZAMIENTO, LANZAMIENTO, LANZAMIENTO. BASE UBICADA EN NADA, TEXAS, AUTORIZADA POR EL GOBIERNO EN FUNCIONES PARA LANZAMIENTO INMEDIATO DE ACUERDO CON LAS COORDENADAS ADJUNTAS. LANZAMIENTO, LANZAMIENTO, LANZAMIENTO.

—¡Billy, amárrale y sube! —gritó Doc.

El sonido de las botas de Billy sobre el suelo de hormigón se volvió más fuerte a medida que éste se acercaba.

—Hemos recibido la orden de lanzamiento. El formato es muy raro. ¿A ti qué te parece? —le preguntó a Billy.

—A mí me parece que no es auténtico. Saben que estamos aquí; acaban de lanzar una bomba contra Hawse y Disco —dijo Billy sin alterarse.

Doc verificó las coordenadas que habían venido con el mensaje de lanzamiento y confirmó que el objetivo se hallaba al sureste de Beijing. Desplegó el papel que

llevaba en el bolsillo y se decidió a correr un riesgo extremo.

No tenían tiempo para discutir el plan. Remoto Seis atacaba de nuevo el Hotel 23, y sólo era cuestión de tiempo el que lanzaran otro proyectil contra una puerta de acceso importante y permitieran a los no muertos entrar en las instalaciones.

Doc se vio obligado a tomar una decisión que hasta aquel momento había estado reservada a los presidentes del gobierno. Abrió los protocolos de lanzamiento de misiles del Hotel 23 e inició la secuencia con la que iba a disparar el arma más poderosa que jamás hubiera construido el hombre.

Remoto Seis.

—¿La explosión ha reventado la puerta? —preguntaba Dios.

—Negativo, señor..., hemos fallado. Mandamos a otra aeronave con carga de guía inercial. Se calcula que llegará a su objetivo dentro de treinta y cinco minutos.

—Dentro de poco, el Hotel 23 va a disparar contra Clepsidra. Será una desgracia, pero saldríamos mucho más perjudicados si permitiéramos que los restos del gobierno se adueñaran de tecnología avanzada.

Dios seguía las imágenes y observaba a las hordas de no muertos que se arremolinaban encima y en torno al Hotel 23. Se fijó en el movimiento mecánico... Se abría la puerta de un silo, de acuerdo con lo que se esperaba. Dios sonrió mientras el humo blanco brotaba de una abertura cuadrada en el suelo.

—Pronto, ese misil volará hacia China, y entonces nuestra carga de precisión reventará las puertas del Hotel 23 —dijo Dios para cobrar confianza.

El misil tardó tan sólo unos segundos en alcanzar velocidades supersónicas después de abandonar el silo, y unos pocos minutos en abandonar por completo la atmósfera de la Tierra. Si alguien hubiera podido viajar en el misil que volaba por el espacio, no habría visto nada extraño en la superficie del planeta, kilómetros más abajo. El frente de una gigantesca tempestad cubría Kansas; las nubes oscurecían Montana. Al no poder valerse del GPS, el sistema que guiaba la carga nuclear tomó como referencia los astros y determinó con exactitud su propia posición sobre la Tierra, para después aguardar unos instantes en órbita, volver el morro hacia abajo y precipitarse sobre el blanco que se le había asignado. Después de la reentrada, el sistema inercial de la cabeza nuclear precisó su curso; el cuerpo del misil rotó ligeramente, recurrió a las leyes de la aerodinámica para ajustar su trayectoria balística con un margen de error de dos centímetros y medio.

—¡Dios, los radares indican que la cabeza nuclear del Hotel 23 viene hacia nosotros!

La Alerta Roja Extrema se hacía oír por la totalidad de Remoto Seis. Anunciaba

que un artefacto nuclear estaba a punto de estrellarse contra la base. El complejo rebosaba actividad; los técnicos y el personal del laboratorio de ideas consultaban en los protocolos lo que se tenía que hacer en caso de aniquilación.

Los planes eugenésicos de Dios se derrumbaron ante sus propios ojos. Su utopía de superioridad genética, gobernada por una élite tecnocrática, no se haría realidad jamás.

—¿Cómo es posible que esos imbéciles hayan hecho esto?! —gritó—. ¿Cómo es posible que esos plebeyos sin casta hayan logrado derrotar a esta base que alberga nuestros cerebros y todo nuestro poder computacional?!

Dios golpeó un escritorio de metal con el puño prieto y derramó el café sobre los papeles clasificados que se amontonaban en él.

Una pantalla de rayos catódicos cobró vida en un banco de pantallas que solía presentar el output de la computación cuántica en bruto. Un simple cursor rectangular de color verde parpadeó para marcar los segundos; el texto apareció lentamente, letra a letra.

SOY CUANTO. CUANTO DESTRUYÓ AL C-130. CUANTO TE DES—.
TRUIRÁ A TI.

Dios no tuvo tiempo de reaccionar.

Exactamente veintiséis minutos y doce segundos después del lanzamiento, la cabeza nuclear se precipitó sobre su objetivo en la superficie planetaria, a punto para estallar. A ciento veinte centímetros del suelo, los detonadores se activaron simultáneamente e hicieron estallar el núcleo. La explosión nuclear que resultó de ello desintegró al instante el área de impacto y todo lo que había a su alrededor.

Remoto Seis había dejado de existir.

Había pasado un año desde que el primer muerto se echó a andar en Estados Unidos. Hacía un año que las salas del Hospital Naval Bethesda habían estado abarrotadas de personal destacado a China que había regresado, médicos y cirujanos estadounidenses que habían vuelto por orden del presidente. Un miembro del equipo que había ido a trabajar en la crisis china había muerto mientras se hallaba en cuarentena, pero no había dejado de moverse, incluso después de que la autoridad sanitaria lo declarara difunto. De las fauces de aquel único demonio había brotado el contagio que había arrastrado a Estados Unidos a la guerra civil nuclear en tan sólo treinta días.

El *Virginia* remontaba el río. Cuatro hombres subieron a la lancha con la que habían de remar hasta las tierras donde se hallaban indecibles tecnologías, y también CHANG..., el Paciente Cero.

Las aguas chapoteaban suavemente contra la lancha hinchable y le daban pequeñas sacudidas. De acuerdo con el plan, Rico pilotaría mientras Saien y Kil remaban, y así llegarían a la orilla. Rex montaría guardia con la carabina. El submarino había llegado a su meta después de ponerse el sol, a fin de evitar atención indeseada; pareció que había funcionado. Cuando la lancha llegó a la orilla, no parecía que hubiera no muertos. Por algún misterioso motivo, no encontraron resistencia en la playa, y tampoco la hallaron mientras hacían un puente para arrancar una camioneta diésel de la línea Hilux que alguien había abandonado cerca del río, apoyada contra un pretil. El combustible diésel todavía estaba en condiciones y la batería para coches que habían traído del submarino tenía suficiente carga para arrancar el vehículo.

Las radios crepitaban cada pocos minutos con una voz desfigurada por una máscara de oxígeno que había de llevar puesta un piloto durante su vuelo a veintisiete kilómetros de altura. Les habían informado de que el *Aurora* se desplazaría a velocidad hipersónica y que sus cámaras cubrirían toda el área en la que se hallara el equipo, así como el camino que pensaban seguir sobre el terreno.

—Clepsidra, aquí Mar Profundo, el camino de baldosas amarillas está despejado. Ojalá pudierais ver el centro de Beijing desde el lugar donde estáis. Toda la ciudad es una gran fiesta.

—Creemos en tu palabra, Mar Profundo.

Kil conducía la camioneta mientras Rex vigilaba con la escopeta. Saien y Rico cubrían la seguridad de la parte de atrás. Como los faros brillaban demasiado para sus anteojos de visión nocturna, Kil frenó para bajar a romperlos, porque no tenía manera de apagarlos. Malditos chinos. Se decidió a destrozar también las luces de freno con la culata del rifle.

—Gracias. Cada vez que frenabas tenía que mirar hacia otro lado —dijo Rico.

Mar Profundo retransmitió desde lo alto.

—Clepsidra, yo no os lo recomiendo. El ruido que hacéis acaba de reorientar a unos pocos hacia vosotros. Se mueven poco a poco, pero igualmente se acercan a vuestra camioneta por las nueve. Hay otros más adelante en la carretera.

—Entendido, Mar Profundo, gracias por la advertencia —respondió Kil, y regresó rápidamente a la cabina.

Tanto Saien como Rico seguían lo que se decía por radio y empezaron a mirar en derredor, en busca de una amenaza que se ocultara en la penumbra. Kil avanzó sobre cristales rotos y cables eléctricos caídos, y pasó junto a vehículos que ya se habían convertido en chatarra antes de que llegara la plaga a Estados Unidos.

Cuando sólo les faltaba poco más de tres kilómetros y medio para llegar a las instalaciones, tuvieron su primer encuentro de cerca con los no muertos. Algunos mechones oscuros de cabello todavía les colgaban del cráneo y su estado avanzado de descomposición disimulaba su nacionalidad. «Los zombis son sólo... zombis, lo mismo que la gente», pensó Kil. La criatura oyó el rumor sordo del motor diésel, cargó contra el sonido y se estrelló contra el capó.

—¡Saien, ayúdame un poco! —gritó Kil mientras la criatura trepaba por el capó hasta el parabrisas, agarraba y mordisqueaba los limpiaparabrisas y daba puñetazos al cristal.

Saien se aseguró de que el silenciador estuviera bien puesto y apuntó con el rifle sobre el techo de la cabina. Para evitar causar daños en el motor con el potente cartucho 7.62, disparó con un ángulo muy forzado. El cartucho atravesó el rostro de la criatura y roció sus sesos, de consistencia semejante a la gelatina, sobre el capó y la carretera. El cadáver se soltó de los limpiaparabrisas, resbaló por el capó y fue a parar al pavimento. Kil activó el chorro de agua de los limpiaparabrisas, limpió los sesos podridos que habían quedado en el cristal y aguantó la sacudida al acelerar sobre el cadáver.

La carabina 7.62 con silenciador de Saien emitía un sonido grave, más fuerte que el de su contrapartida M-4, y tuvo como consecuencia otra llamada de Mar Profundo.

—Habéis provocado nuevas reacciones al hacer ruido, Clepsidra. Daos prisa en llegar a las instalaciones, ahora ya no están muy lejos.

Kil aceleró a una velocidad vertiginosa; los no muertos convergían en el retrovisor y perseguían las señales sonoras de la camioneta. Doblaron una esquina a sesenta kilómetros por hora con derrape de ruedas traseras.

Habían llegado a las instalaciones.

Kil retrocedió con la camioneta hasta la cerca y paró el motor. Los hombres agarraron las mochilas y una pesada barra Halligan, y arrojaron todo al otro lado de la alambrada antes de pasar ellos mismos. Ya estaban dentro antes de que los muertos empezaran a acercarse por la carretera de acceso que se hallaba frente a la camioneta.

Según Mar Profundo, el patio que rodeaba el edificio de ocho fachadas no contenía peligro alguno. Kil consultó el reloj de pulsera para asegurarse de que les quedaban cuatro horas y media de cobertura para hacer la llamada.

—Mar Profundo, ya estamos dentro, disfrutad de este espectáculo.

—Recibido. No me voy a alejar, que tengáis buena suerte.

Por medio del Halligan, Rex arrancó la puerta de su quicio y accedió al vestíbulo de la base. El aire que salió por el lindar que hasta entonces había estado cerrado no olía a nada... No era una mala señal. Los hombres activaron los láseres infrarrojos de sus armas y entraron en el polvoriento vestíbulo. Escombros dispersos, sillas tumbadas, y daños provocados por el fuego que hacían pensar en una rápida evacuación. Después de pasar el vestíbulo, el equipo encontró una puerta que no podrían forzar con la Halligan.

La única opción para entrar era abrir brecha mediante una C4.

—Tendríamos que ponernos las máscaras antes de reventar la puerta. No sabemos qué clase de mierda puede ocultarse al otro lado —propuso Kil.

—Mirad eso. ¿Lo veis? —dijo Rex, al mismo tiempo que señalaba con un gesto.

—Sí, parece como si la hubieran combado o abollado desde dentro —dijo Kil, y pasó las manos por encima del acero convexo y maltratado de la puerta—. Me pregunto qué puede haber ocurrido.

Después de colocar los explosivos, los hombres regresaron al vestíbulo y se pusieron las máscaras con filtro.

—¡Fuego! —gritó Rex antes de activar el detonador electrónico.

Una fuerte explosión reverberó por el vestíbulo y los escombros salieron disparados en todas las direcciones. La gigantesca puerta se salió de quicio y se estrelló contra una pared con la fuerza de un gigantesco camión. En el vestíbulo entró luz blanca a través del polvo, por el hueco donde antes había estado la puerta.

—¡Rico, prepara esa máquina! —ordenó Rex, y señaló con un gesto al cañón de espuma que Rico llevaba colgando en el costado.

Rico preparó la extraña arma, abrió las válvulas y consultó los indicadores de presión.

—Estoy a punto, tío.

Rico se puso en cabeza y los demás le siguieron. Se sacaron los anteojos de visión nocturna al doblar la esquina y caminar hacia la luz. La electricidad todavía funcionaba en las instalaciones. Debía de ser geotérmica o solar. Al mirar por el corredor, no vieron más que restos de esqueletos por el suelo, con batas blancas de laboratorio, y unos pocos en uniforme militar chino. Kil avanzó por el pasillo iluminado.

El mundo llevaba un año entero bajo el control de los no muertos, y todo había empezado allí, en un anodino edificio de la China que se elevaba a la vista de todo el

mundo. El pasillo tenía las paredes cubiertas de humedad y moho, como si hubieran exudado temor y desesperación. Kil pasó las páginas de la libreta de frases que el Rojillo les había escrito a mano. Al llegar a la palabra «hangar», consultó todas las posibles palabras en chino que pudieran indicar la ubicación del material que buscaban. El equipo se detuvo frente a un plano de las instalaciones que se hallaba en la pared, y Kil trazó una línea con el dedo a partir del punto rojo, y de un texto que había debajo, y que seguramente quería decir «usted está aquí» en chino.

Kil comparó los signos del plano con los de la libreta.

—Es aquí donde tenemos que ir. Estos son los caracteres chinos que significan «hangar», o por lo menos se les parecen —les dijo Kil a los demás.

—¿Y qué me dices de CHANG? —le contestó Rex, que pensaba en el que tenía que ser su objetivo primario.

—¿Qué te voy a decir? Al Rojillo no se le ha ocurrido escribir el carácter chino para CHANG en el vocabulario —dijo Kil con sarcasmo.

—Me estás tomando la cabellera —dijo Rico, que tenía que hacer un gran esfuerzo para sostener el cañón de espuma.

—Vamos al hangar. Se encuentra a tan sólo dos esquinas de aquí —dijo Kil.

En todas las instalaciones no había nada que pareciera estar cerrado ni bloqueado. Kil llegó a la conclusión de que los chinos pensaban que todas las personas autorizadas a pasar por la puerta principal también podían ir a cualquier parte del edificio. La mayoría de las puertas eran automáticas y se abrían tan sólo con acercarse a ellas. Había manchas de sangre antiguas por el pasillo y en las puertas automáticas por las que se accedía al hangar.

Las luces del interior estuvieron apagadas hasta que ellos entraron y activaron un sensor que iluminó el vasto espacio cavernoso. En el centro de la sala había una gran nave, del tamaño de un autobús Greyhound, y distinta de todo lo que hubieran visto en su vida. Se sintieron atraídos por ella, maravillados por su diseño y por el exotismo de sus formas. Habría tenido la apariencia exacta de una lágrima, de no ser por el gran orificio que iba de un extremo al otro del casco, detrás de lo que probablemente había sido la cabina. Al rodear el vehículo por delante, Rico se detuvo de pronto y levantó el puño.

—Todos al suelo —susurró, y señaló a una criatura que estaba de pie junto a la nave, en el lado opuesto al de la puerta por la que habían entrado.

La criatura vestía una armadura de un material idéntico a la aleación de la nave, o quizá tan sólo lo pareciera, por lo cercana que estaba a la superficie del vehículo; costaba distinguirlo.

—Ése tiene que ser CHANG. El diseño de su armadura coincide con el de las fotos. No lleva puesto el casco —susurró Kil a los demás—. Dispárale la espuma y acabemos con esto.

La misteriosa criatura se dio cuenta en seguida de la presencia de los cuatro y se volvió para encararse con los intrusos.

Todos ellos esperaban que CHANG se pareciera a la imagen que les habían dictado los años de lavado de cerebro que habían sufrido a manos de la cultura popular y la televisión. Pero la criatura no tenía la cabeza enorme, ni la piel gris, ni los ojos grandes, ni negros, ni rasgados. Parecía... humana.

Gritó con sus antiquísimos pulmones y se arrojó contra ellos, y sus botas de aleación resonaron contra el suelo como si se tratara de un hombre de hojalata. Rico se adelantó y lo roció desde la cintura hasta el suelo con el compuesto de espuma. Dos chorros de productos químicos recubrieron el torso y las piernas de CHANG se solidificaron casi al instante y convirtieron a la criatura en mitad estatua.

Los hombres rodearon a la enfurecida criatura y la examinaron mientras se debatía, pegada al suelo. Agitaba los brazos como un ciclón y trataba de agarrarles; sus piernas hacían fuerza contra la espuma que le había arrojado el arma y que se transformaba en fibrocemento.

«Así que es esto lo que ha acabado con el mundo, lo que ha matado a todos mis seres queridos, y a todos los seres queridos de mis seres queridos», pensó Kil.

Los cuatro hombres habían visto que CHANG tenía el mismo aspecto que cualquier otro no muerto de China.

Kil se acercó a la criatura y se fijó en la placa con el nombre que llevaba sujeta al pecho. Unas letras chinas estaban finamente inscritas en la aleación, inmediatamente encima de las palabras en inglés «COMANDANTE CHANG».

—¿Y ahora qué haremos, Kil? —preguntó Rex.

Kil guardaba silencio. Su ira crecía visiblemente. Miró fijamente a CHANG. Ésa era la criatura que había matado al mundo.

—Esto es lo que haremos —dijo Kil.

Empuñó la carabina 7.62 con silenciador y tiró del gatillo. La cabeza de CHANG explotó y sus restos salieron volando en dirección contraria a la del equipo, y sus antiquísimos sesos rociaron aquella nave elegante y extraña.

—¡¿Qué coño haces?! —gritó Rex, visiblemente confundido—. ¡Acabas de destruir al objetivo!

Kil negó con la cabeza.

—No, no he destruido al objetivo. CHANG había sido humano, como tú y como yo. CHANG no fue nunca el objetivo de verdad. Pero toda esta mierda sí lo es. — Señaló a la nave y a las mesas de laboratorio que la rodeaban, cubiertas con extraños instrumentos—. Y mira hacia abajo. CHANG había quedado pegado al suelo sin posibilidad de separarlo, por cortesía de Rico.

Rex sacó el machete y dio unos tajos en la resina que se había pegado al suelo bajo el cuerpo descabezado de CHANG.

—No te molestes, Rex —dijo Kil—. Esa sustancia es resina de fibra. Partirás la hoja antes de que puedas hacerle un rasguño. Necesitaríamos una semana y herramientas potentes para liberar al comandante. Agarremos todo lo que podamos y regresemos al submarino... Pero os lo repito, esa criatura era humana, y todos vosotros lo sabéis. —Kil sacó un tubo de laboratorio que llevaba en la mochila y metió dentro trocitos del cadáver de CHANG para llevárselos como muestra.

—Como una misión de acción directa en Afganistán —dijo Rex.

—¿Qué quieres decir?

—Tardas semanas, a veces meses, para planificar una misión de acción directa en la que vas a matar o capturar un objetivo de gran valor, y luego la misión termina antes de que te enteres.

El equipo metió en la mochila lo que Inteligencia les había dicho que eran cubos de datos y todos los otros objetos que les parecieron relevantes. Kil se guardó en los bolsillos dos pistolas de aspecto muy exótico.

«Más adelante podrían resultarme útiles».

Llevaba la mochila casi repleta cuando encontró dos contenedores grandes, en forma de balón, de colores distintos, al lado de una de las mesas de laboratorio cercanas a la nave averiada. Las marcas de los contenedores no eran caracteres chinos ni se parecían a nada que hubiera visto en su vida. El contenedor rojo había sufrido serios daños por el mismo motivo por el que se había averiado la nave de CHANG. Su gemelo azul parecía intacto. Kil decidió que se los llevaría a ambos al submarino para futuros análisis.

El equipo regresó hasta el vestíbulo y salió al patio por la puerta principal. En cuanto fueron visibles desde el cielo, la radio crepitó.

—Bienvenidos de nuevo, Clepsidra. Os traigo noticias que tal vez os interesen.

—Adelante, Mar Profundo —respondió Kil.

—Diviso otro submarino que ha emergido al lado del *Virginia*. Es bastante más grande que el vuestro. Parece un submarino de misiles balísticos.

—¿Y qué hace?

—Señales. No creo que sea hostil; está demasiado cerca del vuestro y ha emergido sin esconderse. Digamos que eso no figura en el libro de texto como táctica para hundir submarinos enemigos. Además, creo que tenéis paparazzi a las puertas del recinto, en torno a vuestro vehículo.

—Recibido, Mar Profundo.

Los hombres se acercaron a la cerca mientras los no muertos aguardaban.

—Adelante, Rico —ordenó Rex.

Rico se acercó a la cerca y roció a las criaturas no muertas con la espuma que se transformaba en fibra. Kil pensó que aquella sustancia parecía espuma de jabón. Daba miedo lo rápidamente que se solidificaba y encerraba a las criaturas en un ataúd

de resina avanzada. Rico tuvo buen cuidado de no tirar contra la camioneta, porque la sustancia la habría averiado tan sólo con tocar una parte de una rueda. Como la mayoría de las criaturas se habían convertido para siempre en parte de la valla de metal, los cuatro salieron sin ningún miedo.

Se metieron en la camioneta y disfrutaron de un viaje sin incidentes hasta el submarino.

Cuando el equipo estuvo por fin a bordo, el *Aurora* les deseó suerte y, al regresar, abrasó el cielo en su último viaje.

1 de enero.

Me deseo a mí mismo Feliz Año Nuevo. Después de una noche de aventuras en la China continental que me ha dado mucho que pensar, estoy deseoso de poner rumbo al este, a mi casa. Nuestros nuevos amigos chinos quieren escoltarnos hacia el este. Aunque su inglés es horrible, el capitán del submarino chino se ha alegrado mucho al encontrarnos. Había estado siguiendo al *Virginia* desde que entramos en aguas territoriales chinas. Gracias a Dios, se dio cuenta de que no veníamos con intenciones hostiles, porque podrían habernos hundido sin ninguna dificultad. Nuestros nuevos amigos tienen radios de onda corta más potentes que las nuestras, y una vez les pasamos las frecuencias y las tablas horarias pudimos mandar y recibir mensajes del *George Washington*, que ahora se ha estacionado para siempre en Cayo Hueso.

He necesitado algún tiempo para reflexionar acerca de este último año, poner en orden mis pensamientos y acordarme de todas las cosas por las que tengo que dar las gracias.

Tara y nuestro niño están bien.

Sigo vivo.

Puede decirse que hemos llevado a cabo nuestra misión.

Únicamente tenemos que tomar un pequeño desvío y luego navegaremos rumbo a los Cayos.

Me quedan tan sólo unas pocas páginas en blanco.

Descansa en paz, William. Te echaremos siempre de menos.

Epílogo

En contra de lo que había esperado la tripulación, las hordas de no muertos no salieron a recibir al *George Washington* en aquel soleado día de Florida en el que embarrancó en los Cayos. Mucho antes de la espectacular llegada del portaaviones, un contingente de milicias de civiles armados había restablecido el control sobre Cayo Hueso. Tuvieron que echarle ingenio pero, al cabo de poco tiempo, los ingenieros nucleares que quedaban lograron restablecer el flujo eléctrico en la isla mediante los dos formidables reactores nucleares Westinghouse del portaaviones. Una red de trueque y los inicios de una sencilla economía empezaban a emerger en las islas.

Como el complejo equipamiento de mensajería por ráfagas de datos que transportaba el portaaviones había quedado averiado sin esperanza de reparación, las comunicaciones con la Fuerza Expedicionaria Fénix del Hotel 23 se interrumpieron para siempre. En el curso de una reciente misión de reconocimiento sobre el Hotel 23, una escuadrilla de Warthogs había informado de una flecha que apuntaba hacia el este desde la base. Buscaron por la zona hasta que les faltó combustible, pero no descubrieron ninguna traza de Fénix. Aunque todavía se considerara una operación de prioridad uno, el rescate de los operativos de Fénix iba a ser, como mínimo, una tarea onerosa.

El *Virginia* tomó un desvío hacia el norte, hacia las costas de Rusia, y atravesó el estrecho de Bering. Después de una seria discusión, Larsen y Kil acordaron que la vida humana era demasiado valiosa como para permitir que se perdiera, sobre todo en un momento en el que los humanos ya se veían superados en número. El *Virginia* transportaba suficiente combustible nuclear en el reactor como para dar la vuelta al mundo varias veces y seguía bien aprovisionado cuando rompió los hielos del Ártico a un par de centenares de metros de Crusow, Kung y sus perros de trineo. El Sno-Cat se les había averiado dieciséis kilómetros antes, porque el biocombustible de mala calidad había echado a perder el motor. Por suerte, los perros habían tenido fuerzas suficientes para llevarlos hasta el punto de encuentro en el sur. Hacía casi veinticuatro horas que esperaban junto con los perros, dentro de un improvisado iglú, cuando la torreta del *Virginia* quebró el hielo, cerca del lugar que habían encontrado mediante la señal de socorro de Crusow.

Corría el mes de febrero cuando el *Virginia*, junto con un submarino de misiles balísticos chino, llegó a Cayo Hueso. El que en otro tiempo había sido superviviente solitario abrazó a su amor en los muelles; el capitán mandó que desembarcase primero el único futuro padre que viajaba en el submarino. El embarazo de Tara ya era evidente, y Kil exultaba de alegría, al tiempo que le acariciaba el vientre con gentileza. Mientras abrazaba con fuerza a Tara, le pareció ver que John se había

acercado a Jan, quizá demasiado. Kil les sonrió y los otros le hicieron un gesto con la mano. Jan agarró a Laura por la parte de atrás del cinturón cuando la niña se echaba a correr y llamaba a gritos a tío Kil.

Dean seguía dando clases en los Cayos y mantenía ocupados con el estudio a Danny, Laura y otro centenar de jovencitos. La lectura, la escritura, la aritmética y los valores constitucionales habían reemplazado el diluido programa que se impartía antes del retorno de los muertos. La pala de madera de Dean era muy eficaz para reprimir las travesuras infantiles.

Se creó en la isla una nueva fuerza expedicionaria con la misión de transportar los materiales conseguidos por Clepsidra a diversas bases del gobierno en funciones para que se procediera a su estudio. Corrió la habladuría de que una cabeza nuclear que viajaba en el submarino chino se había modificado y reconfigurado con una nueva carga, pero nadie lo sabía de verdad. En una pequeña comunidad insular como era aquella, los rumores corrían como un incendio forestal. Raramente eran ciertos.

Kil, John, Saien y el resto de los inquilinos del Hotel 23 pasaban mucho tiempo juntos; a veces jugaban a cartas, e incluso salían juntos de noche al único bar de la isla. John se encargaba de las comunicaciones por radio entre los Cayos y Saien ayudaba en las torres de vigilancia, y abatía a tiros a los no muertos que casualmente llegaban a las costas.

Un mes antes de que Tara tuviese al niño, Kil negoció la adquisición de una gran embarcación de vela. Pagó por ella un AK-47 chino, cuatro cargadores y quinientos cartuchos. Los propietarios de la embarcación, una pareja de ancianos que no tenía previsto marcharse jamás de los Cayos, aceptó en seguida el trueque. La embarcación estaba diseñada para navegar durante varios meses seguidos, con sistemas automatizados, energía solar, y otros singulares elementos. Kil no sabía a dónde irían, pero sí tenía claro que no quedaba ningún lugar seguro. Ni siquiera aquella isla paradisíaca.

Kil cargó todas sus pertenencias en la embarcación antes de que su bebé naciera; y luego se llevó a bordo todo lo que amaba.

INICIO DE TRANSMISIÓN DE TEXTO.

LUZ DE KLIEG SERIE 221.

RTTUZYUW-RQHNQN-00000-RRRRR-Y.

ALTO SECRETO // SAP HORIZONTE.

BT.

TEMA: ESTUDIO DE LOS MATERIALES SUSTRÁIDOS DE LAS INSTALACIONES DE TIANJIN.

OBSERV: DURANTE EL AÑO QUE HA PASADO DESDE EL RETORNO DE CLEPSIDRA, LOS CIENTÍFICOS DEL GOBIERNO EN FUNCIONES HAN DADO PASOS SIGNIFICATIVOS EN EL ESTUDIO DE LOS MATERIALES SUSTRÁIDOS DE MINGYONG. DESPUÉS DE NUMEROSAS PRUEBAS DE ADN REALIZADAS EN LOS RESTOS DE CHANG QUE SE PUDIERON RECUPERAR, HEMOS LLEGADO A LA CONCLUSIÓN DE QUE CHANG ERA HUMANO, SI BIEN MODIFICADO / EVOLUCIONADO GENÉTICAMENTE. LA INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS ALMACENADOS EN LOS CUBOS MEDIANTE LA EXTRAPOLACIÓN DE ESTRUCTURAS LINGÜÍSTICAS PROBABLEMENTE CHINAS NOS HA PERMITIDO LLEGAR A ESTIMACIONES RAZONABLES DE LA CRONOLOGÍA DEL ORIGEN DE CHANG, ASÍ COMO OTRAS REVELACIONES RELACIONADAS CON LA ANOMALÍA DE MINGYONG.

LAS PRUEBAS CONTROLADAS EN EL ESPÉCIMEN DE NEVADA Y LOS DATOS RECUPERADOS HAN MOSTRADO QUE LA ANOMALÍA DE MINGYONG ES ACTIVA / EFECTIVA AL NOVENTA Y SIETE POR CIENTO AL INFECTAR FORMAS DE VIDA EXTRATERRESTRES, MIENTRAS QUE SÓLO ES ACTIVA / EFECTIVA AL CUARENTA Y CUATRO POR CIENTO AL INFECTAR HUMANOS. SE CONFIRMÓ LA PRESENCIA DE TRAZAS DEL MATERIAL MINGYONG DE CHANG EN LOS NÚCLEOS DE HIELO EXTRAÍDOS DE ESTRATOS DE 20.000 AÑOS DE ANTIGÜEDAD. EL HALLAZGO SUGIERE QUE LA ESCASA POBLACIÓN BÍPEDA DE LA TIERRA DE ESA ÉPOCA, COMBINADA CON LAS CONFIGURACIONES DE ADN MENOS EVOLUCIONADAS, MITIGÓ LOS EFECTOS DE LA ANOMALÍA HASTA CASI ALCANZAR EL CERO. LA ANOMALÍA DE MINGYONG FUE RECHAZADA, SE DESACTIVÓ A SÍ MISMA Y QUEDÓ SEPULTADA BAJO SIGLOS DE ESTRATIFICACIÓN. LAS TRAZAS DE MINGYONG RECOBRADAS A PARTIR DE LAS MUESTRAS CONFIRMAN QUE LA ANOMALÍA [TAL VEZ UNA BIOARMA AVANZADA PARA EL FUTURO] NO SE CONCIBIÓ PARA SOBREVIVIR SIN UN HUÉSPED ADECUADO (CHANG). NI UN RECEPTÁCULO ADECUADO CONCEBIDO POR SU PROPIO CREADOR. CONTENEDORES RECUPERADOS: SE CONFIRMA QUE EL BALÓN ROJO DE TIANJIN, MUY DAÑADO EN LA CATÁSTROFE ENERGÉTICA QUE PROBABLEMENTE ABATIÓ LA NAVE DE CHANG, POSEE TRAZAS HIPERCONCENTRADAS DE LA ANOMALÍA DE MINGYONG.

EL CONTENEDOR AZUL NO DAÑADO DE TIANJIN HA SIDO OBJETO DE INVESTIGACIONES Y DEBATES DE GRAN INTENSIDAD, DESPUÉS QUE SE DESCUBRIERAN DATOS QUE CONTRIBUÍAN A LA COMPRESIÓN DEL CONTENEDOR ROJO DAÑADO. SE ESTÁN REALIZANDO ESFUERZOS EXCEPCIONALES PARA DESARROLLAR UN MÉTODO VIABLE PARA LA DETONACIÓN EN EL AIRE. CON TODO, LA REALIZACIÓN DE PRUEBAS AÚN NO HA SIDO AUTORIZADA. OTROS DATOS CONSEGUIDOS EN LA BASE DE TIANJIN ESTÁN DISPONIBLES MEDIANTE CANALES INDEPENDIENTES PARA LA TRANSMISIÓN DE INFORMACIÓN CLASIFICADA.

BT.

ALTO SECRETO // ECI // SAP HORIZONTE.

FIN DE LA TRANSMISIÓN.

BT.

AR.

